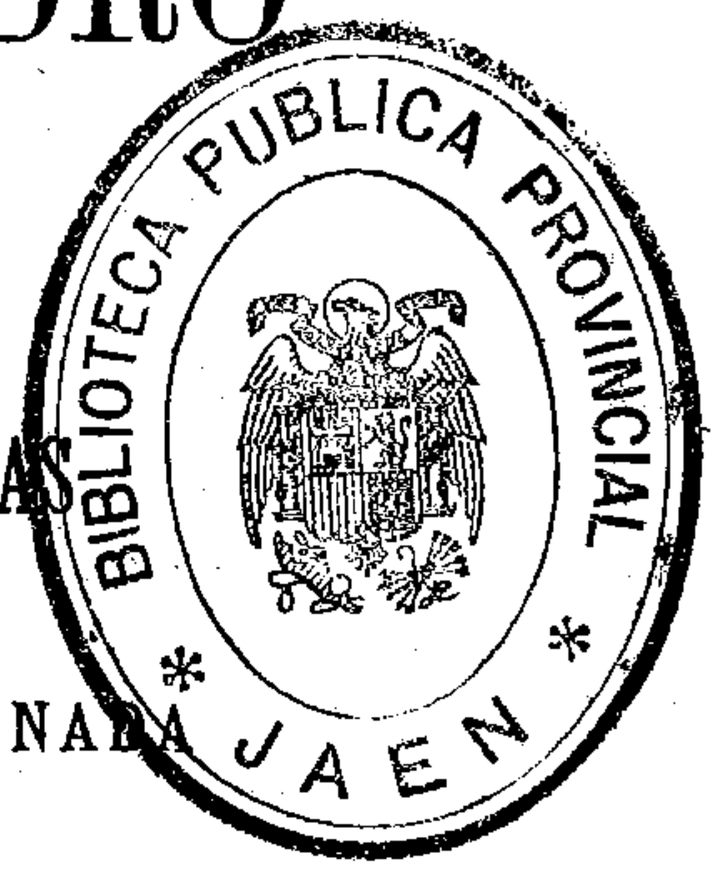
EL SUSPIRO DEL MORO.

B-1500 4552

EL SUSPIRO DEL MORO

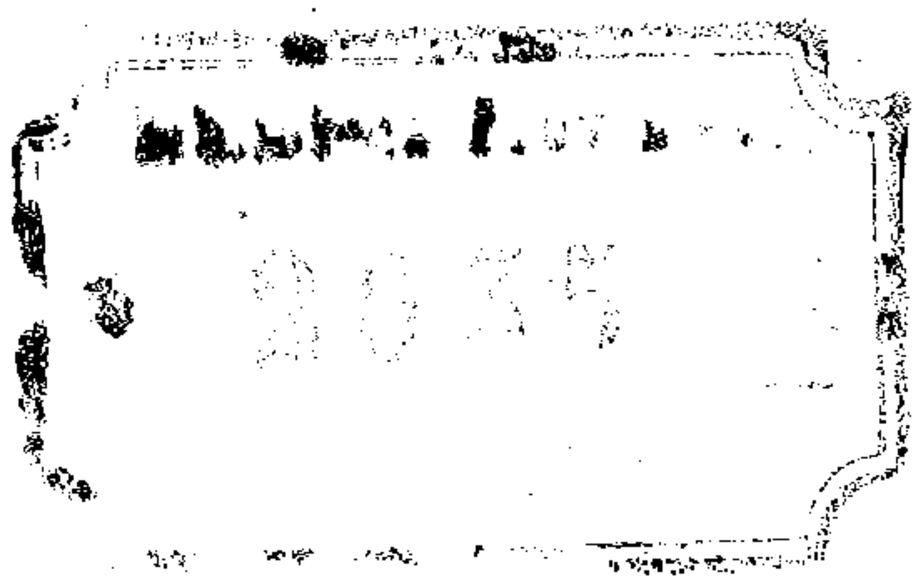


LEYENDAS, TRADICIONES, HISTORIAS

REFERENTES A LA CONQUISTA DE GRANADA

POR

EMILIO CASTELAR



MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1885

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

CAPÍTULO I.

Los señores de Solís vivían gozosos en el castillo de la Higuera, cabeza de feraces territorios, allegados por sus progenitores á fuerza de combates y de victorias, que las crónicas recogieran con cuidado en sus sencillos capítulos y los poetas cantaran con arte y armonía en sus cadenciosos romances. Fosos anchos y ceñudas torres á su defensa y resguardo servían; salones decorados por mudejares artífices á su aposento; siervos fáciles de congregar por el pendón y la caldera señoriales á su defensa; huertas y jardines inacabables á su recreo; y correrías de varia fortuna pero de verdadera magnitud, á su engrandecimiento y á su gloria. Eran los señores aquellos representantes de la conquista cristiana en la incomparable Andalucía; y sus propias preeminencias les obligaban con privilegios, cebo de su soberbia y de su valor, al combate continuo, tan vistoso y regocijante, dados los

tiempos aquellos de guerra, como los desafíos, los torneos, y demás fiestas militares de las usadas, antes que por pedirlas el tiempo y la necesidad, por entender el deseo cómo sin ellas no era la vida posible, ni fácil aquel imperio incontrastable, de antiguo ejercido por las añejas costumbres.

La paz volvía después de la guerra en sociedad tan batalladora, como viene después del invierno la primavera en el año, es decir, á modo de una estación alternativa y regular, engendrada por el tiempo y su movimiento continuo, que todo lo cambia y lo transforma. Desde los reyes primeros castellanos, que superaron las empinadas crestas de Sierra Morena y cayeron, como una tormenta sobre las llanuras andaluzas convertidas en edenes de los árabes, podía el menos previsor anunciar el desquite y la reconquista, como legado de unas generaciones á otras generaciones, por la natural solidaridad y perpetuidad irremediables en la duradera vida de los pueblos. En cuanto, al comienzo de la centuria decimotercia, los cristianos alcanzaron la victoria inmortal de las Navas, pudo asegurarse que serían suyas Córdoba, Jaen, Sevilla, y lo fueron á fines del mismo siglo; exaltado es el recuerdo patrio con tales conquistas y con sus compañeras y complemento, Jaen, Murcia, Mallorca y Valencia. Si la debilidad irremediable del principio monárquico, muy quebrantado por la prematura revolución que para fortalecerlo intentara fuera de sazón el Rey Sabio, lo consintiera, no pasara tan

ilustre siglo sin coronar el cobro de las dos sultanas del Guadalquivir con el cobro de la sultana del Darro. Pero los elementos aristocráticos y su pugna con los elementos municipales entrecogían al general verdadero de la cruzada constante, al monarca, en los remolinos de dos corrientes contrarias y lo paralizaban para el común esfuerzo y para mayores empresas. Sin embargo, ese mismo siglo decimotercio había visto al fantaseador de la incomparable Alhambra confundirse con los cortesanos de la victoria cristiana para respirar á su placer en Granada; y el siglo siguiente había visto más, llegar bajo las enseñas del onceno Alonso á las puertas de Africa la nación castellana por virtud y merced de la gloriosa victoria del Salado.

No importaba. Puede asegurarse que aquí acabó, en el Salado, la carrera tomada con soberano empuje por Castilla desde su triunfo gloriosísimo en las Navas. D. Pedro el Cruel no se curó sino de combatir con la nobleza capitaneada por sus hermanos los infantes de Trastamara, ensangrentando, más que fortaleciendo, el principio monárquico, en su durísimo reinado de verdadero terror. Muerto en los campos de Montiel, murió de la misma puñalada que le penetró en el corazón, aquella causa del predominio monárquico, enterrada en la política, impuesta por la usurpación y por el fratricidio, á D. Enrique, política de complacencias con la nobleza y de mercêdes á su peculio y á sus privilegios. Así, desde mediados del siglo décimo-

cuarto, á fines del siglo décimoquinto, solo dos guerras se mantuvieron por los cristianos con Granada, guerras, que más bien pueden llamarse, relampagueantes correrías sin resultado alguno, como esas noches eléctricas de estío, en que las chispas culebrean por los horizontes, y no retumba el estampido de un trueno, ni cae una gota de agua. Fué la primera de tales inútiles y lujosas correrías la emprendida por D. Alvaro de Luna, cuando privaba con D. Juan II, terminada con el combate y triunfo de la Higuerita; fué la segunda la emprendida por D. Enrique IV, limitada en término último á un simulacro, donde apareció el rey de Castilla como un pobre comediante, haciendo de cetro y espada miserables arreos en la representación de una farsa.

Por fin llegaron los Reyes Católicos al que podía llamarse, desde aquel entonces, verdadero trono de nuestra España, por asentarse ya en la unidad indispensable del suelo nacional. D. Fernando parecía traer aquella política un tanto doble, por sus predecesores allegada en Italia, que no excluía de ningún modo el heroismo; y Doña Isabel aquella inquieta y gloriosísima índole de los grandes reconquistadores castellanos, que no excluía la prudencia en ellos. Con los Reyes Católicos, debía dilatarse la gente española, después de haber puesto en las torres Bermejas la cristiana cruz y en las altísimas Alpujarras el castellano blasón, por las tierras bañadas del Tirreno en Italia y por las tierras

bañadas en Occidente del misterioso inexplorado Atlántico. Así el propósito firme de la reconquista uniría entonces con su empuje soberano los dos cetros, que reunidos, iban á ser como el eje, sobre cuya línea giraba nuestra patria. Los pobres y humildes montañeses confinados por las vencedoras tribus del desierto en los picachos de las cordilleras pirenáicas, después de haber probado suerte tan varia en Clavijo y Calatañazor, en Toledo y Alarcos, acercábanse al deseado logro de seculares anhelos bajo las enseñas de Doña Isabel y de Don Fernando.

En 1478, concluidas las dificultades varias de estos reyes con Portugal, por la victoria de Toro, al espirar la tregua que los granadinos habían pactado con el rey de Castilla D. Enrique IV, y decidirse la guerra de nuevo, por la resolución deliberada en los Reyes Católicos de reconquistar el hermoso reino, de su corona separado, comienza esta nuestra leyenda. El castillo de la Higuera cercano á Martos, por Jaen, ardía en regocijo, porque aguardaba el arribo de la vistosa y pujante embajada, desde las riberas del Guadalquivir á las riberas del Darro expedida por los Reyes Católicos, y personificada en D. Juan de Vera, comendador de Santiago, quien había escogido tan grande habitación, palacio y fortaleza, para pernoctar en su viaje desde Sevilla á Granada. Veíanse por do quier las gentes labriegas adornadas con sus trajes de fiesta, dando vivas repetidos que atronaban los aires, á la puerta del

castillo; y bajo la torre del Homenaje los guardias con sus relucientes armas realzadas por el resplandor arrebolado del vespertino crepúsculo; entre las almenas los pajes y las damas señoriales con sus brocados y preseas; mientras, camino adelante, venían los caballeros de Santiago, jinetes en sus caballos cubiertos de hierro; con el manto de su orden sobre las espaldas, que dejaba entrever las damasquinadas armaduras; los cascos por plumajes varios rematados á la cabeza; los signos de su altísima dignidad en la mano; resplandecientes todos ellos de riquezas materiales, como cumplía en aquel acto á tan excelsos señores; y rebosantes de satisfacción moral por los agasajos de sus huéspedes apercibidos á recibirles, cuya grande alegría se manifestaba por salvas y campaneos, difundiendo á largas distancias los ecos alegres de la fiesta. Y cuenta la tradición que allí el embajador Vera prometió por su honor á una dama pronunciar en voz alta, entre grandes loores, el nombre de la Virgen Madre María, bajo los artesonados maravillosos de la musulmana y oriental Alhambra.

Los cristianos, puestos por decisiones de la voluntad ó por mandatos de la suerte, allá en las fronteras árabes, como la familia Solís, gozaban de grande crédito y autoridad entre sus compatricios, á causa de su guerrear continuo y de su continuo padecer, en territorios azotados por un eterno combate. Así el trigo, que sembraban, veíase á las talas expuesto en cuanto resplandecían las maduras es-

pigas con áureas reverberaciones; las parras á los álamos ceñidas, y las pomposas higueras, no podían cargarse de frutos sin caer las manos expoliadoras del husmeador enemigo, dado á imponer, en alardes y encuentros sempiternos un morodeo devastador incesante; no estaba seguro el borrego en su redil ni el buey en su establo, aun después de haber pastado entre vigilantes y centinelas, por el rondar perdurable de aquellos lobos carniceros; con solo mirar á las torres y adarbes y ladroneras de los castillos veíanse las cicatrices en sus superficies abiertas por la guerra; pues, así como tenían los enemigos halcones y buitres aparejados y apercibidos para devastar los palomares y los gallineros del contrario, tenían fronterizos armados para sostener la perdurable guerra. De aquí los cargos conocidos con el nombre de adelantados, y tan dignos y honrosos para los valientes, sus mantenedores, como dignificados y honradísimos por los reyes y por los pueblos. De aquí los adalides, ó sean, las sendas vanguardias de los combates eternos mantenidos por los pueblos contrarios en orígenes y en creencias. De aquí los honores dispensados, los territorios concedidos, las riquezas dispendiadas entre quienes mantenían, vigilantes centinelas, guerreros incansables, á la puerta de cada nación, el empuje de las conquistas, en guisa del escollo gigante, combatido á la continua por los férvidos oleajes, y que ofrece á la industria humana bases donde oponer sus contrafuertes y sus muelles á los

furores del mar. No debe, pues, maravillarnos la copia de títulos y la copia de riquezas vinculadas en el rico mayorazgo de los señores de Solís. Y bien lo merecían desde los cuidados por los árboles crecidos entre tormentas indecibles hasta la vigilancia por las almenas ahumadas de pólvora y heridas de balas; bien lo merecían desde la indispensable atención al siervo, amenazado de pasar del terruño al calabozo, hasta la defensa de aquellas ricas hembras amenazadas de pasar desde los salones á los serrallos. Todo mostraba, en aquel recinto la guerra, todo, las murallas adustas, los torreones soberbios, las patrullas diligentes de día y noche, los trabajadores con sus mosquetes al lado de sus azadas, los caballeros armados hasta los dientes, el cuerpo de guardia siempre apercibido, el vigilante incrustrado en la entrada del puente levadizo, los centinelas á los piés y á las cimas del torreón donde se prestaban los homenajes, las bocas de fuego abiertas entre las almenas, los cuervos al husmeo de la matanza reunidos, el convento bajo cuyas bóvedas les monjes oraban por la paz ó por la victoria, las recatadas rejas y celosías tras las cuales vegetaban las ricas-hembras nacidas y criadas allí para extender la bienandanza producida por unos sonrosados labios de mujer entre las nubes de humo y los vapores de sangre.

Cómo debía contrastar con todo el curso y carácter de aquella vida la hora y coyuntura de santa y universal alegría, por acercarse Vera con su co-

mitiva de gran embajador á pernoctar en aquel asilo, para levantarse al siguiente día temprano é irse hacia Granada, en observancia fiel á las órdenes é instrucciones recibidas. En los lindes, adonde alcanzaban las posesiones señoriales de los Solís, por el Mediodía, veíanse los mozos más apuestos de la familia que aguardaban, y se unían, caballeros en brutos andaluces, al pomposo cortejo. A la puerta del castillo estaba Solís, de todo lujo, con todas sus insignias, como noble que debe recibir la persona del rey. En cuanto desmontaron de sus cabalgaduras y recibieron el abrazo de hospedaje los recién llegados, invitóles el señor de la fortaleza feudal á pasar al convento contiguo, encerrado dentro de los mismos muros del almenado palacio, para que dieran gracias á Dios, en el sacro templo, por la felicidad hasta entonces del comenzado viaje, y le demandaran auxilio para continuarlo y concluirlo en gloria de la Monarquía y de la Iglesia. Efectivamente, bajo los arcos góticos, de cuyos florones pendían arañas y lámparas cuajadas de luces, destacábase la Virgen Madre, sobre su peana compuesta por áureas alas de ángeles; entre ramos de flores bien olientes realzadas por el fulgor de los cirios; ceñidas las sienes de aureolas recamadas por pedrería, de tal trasparencia en sus facetas, que la luz en chispas de colores, quebraban; cargados los hombros con manto azul, de áureas estrellas sembrado, como las que ya comenzaban á lucir por los cielos; calzada de la luna; y bende-

cida por los acordes místicos de un órgano, acompañando la salve; por las voces de todos entonadas con tal fervor, que parecía oirse allí mismo el concierto de los bienaventurados, al desprenderse un alma justa de un cuerpo sin mancha para volar y perderse por las cerúleas esferas del Empíreo. El embajador se postró de hinojos ante las aras con la humildad y la humillación de un muerto que pide asilo á la tierra, y después de haber orado, se levantó, como rejuvenecido por el soplo de una resurrección, y centelleante de vívida esperanza. En aquella edad cíclica de combates, cuando cada caballero llevaba la guerra eterna como un deber interior sobre su alma y conciencia, veíase la muerte tan cerca, y se pasaba de este al otro mundo con tanta facilidad en los súbitos y continuos encuentros, que la vida tomaba tintes religiosos como los prestados por natural indeclinable ley á los espíritus, cuando sondean los insondables abismos del sepulcro. Vera juró, á fuer de caballero español, delante de la Virgen Madre, consumar en aquel viaje de honor y de peligro, alguna de las muchas hazañas propias de su tiempo y de su temperamento, en loor y en homenaje á la Virgen Madre.

CAPÍTULO II.

Concluída la ceremonia, pasaron todos á los salones interiores del castillo.

—Mi buen primo.

Dijo Solís á Vera, volviendo de nuevo á estrecharle con trasportes de amistad entre sus brazos.

—Más dijeras hermano.

Exclamó Vera en correspondencia fiel á tantas pruebas de cariñoso afecto.

—No podías distinguirme con mayor honra que la de tu presencia, primero por quien representas, después por quien eres.

—Nuestros reyes me mandan á Granada.

—Dios los bendiga.

Exclamaron los presentes en coro al oir pronunciar tal nombre.

—El ambicioso y altivo Hacem, desde que reina por nuestro mal allí, se ha olvidado del pago de los tributos y hay que recordárselo,—dijo Vera.

—Ya lo creo. Tengo tal demanda por menester de justicia para nuestra seguridad,—añadió Solís.

—¡Ah!—exclamó Vera.

—Prevees una guerra próxima.

—Ya lo creo.

—Nosotros, como vivimos en su fuego, no echamos de ver alteración ninguna, cuando tales empeños se aproximan; mas bien nos creemos seguros que inseguros en tal zozobroso estado,—observó Solís.

—Aquí no pasa día sin algún encuentro por cualquiera de los cuatro puntos del aire,—dijo Vera.

—Ni noche sin algún desvelo; pues, cuando no tenemos provocación, tenemos emboscada,—dijo Solís.

—Sí, estos árabes se parecen á los leones en audaces, y á los zorros en precavidos, mi buen Solís.

—Habíamos dejado crecer mucho la mala hierba, mucho, amigo Vera.

—Si exceptuamos la toma de Antequera, y el triunfo de la Higuerita ¿qué acción loable habíannos dejado nuestros antecesores en los últimos cien años?—preguntó con amargura el embajador.

—Es verdad. Empleamos en guerras civiles cuantas fuerzas debimos emplear en guerras santas,—observó Solís.

—Pero nuestros reyes, libres de las grandes dificultades que les traía el desasosiego, engendrado por la diferencia con Portugal, se darán ahora, en alma y cuerpo, al empeño de lanzar allende el Es-

trecho á los infieles, que manchan su tierra y asombran su corona.

—Ya era tiempo, en verdad. El reinado último hizo creer á los infieles que tenían seguro y perdurable dominio sobre la tierra española; como si el valor aquí se hubiera extinguido y los Pelayos y los Cides no intercedieran por nosotros con Dios allá en los cielos.

—Pero decaímos de nuestra pujanza en los tiempos últimos. ¿Cuántas desgracias no hemos visto? Tratamos á un Venegas; y hasta por embajador lo recibimos, cuando mozo engendrado por santa mujer y rico-hombre de Córdoba, criado en el temor á Dios, é hijo de la Iglesia, trocara su religión por la pagana y agarena, so pretexto de haber entrado á los ocho años en cautiverio, como si no llevara el bautismo en la frente con la doctrina en el alma. Y para mayor ignominia, se unió á princesa descendiente de los Abderramanes, como si la gloria y grandeza de tamaño linaje no recordaran sangre cristiana vertida en los campos de batalla y agravios hechos á nuestra fe y á nuestra patria.

—Justo. Y todo el mundo sabe, amigo Vera, cómo fué circunciso esposo de una terrible agarena, y habitador de palacios elevados por cautivos españoles, que al trabajo forzaran los chasquidos de las fustas y en el trabajo los mantuviera la pesadumbre de sus cadenas. Y de aquellos sitios regados por sangre de los nuestros hizo un caballero español y cristiano por todos sus cuatro costados

nada menos que un edén como los pintados en el Korán, y de su princesa nada menos que una hurí como las prometidas por Mahoma.

—Pero junto á estos funestísimos ejemplos, dijo Solís—hánse dado muchos otros de verdadera virtud, que ahora mismo recuerdo. La cristiandad toda guardará con agradecimiento la memoria de aquel adelantado de Rivera que á sangre y fuego entró por las florestas de Alora, cumpliendo mandatos sacratísimos. El sol rebotaba en las peñas, que parecían cubiertas por láminas de bronce, como á fuego doradas. El aire matinal y puro, extraía de las plantas balsámicas esencias que convidaban á todos los placeres de la vida. Unían se con las albas guirnaldas de azahar los rojos ramilletes del granado cuyas ramas se entralazaban, formando, cual dicen los árabes, un lecho de hadas. Tan oriental campiña más bien hablaba de amor que de muerte. Y sin embargo, al acercarse, como un mártir, el Adelantado para pelear entre tantos reclamos de la vida por su monarca y por su fe hasta la muerte, los dardos despedidos desde las fortalezas moras le cubrieron todo el cuerpo y le dejaron en tierra tendido y exánime, recibiendo así aquel bautismo de sangre, aquel martirio, por cuya virtud quedan las almas tan limpias como después del bautismo sacramental, y entran de un vuelo en el Empíreo, ni más ni menos que las almas de los niños más puras é inocentes. ¿No es verdad?

—Y bien habíamos menester tales ejemplos, pues

las mejillas se sonrojaban de vergüenza, cuando los ojos veían con asombro al postrer monarca, seguido de aquellos moros que habían degollado á los Abencerrajes cerca del Patio de los Leones, paseándose por las vegas andaluzas en voluptuosa molicie, como, si en vez de aventuras belicosas, corriera cañas y lazos y sortijas en una zambra perpetua.

—Contádmelo á mí, que fuí convocado por los Girones, los Toledos, y los Manriques, mis parientes, á una conjuración premeditada, con ánimo de castigar á quien así escarnecía su corona. Se salvó el cuitado, y se puso en salvo, por haber huído de Jaen á Córdoba, y de Córdoba á Sevilla, y de Sevilla á Madrid, escapándose al furor de unos vasallos, corridos todos al ver tanta culpa en su monarca, y en ellos tanta ignominia.

—Justo. Y mientras crecían los árabes decrecíamos nosotros. Su odio más bien parecía mofa. Hacem, aunque todavía no le sombreaba en los labios el bozo, corría sobre sus caballos del desierto como sobre las resistentes alas de rápido aguilucho; y despreciando las sedas orientales, encerraba su cuerpo juvenil en armadura de hierro, damasquinada por hábiles artífices, y enrojecida por el sol de los combates. Asi, al presentarse audaz en Granada, mi predecesor, Ayora, con lucida embajada, requiriendo el pago de antiguas atrasadas parias, contestáronle que dos años antes dieron hijos y damas; pero entonces, conocida la debilidad cas-

tellana, creíanse con fundada razón y sobrado motivo en aptitud bastante para no entregar á Castilla, ni en rehenes, ni en parias, prenda ninguna. Cobrámonos de tal insulto, con peleas bien reñidas y paces bien ajustadas. Pero, al poco tiempo, aquel valerosísimo Zúñiga, prelado de Jaen, más conocedor del estoque y del arcabúz que de báculos y cruces, acompañado por el conde de Castañeda, cayeron á una en cautiverio, tanto más doloroso, cuanto que movió la cólera de Hacem y le incitó á nuevas y más arriesgadas aventuras, en desdoro de nuestro valor y en mengua de nuestro territorio.

—No ha podido aún borrárseme de la memoria el insulto inferido á nuestro noble oficio militar por aquella voluptuosa corte del impotente y desalmado Enrique. Paréceme ver aún la farsa, en que se maldecía de nuestros sacrificios, y se denostaba con falsificaciones de comedia los esfuerzos heróicos de nuestros incansables brazos. Hízose un alarde aparatoso y mentido, como en las funciones y fiestas de cómicos errantes. Unas damas de la corte representaron la caballería pesada, y otras la caballería ligera. Llevaban aquellas, sobre las tocas, plumajes; y estas, almaizares. ¡Ah! Le habían tomado al infiel sus gasas listadas de colores, cuyos rapacejos y grecas sobre las espaldas caían, para fingir mejor nuestras carrilleras y nuestros cascos. Vióse á la reina, vestida de tisú, montada en caballo ceñido por deslumbradoras gualdrapas, tirar á la fortaleza de Cambrill falsos ar-

pones en aquella ensayada comedia, más ficticia y menos real que las compuestas por nuestro Marqués de Santillana, en ornato de las letras y recreo de los ánimos. No hubo más heridas allí que las abiertas en los corazones de los cristianos rendidos por la gentileza y hermosura de las damas; ni más suspiros y ayes de batalla que los suspiros y los ayes de amor. Así las puertas de los castillos moros se abrieron y las fronteras de nuestro reino se franquearon por aquel entonces, no á huestes en armas, sino á embajadas de arreos deslumbradores, que llevaban para el rey monturas á la jineta indicándole que se divirtiera eternamente, y para la reina menjuís, y estoraques y algaria indicándole que se compusiera y adobara como su flaca y decaída monarquía, más propia para las delirantes sensualidades del placer que para las saludables asperezas de la guerra.

—Pero, Solís, no hay que desesperar de Castilla. Si avivamos la memoria, caeremos con facilidad en la cuenta de que aún existen héroes como Rodrigo Ponce de León, á quien parece haber trasmitido desde sus tumbas Fernán González y el Cid alientos y tizona. Cuando le veo caballero en su alazán, metido y forrado en hierro, con el cuento de su lanzón fijo en el pie derecho, y por el deslumbrador guantelete de hierro con vigoroso esfuerzo asido, el vigor de su rostro, picado por los hoyos de pasadas viruelas, me recuerda el genio vivo de las batallas y de las guerras. No le llaméis

á ese con el reclamo de las flautas y dulzáinas acordadas para las alegres danzas; llamadlo con el estruendo levantado por los atabales unidos á los cañones; y le veréis surgir, de todas armas armado, relampagueantes los ojos, y cayéndole aquella colorada cabellera sobre los espaldares de acero, como manojos de rayos. No le recreéis con romances de amor, porque le gusta oir el relato de las vidas ilustres inmortalizadas por varones de guerra y en viejos pergaminos escritas. A los agoreros, que le presagien aventuras contenidas en imaginarios horóscopos, preferirá los matemáticos que le prueben cómo se aplican los cálculos á la guerra y cómo se trazan figuras geométricas en las campañas y en los campamentos. Diez y siete años tenía cuando ya suspiraba por las peleas y ya soñaba con rendir á la cruz ciudades sometidas por la cimitarra. Una tarde, sin que nadie lo viera, cuando su familia le creía entregado por los patios del castillo á los juegos de la pelota y de la barra, entróse airado en la feudal armería de sus mayores, ciñóse las armaduras abolladas aún por los fuertes cintarazos, y cogiendo inquieto caballo, cuyas narices se abrían al hedor de la sangre; y embrazando luciente rodela, en cuyo fondo brillaba alado león de áureas guedejas; salió á la plaza de Marchena, y convocó en torno suyo á cuantos quisieran pelear y morir en abierta guerra con la envalentonada morisma. El valor es de suyo contagioso. Las chispas lanzadas por los ojos del apuesto doncel y las vo-

ces de su garganta por los aires difundidas, inmediatamente suscitaron guerreros numerosos á imagen suya, por lo arriesgados y lo apuestos. Cien lo acompañaron, y con ellos se dirigió camino de Osuna, donde sabía que aparejaban defensas angustiosas sus habitantes amenazados por las oleadas morunas. Una defensa, no cuadraba, no, al ímpetu y al arrojo caballeresco de Rodrigo; quería combatir, pero acometiendo; y á este objeto dijo que los reunidos le siguieran al campo, donde se mezclaban ya las avanzadas granadinas con los centinelas cristianos en parciales y cruentos combates. Al ver los riesgos que corría tan gentil mancebo, á quien sus mocèdades inspiraban olvido fácil de la muerte por el exceso de la vida, el viejo alcaide mayor de Osuna, le conjuró á permanecer en defensiva, y á no dejarse llevar de los ardores naturales á su temprana juventud. «Si no tengo barbas, exclamó el mancebo, tengo corazón,» y corrió al sitio donde relampagueaban los primeros amagos de la próxima lucha. Bien pronto pudo encararse con Hacem, al pie de un cerro conocido con el nombre de Madroño, y coronado por una fuerte atalaya, cuyos piés lamía el torrente de las Yeguas. Bien pronto la victoria se declaró por los nuestros. Los infieles, que arremetieron como tigres, huyeron como gacelas. Picóles D. Rodrigo la retaguardia, persiguiéndolos y acosándolos con furor. Mas, en estas, sintió que su adarga, cuyos aceros apartaba el maltrato recibido de la carrera y

de la lucha, se le desceñía del brazo, gastadas las correas; y desmontando para ceñirse y fijar defensa tan fuerte como aquella, vióse rodeado de moros, que se habían escondido á su valor en los jarales cercanos, y que se lanzaban sobre él, reanimados por los accidentales tropiezos del invencible adversario. Mas él, alentado como todos los guerreros por la inminencia y la grandeza misma del peligro, abandonó el caballo, soltó la enorme lanza, descuidó la fuerte adarga, y parando con el brazo izquierdo una cuchillada, que se le metió profundamente por venas y carne, asestó con el brazo derecho tales tajos á las cabezas de sus enemigos, que cercenándolas de un golpe, hízoles huir alborotados, y creyendo como aquel héroe disponía para su defensa de la guadaña que lleva y empuña la muerte. Así, al poco tiempo, en compañía del duque de Medina Sidonia, conquistó la plaza por donde Tarik entrara para vencer en Guadalete, la plaza de Gibraltar.

—Pero ninguna conquista de tanto ímpetu como la conquista de Archidona,—dijo Solís después de oir el elocuente relato de Vera.

—Referidla, referidla, primo,—dijo Vera—para que cobren alientos los mozos, mis compañeros en esta empresa, y entiendan cuántos sacrificios ha costado á los suyos, á los héroes, que les precedieron y á los que todavía les acompañan hoy en vida, el vasto ensanche de nuestro territorio y la dilatación de nuestra fe.

—Si queréis—repuso el buen Solís,—contadla vos que me aventajáis en conocimiento y experiencia.

—No, vos habéis de ser,—dijo Vera con grandes encarecimientos al caballero Solís.

—Sea en buen hora, Vera. Estad atentos, jóvenes, que bien lo merece la historia.

CAPÍTULO III.

Y en efecto, Solís dijo así:

—Los reyes de Granada podían dormir en paz, mientras tuviesen guardado su reino en la parte vecina de Antequera, con fortaleza tal, como Archidona. Tres sierras, que parecen como tres lenguas de fuego, cuando las tiñen y arrebolan los ocasos del sol, celan el camino á Granada; y estas tres sierras, por Dios separadas, veíanse juntas, y por fuertes muros ceñidas, que las encerraban en una especie de gigantesco haz resplandeciente allá en los cielos inmensos, á modo de constelación astronómica. Estos muros, cortados á cada paso por altos y formidables torreones parecidos á gigantescas estatuas, erigidas en las cumbres, entraban con sus dentadas almenas por las regiones superiores del aire y relucían como trasparentes y lustrosos ámbares. Dentro del espacio cercado por las tres montañas y guarecido por las inexpugnables

fortalezas, tendíase una hoya fresca, y por los árabes comparada, en sus canciones, á los más tranquilos oasis. El aire puro esparce por las venas el deseo de vivir; las aguas desatadas en manantiales copiosos que así arrullan el oído, como festejan la vista, son prodigiosas; crecen los pastos en praderas inacabables y brotan los vergeles en peñascos parecidos á gigantescas macetas; junto al caballo, trisca el cordero y el toro muge; mientras la tórtola y la paloma conciertan sus unísonos arrullos con el zumbido de las abejas, como formando un acorde bajo y profundo para que se levante sobre sus oscuros tonos, las escalas cromáticas de las demás canoras y alegres avecillas diseminadas por las celestiales alturas. Distinguíase, allá, entre los riscos, la torre del sol, así llamada, porque la perlada lumbre del alba y los arreboles postreros de la tarde relucen y reverberan en sus rosáceas almenas. Una colonia de palestinos, se había en tales sitios asentado largo tiempo, llenándolo con recuerdos de los desiertos del Jordán y con ecos de las canciones de Syria. Era tal fortaleza inexpugnable, porque á sus piés se abría un tajo, tan liso como una pared inmensa y tan profundo como un abismo insondable. En estos tiempos infelices del reinado de Enrique IV, la poquedad de nuestro rey desdichado, excitara con las esperanzas, las cóleras de todos los alcaides morunos, y especialmente de Ibrahím, el fortísimo alcaide de Archidona. Su furor era tanto, que repetía en los oídos de todos los que, por aque-

lla sazón, le circuían y escuchaban, cuán seguro se creía de recabar Antequera conquistada por el infante D. Fernando y arrancarla pronto al soberbio dominio de Castilla. Desde la torre del sol atisbaba el alcaide á los viandantes, como el buitre á los cadáveres, ó como el milano á los pajarillos. No podía levantarse nube de polvo en los suelos, ó nube de niebla en los aires, no, sin que se creyese obligado él á salir del castillo para hacer presa en la llanura. ¡Cuántos cautivos encadenó en sus húmedos calabozos! ¡Cuántos pastores colgó en las copas de las encinas! ¡Cuántos viandantes inmoló al filo de sus cimitarras! Muchas veces, desde lejos, veíanse por los cielos azules y serenos círculos negros en torno de las rosadas almenas, y eran compuestos por los cuerpos de los cuervos, idos en tropel á picotear las cabezas cristianas pendientes de los adarves como trofeos de cien victorias, bien fáciles para guerrero, que se descolgaba de tales alturas y se volvía pronto, después de haber pasado por el llano con la rapidéz de un huracán, á sus inexpugnables seguros. No tuvieron los moros hombre tan cruel en sus anales manchados de sangre, como el alcaide Ibrahím.

—Pero contad, primo, contad á estos mancebos, de suyo enamoradizos, las causas ocasionales de tan terrible furor. Pues Ibrahim fué por Dios bien desgraciado en su hogar.

—Mas no sabemos cuánto contribuyó á la propia desgracia el propio furor.

—Cierto. Cuéntalo de todas suertes.

—Lo contaré.

—Ya estamos atentos y con el dedo en la boca.

—Oidme. Tenía Ibrahim una hija de toda hermosura. Jamás la raza de los árabes dió de sí muestra tan gallarda. Sus cabellos se parecían á la noche, y sus miradas á la luna, y sus sonrisas al cielo, y sus palabras á melodías incomparables, y toda su persona esparcía en torno suyo tal regocijo, que los poetas la comparaban exaltados, en sus canciones amorosas, al sándalo de las orientales selvas. Ibrahim había prometido la incomparable prenda, ornato de su hogar y de su familia resumen, al viejo alcaide, gobernador y cuasi rey en la riscosa fortaleza de Alhama. Reunidos por este lazo de amor ambos gobernadores, proponíanse perseverar más y más en la defensa de sus tierras, así como acometer más y más á los perros cristianos. La hija de Ibrahim no sentía otros afectos que un respeto religioso por el viejo moro, á quien la destinaba el fatalismo musulmán, representado en la persona de su padre. Pero cierto día pasó por allí el rey de Granada llevando consigo á su ministro Hamet, jóven apuesto, galán, enamorado, ardentísimo, y de tanta belleza en su sexo como en el suyo la hija de Ibrahim. Aquellas dos almas habían sido emparejadas por el cielo y solamente quien las emparejara podía desparejarlas. Viéronse casi á hurtadillas; y con solo verse una vez, ya se comprendieron para siempre. Y ya com-

prendidos en el mismo pensamiento, no podían separarse ni en el seno siquiera de la muerte. Ibrahim requirió á la mora para que se uniese con el viejo alcaide. Más la mora se arrojó á las plantas de su padre; y abrazándole con efusión las rodillas, contóle cómo no podía obedecerle por tener cautiva de otro amador, más digno de su cariño, y más propio de sus años, la voluntad, que le demandaba su padre, para un viejo, del cual tristemente la repelían y apartaban todos sus deseos. Enfurecióse Ibrahím y juró por el Profeta no tolerar jamás aquel matrimonio. Una mañana de Abril, en que las flores, cargadas de rocío, unidas en bien olientes ramilletes, y las aves resonantes de arpegíos en coros infinitos, convidaban á vivir y amar, salió la jóven hija de Ibrahím por los verjeles y praderas en requerimiento de algún alivio y lenitivo á sus amores dolorosos. Sentada se veía y cerca de un rosal y junto al borde marmóreo de alberca transparente y cristalina, oyendo piar á las aves en concierto con el susurro de los arroyos, cuando se presentó, caballero en alazán de los desiertos, el mancebo amante, y la convidó á rápida fuga para llegar al feliz logro de su amor ó al infeliz malogro de su vida, pues, nada tan doloroso, en verdad, para ellos, como las separaciones y las ausencias. Saltó la jóven á la grupa del caballo y se dieron los dos enamorados á correr, como sobre las alas del viento, en busca de la frontera vecina, tras cuyas líneas estaba guardada la libertad, indis-

pensable á sus almas para consagrarse al culto fervoroso del amor. No habían corrido largo trecho, cuando apareció tras ellos Ibrahim, seguido, como una fiera, de su manada; con la centelleante cimitarra en las manos, espumas de verde hiel en los labios, roncos gritos en el pecho, conminándolos á detenerse y á rendirse, con el imperio de un demonio que husmea su víctima ó de un bruto que coge y desgarra su presa. Los jóvenes enamorados comprendieron que la mano aleve, sobre sus frentes extendidas, iba, de un golpe, á separarlos; y juraron juntarse y confundirse allí mismo, en el seno de la muerte. Nada más fácil. Cerca, muy cerca, el abismo abría sus fáuces; y en las entrañas de aquel abismo estaba la eternidad. El caballo se iba rápidamente acercando á su borde; y ambos á dos amantes, entrelazados, ceñidos, confundiéndose sus alientos y sus almas, por esas armonías misteriosas entre la muerte y el amor, sentían una voluptuosidad increible y placentera por extremo, en arrojarse por la sima y morir confundidos en abrazo y beso, que contuviera y encerrara toda la eternidad de su amor. Acercábase ya el padre tirano á ellos con rabia, cuando el caballo, sumiso y obediente al mandato del querido jinete, llega ciego al borde oscuro de la sima y se precipita en el abismo. Cuando el padre llegó, ni siquiera pudo ver los dos cuerpos, devorados por las tinieblas y rotos en fragmentos contra los riscos; pero sí oyó el suspiro postrero que subía, expresión del último

estertor, en el cual iban como envueltas sus dos almas enamoradas, heridas, pero satisfechas de haberse juntado en el seno de la muerte. Tamaña desgracia enardeció aún más en las voraces llamas del crimen y sus infiernos, al desalmado Ibrahim, que prometió nuevos asesinatos, nuevos exterminios, incendios nuevos, cazas de hombres, talas de campos, aniquilamiento de ciudades en los torbellinos de su dolor y entre los sacudimientos epilépticos de su desesperación. Pero las almas tiernas y sencillas, que lloran con todos los que lloran, y padecen con todos los que padecen, eternamente llamarán al abismo por donde se precipitaron aquellos dos jóvenes, La Peña de los enamorados, envolviéndola en ether de poesía que produzca y engendre plañideras canciones, como las sublimes entonadas siempre por el amor, cuando se junta y desposa con la muerte.

—Triste y luctuosa historia—exclamó Vera,—que cuentan á una los andaluces cristianos y los andaluces musulmanes á sus respectivas familias en sus invernales veladas. Pero continuad, Solís, refiriendo la conquista de Archidona, para que todos estos jóvenes aprendan á una en el ejemplo por sus predecesores presentado, cómo se combate y cómo se muere por la religión y por la patria.

—No podía—dijo Solís comenzando su narración de nuevo,—la cristiandad tolerar sin grave detrimento de sus intereses y mengua de su nombre, los tenaces retos y los continuos combates del porfiado

Ibrahim. Ni las mercancías del mercader viandante llegaban al mercado, ni la yunta del labrador afanoso abría el surco, ni el rebaño pastaba en el pradado y dormía en el redil á sus anchas, sin exponerse á las depredaciones continuas de tamaña fiera insaciable. Parecían sus mílites errantes dotados de la ligereza del gamo, de la increible agilidad del tigre, de la soberbia del feroz león y del doblez y astucia de la redomada serpiente, con algo de sobrenatural además como los fantasmas que surgen de las tinieblas ó como las ánimas que vuelven á este mundo terreno del triste purgatorio. El clamoreo de los andaluces llegó hasta el ánimo de prócer tan ilustre y animoso como D. Pedro Girón, quien podía llamarse Rey según la espléndida corona que se había cortado para sí en los fragmentos de la monarquía rota por las debilidades y los vicios del cuitadísimo D. Enrique IV. Era de ver aquel ejército pasando por estos mismos sitios, al congregarlo en torno suyo el pendón glorioso de los altivos Girones. Aquí, los caballeros de Calatrava en la vanguardia con todas sus armas y armaduras cargados; allí, los advenedizos de diversas gentes y naciones á nuestras puertas llegados en demanda de alistarse y combatir dentro de las cruzadas españolas, ya que un hado fatal interrumpiera las cruzadas de Oriente; allá, el celebrado conde de Cabra, con las huestes levantadas en los surcos de sus propios terruños y los antiguos siervos convertidos en libres y pe-

leadores soldados; acullá los comendadores de Santiago con su caballería, los fronteros de Ecija montados en briosísimos potros, los alcaides de Osuna, de Morón, de Arjona, y cerrándolo todo á retaguardia, el Comendador D. Fadrique por mil voces cantado en populares y poéticos romances, de los que se oyen en las puertas de las tiendas y acompañados por las guzlas de trovadores y juglares, á la hora de la velada, en los alegres campamentos. No bien había columbrado el alcaide moro desde sus altos y erguidos torreones el penacho rojo que al viento volaba, el centelleo vario de la luz en los damasquinados petos, descendió del monte al llano con todo el ímpetu de sus feroces instintos y todo el arrojo de su indomable valor. Conocedores los nuestros del número de sus enemigos y del terreno donde iban á pelear, burlaron la furia mora que retrocedió, espantada por la vista de tantas fuerzas, al seguro de sus castillos y torres. Situáronse unos cristianos en la parte meridional de la campiña para cortar las aguas de los claros manantiales é impedir que se surtiesen los cruzados de ellas y situáronse otra parte en los riscos cercanos á los alcázares para evitar que por las montañas y bosques de Cantaril pudiesen saltearles inesperada sorpresa. Pero un sitio que contase con apurar por hambre y sed á quienes guardaban tantas provisiones como los precavidos moros de Archidona, resultaría un sitio capaz de probar hasta paciencias más sufridas que la escasa paciencia de

los guerreros andaluces. Reíanse los sitiados ya de los sitiadores; mientras el mayor número de estos murmuraba de sus jefes. No hubo remedio. La necesidad impuso el combate. Mucho costó llevar por aquellas enriscadas cumbres los instrumentos de más activo asedio; pero ningún obstáculo desconcertaba el valor de los nuestros, empeñado en tal atrevida empresa. La sierra del Conjuro dominaba un poco, pero al fin y al cabo dominaba un tanto á la sierra del Sol, y allí pusieron los nuestros sus piezas de batir que disparaban audaces, acompañando los disparos con gritos y clamores á la Virgen. Cuando los sitiados oían estas invocaciones á la Madre del Verbo, burlábanse de los nuestros y les decían que no estaba mal invocar en aquellos trances auxilios de mujer, porque la femenil intervención podría trocar las lanzas en husos y las espadas en ruecas, á cuyas gracias respondían los cristianos lanzando, estopas encendidas, alquitrán ardiente, bombas innumerables, y otros devastadores proyectiles: «ahí van, y de prisa, nuestros copos hilados.» Bien puede asegurarse que aquellos moros se asemejaban á las incombustibles salamandras puesto que vivían sin recelos en medio de las llamas. El incendio consumió con tal y tanta voracidad la población, que sus hogares quedaron reducidos á montes de rescoldo y á cordilleras de cenizas. Ya les aquejaba mucho la sed producida naturalmente por aquel infierno, y para templarla, salían á tiro de ballesta con zeques

y odres bien apercibidos y á riesgo y ventura de correr tremendas zalagardas. No había otro remedio sino intentar el asalto y lo intentaron los nuestros. Diríase que tenían alas según montaban por los muros. Jamás cayeron los lobos en rebaño, los leones en caravana, los milanos en palomar, como los nuestros en Archidona. Girón dió ejemplo acercando al frente de la más atrevida columna su escala propia con la derecha mano al muro entre nubes de piedras y lluvias de flechas que llovían la muerte. Un peñasco desprendido por aquellas furias de las altas almenas que parecían deshacerse todas á una sobre sus salteadores, un terrible peñasco tocó en la frente á Giron y le dejó sin sentido. Pero aquel desmayo de su general no hizo más que alentar á sus soldados, los cuales, subiendo sobre los mismos cadáveres hacinados, entraron en las fortalezas, arremetieron ciegos con sus defensores, y los pasaron todos á cuchillo. El alcaide se lanzó por las simas donde habían muerto sus víctimas desapareciendo en los abismos cual un diablo que volviera de grado á los infiernos.

—Y eso—dijo Vera,—que tales empresas de inolvidable memoria se llevaron á término y cima cuando la monarquía castellana se desmembraba y se perdía casi en las guerras civiles.

—Como que teníamos—añadió Solís,—dos reyes, el reinante D. Enrique y el proclamado por una parte considerable de la nobleza, D. Alonso.

—Y las divisiones de los nobles—dijo Vera,—

se recrudecían más á medida que eran más numerosos y estaban más seguros de su fuerza.

—Tan cierto es cuanto decís que aquí no podíamos vivir en medio de tantos desórdenes.

—Ya lo creo.

—Los Fajardos apoyados por los Manriques combatían con los Yáñez en Murcia y Cartagena. Él rey daba desde su trono autorizaciones para entrar á sangre y fuego en las tierras de sus contrarios y Alonso Carrillo por mandato real corría por ellas á saco cual pudiera el más redomado bandido. Luchaba el Sr. de Albudeyte, allá en los campos de Lorca, cual si no hubiera ni rey ni autoridad alguna sobre su corona.

—Pues, ya se ve. Cazorla puesta bajo la mitra de Toledo, no reconocía la corona de Castilla, ni más ni menos que si fuese tierra de moros. La fortaleza de Segura estaba en manos del maestre Juan Pacheco, tan ufano y soberbio como un monarca. Y si Jaen se sostenía fiel á Enrique por obra del condestable Iranzú y del prior Valenzuela y del obisto Acuña, Girón vino de Castilla ensoberbecido á contrastarlos con ejército de mil caballos y diez mil peones.

—Y en verdad que obispo y noble combatieron á una con más furor que moros y cristianos. Los caminos se veían robados por bandas insurrectas; las mieses encendidas por teas asoladoras; las doncellas, violadas y los jefes de familia ya entraran en la lucha, ya quedarán en paz, asesinados; combatie-

ron los Benavides y Valenzuelas todo un día en las calles y plazas de Baeza, convirtiendo sus tranquilos hogares en otros tantos fortines de guerra. Entonces cayó preso el obispo y fué conducido sacrílegamente al castillo de Baños después de haberlo como á un vulgar criminal maniatado. Los sacerdotes del Señor se trocaron por todas partes en régulos y capitanes de facciosos. Los Molinas se declararon por los Girones en Úbeda, pero los Cabras, que ocupaban á Baeza con cuatrocientas lanzas y los Montemayores que ocupaban Alcaudete declararon una indiferente neutralidad, considerada por los Girones como un verdadero crimen. Pululaban al impulso de tales conflictos hordas de señoriales ejércitos á guisa de siervos sueltos y desbandados, esparciéndose por do quier en la más terrible anarquía. Carmona cayó en manos de tales facciosos que combatían con el enemigo común solo para tener luego la satisfacción de combatir á su vez ellos entre sí mismos. Los caballeros árabes formaban bajo los pendones de los marqueses de Villena que venían á significar el saqueo y la matanza. Las aguas del Guadalquivir se tiñeron con sangre de los caballeros de San Juan.

—¡Ah! Como que sucedió entonces una de las mayores aventuras que guarda la memoria.

—¿A cuál os referís? ¡Pasaron tantas en estos tiempos de feudal anarquía!...

—Me refiero á la célebre de Antequera.

—Contadla.

—No, vos la contaréis mejor. Contadla, pues.

—Sea en buen hora. Reclamado por el estruendo de tanta guerra, llegó el rey D. Enrique á la perturbada y triste Andalucía. Incapaz de tener la independencia que debe todo monarca, se puso bajo la tutela de los Villenas y de los Aguilares. Conjuraronle ambos magnates á que les entregase Antequera y dirigióse allá con ánimo de arrancársela por fuerza si era preciso al buen Hernándo de Narvaez hijo del famoso Rodrigo, en cuyas manos depositara el infante D. Fernando el gobierno de aquella tan preciada conquista. Presentóse á la puerta el monarca demandando para sí hospitalidad y para toda su comítiva. Pero Narvaez conociendo que Aguilar buscaba el gobierno de la plaza y no la comodidad del monarca, admitió á éste con una docena de sus criados y dijo á las gentes de armas que se quedara en los arrabales de Santa Catalina donde tendrían seguro alojamiento.

—Bien hecho.

—Entró el monarca, y aún no había entrado, cuando echó el rastrillo Narvaez, como si estuviera en ciudad sitiada, dejando fuera con desdeñoso desprecio á sus mortales enemigos exacerbados por la codicia propia y por la vecindad cercana de su querida presa.

—¡Cuántas ambiciones se desencadenan abajo, siempre que se aflojan arriba los fortísimos resortes del poder y caen los reinos en menosprecio por los reyes!

—Ya en los muros de Antequera, vióse rodeado el rey de monjes y conducido á la Iglesia del Salvador en procesión aparatosa.

—Donosa industria, en verdad. Como que Narvaez no tenía otro medio de intimidar al débil monarca, que como todos los tímidos, se rendía tan sólo al peso de las amenazas y no al influjo de la razón y de la justicia.

—El templo donde habían conducido al rey, estaba ornado con todos los trofeos de la victoria. Allí reposaban las cenizas del padre de Narvaez, en ausencia de la del primer conquistador D. Fernando de Castilla, quien dormía ya el sueño de la muerte bajo las bóvedas de los regios panteones de Aragón.

—¡Asilo de tantos muertos gloriosos!

—Hernando sacó de la sepultura el cuerpo momificado de su padre y lo puso en negro túmulo bajo el crucero de la Iglesia, con tal arte, que daba horror á los ojos, espanto á los ánimos, y parecía llegado del otro mundo para traer sobre los menguados, que desgarraban el reino, maldiciones divinas y castigos infernales. Aumentaban el horror de aquella escena, las negras colgaduras caídas desde las techumbres al suelo en guisa de inmensos paños fúnebres; las calaveras, por cuyos huecos ojos centelleaban luminarias siniestras parecidas al mirar de aves nocturnas, y los huesos, en cuyos extremos relucían vacilantes fuegos fatuos; las pinturas que retrataban círculos del purgatorio

y abismos del infierno, entre cuyas indecisas llamaradas veíanse padecer legiones varias de múltiples almas en tormento y en pena; el resplandor amarillo de los cirios que sólo daban desde los toscos candelabros, la claridad suficiente para ver mejor la espesura de aquellas tinieblas, entre las cuales, se veían levantarse las losas de los pavimentos para dejar paso á los esqueletos recién erguidos; desprenderse de los aires nubes de murciélagos cuyos chillidos semejantes á las discordes voces de acosados ratones, tenían algo de fúnebres y discordantes voces; descender de los altares como sombras venidas de otro mundo, legiones de frailes encapuchados, con siniestras antorchas en las manos y terribles misereres y exorcismos en los labios; aparecer como brujas y hechiceras en Sábado mágico, vestidas de blancas túnicas muy semejantes á largos sudarios, fantásticas plañideras, quienes se mesaban el cabello suelto y prorrumpían en alaridos tales que hacían semejar todo aquello á un apocalíptico mundo engendrado por los ensueños de una pesadilla gigantesca. Varones curtidos en la guerra, esforzados temples de caballeros á la continua en armas, temblaron cual niños amenazados y cayeron en desvanecimientos y terrores cual mujeres flacas. Cuánta no sería la terrible pesadumbre del monarca, viendo que se movía el cadáver petrificado y agitaba en su mano la llave de Antequera, diciendo cómo no podía entregarla su hijo sin atraerse sus maldiciones sobrenaturales, que

al mismo tiempo, eran las maldiciones de Dios. A tantas amenazas, á tales conjuros, á horror tan extraño, nadie podía resistirse, y menos aún aquel temperamento débil y enteco del pobre amedrentado Enrique, víctima, tanto de las propias como de las ajenas pasiones. Trémulo, sudoroso, más frío que los cadáveres, creyendo verdad todo cuanto allí fingiera la industria de Narvaez, tomando los murciélagos, las lechuzas, las calaveras, los esqueletos por cristalizaciones varias de sus propios remordimientos, tendió ambos brazos á lo alto como un náufrago, después de haber caído de hinojos en el pavimento como un muerto, para jurar que nunca jamás arrancaría á los Narvaez el gobierno de Antequera. Aún este juramento no se había comunicado á los aires, cuando las losas de los sepulcros se cayeron y cerraron. Ahuyentáronse los esqueletos horribles y las plañideras y los frailes fantásticos. El túmulo huyó, cual si hubieran venido á recogerlo en sus alas invisibles los ángeles del cielo. Rasgáronse los velos espesos y los paños fúnebres. Como en Sábado de Resurrección, el retablo mayor ostentó sus místicas riquezas, y el órgano llenó las alturas con sus trompetas angélicas. Lluvia de flores cayó de lo alto y vapores de bien olientes esencias subieron de aquellas junturas donde antes hedía la muerte. Un coro de voces melodiosas parecido á los coros del Empíreo, llenó las bóvedas del templo y una turba de vasallos felices corrió hasta las plantas del rey para

darle gracias por su espontáneo juramento. Todo fué regocijo la noble Antequera. No así los engañados del arrabal. Enterados de la feliz industria de Narvaez, tuviéronla por afrenta de sus personas y desacato á la realeza. Poco sufrido el de Aguilar, amonestó á los antequeranos primero, los amenazó después y los combatió por último. Pero Narvaez no se intimidaba, y tomando sus adalides, salió al campo para infligir derrota de tal importancia con sus huestes á las huestes enemigas, que los cañones y las armas de Aguilar pasaron á los castillos señoriales de Antequera.

—¡Y qué había de suceder! En tanto desorden, los granadinos cobraban ánimos; condes tan célebres como el de Cabra, ocupando villa tan fuerte como Alcaudete, permitían el paso á las huestes infieles. Las tierras de Martos eran á saco entradas y sus habitantes á cautiverio reducidos. Las iglesias de Santiago é Higuera, pueblos inmediatos á Porcuna, se vieron violadas en el momento de la misa mayor, y clérigos y láicos, asaltados por tan inesperada sorpresa, cayeron inmolados al pié de los altares. No arremeten los toros rejoneados y furiosos al paño de roja púrpura, como acometieron á las reliquias sagradas aquellos perros infieles. Sus alfanjes descabezaron las imágenes, como si de feroces enemigos encontrados en el combate se tratara. Chorrearon sangre las aras cual pilas de carnicería. Aquellos piés, enrojecidos de pisar cuerpos humanos, como los piés de quien pisa en el lagar

las uvas, bailaron sobre las reliquias. No quedó varón á vida. La crueldad mahometana ¡oh! no perdonó ni á los niños de teta en los brazos de su madre. Si las pobres mujeres fueron perdonadas, más les valiera no serlo, porque maniatadas, para cautivas salieron, tristemente transportadas á los harenes y serrallos de aquél vencedor que acababa de asesinar á sus esposos y á sus hijos.

— No se repetirá, no, esta horrible tragedia hoy, porque tenemos reyes como D. Fernando y Doña Isabel, resueltos á vencer la morisma y rematar el rescate feliz de nuestra España.

— Dios lo haga, que por eso he tomado sobre mis hombros la pesadumbre de tan importante como peligrosa embajada — dijo el buen caballero Vera.

— Dios la prospere — añadió Solís — y le dé cuanta felicidad le pedimos para corona de tanta empresa todos los viejos cristianos. Y á fin de poner todos los medios, acordémonos, mi buen pariente, de que no somos solamente puro espíritu, de que habemos menester también el pan pedido por cada día y vamos en gracia y compaña de Dios á cenar juntos en nuestra mesa.

— No haré tal, sin ver antes á vuestra esposa é hija, de quien tengo por la fama lisonjeras noticias y á cuyos piés quiero de grado rendirme como cumple á mi corazón y á su belleza.

— Veréislas en seguida, ya que tan vivo deseo mostráis de ello, aunque no superior en viveza é

intensidad al que sienten ellas por saludar al famoso caballero de quien la fama les ha traído á la memoria tantas y tan gloriosas empresas, consagradas todas así al culto de Nuestro Señor Jesucristo, como al culto de nuestra honra y de nuestro nombre.

—Véalas yo en buen hora, que nunca el valor del valiente pudo en mérito compararse con la hermosura de la hermosa.

—Veréislas, pues.

Y dando una señal Solís, salieron varios pajes, y al poco tiempo entraron, precedidas en procesión por los mismos que habían ido á buscarlas, dos mujeres, ambas jóvenes, aunque de madura edad la mayor y de temprana la menor, cada cual en sus años, deslumbradora de belleza.

CAPÍTULO IV.

La de Solís vestía el traje vistoso y elegante, que llevara el genio de período tan estético, cual este período del Renacimiento, á toda Europa. De su cabeza pendía largo velo, el cual realzaba su majestad severa de esposa y madre. Traje muy plegado y compuesto de terciopelo y raso con bordaduras de colores, dejaba ver toda la prestancia de sus formas. Una camiseta de transparente lino se ceñía por botones de oro á la garganta, y pasando bajo los tirantes de un jubón que ornaba rica pedrería, formaba las mangas, al puño y al codo ceñidas por brazaletes, pulseras y lazos, en cuyos ornamentos entraba mucho del sabor oriental, prestado por los mudejares, ó sean, los árabes residentes en tierras cristianas, á todas nuestras artes, y con especialidad, á las artes de la joyería y de la vestimenta. Y así como en las ciencias cristianas relucían, á cada paso, los tesoros científicos allegados

por nuestros predecesores en las escuelas de Córdoba ó Sevilla; y así como en las catedrales góticas solía verse con frecuencia el alicatado árabe con sus guirnaldas y sus estrellas, de todo signo católico privado, y con las alharacas musulmanas brillante, para ornar el nicho de un doctor litúrgico y la caja de un sepulcro eclesiástico; y así como entre las perlas de nuestros romances caballerescos é históricos, se hallaban los romances moriscos, en las tapaderas del devocionario, en las blondas del alba, en las basquiñas y sayas de la mujer cristiana, veíanse las preseas y adornos orientales, mucho más cuando esa mujer habitaba, como la esposa de Solís, territorios fronterizos al brillante postrero reino de los moros.

Más sencillamente, pero no con menos gracia, iba Isabel, su hija, y la hija del castellano, ataviada y ceñida. Pero todos sus atavíos quedaban ofuscados en la belleza propia de su extraordinario natural, por la juventud más florida realzado y embellecido. Ningún traje, ni aunque hadas lo bordaran, podía compararse al aire graciosísimo de aquel cuerpo, proporcionado y armonioso como el correcto conjunto de líneas que dibuja y compone una clásica estatua. Ningún rubí ni esmeralda, ninguna perla ni zafiro, podían competir con las riquezas de sus cabellos negros, de sus dientes blanquísimos, de sus ojos deslumbradores que tomaban todas las tintas de sus ideas, como toma el mar todos los esplendores del cielo. Nada le había

regateado la naturaleza, empeñada en hacerla trasunto de todas las perfecciones que puede prestar á sus criaturas; ni la gracia seductora, ni el aire modesto, ni la mirada imperiosísima y humilde al mismo tiempo, ni la tranquilidad serena de una diosa, que para reunir todos los contrastes se modifica pronto y con la mayor facilidad; ora fuerte, como el mármol penthélico en que vaciaban los antiguos escultores sus divinas obras, ora delicada, como los pétalos de una flor ó como las antenas de una mariposa. Un sordo murmullo de admiración corrió entre los circunstantes al ver tan extraordinaria beldad, y bien puede asegurarse que su presencia superaba en eficacia para excitar los empeños amorosos á la eficacia de los relatos hechos por Solís y Vera en las conversaciones con los jóvenes caballeros de Santiago, para excitar á los empeños heróicos. Así, aquella comitiva, compuesta de gallardos mozos, que habían estado como inmóviles y mudos, oyendo la épica historia de las hazañas anteriores á la guerra que iban á iniciar con su embajada, mientras departieron Vera y Solís de añejas historias, levantáronse todos á una y circundaron á la bella Isabel, dirigiéndola ardorosas miradas y no menos ardorosos suspiros que contenían elocuentísimas expresiones, aunque recatadas y mudas, tanto de asombro y admiración, como de férvido entusiasmo y verdadero amor.

—Bien podéis, Solís—dijo Vera,—ufanaros de

tal familia, cuyas gracias solo con vuestras proezas en mérito y número pueden compararse.

—Acepto, mi buen primo, los encarecimientos que me dirigís por ellas dos, aunque no pueda en modo alguno aceptar los que dirigís á mí personalmente, obra de vuestra amistad y de vuestro parentesco.

—En Dios y en conciencia os digo, primo mío, que no comprendo cómo los moros no han tomado mil veces el castillo para cautivar tantas beldades y llevarlas, como huríes del Edén escapadas, al seno de sus serrallos.

—Lo han muchas veces intentado; pero hemos puesto confianza, tanto en Dios como en nuestro brazo y no han conseguido su intento.

—Precaveos ahora, pues, ó yo mucho voy á engañarme, ó yo de mi embajada traigo una guerra nacional; y entonces volverán las correrías por estos sitios y los peligros para esta casa, que debe tener muchos sitiadores y muchos asedios, en verdad, según las riquezas atesoradas bajo sus techos.

—Estamos de tal suerte connaturalizados con la guerra continua, que no suele hacernos gran mella el anuncio fatídico de nuevos empeños y encuentros. Dormimos como el viejo mareante, á pierna suelta, sobre las olas y bajo los huracanes, que tales son las fuerzas del hábito. Logremos Granada, rematando así nuestra nacional epopeya, é impórtenos un ardite los peligros de nuestras personas y de nuestras casas. Dios proveerá en su misericordia.

—¿Y quién,—dijo uno de aquellos mozos, expresando con verdad el sentimiento que á todos los suyos embargaba en presencia de la hermosa Isabel, —y quién no se sacrificaría por tal beldad y no derramaría su sangre gustoso en cien desiguales batallas por defenderla y por salvarla, muriendo á sus plantas y en su presencia?

—Señores—dijo Solís un tanto corrido en su cariño paternal por los requiebros asestados á su hija, y deseoso de cortarlos,—señores, ya es hora de cenar, que estómago llevan piernas. Vuestra embajada nos anuncia la guerra, confortémonos para sustentarla y hacernos dignos de la victoria.

Cenaron todos en familia con buen apetito, y al eco de dulzainas y chirimías, que alegraban al escogido concurso con sus regocijantes acordes. Concluída la cena, quiso el buen Solís que saludaran al huésped los habitadores de sus diversos feudos, tantos en número, que se dilataban por todas las regiones de nuestra España. Pasaron, pues, en procesión inacabable campesinas de Toledo con sus tocas asemejadas á turbantes; campesinas de Vizcaya, cuyos delantales parecían cuadros, según la riqueza de sus bordaduras multicolores; muchachas del reino de Jaen con sus peinados á la florentina; labradoras andaluzas, vestidas con pantalones bombachos como las moras; siervos de tierra estremeña, con capas portuguesas, llevando todos en las manos algún presente, más ó menos valioso, que ofrecer á quien representaba las personas mis-

mas reales en aquella embajada extraordinaria. Acabado el desfile, Vera quiso tratar, siquier fuese brevemente y en conversación privada y particularísima, empeñando curioso diálogo, á la joven Isabel, cuya prestancia y hermosura tanto le habían cautivado como á los mozos que le acompañaban, avivando hasta en él, maduro ya en años, y en desengaños curtido, el antiguo rescoldo de no bien apagadas pasiones.

—Hánme dicho—exclamó dirigiéndose á la joven y tuteándola como cumple á buen tío con su sobrina,—que tu valor tan alto raya como tu hermosura.

—Señor—contestó Isabel,—así como vuestro mirar amistoso, descubre desde luego ventajas en mí, que yo no tengo; amistosas noticias os han participado cualidades mías, que yo no siento, y en que yo no creo.

—Pues la fama, resonando hasta en los palacios de nuestros reyes, ha dicho, y con sobrado fundamento, según mi sentir, cómo habías alentado, más que reprimido, á los nuestros en todas las irrupciones de infieles con que ha querido el cielo probar á estas tierras y á sus valerosos moradores.

—Mi padre lo explicaba eso, no há mucho, con claridad y exactitud, al decir cómo nos acostumbramos los nacidos en guerras á los combates, cual se acostumbran al huracán los nacidos en barcos.

—No tanto, no tanto—dijo Vera—que yo he

visto palidecer y temblar á mílites de profesión y á héroes de pujanza, criados todos en el azar continuo de la guerra.

— ¡Ah! Estaba yo en la cuna, y mi madre, recien parida, en la cama, cuando cayeron á nuestra presencia, salpicando tapices con su sangre, varios moros, tan audaces, que habían podido asaltar la fortaleza y entrarse con arrojo por nuestras mismas habitaciones. Cómo queréis que no me habitúe á la guerra y sus empeños, hasta connaturalizarme con su crudeza.

— ¡Oh! La complexión cobarde rasga con facilidad el hábito. La gacela nace y crece allá en los desiertos, entre los silbos de la serpiente y los rugidos de los leones; sus orejas debían estar acostumbradas á tales estruendos de guerra, y, sin embargo, no puede oirlos y corre y corre desalada en su natural timidez, huyendo y esquivándose al peligro. Los gamos y los ciervos han oído mil veces los tiros del cazador que frecuenta sus guaridas, y no se han acostumbrado al fragor, pues viven huyendo. Sobrina mía, eres valiente, porque tienes en las venas heredada sangre de verdaderos valientes.

— No, no está el valor nuestro en la debilidad propia del sexo, cobarde y tímido naturalmente, como la gacela que habéis nombrado; está en la fuerza y vigor que nos da nuestra fe ayudada por la gracia de Dios y por las oraciones con que la constreñimos y forzamos á sostenernos y ampararnos en los trances terribles de una guerra continua.

—De modo que tu fe religiosa es la fortaleza principal de tu alma.

—Lo es y mucho.

—En ello me huelgo y por ello te alabo.

—Yo he dicho siempre que las tierras fronterizas, probadas por eternos combates, debían hallarse compuestas de campamentos, donde trabajaran los hombres en guerreros ejercicios, cuando no peleasen, y de monasterios donde oraran siempre las mujeres. *A Dios rogando y con el mazo dando,* enseña el refrán castellano en su natural y sencilla filosofía. Pues bien, los varones deben dar con el mazo aquí de continuo para tenerlo ejercitado y apercibido, mientras las hembras debemos vivir en oración perpetua para tener á Dios importunado y vencido, á fin de que nos acorra en tanto y tanto trance como á cada paso nos aflige y en los cuales hemos de menester su divina misericordia.

—Eso de reducir á monjas todas las mujeres, paréceme cosa todavía más dificil que la de reducir á soldados todos los hombres. Fácilmente pueden quedar baldías las tierras por falta de trabajo, mas no tan fácilmente pueden quedar los hogares desiertos por falta de familia.

—Imposible regir estas tierras por leyes análogas á las que rigen otras tierras.

—¿Pues cómo?

—Pues muy fácilmente.

—Habla, que me place ver en tan cortos años tanta ciencia, como en tan tímido sexo tanto valor.

— Mi reflexión tiene tal sencillez, que no se necesita ciertamente haber aprendido y practicado en Salamanca el derecho y la teología para, después de aseverarla, comprenderla.

— Habla de todas suertes, pues no sabes cuánto recreo me procura la belleza de tus ideas unida con la melodía de tu voz.

— Gracias, señor mío, gracias, por tantos elogios como prodigáis, desde que sois, por embajador, á guisa de rey, con real munificencia.

— Que me place y encanta, Isabel, hasta el modo que tienes de recoger femenilmente los elogios con apariencias de rechazarlos.

— Pero no hablábamos de mí, hablábamos del estado de nuestras tierras y de la condición de sus habitantes.

— Sí. En verdad, ibas diciendo...

— Pues...

— Que...

— Perdonadme; me había distraido.

— Sigue.

— Pues iba diciendo...

— Que no pueden regirse por las comunes leyes tierras como las vuestras y te apercibías á probarlo.

— De sobra lo sabéis.

— Gústame de tus labios oirlo, porque las ideas más universalmente sentidas revisten formas varias según quien las expresa y sostiene.

—Pues volviendo al objeto de nuestra conversación digo, que aquí, en la frontera, toma la vida

encrespamientos y zozobras que no puede tomar allá, donde nunca jamás aparecerán vencedores nuevamente los fuertes agarenos. Contamos nosotros feudos y señoríos, en Jaen y en Toledo y en León y en Vizcaya y en Galicia, por unir á la sangre de Solís, sangre castellana, la sangre de los Haros, sangre vizcaina. Pues bien; el castillo de las tierras donde la paz domina, y solo hay las competencias civiles entre familias cristianas, parecen palacios, cuando se los compara con el castillo artillado, puesto en vigilancia perdurable, apercibido para la defensa eterna en estas tierras fronterizas. No vive la paloma con igual descanso allí donde su instinto le avisa que no ha de temer al milano, como allí donde su instinto le avisa que al beber un poco de agua, puede morir entre las uñas enemigas. Los pobladores de todas estas tierras han menester franquicias que no exigen otros campos más tranquilos y menos probados por la guerra, como las pobladoras á su vez han menester clausuras que no necesitan allí, donde la intercesión diaria y continua con Dios no se hace de suyo tan necesaria como aquí, donde alternan en solo un oía, el *Miserere* de la penitencia con el *Te-Deum* de la victoria y el *Te-Deum* de la victoria con el *Dies irae*, consagrado en las misas de *Requiem* al martirio y á los mártires. Vamos, creedlo, aquí hemos de vivir entre las llamas, entre los naufragios, unas veces ahogándonos, otras veces consumiéndonos; y necesitamos, pero mucho, demandar con oraciones conti-

nuas á quien todo lo puede, la indispensable misericordia.

—Voy viendo, que la vida del claustro priva en tus preferencias, y que de buen grado, abandonarías el mundo por la soledad en casa de Dios.

—No digo que no.

—Lo adiviné, desde que comenzamos á departir.

—¿Lo adivinásteis?

—Justamente.

—Pues, adivinásteis el interior de mi alma y el secreto de mi corazón.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Hola, hola!

—¿Os maravilla?

—Seguramente.

—¿Pues cómo?

—Os diré.

—Veamos. No se acoge niña de tu edad al claustro sin alguna razón, si no superior por su naturaleza, superior por su eficacia y por su virtud para mover el ánimo á los motivos religiosos.

—¿Sospecháis eso?

—Lo digo sin rebozo. Me asalta, y con fundamento y con razón, tal sospecha.

—Pues debo deciros, con toda ingenuidad, que os engañáis.

—¿Que me engaño?

—Seguramente.

—Joven tan hermosa, que regocija el corazón y

exalta la fantasía ¿no ha de haber tenido múltiples amadores?

—No diré que no.

—Pues ó amores desgraciados ó amores correspondidos, han de seguiros. Si correspondidos, no comprendo el claustro. Solamente le comprendo, si desgraciados é imposibles.

—Perdonad, perdonad, señor, pero ni lo uno ni lo otro.

—¡Bah, Isabel, no creo tal, aunque me lo jures! No acababas de presentarte, cuando ya tendías cadenas á los gallardos mozos de mi comitiva. ¿Y habrás crecido en gracias diariamente para no inspirar afecto ninguno de amor, cuando tantos y tan varios has inspirado siempre de asombro y de admiración?

—No diré que no haya inspirado algún amor, pero sí diré que yo no lo he compartido. Y el amor, que no se comparte, no prospera.

—Sabes, Isabel, filosofía y religión; pero sabes aún más de amor, cuando tales cosas dices á tus años.

—Nosotras, las mujeres, no sabemos nada, y casi, casi, lo adivinamos todo. Lo que os enseña fácilmente á vosotros el tiempo, el raciocinio la experiencia, el mundo, la vida, nos lo revelan á nosotras el presentimiento y la inspiración.

—Por manera, que no hay cosa de amor en tus propensiones al claustro.

—¡Oh! No. La vida tiene tales sirtes que toda

pena excede, pero en mucho, á nuestras figuraciones, bien al revés de lo que sucéde con todas las alegrías. No hay esperanza, que llegue á lo esperado, ni temor que no exceda en mucho á lo temido. En largos días de tempestad, sólo hay unas cuantas horas, y esas mermadas, de ventura. Los bienes más preciados, la salud, la mocedad, la hermosura, la gloria ¡oh! apenas se comprenden ni se sienten, porque la costumbre de poseer todas esas felicidades oscurecen la comprensión, embotan el sentimiento; y las recibís y las guardáis, con tal indiferencia, que no las poseéis apenas.

—Solís, Solís—dijo Vera volviéndose al castellano,—¿dónde diantres habéis educado á vuestra hija que parece una doctora de la Iglesia? Ni Santa Catalina de Sienna en verdad, ni Santa Clara de Asís podrían emularla en puro misticismo y en conocimiento claro de la vida y sus dolores, de la religión y sus consuelos.

—En verdad—respondió el buen Solís,—en verdad hay para maravillarse oyéndola, pues desde niña le dió el naipe por las cuestiones religiosas.

—Yo lo atribuyo,—añadió la señora de Solís, terciando en la conversación,—á mis devociones por Santa Catalina de Sienna. Llevaba mi buena madre este nombre, porque fué nacida bajo la inefable advocación de tal Santa. Y yo se lo hubiera dado á mi unigénita si no se llega su padre á emperrar en que la llamáramos Isabel. Mas, á la hora de su nacimiento, y en lo más acerbo de mi parto, invo-

caba yo con tal intensidad á Santa Catalina de Sienna, que cuando perdía la luz en los ojos corpóreos brillaba la Santa con resplandores indecibles á los ojos del alma. Y lo cierto es que Isabel se llama Isabel de Solís, cuando realmente debiera llamarse Catalina de Sienna por su apego al estudio de las cosas santas, por sus devociones exaltadas, por su caridad ardiente, por su propensión á los monasterios y á las oraciones, por su espíritu teológico.

—Madre, por Dios,—dijo Isabel, ruborizada verdaderamente á los elogios que sin tasa el amor maternal en aquella ocasión solemne y extraña le dirigía.

—Esto proviene,—dijo Solís, abundando en el sentido de su mujer,—esto proviene de no haber tenido más que á Isabel en nuestro ya largo matrimonio. Así, la hemos educado, su madre, como se educa naturalmente á una hija, y yo, como si educara á un muchacho. Por ende, cose dentro del hogar como cualquiera de las más caseras muchachas; y luego tira el venablo, monta el caballo, coge la sortija de los juegos en la punta de las lanzas como cualquiera de los imberbes guerreros que ahora os acompañan.

—¿Eso más?—preguntó Vera.

—Señor—dijo Isabel avergonzada,—señor atribuid al amor natural en padre y madre por su hija única, todo cuanto ahora os dicen.

—Y luego—siguió diciendo Solís, inatento á las excusas de Isabel—como aquí tenemos además de

un castillo, un monasterio, en sus aulas y celdas se ha industriado para las cosas del otro mundo por tal extremo, que parece una doctora de la Iglesia y sabe tanto latín y tanta teología como el primero de los mitrados. Hay que oirla disertar sobre la gracia de Dios, como cualquier eclesiástico de ciencia ó experiencia, y verla rezar de rodillas horas y horas como cualquier penitente milagroso.

—Pero venid aquí, primos míos, y sacadme ahora mismo de dudas. ¿Como guardáis en vuestra casa joya de tal precio?

—Pues muy fácil. Metida en sus libros, en sus disertaciones, en sus ejercicios religiosos, no le ha quedado tiempo ni voluntad para prendarse de aquellos jóvenes próceres que me han pedido su mano y á quienes yo la tenía destinada desde su nacimiento, como cumple á un buen padre y necesita el esplendor de una familia. Más idle con esas á mi buena hija. Un diptongo la interesará más que un amante.

—Yo, con perdón sea dicho de mi respetado padre, creo necesario al bien del mundo y salud sobrenatural del alma, la consagración completa de varios seres á un culto divino y á una intercesión constante con el Eterno padre, para desarmar su justicia airada por nuestras culpas y poner de nuestro lado su misericordia.

—Lástima grande, mucha lástima—exclamó Vera,—que no haya de predicadoras orden como hay de predicadores, pues en tal caso, tendría la Iglesia

en Isabel una de sus lumbreras, por lo perspicuo de la inteligencia y lo abundante de la palabra, segun demuestra en todos estos coloquios.

—Si nos priváramos—dijo la madre—de nuestra hija tan fácilmente como ella quiere privarse de sus padres, ya estaría en el cenobio entre oraciones y penitencias, y nosotros en este hogar abandonado, nido sin hijuelos, entre dolores y tristezas.

—Es verdad—añadió el señor de Solís—no sabéis cuánto hemos debido hacer para evitar su entrada en un convento.

—La religión—dijo Isabel—aparece aquí, entre nosotros, á la frontera de reino infiel y enemigo, con los resplandores relampagueantes y sublimes de una continua tempestad. Aquí la vemos combatida por hambrientas cimitarras, y, por combatida, la queremos, como no pueden quererla jamás aquellos que la gozan tranquilos y que se hallan ciertos de verla, consagrando su sepulcro cual consagrara su amor. Notad que por los bordes y orillas del mar se levanta mayor número de santuarios que por las tierras interiores, y estos santuarios relucen con mayor número de ex-votos. Y sucede así, porque la ola hinchada, la tabla combatida de continuo, la jarcia rota fácilmente, la tempestad desencadenada en los aires y que bate las férvidas honduras, inspiran el sentimiento religioso; pues si los horizontes se cierran, si los mares se turban, si los oleajes se levantan uno sobre otro para devorar la nave, no queda otro asidero al

náufrago sino la confianza puesta en Dios y en el divino socorro. Igual acontece aquí. A cada paso el incendio devora las cabañas, el asalto acomete los muros, la tala yerma los campos, la irrupción y la guerra ensangrientan los ríos, la campana suena el rebato, la familia se merma con una víctima nueva trastrocada en mártir, el altar de la oración se ve profanado y convertido en pesebre de los caballos del Profeta; y solamente nos queda, en tal dolor, el recurso de un llamamiento á los cielos. Si, como el náufrago, lanzado á la orilla por un milagro, sube descalzo en penitencia por los riscos al santuario donde los fieles invocan la estrella de los mares, la Virgen Madre que les ha socorrido en tal angustia, nosotras, las pobres mujeres de todas estas comarcas, nacidas y criadas sin saber si al venidero día seremos esclavas del infiel y del extranjero, necesitamos recurrir á Dios y en Dios poner toda nuestra confianza, y á Dios importunar con todas nuestras oraciones antes de ocurrir al establecimiento de una familia que al fin y al cabo solo serviría para la continuación y la perennidad casi, casi, de nuestras desdichas.

— En verdad que tiene razón — dijo Vera.

— Sobre todo, señor, no sabéis cómo aquí el culto á María se aviva y exalta. Tres veces la invocamos diariamente: cuando raya el alba, cuando viene la noche y cuando el sol toca en su cenit. Y al invocarla, vémosla sobre sus nubes argentadas por la luna, entre sus ángeles que baten las áureas

alas, con su corona de místicas estrellas, con su celestial arrobamiento; y le decimos todas las letanías que levantan al cielo las cosas creadas é increadas y la llamamos con todos los nombres que puede inspirar el amor.

—¡Ah! Isabel, pues me sucede á mí lo propio. María es la compañera de mi alma. No me sobrecogerá el sueño ningún día, sino después de haberle rezado todas mis oraciones habituales. Y fio en Dios que no me sobrecogerá la muerte, sino con el Ave María en la última espiración de mi pecho y con el Ave María en el postrer latido de mi corazón.

—Imagináos, Señor, lo que yo pensaba.

—¿Qué pensabas?

—Pues apenas me atrevo á decíroslo.

—Decidlo, pues.

—Pensaba en la gran tristeza que tendréis mañana seguramente al veros en tierra donde no se adora por ningún mortal á la Virgen.

—¡Ah!—exclamó Vera.

—¡Qué pena tan grande sentiréis al pasar por las mezquitas donde se adora un falso Dios y se presta un culto aborrecido y aborrecible! ¡Cómo vuestros ojos habrán de cerrarse para no leer las blasfemias entalladas en piedras y cubiertas con esmaltes orientales junto á las estrellas de marfil y oro, bajo las grecas y encajes empapados en íris misteriosos.

—¡Oh! Cuánta razón tienes, Isabel—dijo el em-

bajador. ¡Qué pena para un católico rancio, como yo, ver la tierra de nuestros padres profanada por los sectarios del Profeta!

—¡Dios mío!—exclamó Isabel exaltada por las palabras del viejo embajador.—¡Dios mío! apiadaos de vuestros siervos.

—Isabel, te prometo—exclamó Vera,—que allí mismo, á la puerta de las mezquitas y de los serrallos, junto á los santones más respetados por el pueblo infiel, cuando suene la voz del muezin equivalente á las campanadas de nuestras oraciones, así en presencia de Hacem el sultán me halle, invocaré á gritos el nombre de María, ofreciéndome por víctima del musulmán fanatismo, á ver si mi cuerpo, con su inmolación y sacrificio, enciende la guerra y si mi alma entra de un vuelo, al separarse de su cuerpo, en el Empíreo.

—Invocad el nombre de María, ya que para ello tenéis en el alma fe y en el cuerpo aliento; invocadlo, y desde las albercas en los patios, hasta las sultanas en los harenes, palpitarán seguramente como si algo misterioso y sobrenatural se hubiera difundido en los aires. Y no temáis: que nosotros encenderemos las velas de los altares, y puestas de hinojos ante las aras en oración perpetua, pediremos á Dios que preserve de la infidelidad vuestro espíritu, esmaltado con virtudes nuevas, y de la muerte vuestra vida, todavía indispensable á la religión y su grandeza. Que Dios prospere, le pediremos, y Dios prosperará vuestra embajada. Y su eficacia

será grande. Por virtud de vuestro viaje, comenzará una serie tal de actos, que los infieles, venidos aquí á manchar la tierra y asombrar el cielo, se tornarán de nuevo á sus africanas guaridas, de donde salieron un día para nuestro castigo.

—Con tales oraciones—dijo Vera,—el cielo no podrá, no, abandonar nuestra causa.

—Mas ¿olvidáis—dijo Solís,—que para todo eso habéis menester descanso y la noche avanza y el sueño nos solicita?

—Recojámonos en buen hora, para proseguir mañana temprano este viaje.

CAPÍTULO V.

De aquella embajada solo podía surgir la guerra, como brota la chispa naturalmente del choque rápido entre el hierro y el pedernal. Codiciaban los Reyes Católicos la corona ceñida por Muley-Hacem, que, á un tiempo mismo, completaba la reconquista y servía en sus creencias para entrar después de muertos en el cielo y unirse como por propio derecho con las jerarquías angélicas. Todo los incitaba, todo, á la guerra, desde aquel amor primero que se siente por el suelo patrio, hasta los intereses más positivos de su política y los cálculos más matemáticos de regias y soberbias grandezas. Por su España, querían á Granada; por su religión, querían á Granada; por su corona, querían á Granada. Dominábales aquella idea de la unidad del Estado, que cerraba la Edad Media y abría la Edad Moderna. La sobreposición del poder monárquico á todos los poderes, idea puesta en fórmulas

extrañas, por D. Alfonso X á la cabeza de su colosal obra legislativa; idea defendida por D. Alfonso XI, y en parte realizada por sus esfuerzos guerreros y por sus reformas legales; idea exagerada en aquel terror de D. Pedro el Cruel, verdadero revolucionario de su tiempo; el predominio, iba diciendo, del poder monárquico sobre todos los poderes, imponía la guerra como una necesidad inevitable para reunir, bajo la mano del monarca en los campamentos, á los nobles y disciplinarlos y someterlos y reducirlos á la obediencia ciega en el ejército de la monarquía. Los Trastamaras habían interrumpido en mitad del siglo XIV la obra, que comenzara en mitad del siglo XIII D. Alonso X, al resplandor de un ideal progresivo, sólo entrevisto por algunas almas privilegiadas desde las alturas del trono y desde las aulas de la Universidad y del colegio. Este abandono de la idea, que inútilmente quiso corregir D. Álvaro de Luna, descabezado al fin por tanto noble, patricio, señor ó infante, que tenía interés en debilitar la monarquía; este abandono llegó á sus últimos extremos bajo D. Enrique IV, en cuyas manos se disolvía por completo el principio monárquico. Así, cuando los nobles, por su propio impulso y guiados del interés natural á sus ambiciones desapoderadas, por el interés de agrandar sus feudos, salían á su arbitrio por los campos andaluces en demanda de conquistas, los Reyes Católicos, veían con dolor cómo su gloria eclipsaba la gloria de los monarcas y sus conquis-

tas, convertidas en feudos, aparecían como muros y contrafuertes opuestos á su poder y á su autoridad, tanto más de cultivar con esmero, cuanto que representaban, como el espíritu en el cuerpo, la unidad interior de nuestra patria. Por consecuencia, la idea progresiva de la unidad del Estado, llévábales al necesario logro de dos indispensables objetos, la destrucción del poder agareno en sus últimas guaridas del montañoso reino granadino y la expulsión también de todas las razas que no participaran de sus católicas creencias. Era, pues, la conquista, el remate de la unidad religiosa y de la unidad nacional, era una guerra de patriotismo, pero también una guerra de religión.

Y casualmente se hallaba encabezando el reino granadino un hombre de fuerza y de violencia como Muley Hacem, que lejos de contener, precipitaba la catástrofe. Tal es el triste destino de todos aquellos que representan y personifican las irresistibles decadencias en el juicio de la historia. Lo mismo les da, lo mismo, igual resultado, la violencia que la flaqueza, desastrados y destituídos de todo buen auspicio. Si llegan á resignarse, atribúyese á debilidad la suerte suya nefasta; y si llegan á combatir, atribúyese á su violencia: que nada exime, nada, ni el valor más probado, ni el esfuerzo más titánico, de las responsabilidades que llevan consigo, sino ante la conciencia, de seguro ante la opinión las grandes y nefastas desventuras por involuntarias que parezcan. Vencedores, suelen per-

donarse así el crimen como el error; vencidas, parecen criminales é ignorantes la virtud y la ciencia. Hacem nació con cualidades propias de aquellos que fundan y mantienen reinos; pero nació por su mal en adverso período y de bien triste decadencia. Sus ambiciones y sus ensueños de conquista no conocían límites y se dilataban hasta donde podían dilatarse los impulsos del deseo. Desde los picos de las Alpujarras que le mostraban á un lado el Africa y á otro lado España, el árabe inquieto, sintiendo la caldeada sangre de Alhamar en sus venas, prometíase á sí mismo restaurar el imperio musulman aquí, en la península, de sus mayores y más envidiadas grandezas. El mundo helénico, la Iglesia bizantina, la península donde se levantan las Termópilas, el territorio donde radican Macedonia y el Epiro, aquella Constantinopla, sólio de los Césares, templo de los cruzados, Sede augusta de los patriarcas, con la basílica de Constantino y de Justiniano, cuyas cruces griegas parecían como astros conteniendo la luz de las ideas cristianas en los cielos de Oriente; aquel compendio de la religión griega y de la escultura europea, con todos sus recuerdos, con todos sus prestigios, se habia rendido y entregado al Korán y á los más bastardos y menos legítimos entre los adoradores de Alah. ¿Qué mucho, pues, qué mucho, si él, Hacem, suspiraba por una empresa igual en Occidente? Aquella Granada lucía entonces, como bello trasunto y compendio de todo lo que agigantara en la historia y

en el mundo, á la heróica raza de los árabes. Allí, los que habían llevado sobre sus hombros el califato de Damasco, cuyo poder temporal y espiritual fuera un día la luz y el calor de toda la gente mahometana en el período providencial de su mayor poderío; allí, los fundadores ilustres de aquel imperio cordobés, que con su ciencia esclareciera toda la tierra y con su grande Aljama eclipsara el sacro recuerdo de la Meca y sus santos templos; allí, los herederos de aquellos abdibitas que levantaran la Giralda de Sevilla y de aquellos almamunes que levantaran la Galiana en Toledo para estudio y contemplación de los astros anotados en sus tablas como notas músicas; allí, los últimos continuadores de tantas revelaciones científicas al mundo comunicadas por las madrisas andaluzas, ricas en retortas que descomponían la materia, en astrolabios que investigaban el cielo, en fórmulas algebráicas que contenían cálculos é ideas; allí, los destronados de tantos solios, los expulsados de tantas ciudades, los príncipes de tantas dinastías, los herederos de tantos héroes, contándose unos á otros, en su poético lenguaje, las hazañas inolvidables extendidas desde las tierras de Syria y Arabia, en combates sin fin, hasta los campos de Poitiers y las costas de Sicilia; resueltos, en esta última hora de su dominación y con el vigor que da un postrer empuje á todas las fuerzas del cuerpo, y con el resplandor que da un último destello á todas las ideas del espíritu, resueltos indudablemente á

recomenzar su historia épica, sin comprender como se ocultaba y extinguía tras los cerros de la oriental Alhambra, en los rojos matices de un inevitable ocaso. Tantas y tan grandes aspiraciones como en el pecho de los musulmanes latían, productos de siglos y siglos, tomaban forma humana, condensándose y personificándose á una en aquel rey último de Granada, conocido con el nombre de Hacem.

Así, pues, la embajada, que iba por la Vega, con sus banderolas en que relumbraban viejos signos heráldicos, y con sus armaduras que relucieran al sol de las batallas, y con sus mantos, en cuyas hombreras se destacaba la cruz, y con sus cascos, sobre los cuales campeaban ricos y varios plumajes, podría tomarse por la representación del mundo católico y sus cruzadas, yendo en pos de los orientales ensueños, y las islámicas ambiciones que se retorcían allá en los edenes de Granada con propósito firme de hundirlos y aplastarlos bajo el peso de sus victorias. Vera, el embajador, tenía tras de sí todo el mundo cristiano, que demandaba un esfuerzo; el heleno, recien sometido á la media luna de los fuertes ostmanes; el húngaro, amenazado á la continua, en sus santuarios y en sus hogares; los habitantes de las islas y archipiélagos mediterráneos, quienes, á cada paso, creían encontrarse con los piratas berberiscos; el forzado en las galeras turquesas, el cautivo en los calabozos de Orán, Túnez y Argel; mientras Hacem tenía tras sí el Africa y el Asia, creídas aún, por aquellos tiempos, cuando el

espíritu europeo florecía en el Renacimiento, de poder desarraigarlo y sustituirlo con la fe viva en el Korán y la dominación espiritual de su Profeta. Los vencedores de Constantinopla, los santones de la Meca, los soldanes de Persia y Egipto, los árabes andaluces, diseminados por las plazas de Africa, y que guardaban las llaves de sus casas de Córdoba y Sevilla, pedían con clamores continuos al reino granadino y á su rey Hacem, que sostuviese aquí, en la península, donde más ha brillado la causa del mundo musulmán é islámico en sus competencias con el mundo cristiano. Así, Hacem, guerrero por naturaleza y por educación, jinete ágil, montado en su caballo del color de los cuervos, cuando, en aquellas guerras civiles y religiosas continuas, iba, como en alas del viento, por las altas Alpujarras, y descubría desde cimas, bajo las cuales muchas veces tronaba la tempestad, al son de los torrentes y de los aludes, el vecino Mediterráneo y el Africa, notando cómo las dos orillas de los dos continentes aún estaban á la sazón aquella unidos por el musulmán alfanje y por el sublime Profeta, juraba componer una confederación musulmana, como la de almohades y almoravides, é ir presidiéndola y encabezándola al rescate de la grande Aljama de Occidente y al desquite de la horrible rota de las Navas. Por consecuencia, la embajada, que iba camino de los palacios árabes, tenía, no un carácter diplomático, un carácter guerrero, y llevaba en sí, no un tratado, un reto, el

cual debía recoger y sustentar hombre como aquel Hacem, á quien los hados confiaran la representación del imperio árabe-hispano en los días últimos de su terrible ocaso.

Estos y otros muchos pensamientos embargaban el espíritu de Vera, conforme iba con paso parecido á vuelo, dirigiéndose hacia el cerro de la Alhambra y acercándose á su codiciada sombra. ¡Qué alegría derramaba la vida oriental allí por todas partes! ¡Cómo relumbraba el aire azul, purificado en la noche por el frio de los ventisqueros eternos, y tan trasparente y diáfano en aquella mañana que trasmitía la luz del sol, espléndida é intensa, como si no le pudiese oponer ninguna resistencia en su nativa pureza! La vista menos enamorada de los espectáculos con que brinda la creación, embóbase allí, hasta el punto de arrojarse y desprenderse de todo cuanto no fuera una contemplación continua y extática. Las sierras de Loja parecían grandes turquesas, como las de Alpujarras encendidos rubíes; y el contraste artístico entre los conos violáceos de las extinctas lavas que coronan las cumbres de la estéril Elvira con los brillantes de nieves eternas que al otro lado relucían, ese contraste único aumentaba en grandeza y en hermosura con la luz del día y la trasparencia del aire. ¡Ah! Nada que recree la contemplación, como aquellas colinas, las cuales parecen puestas adrede allí por un paisajista inspirado para dar mayor realce y majestad á las sublimes cordilleras y á los dentados picachos relucien-

tes por las reverberaciones del cielo. Diríase que no reinaba por ninguna porción de la tierra el mal, viendo aquella riente naturaleza, tan dulce como las mieles destiladas por los troncos de sus árboles y por las corolas de sus flores y tan melodiosa como las auras mecidas en sus prados y en sus florestas. Entre cortinas de yedra, rodeadas de cármenes donde sus bases tienen pintados engarces, junto á las verdi-negras palmas, levántanse las torres bermejas, los minaretes blancos, las rotondas azules y argentadas, los kioskos rematados por tejas áureas, y á trechos, macetines de porcelanas brillantes en cuyo fondo radican rosales y jazmines entrelazando pintorescas guirnaldas. Aquellas enriscadas cumbres, además, parecen como urnas, de cuyos senos brotan desatados en arroyos cristalinos los manantiales que llevan á una en sí la fecundidad á las plantas por las laderas de los grandes bancales, entre las hebras del heno y de la alfalfa, el rojo pétalo de la encendida amapola en cuyo cogollo brillan los estambres negros y lucientes, de sedosa finura y de metálicas reverberaciones. Los trigos se coronan de crasas espigas que amarillean doradas por el estío y las parras de pámpanos y de tallos verdes y fresquísimos que se trasparentan como cristales. En todos los vergeles se mezclan las flores con los frutos, y encuentran recreos el ánimo, esencias y aromas el olfato, música las orejas, colores y cuadros la vista. Son de ver por el campo los jornaleros afanosos y por las eminencias el centinela

vigilante y sobre las mezquitas el muezin absorto en sus plegarias. Lo cierto es que no ha encontrado el musulmán, habitante del Carmelo y del Líbano en que mezclan sus vibraciones los cedros y sus salmos los profetas; conquistador de aquel Bósforo, en cuyas orillas Europa y Ásia se juntan y en cuyos lejos gallardean el Olimpo y el Parnaso; rey en el Cairo, á las orillas feraces del misterioso Nilo donde crecen palmas canoras como guzlas de poetas; dueño de las orillas del Tigris y del Eufrates, no ha encontrado tierra ninguna para vivir y morir como esta tierra de los volcanes y de las nieves, fresca y abundosa cual una pradera virgen, de cármenes cortados en las peñas como los antiguos jardines babilónicos, de confluencias como las que forman el impetuoso Darro y el sosegado Genil, de torres gallardas circuídas por florestas con tales plantas que semejan edenes y coronadas por almenas de tales facetas que semejan piedras preciosas al bruñido del sol y al esmalte de los aires. En cada recodo del camino, siempre que brillaba entre los ramajes una torre, del encendido color de los corales; una rotonda con todos los matices del oro; una extensión amplísima confundiendo en dilatado cuadro varios y hermosos objetos; Vera suspiraba de impaciencia porque la corona de Castilla, el yugo y las haces de sus reyes pudieran grabarse pronto en aquel encantado paraíso, donde los olivos de oscuro color y con álamos de cimbreantes ramas se unían con los granados de rojas flores; los limoneros cuajados de

azahar; los palmerales de majestuosas oscuras coronas con las moreras de hojas lustrosísimas; y las adelfas en el fondo de los secos y pedregosos torrentes con los castañares en las altas laderas de los frescos riscos, componiendo admirables consonancias de rumores y de matices.

CAPÍTULO VI.

Codiciando cada vez más á Granada entraron Vera y su comitiva por aquellas puertas que les abrían las leyes del honor, y que por sí mismas se hubieran convertido, acostumbradas á la defensa del último seguro mahometano, en losas de sepulcros para los embajadores españoles. Las herraduras de los brutos; las piezas varias de los armazones, donde sus cuerpos iban encerrados; la reverberación natural de las armas al sol y el giro de las divisas y banderolas al viento, atraían la triste mirada de los moros, henchida de relampagueantes odios. Con los dormanes oscuros, con los alquiceles albos, con los mantos y los albornoces de colores diversos, con los turbantes listados de sedas y gasas, con los rapacejos y bordaduras orientales contrastaban mucho aquellas férreas vestimentas de los embajadores castellanos, parecidos en su rigidez á figuras sacadas de las arme-

rías, estatuas yacentes venidas milagrosamente á caballo, por la luz y el aire, desde la humedad y el silencio de sus fríos y oscuros panteones. Más que los enviados diplomáticos de reyes poderosos y vivos parecían, á la verdad, todos los de tal cortejo aquellos heraldos de piedra, con que la grande arquitectura de la época, el gótico florido y el incipiente plateresco, blasonaba los palacios de príncipes, magnates y reyes. Con la misma indiferencia majestuosa que se ponían á disposición de su rey, penetrando en la ciudad enemiga, fueran todos ellos á morir y ofrecerse como verdaderos holocaustos de grandes sacrificios, en las competencias bélicas y en las cruentas batallas. De paso para el palacio, hasta el cual un escuadrón de moros á caballo, desde las puertas, les seguían y escoltaban por las calles, pudieron advertir cómo crecía la ciudad en el número de sus centinelas, apercibidos con gran vigilancia y armados de todas armas por los altísimos torreones; en la frecuencia de tiendas bien aderezadas y provistas; en el esplendor de bazares, donde se veían los más raros artículos expedidos á sazón del Asia; en la muchedumbre de catalanes y de genoveses, los cuales afluían atraídos por las granjerías del comercio; en los ricos trajes de las recatadas moras que, tras las celosías brillaban con sus bordados de realces riquísimos y sus pedrerías relucientes como las noches orientales. Penetraron, por fin, allá en lo que podríamos llamar la ciudad especial de los reyes nazaritas por

la puerta que abre paso á la pendiente conocida hoy con el histórico nombre de Cuesta de los Gomeles. En su lengua erótica, un tanto atrevida ó temeraria, los árabes llamaban á las colinas donde se levantaba la oriental Alhambra el ombligo de la tierra. Y en verdad aquellos cármenes, que parecen cónicas macetas; aquellas umbrosas alamedas, á las cuales se dan cita los ruiseñores todos del campo cautivos en su hermosura; el desate y susurro de los manantiales corrientes en todas direcciones y descendidos en trenzas desde las cumbres del encantado cerro; las gotas de los surtidores prendidas como un rocío matinal á los pétalos y á las ramas; el encuentro de las rosáceas torres cortadas por ajimeces de bordados mármoles y por áureas celosías; los arcos de herradura en competencia con los arcos de arte gótico que dan á tal estancia, tal jardín ó tal castillo, ingreso; los paisajes que se descubren unas veces sobre los cristales de Sierra Nevada, otras veces sobre las floridas hondonadas del Darro y otras veces sobre la inmensa vega, divertían el ánimo de los embajadores hasta del profundo pensamiento que los embargaba, y casi casi les hacía creer haber llegado á un planeta distinto de nuestro planeta en su extraña correría. Hoy es, hoy mismo, después que los siglos han pasado con la fuerza de sus torrenciales años; después que los moros han huído al desierto africano; después que la incuria y el abandono de tristes siglos ha cegado mil fuentes y derruído mil

camarines hermosísimos, reduciendo tantas maravillas á polvo, por lo menos afeándolos con la triste sobreposición de monumentos á ellas dispares; hoy, cuando entráis, os sobrecoge de tal suerte la magia propia del sitio encantador, que creéis ver las guzlas acompañando á las serenatas, ver los ojos de las sultanas convertidas en huríes tras de las celosías, y habitar aquel mundo extraño donde los caballeros juegan á la sortija en Bibarrambla, los muezines cantan allá sobre los minaretes de las mezquitas, y el postrimer ejército moro alardea en la vega; mientras el romance morisco resuena sobre los pavimentos de jaspe, junto á los surtidores que brotan de alabastrinas tazas, bajo techumbres de alerce cuajadas con varias incrustaciones de blanco marfil africano y estrellas relucientes de oro puro. Poned ahora con vuestra imaginación el árabe satisfecho de poseer tanta tierra; los cuerpos de guardias con sus soldados vestidos de varias túnicas y sus armaduras damasquinadas; las diversas tribus curtidas por el ejercicio de las batallas y por el sol de los desiertos, y ágiles como quienes se acostumbran á continuas guerras; la diversidad de trajes, la copia de objetos raros y artísticos, la riqueza de bazares tenidos por los primeros del mundo musulmán á la sazón; el carmen de raras plantas orientales, el vario juego de surtidores por tazas de tanto brillo recogidos; los baños con la luz tibia que finge un crepúsculo de Andalucía y sus estrellas en la bóveda que fingen una noche de

Oriente; las pajareras formadas con alambres de oro en cuyas redes y jaulas cantan las aves más canoras; el concierto de las dulzainas ó de las chirimías en paz y de los atabales y clarines en guerra; las competencias propias para que los poetas cantasen, como á porfía, el amor y el heroísmo; los desafíos caballerescos, las zambras continuas, los torneos inacabables, la llegada de los emisarios idos á ofrecer sus presentes y á dar promesas de auxilio á los mantenedores del Islam en tierras de España; y decidme cómo resplandecería Granada, con qué brillo en esta última tarde, tan poética, de su historia, y en este último tinte y crepúsculo del ocaso de su vida.

Los emisarios de Isabel y Fernando no se cansaban de mirar la presa que creían tener ya entre sus manos, según la fe que iluminaba y encendía sus corazones y sus conciencias. Sabedores de que se buscaba en aquel viaje antes motivo justo á una enemistad deseada que asiento de paz y concordia, erguíanse, no diremos con provocativos desdenes, pero sí diremos con aquel aire de orgullo satisfecho que cuadra tanto al natural castellano.

Pero sigamos viendo los sitios por donde pasan los embajadores. Á los dos ó tres recodos encuentran gruesa torre de aspecto africano sombreada por altos álamos, cuyo follaje contrasta la ciclópea pesadez de las paredes con su alígero movimiento y su dulcísimo susurro. Llámase aquel monumento la Puerta Judiciaria. Sus arcos de gra-

ciosas herraduras, amplios en guisa de romanos medios puntos, hállanse colocados, uno tras otro, con tal conocimiento de los efectos producidos por la mezcla de luz y sombras á distancia, que fingen todos ellos con sus largas y hermosas perspectivas, fantaseadas galerías. Las brillantes lápidas de mármoles, proclamando los apellidos de los reyes nazaritas, mezclados con los nombres de Alah y su profeta; las puertas claveteadas de hierro y ceñidas en el dintel con arabescos de tierra cocida, bruñidos por barnices varios y semejantes á ricas porcelanas; la corona de almenas esmaltadas por la luz resplandeciente y destacadas en el cielo clarísimo; la llave y su mano, esculpidas sobre la mitad misma del arco, y que, además de simbolizar poderes históricos y políticos, simbolizaba religiosos amuletos contra la mala estrella y las naturales desgracias evocaban las creencias católicas en el ánimo de los caballeros de Santiago y les movían á murmurar oraciones capaces de poner en fuga inmediatamente á los demonios visibles por aquellos simulacros de la mahometana idolatría, tan aborrecida de un cristiano viejo. La Puerta Judiciaria franqueaba la primera línea de murallas, y la puerta, conocida hoy con el nombre, bien extraño, de Puerta del Vino, franqueaba la segunda línea de murallas, abriendo paso á un patio, en cuyo centro se veía olmo gigantesco, del cual ¡oh! las ramas ofrecían saludables sombras al muftí para que, interpretando los textos del Korán, administrase la

debida justicia. Ya estaba, después de tal patio, cerca del ingreso al palacio, cuando su vista quedó como embobada y estática en el espectáculo, por doquier ofrecido á la contemplación, que no podía permanecer tranquila, y se avivaba en soberano entusiasmo. Á la derecha, y tras los alicatados, ornamento de las galerías y arcos, cual si en el mismo pié de Sierra Nevada se hallase, aquel Generalife misterioso entre cuyos escalonados bosques de cipreses y laureles relucían los miradores ceñidos y tachonados por multicolores porcelanas, que reflejaban los rayos del sol y producían en plena lumbre y esplendor de un soberbio día deslumbradoras estrellas; á la izquierda, y de trecho en trecho, la legión de las torres en todas sus alturas por vistosos guardias ocupadas; en el fondo las colinas, puestas casi en gradería por la naturaleza y sombreadas por los cedros y por los pinos y por las palmas, colinas, á cuyos piés el rojo Albaicin, ceñido de aloes y de nopales, mostraba las estrechas calles, cuyo recato aumentaban las recelosas celosías, y los anchos patios, en que los mirtos y las adelfas y los limoneros y los naranjos entrelazaban sus ramas; cerca de aquel sitio la carrera del Darro, arrastrando sus impetuosas corrientes cargadas de oro entre florestas parecidas por su espesor y por su follaje á selvas, y allá lejos, la sierra Elvira, con sus lavas violáceas concluídas por truncadas pirámides, poniendo un contraste necesario de aridez entre las varias manifestaciones

de tanta y tan copiosa y tan exuberante vida, cuya savia parecía refluir en el corazón de los cristianos, y hacerles sentir y comprender cuánto había de costar á los árabes el desceñirse y apartarse de su predilecta misteriosa hurí, de la incomparable Granada.

Mucho complacen las vistas extensas en las orillas encantadoras del Darro y del Genil; pero aún complacen más, por lo extrañas, las abreviadas y reducidas en aquellos espacios fabricados por la increible arquitectura de los árabes y embellecidos por sus soberanas artes de ornamentación. Acababan los embajadores de ver la bella Mezquita, que habían dejado á su derecha, fundada por el jefe de los antiguos monarcas nazaritas; cubierta de mosáicos resplandecientes en los cuales se reproducían las flores del campo y las estrellas del cielo; pintada toda ella de azul y oro; y bajo cuyos artesonados ardían lámparas de plata, nacar y concha, difundiendo luz, templada misteriosamente por rosadas gasas de seda finísima, en las cuales, todas sus galas para la ornamentación lucían los artífices de Oriente. Pues aun vistos y admirados semejantes edificios, quedáronse fuera de sí los emisarios, cuando las puertas se abrieron y tras largo pasadizo un tanto sombrío y oscuro, preparado para los grandes efectos de luz, penetraron allá en el patio conocido ahora con el nombre de los Arrayanes y conocido entonces con el nombre del Mesuar. Vistoso mosáico, de brillo semejante al de la

pedrería, engalanaba las bases de sus airosas paredes; mostagueras vidriadas, azules y blancas, ornamentaban el suelo, tan brillante como la veneciana cristalería; una grande alberca, por murmuradora fuente alimentada, retrataba en su alegre superficie los esplendores del aire aromados por las rosas y los azahares; guirnaldas de mirtos y arrayanes, contrastaban el claro color de los mármoles con el oscuro y metálico verdor de su follaje, despidiendo juegos maravillosos de aguas; innumerables puertas á cual más bien ornada, con marqueterías riquísimas, como se dice hoy, é incrustraciones de nacar, oro y marfil, abrían paso á misteriosas estancias y ornaban con sus primores, las paredes artísticas del patio; dos galerías brillaban al extremo Norte y Sur por maravilloso modo alicatadas, con cubos parecidos á iris, con rombos circundados de alharacas ligeras, con extrañas cintas que parecían flotar al aire, con hojas de una vegetación casi paradisiaca, con innumerables conchas tan variamente pintadas como las producidas por el mar, con piñas de pinares fantásticos: aquí, un arco semejante á los admirados en Córdoba y sus Aljamas; allí cartelas indias con animales alegóricos, recordando las orillas del Ganges junto á tallados de madera con letras karmáticas, expresión de leyendas, parecidas á las resonantes, así por las riberas del Eufrates, como por las riberas del Nilo; y doquier, preciosas hornacinas ocupadas con vasos gigantescos de áureos esmaltes, columnas torneadas como los

troncos de las palmas, sosteniendo archivoltas de proporciones armoniosas y arcos parecidos á joyas por sus adornos, alhamíes ó sitios de descanso, especie de alcobas estrechas semejantes á capillas, con techumbres de ricas estalactitas lapis-lázuli, con cornisas alacenadas en las cuales se veían los vasos de colorado barro, las armas damasquinadas á maravilla, los candiles de bronce, los pebeteros de aromosas esencias, coordinado todo con tal arte, que hasta los más activos deseaban detenerse allí, entre tantas maravillas, y entregarse por completo á la contemplación del arte y sus milagros en una oriental soñolencia.

A pesar de que parecían verdaderamente agotadas así las riquezas del palacio como los afectos de admiración despertados en sus huéspedes, aún quedaba la maravilla de las maravillas, la sala de los embajadores, cuyas grandes proporciones tenían algo de los monumentos romanos, por su magnitud; y cuyas bóvedas tenían algo también de la singular belleza gótica por lo alígeras y lo complicadas. Imposible imaginar, ni con la fantasía más creadora, los mejuares con sus arcos de atarjas y sus filetes de jairas; los semicírculos bizantinos por ramas de misteriosa encina realzados; las impostas circundadas de letreros cúficos que rezan misteriosas poesías. Aquí, en leyendas incrustradas por las paredes y el friso de las bóvedas, el poeta compara la sala con una novia enriquecida de todas las perfecciones, y con un trasparente vaso lleno de todas las

esencias; allí, confunde sus alharacas riquísimas con diademas de reinas, y las diademas de reinas con aureolas de luna llena. En el alhamí abierto por las paredes, la noble alcarraza rebosante de agua fresca y á su pie los pebeteros lanzando nubes de aromas. En todas partes, incrustrada la dulce palabra Beracá, la cual quiere decir, felicidad. En el techo, bóvedas alicatadas, que forman grandes polígonos, en cuyas líneas resaltan misteriosas estrellas. A la parte del Norte, tres balcones, que dan sobre las corrientes del Darro, y que ostentan preciosísimas labores. En un lado el Sevir-Almansud, ó sea, el trono de los reyes de Granada; y en torno suyo, los magnates del reino, los walíes, los ulemas, los muftís, los alcaides y alféreces, rodeados todos de arqueros. Difícil resucitar tanta grandeza, ni con la imaginación más poderosa. Entre aquellas paredes, tan ligeras como los tapices persas, y empapadas en colores varios, y embutidas de cristalizaciones fantásticas por esmaltes orientales realzadas; bajo aquellas bóvedas, compuestas de alerce y ébano, sobre cuyos pardos y negros fondos brillan plata, oro, marfil, lapis-lázuli, nacar, hojas y flores en ramilletes increibles, astros infinitos en constelaciones deslumbradoras; junto á los cojines y divanes de damasco, que pebeteros cuajados de pedrería perfuman y que bordadas telas envuelven; frente á las alacenas ocupadas por los damasquinados alfanjes y por las mayolicas que parecen reverberar una luz superior á la luz del cielo;

respirando las auras perfumadas de la vega, que penetran por ajimeces y celosías; oyendo la música melodiosa, que sube de Granada y de sus cármenes y de sus bosques; mirando la palabra felicidad, unida con la palabra Dios y entallada por todas partes, los caballeros de Santiago, con sus armaduras y sus cascos frente á los últimos nazaritas con sus turbantes y sus alquiceles, se declaran una guerra, que ha de coronarse con la rota del árabe odiado y la completa unidad y la santa independencia de nuestra hermosa España.

Cuán opuestos sentimientos batallaban en aquella suprema hora, así dentro del corazón que latía bajo la túnica de Hacem como dentro del corazón que latía bajo el férreo peto de Vera. El rey granadino miraba desde su trono al aborrecido nazareno y no podía darse cuenta de las varias consideraciones y respetos bastante fuertes y coercitivos para impedirle aquello que le reclamaban todos sus instintos, lanzarse airado sobre los cristianos y allí mismo despedazarlos. Vera, comendador de Santiago, nacido por tanto para la cruzada perdurable, veía en las paredes hermosísimas de aquel santuario, donde campeaban el Dios y el monarca de sus enemigos, las leyendas más contrarias á sus creencias y los recuerdos más odiosos á su corazón que le movían é incitaban á declarar una guerra universalmente deseada por todos sus compatriotas. La cortesía natural en los asuntos internacionales, tratados entre reyes y embajadores, superó

á todos los arrebatos del odio y le impuso un conveniente lenguaje al par firme y comedido. Recordó, con discreción castellana, los orígenes de la dependencia que Granada, desde los tiempos de San Fernando, debía por costumbre á Castilla y las parias convenidas en múltiples tratados. Corrió muy de ligero, como quien huye de un asunto enojoso y peligrosísimo, sobre los atrasos adeudados á la corona de su monarca y sobre la necesidad imprescindible de satisfacerlos y pagarlos pronto. Un rumor de mal contenido enojo corría en la corte de aquellos musulmanes, vencedores y vencidos tantas veces, según que hablaba Vera evocando antiguas humillaciones y derrotas, dolorosísimas para sus corazones de granadinos y para sus conciencias de creyentes. Hacem, por su parte, no podía contenerse. Parecíale un verdadero insulto aquella recordación de sus derrotas y hasta un reto aquella suavidad con que las contaba el comendador, como si de lo más natural y corriente se tratase. Por tanto, perdida la calma que había imperado en las palabras de su contrario, dió la siguiente respuesta:

—Volveos, y decid á vuestros soberanos cómo han muerto los reyes granadinos capaces de pagarles tributo, y cómo aquí no se bate moneda para sustentarlos, sino que se forjan alfanjes y lanzas para destruirlos.

Mucho imperio necesitó ejercer Vera sobre sí mismo, para no desconcertarse y no redargüirle

con palabras igualmente soberbias y guerreras. Contentóse con bajar la cabeza en signo de profunda cortesía y decir con los ojos todo cuanto callaban adrede los labios. Su pecho se había indudablemente agitado, con la vista de los ejércitos á quienes acometiera tantas veces y con la lectura de aquellas frases árabes talladas en los alerces y en los mármoles que decían las glorias del profeta y recordaban los triunfos de los constructores de aquel maravilloso alcázar y las faenas de los cautivos cristianos que aherrojados, habían puesto piedra sobre piedra en sus maravillosas paredes. Todas las iras de una raza guerrera se agolparon á su corazón, pero ninguna fué bastante poderosa y bastante fuerte á romper la natural clausura de sus labios. Callóse, pues, é indicó bien á las claras, con tal silencio, cómo iba en aquel momento á comenzar una furiosa guerra, quizá la última entre cristianos y moros.

De haber salido con otra persuasión, quizás callara lo que realmente le iba por los labios y le henchía el corazón, la promesa dada en el castillo la noche antes á Isabel, de invocar entre los esplendores del granadino Alcázar, las grandezas de María. Y en efecto, al volver por uno de aquellos patios y observar diversas maravillas en ellos aglomeradas, no pudo contenerse y dijo cómo era imposible que un cristiano viejo envidiase la dulzura de aquel clima, la belleza de aquel horizonte, las delicias de los innumerables vergeles y florestas, el

esplendor de un palacio construído por las huríes y digno de ser habitado por la felicidad, cuando se acordaba, con recuerdo bien doloroso, de que allí no se oía por ninguna parte resonar el nombre más grato á los oídos cristianos, el nombre de la Madre del Verbo, de la Hija del Eterno, de la Esposa del Espíritu, de la inmaculada María. Los musulmanes, que le acompañaban cortesmente, y que le iban mostrando todas las bellezas de aquellos sitios como si quisieran, ciegos é imprevisores, despertar su codicia, no pudieron, al oir la extraña expresión de Vera, contener un maligno asomo de burla y escepticismo. La idea que andaba por las mientes de todos, había de ser dicha por alguno. Y en efecto, un sabio ulema de los más industriados en las dos teologías enemigas, de los menos capacitados para comprender el misterio de la Encarnación, repulsivo á toda la raza semítica, observóle cómo en su concepto no cabía que tuviese padre ni madre quien era de suyo anterior al tiempo; y que cupiese dentro del vientre de una mujer quien jamás cupo ni puede caber en la inmensidad del espacio. Oir tal palabra Vera, y poner la mano sobre la empuñadura de su espada, obra fué de un solo momento; ver los musulmanes que acariciaba el comendador sus armas y requerir ellos cimitarras y alfanjes, fué obra también de otro momento; mirar á los árabes en actitud de guerra y apercibirse los castellanos al combate con impulsos de resistir unos y de acometer otros, también fué resolución instantánea de las

que vienen como un relámpago al ánimo y estallan como una centella. En los tranquilos y encantados patios de aquel maravilloso palacio, hubiera comenzado la guerra, si Hacem, bien pronto instruído por algunos cortesanos de lo que sucedía, no sale á recordar el respeto debido al embajador y al huésped. En las puertas del mágico alcázar, tomaron los nuestros sus caballos, y saliendo pronto de Granada, se perdieron en la Vega, después de dejar con todo cuanto había ocurrido tras de sí, una guerra, que á la verdad acababa de comenzar en aquel supremo minuto.

CAPÍTULO VII.

La salida que tuvo esta embajada, necesariamente había de dar como resultado inevitable la guerra, y la guerra cruenta. Acabado por las palabras de Hacem todo el respeto debido á los antiguos compromisos y á los mutuos pactos, penetraba por las sendas fronteras alternativamente la furia propia de dos razas enemigas, empeñadas en destruirse y aniquilarse, alimentando una guerra sin tregua y sin término. El castillo de los Solís parecíase, por aquel entonces, en las comarcas afligidas de crueles irrupciones, al escollo, donde las olas alteradas se arremolinan, y á la cumbre donde se desatan y estrellan las tormentas. No había irrupción árabe que no diese por aquellas vegas y cañadas, punto estratégico de primer orden, puesto que de sus líneas podían partirse los irruptores hacia Córdoba ó hacia Sevilla con gran facilidad. En cuanto Vera volvió, y alojándose de nuevo allí en

su regreso, indicó la ruptura entre los Reyes Católicos y los príncipes nazaritas, Solís dispuso apercibirlo y prepararlo todo para una formidable defensa. Levantáronse pendones, y apercibiéronse calderas, como siempre que se debían reunir las tropas del señorío. Los vientres de los cañones se cargaron de proyectiles; y las torres y fortalezas se proveyeron de guarniciones; y los fosos se llenaron de agua; y los puentes levadizos, levantados todos, se opusieron á la comunicación exterior: el vigía subió por los montes más altos para dar las señales de próximo peligro; el escucha puso en tierra su oído para percibir los pasos; el centinela redobló la vigilancia; y el campanero tuvo que colocarse allá en las torres más altas para tocar á rebato y reunir con sus clamores á todos cuantos por aquellos sitios tenían el deber de pelear y morir por el señor de su tierra y por la religión de su patria.

Isabel mostró, en aquella suprema ocasión, todos los recursos de su genio y todas las riquezas, así morales como intelectuales, de su alma. Parecía ya un doctor, ya un general, ya un penitente. Ninguno de los guerreros avezados al combate continuo le aventajaba en el estudio y conocimiento de los sitios estratégicos más propios para el ataque y la defensa; ninguno de los monjes reunidos en el convento franciscano, que completaba el castillo, hacía con tanta diligencia sus oraciones diarias, ni rogaba con tanto empeño al Dios de las batallas una victoria en rezos incesantes como la piadosa

Isabel. Ya se la veía montada en alazán de guerra inspeccionar los alojamientos militares; recorrer las guardias y los retenes; excitar al entusiasmo y al combate; ó ya, cubierta con largo manto, de rodillas al pie de los altares, plegadas las manos, extáticos los ojos, dirigirse al cielo, estableciendo tal comunicación y tan estrecha con lo sobrenatural por medio de sus plegarias, que allegaba y tenía verdaderas místicas visiones, en las cuales se le presentaban á una, con todo el relieve de la viviente realidad, los seres y los objetos sobrenaturales, á quienes enderezaba sus plegarias. Adorábanla, pues, todos en aquella tierra, donde bien puede asegurarse que la hermosa Isabel de Solís era, en pequeño, lo que la grande Isabel allá en Castilla; una mujer, que sin renunciar á la delicadeza y á la ternura de su sexo, poseía las viriles virtudes indispensables allí donde reinaba con tanta fuerza y tanto imperio la guerra.

En cuanto Vera se alejó de Granada, reunió Hacem su Consejo, para que le asesorara y esclareciera en el plan de campaña que debía seguir contra enemigos tan formidables como los dos monarcas españoles. Desde que los empujes de la reconquista se detuvieron á las orillas del Salado por la herencia de guerras cruentísimas entre su hijo legítimo y sus hijos naturales, dejada por el Onceno Alonso, toda la táctica cristiana se había reducido á correrías é irrupciones por la vega y demás dominios granadinos, cuyas correrías é irrupciones

pasaban cual nubes de verano por el cielo y cual rápidas inundaciones por el campo. Sólo allá, cuando la realeza debilitada podía rehacerse y cobrar en algunos momentos fugaz valor, acometíase por los reyes mismos alguna que otra empresa, como la coronada por el triunfo de la Higuerita, merced al empeño con que D. Alvaro de Luna, en su reconocida previsión, había restaurado la política de los reyes anteriores á los Trastamaras, y tenido así en respeto y en obediencia por un milagro rapidísimo á la inquieta y anárquica nobleza. En tiempo de su heredero Enrique IV, subido al trono después que los nobles habían alcanzado la entrega del Condestable á su voracidad; ya lo hemos dicho, las guerras con Granada se limitaban á meras correrías de una incertidumbre grande y de un gran desorden por carecer del plan maduro y unidad saludable que sólo un poder tan fuerte como el poder monárquico, levantándose sobre las contradicciones feudales, podía dar á esfuerzo tan gigante cual aquel indispensable para rematar la guerra de siete siglos y concluir la santa reconquista. Enrique IV había visto Granada por un capricho de su arbitraria voluntad, que le conducía de aventura en aventura ridícula, y por una complacencia de los reyes granadinos, que le creían actor, y no rey, más propio para representar una comedia que para iniciar una empresa. Los caballeros feudales, sí, los Girones, los Carrillos, los Medina-Sidonias, los Villenas, los Ponces, arremetían por la vega, cuan-

do se lo demandaba el gusto, y concluían hazañas, más ó menos gloriosas, de superior empeño muchas, pero de muy escasa utilidad al engrandecimiento común de nuestra patria y al arraigo en ella de una monarquía poderosa, y capaz de prestar la fuerza y la unidad necesarias al Estado, quebrantadísimo por las feudales tormentas.

Hacem, ducho en las artes políticas, tanto como maestro en las artes guerreras, comprendió que la suerte de su reino estaba en aprovechar la coyuntura plausible de un desorden sobreviviente al débil Enrique, y no bien dominado aún por sus débiles sucesores, para impedir á la monarquía rehacerse, y ya rehecha, caer sobre su corona con la pesadumbre de una recien adquirida grandeza. Así trajo de África tropas berberiscas, en las cuales el temple guerrero se aunaba con el furor contra la cristiandad; y las requirió y las aparejó, presentando á sus codiciosas miradas cuánto les convenía desquitarse de seculares afrentas y abrir camino á las esperanzas acariciadas por los expulsos, allá en el desierto, de recobrar su España, tan querida como llorada, por los que habían levantado á la sombra de Sierra Morena sus aljamas, en la desembocadura del Guadalquivir sus giraldas, y en las orillas del Tajo sus madrisas, sus alcázares y sus mezquitas, esmaltando, como un templo del Profeta y como un mirab del Korán, toda la península. No le permitían, ni sus fuerzas, ni los tratados, una campaña en toda regla y con todo arte, pero sí le per-

mitían irrupciones parciales, y por su propia brevedad tan fuertes, intensas y asoladoras, como una gran catástrofe natural, de las que turban los cielos y talan las campiñas. Por una singularidad, propia de tan extraordinarios tiempos, en las treguas antaño convenidas, se habían puesto cláusulas, á la luz de una razón serena inexplicables, como, por ejemplo, la de que podían los dos reyes de Granada y de Castilla, cuando les pluguiera, entrar en cabalgata y correría por el territorio vecino, con tal de que no dieran al viento sus banderas ni sonaran sus añafiles y trompetas, ni sentasen reales, ni se mantuvieran por más de tres días en estos rápidos empeños; verdaderos relámpagos de combate. Así, pues, el Consejo advirtió á Muley Hacem su derecho de acometer á Castilla por donde le placiese, y debilitarla con golpes rudos aunque rápidos, y con irrupciones, cuya brevedad podía estar bien compensada con el empuje y con la fuerza.

No se lo dirían dos veces al audaz monarca. Puesto que antiguos pactos le facultaban para estas acometidas, cumpliríalas á poco de pensadas. Estudió bien los lados flacos del enemigo y arremetió con ellos. Ninguno tan debilitado como Zahara, conquista de D. Fernando de Antequera. En la extraña organización feudal habíanla dado en señorío los reyes á un Fernán Arias, y este Fernán Arias á su hijo Gonzalo. El donante, como todos los caballeros de tal edad, no se resignó al goce tranquilo

de sus hermosos feudos, entre los cuales contaba con grande orgullo á Tarifa; rompió en correrías por un lado y por otro, viviendo á la continua del botín que le dejaban sus peleas incesantes, ni más ni menos que las fieras en los bosques. Los combates del rey Enrique IV con sus hermanos Don Alonso y Doña Isabel, así como los combates de los nobles castellanos entre sí, tentaron al indócil Fernán Arias, y le metieron en las trombas de las feudales guerras. Cabalgó como un ángel exterminador, destilando sangre de sus armas jamás satisfechas de matanza, por todos cuantos campos de batalla se podían ofrecer á su inquietud. Taló, incendió, saqueó, exterminó, como si fuera un ministro de la muerte; al cabo le volvió las espaldas la fortuna, y lo derribó por los suelos en aquellas frecuentes alternativas por que pasaban los bandos en sus luchas. El noble castellano debió á un esquife la salvación; y atravesando el Estrecho, fué á dar con sus rotas y con sus desgracias en África. Los aduares berberiscos, refugio de las razas infieles vencidas por sus padres, le vieron pedir limosna y alargar la mano para recoger un puño de dátiles salvajes y un vaso de cálida leche. Perdonado por los Reyes Católicos, pero empobrecido por sus demencias, volvió á las lloradas tierras andaluzas, y se asiló dentro de un torreón solitario en el célebre Aljarafe de Sevilla. Un día, la tierra se abrió bajo sus plantas; y el torreón sacudido por los terremotos, se hundió sobre su cabeza. No le quedó

á su familia más feudo que la gentil Zahara, por su hijo Gonzalo poseída; pero flaca y pobre y desgraciada, sin fuerza y sin recursos. Supólo Hacem, y á la callada se lanzó con sus tropas sobre la población infeliz del triste á guisa de tigre sobre caravana. Sirvióle de mucho una tempestad, cuyos furores hubieran detenido á otro más tímido que al postrero quizá, sino de los reyes, de los héroes nazaritas. El relámpago deslumbraba sus ojos; el trueno ensordecía sus orejas; desgajaba el rayo los árboles circunvecinos, y las granizadas caían y rebotaban sobre las armaduras; mientras la inundación, en forma de torrente, le quitaba con furor bajo los piés la tierra. Nadie podía en la plaza española creer que á tal hora, y bajo tal tormenta, pudieran llegar los enemigos. Mas llegaron á una con la prontitud del relámpago; subieron á las almenas tan misteriosamente como suben las nubes á las alturas; sacaron las cimitarras, que á la luz de las centellas parecían cometas caídos del cielo; y mezclaron los gritos de su victoria con los retumbos del trueno.

No hay para qué decir cuánto y cómo los berberiscos llegarían á cebarse, rabiosísimos de suyo, en las personas de los vencidos. La toma de Zahara se contará siempre por la historia entre las sorpresas más fáciles de un capitán afortunado, pero no entre sus glorias; porque la tremenda noche del inesperado asedio, y la ciega confianza del dormido zahareño, quitaron al triunfo material todo carácter de bien reñido y bien logrado combate. ¡Ay!

en lo apartado del hogar, en lo inerte del sueño, en los descuidos inspirados por breñas inexpugnables, los granadinos sorprendieron á los cristianos, y sin piedad alguna los pasaron á cuchillo. Pocos pudieron salvarse, y esos, arrojándose por los adarves á cuyos piés encontraron violenta muerte. Pero algunos huyeron de la matanza, cayendo en la esclavitud. Cuando los brazos se habían cansado del degüello dió Hacem un bando requiriendo á los sobrevivientes se presentasen todos en la plaza. Y se presentaron á una con el terror propio de numeroso rebaño sorprendido por los lobos. Una hueste berberisca los circundó, insultándolos después de humillados y rotos. Mujeres, niños, algunos varones, la población sobreviviente; desnuda, salpicada de sangre, transida de frío, descalza, llorosa, fué conducida por los vencedores á pie hasta Granada, cuyos aires alegres resonaban con el eco de zámbras y torneos. Los granadinos, sin compasión alguna por el dolor de los zahareños, se lanzaban al pie del vencedor, celebrando su victoria. Pero la vista de aquellas gentes, sorprendidas y no domadas, llenas de postración, todavía tintas en la sangre de sus deudos, obligadas á correr como los caballos por los pedregosos caminos, dementes de dolor, su vista, decía, enfureció á un santón, quien, contrastando con los cortesanos adscritos á la fortuna, echó en cara elocuentemente al ensoberbecido Hacem su crueldad, y le aseguró con palabras tristes como los gritos de melancólica cor-

neja, los desastres que habían de acompañar implacables al tercio último de su vida y las ruinas que habían de caer precipitadas sobre su reino. Echáronlo de la presencia del rey los cortesanos; pero él, se lanzó por las calles. Y como las gentes sabían sus virtudes, sus ayunos, sus maceraciones, sus cilicios, y creían que tornaba de una gruta, bajo cuyas bóvedas había podido comunicarse con el cielo, al verlo venir, alto como una sombra, extático cual cumple á un penitente, con los ojos puestos en lo infinito y las manos en sacros amuletos gritando ¡ay de Granada! gritaban como él, y le pedían su intercesión manifiesta para preservar al reino de la ira de Alah y su Profeta. Mas Hacem, satisfecho con su triunfo, no hacía caso de tales presagios, y se preparaba con tiempo á nuevas correrías, que aumentasen los cautivos cristianos y le diesen fama universal entre los árabes.

CAPÍTULO VIII.

Bien pronto llegó la noticia de tales desastres al riscoso castillo de Solís y esparció el temor consiguiente. Los castellanos comprendieron que Hacem, escogería otro nuevo blanco para sus empresas é irrupciones, y que lo llamaba mucho el sitio, donde se alzaba, en las fronteras, su fortaleza. Contaban ya los señores de Solís algunos años muy prósperos en que habían llenado sus trojes de trigo, sus bodegas de aceite y mosto, sus desvanes de almendra y seda. Muchos ganados corrían y triscaban por sus colinas sombreadas de robustos encinares. Población densa y aumentada por las muchas cosechas y la necesidad de fecundar aquel suelo feracísimo, podía tentar el inquieto deseo de un guerreador tan grande y tan porfiado como Hacem. Al saber lo sucedido en Zahara, temblaba Solís por su mujer y sobre todo por su hija. Las mayores penas del mundo le parecían ligerísimas

en comparación de la que podía traerle un desastre fácil, en el cual se perdiese aquella hija predilecta de su corazón, por quien diera mil veces la vida. El espectáculo de los horrores de Zahara prestaban natural pábulo ciertamente al terror profundísimo de Solís. Aquella hermosa criatura, nacida bajo escudos tan claros, educada en todas las grandezas, descendiente de cien cristianos abuelos, podía verse arrancada en medio de un furioso combate al castillo donde naciera y al templo donde orara, para ser luego conducida, entre los despojos de un bárbaro triunfo, al reino vecino, y de allí trasladada quizás á los bazares de Oriente, donde la venderían para ornato de un harem musulmán, que mancharía la pureza de su cuerpo y perdería para Dios y para el cielo su alma. Cuando tales pensamientos asaltaban la febril mente de Solís, corría un frío de muerte por todos sus nervios y trataba de contener su cabeza para que no estallase al impulso de tales terrores, cuya intensidad podía despojarle de la razón y sumergirle con grandísima facilidad en una súbita demencia. No sabía en su terror, á qué santo encomendar su dolor. Por fin se le ocurrió conjurar á la esposa y á la hija para que se retiraran á Córdoba y dejaran de hallarse así expuestas al furor de la gente granadina que podía caer sobre sus feudos de improviso cual había caído sobre la infelicísima Zahara. Encaminóse pues á su estancia donde las encontró muy atareadas en labores domésticas. El aspecto

de Solís no debía ser muy tranquilizador cuando su esposa le preguntó al verle entrar tan alterado:

—¿Qué traes?

—Nada.—Contestó Solís muy distraído.

—Señor padre,—dijo Isabel, nos había la expresión de vuestra faz aterrado.

—Y creíamos—añadió la madre,—que los escuchas acababan de anunciar una irrupción á la vista.

—No, por ahora nada sucede.

—Pues ¿por qué tan demudado? Esposo mío.

—Porque puede suceder algún día.

—Dios y su Santa Madre nos preservarán de todo daño.—Exclamó Isabel con grande naturalidad, como quien tiene una fe viva en el cielo y una grande confianza en su amparo y protección.

—Sí, Dios y su Santa Madre nos ayudarán; pero algo debemos nosotros hacer también para que así sea.

—Pues no hemos hecho poco,—dijo Isabel.

—No todo cuanto debiéramos,—replicó Solís.

—¿Cómo?—Preguntó á éste su esposa.

—Repito que no todo cuanto debiéramos.

—¿Qué falta?—Preguntó Isabel.

—Mucho.—Respondió malhumorado su padre.

—¡Mucho! No atino con ello. Habéis agrupado vuestros siervos dándoles sus armas; habéis apercibido la defensa fortaleciendo muros y torreones; habéis cargado hasta la boca mosquetes y artillería; los vigilantes duermen sobre un pie; los escuchas, tendidos en el suelo, atisban el menor

paso: todo está preparado para el combate; ninguna sorpresa como la sorpresa de Zahara puede temerse; de consiguiente no hay para qué ni por qué ahora echar nada de menos.

—Yo no hecho nada de menos; echo dos personas de más.

—¡Oh! Explícate,—dijo la señora de Solís con precipitación, adivinando temerosa todo cuanto encerraba la proposición de su marido.

—No he menester explicaciones. Lo habéis comprendido todo. No puedo ni debo, ni quiero permitiros la estancia en este castillo, cuando se halla por todas partes amenazado de terribles asedios cuya salida no podemos adivinar fácilmente.

—Padre mío—dijo Isabel,—por Dios no habléis de eso; no habléis de nuestra separación jamás; pero mucho menos cuando un peligro de muerte os circunda y os amenaza.

—Invoco mi autoridad incontestable de padre para la separación.

—Y yo para no separarme invoco mi amor intenso de hija.

—Otras veces, Isabel, os habéis de mí separado.

—Sí, cuando yo no tenía ni conciencia, ni pensamiento, ni voluntad.

—Pues hoy como entonces no debes tener ni más pensamiento, ni más conciencia, ni más voluntad, que el pensamiento y la conciencia y la voluntad de tu padre.

—Niña, pude ir donde tú me mandabas; pero mujer, no puedo, no.

—Pues debes,—dijo Solís con arrogancia soberana.

—No has menester, no, recordarnos nuestros deberes para cumplirlos,—dijo la madre. Pero no te niegues á oir nuestras reflexiones antes de tomar tu resolución.

—Dejadme, no escucho nada.

—¿Queréis matarnos, padre mío?

—Quiero salvaros como pedazos que sois de mi corazón.

—Mata—dijo Isabel con verdadero arrebato,—el puñal ó la cimitarra del árabe; mata de un golpe, misericordiosa y compasiva; pero la impaciencia, la incertidumbre, la zozobra, matan como una larga enfermedad y como una perdurable agonía.

—No hay remedio,—exclamó Solís imperiosamente, y sacudiendo la cabeza como si quisiera negar á tales súplicas sus oídos.

—No digas que no hay remedio,—exclamó suplicante su esposa. Óyenos por piedad; oye á tu hija por Dios, antes de condenarnos á castigo tan cruel como una separación.

—No, no, esposa mía, no puedo en este trance oiros. Me temo mucho á mí mismo; temo á la propia debilidad, y mucho más que á mí mismo y á mi propia debilidad, temo á vuestras voces, reclamos demasiado dulces para quien tanto y tan de veras os ama.

—Pero, padre, pensad que nos sacrificáis. Es más cruel vuestro cariño que la crueldad musulmana. ¿Cómo queréis que gocemos en paz otra residencia mientras aquí os amenaza la muerte? No saber á todos los minutos del día cuanto pasa en nuestro sitiado y triste hogar; no saber si cuando nos creemos felices habremos dejado de serlo por tu separación eterna. Prefiero presenciar la tala de nuestros campos, el incendio de nuestros bosques, la toma de nuestras fortalezas, á sentir el dolor continuo de tantos días zozobrosos y de tantas noches sin sueño. Una vez, una vez no más pueden venir los enemigos de nuestro Dios á esta comarca; mientras en la separación y ausencia, vendrán á todas horas, puesto que los veremos llegar en los terrores del ánimo á perseguirnos é inmolarnos con penas más terribles que toda cruel realidad. Quizá la cimitarra nos cercene de un tajo la cabeza y la muerte sea como relámpago que nos alce al cielo desde nuestro martirio, pues el bautismo de sangre borra todas las culpas tanto como el bautismo de agua ritual y sagrada. La incertidumbre de nuestra suerte allá en la separación, morderá más á nuestros corazones que los morderían cien alfanges hambrientos. Llamadnos rebeldes, padre, si queréis, pero creednos incapaces de vivir mientras vos peleáis y morís por nuestra defensa.

—Déjanos, déjanos aquí,—decía, sosteniendo los ruegos de su hija en tal trance al esposo la esposa, completamente desolada.

—¡Dios mío, qué corazón tan débil!—Exclamaba Solís perplejo ya y próximo á rendirse de puro conmovido interiormente, y casi arrastrado por tantas súplicas á la resolución suprema de permitirles allí la estancia en tanto y tan proceloso peligro.

—Por Dios, por Dios,—gritaba la señora de Solís con fuerza mayor á medida que más rendido veía en aquel trance á su perplejo esposo.

—Sí—decía Isabel á su vez,—necesitamos de vuestra presencia; y vos, padre mío, necesitáis de la nuestra. Si no se pueden ir en la proximidad inmediata de tan alta empresa los que pelean ¡oh! tampoco, tampoco se pueden ir, creedlo, padre mío, los que rezan. Mientras nuestros vasallos combatan, nosotros, con las manos plegadas ante la Virgen del altar y los ojos embobados en la contemplación de su divina cara, lograremos desarmar la cólera divina y traer á tus pendones señoriales una inmarcesible victoria. Necesarias las fortalezas que defienden los hogares; y más necesarios aún los templos, por ser más fuertes, puesto que nada resiste á la voluntad omnipotente de Dios; y á su vez, la voluntad omnipotente de Dios no se resiste nunca jamás á la oración despedida y elevada de un alma sincera. ¿Para qué has erigido el monasterio que se levanta sobre nuestro feudal palacio y le tiende su sacra sombra como un árbol del cielo? Para que nosotras oremos. Y el alma de la mujer, cuando reza en el templo santo, se parece á los ángeles que

rodean las pinturas místicas y que nadan en los vidrios de colores colocados en los rosetones y en las ojivas de nuestras iglesias. Dejadnos, pues, padre, rezar á vuestro lado.

—Yo bien os dejaría si me aseguraseis que íbamos á morir todos juntos. Pero no, no lo creo.

—Padre, moriremos.

—Temo, ¡ah! temo mucho que la cimitarra musulmana perdone tu hermosura. Esta noche me ha despertado tu madre al sentir escaparse de mi pecho un grito tal, que hubiera fácilmente derribado la bóveda de la grande alcoba sobre nuestras cabezas.

—Es verdad. Terrible grito ha sido.

—Pues bien, soñaba que los moros habían venido aquí en alas de la tempestad como á Zahara, y que habían tronchado nuestras altas torres cual troncha el rayo los copudos cipreses. Todo este desastre me cogía impasible y resignado á la eterna voluntad de Dios. Pero de pronto, me dicen que te han hecho cautiva y que te llevan apresada con cadenas de oro al serrallo del vencedor. Entonces me apareciste despojada de tu fe, convertida en la manceba de nuestros enemigos. Te ví echada sobre sus lechos, bajo las bóvedas estalácticas de sus camarines é iluminada con la luz de sus celosías, aguardando el impuro beso de sus labios, como la última de sus esclavas. Y el dolor que me sobrecogió en sueños, asemejóse á una puñalada en mitad misma del corazón, arrancándome así estridente

grito, cuyo eco llevaba en sí un verdadero infierno.

—Desechad, desechad, padre mío, esos siniestros presentimientos y creed que no puede venir hasta aquí, no, la terrible irrupción sarracena. Creed más, creed que si viniera, la espada de nuestra familia, mantenida por vuestro fuerte puño y la oración de estas pobres mujeres, enderezada con sinceridad al cielo, conjuraría tamaña catástrofe, trayéndonos el iris de una paz verdadera y la seguridad completa de que no serían osados los implacables contrarios á desafiar y arrostrar el empuje de vuestro esfuerzo y la eficacia de nuestro rezo.

—Parece imposible que así tengas confianza, cuando mil veces has comparado, en feliz comparación, este nuestro castillo tan sólido, con la nave lanzada en alta mar á merced completamente del huracán y de las olas. No, no estamos seguros, y por no estar seguros tiene tanto mérito nuestra valerosa resistencia en este proceloso y tempestuosísimo sitio. Déjame, pues, que se cumpla mi voluntad, y apercibíos á salir inmediatamente con toda vuestra servidumbre particular para Córdoba, donde no pueden llegar en sus vuelos más rápidos y más audaces las nefastas enseñas granadinas que asombran este horizonte y flotan á la continua sobre los adarves de esta fortaleza.

—Por Dios, padre mío,—exclamó Isabel, hincándose de rodillas ante su padre,—no déis muerte así con vuestra crueldad á quien disteis vida con vuestro amor. Esta carne que viste mi alma os pertenece

de derecho, puesto que vos la formasteis, y ha de caer aquí exánime y exausta de sangre á vuestras plantas en defensa del hogar vuestro, sino combatiendo, porque no se lo permite su debilidad, evaporándose como una nube de incienso en la llama de una oración continua y dicha bajo las bóvedas augustas del templo levantado por vuestra piedad y vuestra fe. No, padre mío, no me lancéis de vuestro lado. Prefiero morir, ya os lo he dicho, morir mil veces á encontrarme lejos de vuestros combates y expuesta, si morís mártir de vuestra fe, á no poder cerraros los ojos con mis manos y no poder deciros el rezo primero de difuntos. Por Dios, por Dios, padre mío, dejadme aquí, dejadme á vuestro lado, pues condenarme á terrible ansia, es tanto como condenarme á segura muerte.

—Por Dios,—decía también á Solís su esposa desolada.

—No me habléis más. Vuestras súplicas no torcerán mi convencimiento.

—Padre, padre, piedad, piedad,—gritaba Isabel.

—Hija, hija mía, mi deber, después de haberte dado la vida, está en conservártela. Y para cumplir este deber, hay que separarnos, brevemente, sí, pero que separarnos ahora mismo. Apercibidlo todo, porque no se habrá puesto el sol de este día cuando estéis camino de Córdoba. Tal es mi deseo y tal vuestra obligación. Escuché como amigo, lo que no debí tolerar como padre. No hay más remedio que obedecer al superior mandato. Ya lo he di-

cho, y no lo revoco. Saldréis esta tarde del castillo, como yo salgo de la estancia.

Y en efecto, salió, dejando á las dos mujeres en la desolación más espantosa.

Las órdenes de Solís, dadas con premura, se cumplieron bien pronto con precipitación. Mulas cargadas de ricos equipajes, hacaneas apercibidas y aparejadas para recorrer una larga distancia, se reunieron á la puerta del castillo, y esperaron á las dos ilustres señoras y á toda su comitiva para conducirlas, sin detención de ningún género, al seguro de Córdoba. Inútil decir, después de cuanto hemos visto y oído en el anterior diálogo, cómo resistirían hasta el postrer instante las dos amas de aquella noble casa, una separación inspirada por el amor mismo que inspiraban al señor y jefe de toda la familia. Pero la organización de esta santa sociedad se fundaba entonces, mas que ahora, en el principio de obediencia, y no podían, débiles mujeres, burlar el mandato de quien desempeñaba el poder supremo, dentro y fuera de la casa. No probaron ni un bocado las mujeres en su mesa. Gimieron mientras las vestían con los arreos de viaje. Se abrazaron dos ó tres veces á las rodillas de quien tan imperiosamente, si bien por su salvación, las despedía de allí. Cayeron dos ó tres veces en desmayos alarmantes para toda la familia. Hirieron al aire con sus quejas. Empaparon el suelo con sus lágrimas. Y no hubo más remedio que salir y apresuradamente, pues Solís experimentaba una grande im-

paciencia, temiendo la irrupción de los granadinos, nunca tan terrible y amenazadora como entonces, en aquel esfuerzo último de los árabes, para romper el círculo férreo que debía oponerles con seguridad el restablecimiento de la salud dél Estado en Castilla y Aragón, por la firme y previsora política de los Reyes Católicos. Cumplíanse ya las órdenes de Solís, y preparábanse á salir todos los enviados á Córdoba, cuando se cumplió aquel popular dicho, que muestra y enseña cómo el hombre propone y Dios dispone. Ya estaba la comitiva en marcha, bajando la cuesta del castillo, y de pronto los vigilantes dan la señal de que se aproximan los moros.

CAPÍTULO IX.

Habréis visto muchas veces en el campo, cerca de los palomares, las bandadas de palomas reunidas, bien para beber en los remansos del arroyo, bien para devorar el trigo y las semillas que próvida mano les ofrece; las habréis visto, si en el descuido les asalta una sorpresa bastante á espantarlas, alzar el vuelo, batir las alas, y arremolinadas en tropel, buscar un asilo en el sitio donde tienen sus guaridas y asiento. Pues bien; igual sucedió así que anunciaron el arribo de los árabes. Toda la comitiva se volvió en tropel y desorden al castillo, deseosa de un seguro contra la irrupción amenazante, cuyas avanzadas se veían ya por las colinas del Este requiriendo sus armas y provocando al combate.

Nada tan terriblemente bello como el aspecto que ofrece aquel sitio; las lanzas que brillan chispeando á los rayos del sol de la tarde; los soldados berbe-

riscos, de tez bronceada por los calores del desierto y envueltos en sus blancos alquiceles, que les dan aspecto de fantasmas; los soldados granadinos con trajes celestes, capacetes dorados, escudos gigantes de hierro, tras los cuales, como que se ocultan, y picas, y escalas, y todos los instrumentos del asedio en sus manos; los jinetes, caballeros en corceles árabes, que recorren toda la línea de combate saltando sobre las hondonadas y subiendo á las cumbres como si volaran; mientras, del otro lado, á la vista de tal grave peligro para los cristianos, la campana de rebato suena en las altas torres del castillo; los clarines difunden el terror bélico; las huestes corren á buscar sus armas; las cimas de los muros se coronan de defensores; y á los acentos del órgano, que se mezclan con los retumbos precursores del horroroso encuentro, los penitentes entonan á una en coro su cántico religioso, su salmo que pide compasión al cielo, y que parece como un celeste ángel tendiendo sus alas de los colores y de los reflejos del nácar sobre los horribles y pavorosos círculos de aquel encendido infierno.

Aunque tanto arreciaba el peligro, y tan terrible aspecto de súbito asedio tenía desde sus primeros instantes, Isabel sintió como un regocijo interior viendo que la Providencia, en sus designios inexcrutables, la encerraba con todos los suyos dentro del castillo, sin necesidad ninguna de faltar al respeto debido por todos los buenos hijos á las órdenes y mandatos de sus padres. Pero, en cambio,

Solís cayó, como herido de un rayo, en el primer sillón que topó al paso, sin ver ni el riesgo de su vida, ni la tala de su hacienda, ni la toma de su fortaleza, sino la probabilidad horrible de que una rota inevitable trajese aquel temido cumplimiento de un sueño, que le había con su horror atenaceado toda la noche, y aún le perseguía despierto. No estaba, no, en el ánimo de aquel guerrero castellano un desaliento incompatible con su natural fortísimo y con sus guerreras costumbres. Pasado el primer vértigo, comprendió cómo necesitaba justificar á sus propios ojos, para el caso de una desgracia, que nada se había perdonado, ningún esfuerzo, ningún sacrificio, ningún holocausto, en la defensa; y corrió á disponerla, resuelto con resolución inquebrantable á morir mil veces antes que presenciar el cautiverio de los dos seres á quienes tanto amaba, como esposo y como padre. Isabel, á su vez, sintió el deber que tenía de no debilitar la defensa con debilidad ninguna por su parte, y se puso á mover los combatientes al combate, con todos los aires de un joven cruzado, como aquellos puestos en las cumbres de la inmortalidad por la poesía caballeresca y cristiana de la Edad Media. En su arrojo, salió á una de las torres del castillo, y estuvo allí mirando las evoluciones del enemigo y sosteniendo el valor de los defensores; empeño en que no cejara ciertamente, si su padre, ido á buscarla, no le dice que se quitase de la vista del sitiador. para no excitarle más, enseñándole aquella hermo-

sísima joya que podría encontrar en medio de los despojos de su triunfo.

No hay tiempo que perder. Los moros quieren después de haber tomado Zahara, tomar la fortaleza, palacio, castillo, cenobio á un mismo tiempo, donde pernoctara el embajador, que tan altivo se había mostrado en su embajada y tan resuelto á darle un sentido abierto de provocación y de reto. A mayor abundamiento en aquellas huestes por la toma de Zahara enardecidas, y esperanzadas como todos los que han probado el vino nuevo de una victoria reciente, se veían las huestes de los africanos expulsos, á quienes los cánticos de pasadas glorias y el eco de poesías elegiacas, en que se celebraban las bellezas incomparables de nuestra península, mantenían así en la creencia como en la seguridad completa de un próximo desquite. Con la fidelidad supersticiosa que ponían los árabes en el cumplimiento de sus pactos, no resonaban allí ni las trompetas ni los atambores, pero sí la estridente vibración de las armas, como si las agitara un aire misteriosísimo de tempestad y de muerte. Contábanse unos á otros los sitiadores, mientras el sol de aquella tarde nefasta descendía majestuosamente á su ocaso en los encendidos cielos andaluces, cuántos y cuán tentadores despojos debían hallarse allí, en el palacio de un magnate como Solís, tan rico por sus continuos triunfos sobre Granada y el Islam. Indudablemente habría, no sólo copia de ganados y de víveres que arrebatar al cristiano, sino

perlas á celemines; joyas de rico precio traídas por sus antecesores de las tierras orientales y del imperio bizantino; reliquias que ofender en nombre del Profeta y que atesorar en los espasmos primeros del apetecido saco; y sobre todo mujeres hermosísimas, vírgenes tal vez consagradas al Señor, y que no habiendo sentido el fuego de las pasiones humanas, ofrecían á las voluptuosidades propias de los árabes delicias comparables sólo con las reservadas por las huríes del Profeta en las cumbres del Eden á los guerreros marcados con la predilección de Alah, y predestinados al eterno goce de la bienaventuranza.

Aunque aquellas tierras por irrupciones continuas estaban afligidas, ninguna, que tuviese tal aspecto de grandeza y solemnidad, como el cerco puesto por Muley Hacem mismo personalmente, al castillo de Solís. Veíase, que daba una grande importancia, en sus planes y en sus cálculos, á esta posición estratégica, verdadera clave de los caminos conducentes á las dos antiguas cortes andaluzas, á Córdoba y Sevilla. Mucho habían combatido allí, en choques fuertes é innumerables, las dos razas y las dos religiones enemigas. Hacem, el Sultán granadino, lo hacía observar así á cuantos le rodeaban, mostrándoles cómo cada piedra de aquellas colinas había sido empapada en sangre musulmana y había visto subir desde los suelos á los Edenes, en raudo vuelo, innumerables almas de creyentes. Así, no es aquella terrible aventura

fácil correría de las intentadas con ligereza y cumplidas con rapidez, como veraniega tormenta; es, por el contrario, un cerco apretado y matemático, en cumplimiento de un propósito antiguo y maduro. Por ende, las tiendas del sitiador se levantan en grande número; las líneas del cerco se aparejan con reflexiva madurez; los grupos de sitiadores toman posiciones estratégicas para impedir las fugas y copar á todos los enemigos; el caballo árabe caracolea por doquier con su jinete soberbio sobre su enjaezado lomo; las intimaciones de ordenanza se cumplen; y el monarca, seguido de un gran cortejo, en el cual brillan todas las preseas orientales al sol deslumbrador de una magnífica tarde andaluza, pasa revista con cuidado sumo á sus huestes, y las excita con fórmulas sacramentales de la islámica liturgia y del sagrado Koran, á mantener la fe de sus mayores, en lucha donde siempre pueden salir bien, puesto que les aguarda, si vivos, la victoria y el botín, y si muertos, la bienaventuranza y el Edén.

Imposible repetir la elocuencia empleada por el Sultán granadino en excitar el furor de los musulmanes contra los cristianos. Ellos tocarán, decía, sus campanas para evocar las iras del mundo y pedir los auxilios del cielo; pero las voces de nuestros muecines, mucho más fuertes que todos los campaneos de la idolatría, se levantarán sobre las estrellas del Empíreo y resonarán hasta en la peana del Altísimo. La tierra que descubrís, tumba

fué de mártires, y puerta es de Edenes. Quien vacile, caerá en el fuego de los infiernos, que arden bajo nuestras plantas; y quien retroceda, en las garras, aceradas para recogerlo, del genio de las tinieblas. Jeques y varones santos, bendecidos todos por el Profeta y predilectos de Alah, esta noche tuve un sueño semejante al que tuviera Yusuf en la noche anterior al sublime triunfo de Alarcos. He visto, estando de rodillas en oración, descender, caballero en blanco y airoso corcel, un joven resplandeciente de hermosura, que llevaba verde bandera, cuyos pliegues envolvían casi el horizonte. Y como yo, embriagado por el olor de almizcle que á su paso dejara, le preguntase quén era, contestóme venía del séptimo cielo, por mandato de Alah, para decirme al oído el anuncio de la victoria. Creed, sí, en ella, porque mientras ven los enemigo en los aires su pagano general Santiago, tantas veces vencido por nuestras armas, nosotros vemos los ángeles, que dictaron el Koran al Profeta, y le prometieron el imperio y dominio de la tierra. No, á pesar de hallarnos reducidos al espacio que señorea Granada, no podrán prevalecer los paganos adoradores de tres dioses jamás sobre los ortodoxos adoradores del Dios único y supremo, Criador de todas las cosas. Habrán arrebatado al harem sus más hermosas mujeres, convertido las mezquitas en monasterios, reemplazado la voz angélica de los muecines con el tañido siniestro de las campanas, convertido, cual nube de langostas en de-

siertos nuestras florestas, y hecho esclavas las ciudades más bellas del Andalus, afeadas y tristes como las viudas ciudades del Anfranc; pero todo esto sucede por falta de fe religiosa en nuestras almas y por sobra de pecados en nuestra vida; y si recobramos las olvidadas virtudes, vendrá de seguro á visitarnos la victoria. Y los cuatro vientos, contarán á los cuatro puntos cardinales nuestro heroismo. Y los astros, al salir por el Oriente, se bañarán á una en la luz de nuestros ojos, si quieren expresar la dicha. Y los ángeles bajarán de las esferas y subirán á las esferas, como suben las aves á las ramas después de haber descendido, para contar á los bienaventurados el triunfo muslímico. Y Alah, dispondrá en el cielo para nosotros sus delicias, mientras la Historia grabará en sus libros nuestros nombres. Para la jornada de la otra vida hemos menester provisión de obras buenas; y ninguna superior á la pelea. Borremos las huellas del sacerdote cristiano en las losas de nuestras bendecidas Aljamas. Dios mismo nos acaudilla; y la sangre, que derramemos de nuestras venas aquí, será cambiada por el agua de los manantiales allí, á la sombra de los árboles del Paraíso, bajo cuyas ramas descansa la prometida hurí, que ha de cicatrizar con los besos ardientes de sus rosados labios las tristes heridas de vuestros cuerpos. Creyentes fieles, vamos al asedio, seguros de hallar allí, en aquella torre sombreada por la maldita cruz, una esplendente victoria.

La noche vino sobre aquel campo de batalla, y la luna clara vino sobre la noche. Las huestes de uno y otro ejército aprovecharon el espacio de iniciación y apercibimiento á la pelea para preparar los instrumentos de guerra y exterminio. En el silencio de las altas horas nocturnas, oíanse con los gorgeos de algún ruiseñor, en cuyo seno derramaba la primavera sus fecundos amores, el grito de algún cuclillo, mezclado con las plegarias de los frailes en penitencia, y las voces de los centinelas vigilantes. Por fin, al asomarse la mañana, con las sonrisas de luz que se llaman aurora, comienza el tiroteo, que diezma sin piedad á los defensoros del castillo y de la comarca, empeñados en una resistencia colosal, y tras estos primeros estragos de la tremenda lucha, el cañoneo, que mella los muros y prepara el momento de hallarse cuerpo á cuerpo los dos irreconciliables enemigos. Bien pronto los sitiadores creerán que tienen abierto el camino y que pueden á su arbitrio lanzarse, con esperanzas de victoria, sobre la presa palpitante. Mas no es así; aún hay quien les dispute con empeño el paso y quien les enseñe cómo no se puede tal fácilmente obligar á un español y á un cristiano, empeñado en defender sus templos y sus hogares, á morder el polvo y á declararse vencido. Del seno de aquellas fortalezas, verdaderos acuartelamientos de vasallos en armas, salen al eco de las trompetas feudales, resistencias verdaderamente insuperables por su fuerza y por su intensidad. Una batalla en toda re-

gla; batalla cruentísima se empeña entre los dos ejércitos contrarios, que pelean á una con furioso encarnizamiento, como cumple á quien ve, tras el apetecido logro de una disputada victoria, intereses permanentes de su religión y de su patria.

CAPÍTULO X.

En lo más alto de la colina, donde se alza el castillo, como una de las coronas místicas, por la religión puestas sobre las cabezas de los guerreros litúrgicos, una iglesia franciscana con sus cúpulas, que penetran allá en lo infinito y de las cuales parece alzarse la oración á los cielos, como se alza de los incensarios el incienso. En altar, que reverbera todos los esplendores del Renacimiento, campea hermosa Virgen, tallada por diestras manos, y al pié de la Virgen, flamean como guirnaldas de astros, las velas encendidas por la piedad y por sus santas esperanzas. Mientras los mosquetes y los cañones hacen retemblar el suelo y asombran con sus nubes de humo el aire; mientras vibran los aceros en siniestros choques, á cuyo estridente ruido la sangre se cuaja en las venas; mientras los gritos de ira, los juramentos de despecho, las voces de guerra, los clamores de los combatientes,

los ayes de los heridos, el estertor de los moribundos, se dilatan por todas partes, convirtiendo aquellas bienhadadas campiñas en verdadero infierno; dentro de la iglesia el órgano eleva en sus notas á las alturas los cánticos de los penitentes, de los cenobitas, de las mujeres, pidiendo, como náufragos, al Eterno que tienda su iris sobre aquella horrible lluvia de sangre; y vuelva, como en las orillas del Mar Rojo, contra los nuevos Faraones que desconocen hasta su Providencia, el omnipotente brazo, á cuyo esfuerzo quedan los humildes ensalzados y abatidos los soberbios. Isabel de Solís, más desolada por los peligros y los riesgos de los suyos, que por las innumerables amenazas relampagueantes á la sazón sobre sus sienes, pide postrada de hinojos á María que no se olvide, por Dios, por su Hijo, del pueblo cristiano y no le abandone á la cimitarra del sarraceno en la deshecha borrasca, de tal suerte horrible y tremenda, que las altas cúpulas se tronchan como los palos de buque perdido en la borrasca, y los pavimentos sagrados se turban y estremecen como si los sacudiera terrible terremoto.

—«Virgen Madre—decía Isabel—por los dolores de ti sufridos ante la Cruz, acógenos so el manto, y no dejes huérfanos de divino auxilio á los soldados del Dios que llevaste en tus entrañas. Yo sé muy bien cómo el Criador permite muchas veces las victorias del mal sobre la bondad y la virtud, porque así conviene á la total grandeza de su Crea-

ción; pero sé también que algunas almas apocadas creeríanse huérfanas, ó maldecidas, ó réprobas, ó abandonadas, si no las acorriese ahora, en trance tan supremo, tu misericordia, y se decidiera por nuestros enemigos y los tuyos este disputado combate. Mira, Madre mía, cómo perecen y en que desamparo, aquellos consagrados desde la niñez á saludarte cual la estrella de su vida y á dirigirte las más místicas oraciones en letanías sin fin, llenas de religioso estro, y tan hermosas como las flores suscitadas por tu aliento en la dulce primavera. Guarece, Madre mía, sobre todo, al anciano que me diera el sér, y que ha pasado su vida combatiendo por la salud espiritual de tu Iglesia y por el nombre sacrosanto de tu Hijo. Compadécelo, pues creo capaz á su alma de precipitarse, por desesperada, en la perdición eterna, si viese á esta pobre sierva tuya, que le debe sér y vida, en manos de los infieles. Todo el reino granadino se ha precipitado sobre nuestros hogares y amenaza con su pesadumbre aplastarlos, cual aplastaría un alud bajado de las montañas á pobres humildes nidos. Refugio de los tristes, consuelo de los afligidos, amparo de los abandonados, madre de los huérfanos, esperanza de los infelices, salud de los enfermos, seguro de los débiles, fortaleza de los humildes, torre de David, templo de Salomón, faro en las tormentas, estrella en las tinieblas, perdón que cae sobre todos los arrepentimientos, auxilio que acorre á todos los atribulados, iris en las tor-

mentas, aurora en las noches del alma, Virgen Madre, no abandones á quienes se agarran á tu manto y claman á ti, cuando el incendio sube hasta tus altares sacratísimos y el plomo de la guerra, fundido al fuego de los combates, cae, como asoladora lluvia, sobre tu ethérea corona. Socorro, piedad, María, nuestro escudo y nuestra Providencia.»

¡Ah! Los clamores de Isabel no debían oirse, no, entre los estruendos y los fragores del combate, porque las armas resuenan cada vez con estridor más fúnebre. Los caballos relinchan, y sus relinchos toman el acento siniestro de los maullidos del tigre; las gargantas, parecidas á los cañones, vomitan la maldición sobre la muerte; los heridos, desparramados por el campo, casi desconfían de Dios en su dolor; los cadáveres, todavía calientes, yacen aquí y allá diseminados; y los dos ejércitos se parecen, por el furor con que combaten, por el triste olvido y abandono de todo humano sentimiento, por la cólera que relampaguea en sus miradas, por el exterminio que sus armas siembran, por todos esos horrores, á las bestias salvajes, sin más guía que sus carniceros instintos, y sin más fin que el ajeno aniquilamiento, para salud y conservación de su vida. Solís defiende hogar y templo con el antiguo valor castellano. Donde quiera que su pendón cruje, que su espada centellea, que su brazo combate, allí está presente la furia más encendida y más atroz de la cruel pelea. Sus enemigos se lanzan sobre su cuerpo vivo como las moscas sobre

los cuerpos muertos. Mas, en su ira, creciente y aterradora, extiende alrededor suyo un siniestro círculo de cadáveres, que muestran la terrible pujanza de su esfuerzo. Y es todo este centuplicado valor obra del afecto que le posee y que le domina, del terror intenso y horrible por la suerte de aquella hija, ídolo suyo, á la cual ve, si por su mal sucumbe, sierva del enemigo allá en los senos del serrallo. Así, á los empujes de tal idea, se torna por milagro, como un sér que rompiera las leyes incontrastables de la naturaleza y llegara en su furor á tocar con su frente los límites donde comienza lo imposible. Diríase, al verlo combatir, que las fuerzas de destrucción, repartidas por la naturaleza, le habían prestado algo de su nefasto poder de exterminio, pues según los muertos amontonados á su paso y por la pujanza de sus armas, creeríase que mata ese hombre con la vista. Y valor tal se halla movido por el recuerdo de todo aquello que guarece con su cuerpo y con su sombra el cuitado en la tremenda lucha. Sabe que si cae, aquel presentimiento, cuyos horrores tantas veces han desgarrado sus entrañas, aquella visión que le ha sobrevenido en horrorosos ensueños y ha tomado el triste aspecto de siniestra pesadilla, todos los terrores de su alma paternal, previsora y profética, se cumplen; y la virgen castellana, que lleva sangre del Cid en las venas, timbres de cruzados heróicos en el escudo, apellidos inmortales entre sus nombres; nacida para dar hijos, continuadores de la cruzada espa-

ñola en el hogar ú oraciones propicias al cielo en el templo, va bien pronto á verse, como algunas otras castellanas de su origen y de su prosapia, manchada por los tigres del desierto, convirtiéndose de ángel celestial en triste impura manceba. Y como á esta idea el corazón se le salía del pecho, y golpeaba con sus latidos la fuerte armadura de hierro, la sangre le latía en las sienes, y le cegaba la vista; el dolor de la desesperación le trastornaba el seso, y le hacía perder el sentido; sucedíale, de seguro, lo que le sucede á los locos en las naturales sobreexcitaciones producidas por la tensión de sus nervios, que las fuerzas se le centuplicaban; y esparcía cadáveres y más cadáveres en torno suyo, como si aquel hombre, antes que un solo individuo, fuese, por la sobreexcitación de su natural ya valeroso, una fuerza, y una fuerza múltiple de la naturaleza.

Mas ¡ah! que no todos piensan como él; y no todos sienten lo que él; y no todos tienen una hija que disputar á la servidumbre y á la deshonra. Sus soldados han combatido con verdadero furor, pero no han logrado vencer la invencible fatalidad del número. Horas y horas, un día entero han resistido, pero las fuerzas humanas tienen su límite y no han bajado, no, del cielo aquellos milagros pedidos por Isabel con tantas instancias en sus oraciones á María. Las líneas cristianas han resistido el empuje cuando se ha necesitado la resistencia; y han acometido el combate cuando de la terrible acometida

se ha necesitado en los trances varios y en las varias alternativas de guerra tan feroz. Pero no hay, no, medio de avasallar y rendir á todo un ejército mandado por general como Hacem y nutrido por tantas fuerzas en campo abierto y sin más retirada posible que la de un castillo incapacitado de ofrecer largas resistencias á un empeñadísimo asedio. Toda la esperanza del defensor se libraba de suyo en el combate, á la vista de las fortalezas empeñado, para evitar el cerco. Si este combate no podía romper las huestes enemigas ni retirarlas al otro lado de las cercanas colinas, era, en verdad, la derrota hecho cierto, y no había más remedio que resignarse á una entrega más ó menos tardía. Por esta razón potísima, Solís mantuvo más tiempo la inútil resistencia, aferrado á no retirarse tras los muros ya vacilantes de la fortaleza, sino después que hubiera perdido la esperanza. En efecto, según la feliz comparación de árabe cronista, los muertos hacinados aquí ó allá en aquel campo de los terribles combates, parecíanse á los montones de yerba que dejan los segadores por do quier esparcidos en las segadas praderas. No había, no, remedio. Los últimos defensores de aquella comarca iban por fuerza incontrastable á recluirse dentro de los muros, último asidero á su esperanza. Al padre desesperado sólo se le aparecía una visión horrorosa en aquella lucha tremenda; su Isabel, vestida de mora y encadenada en el serrallo. A esta visión, sólo se le ocurrió una cosa, pedirle al cielo que le preser-

vara de la muerte, para volver al castillo y morir allí entre sus cuatro paredes. Y deseaba volver al castillo y deseaba combatir entre sus cuatro paredes todavía, porque dado su horror á la esclavitud horrible de Isabel, estaba seguro de tener tiempo para partirle por su propia mano el corazón y arrancárselo del pecho y lanzárselo á los bárbaros, mostrándoles cómo su padre mismo daba la muerte á la hija predilecta, por no saber, ni en la tumba, cavada por sus combates, el deshonor de aquella que había sido como el regocijo de su vida. Y en cuanto esta idea se le ocurrió, ya no quiso luchar más tiempo en campo raso, ni sostener una porfía, en la cual pudiera morir sin satisfacer este vivo deseo. Y en efecto, á tal idea, tocó á retirada y entraron los heróicos defensores en aquel castillo, donde solo podían aguardar la derrota y la muerte. Mas, á pesar de tal apuro, como la triste naturaleza humana es así; como la esperanza brilla siempre hasta en los ocasos más oscuros de la fortuna; Solís se juró á sí mismo no apelar á este supremo recurso sino después de haber perdido toda probabilidad de salvación en su defensa. Y entraron los cristianos en la fortaleza, mientras los árabes, envanecidos con sus ventajas, se apercibían á recrudecer el combate y apretar el cerco.

Inútil resistencia la heróica resistencia de Solís. Un feudo, por grande que sea, no puede combatir con un Estado, por pequeño que parezca. Las fuerzas granadinas se han reunido para destrozar

aquellos torreones señoriales, en cuyas ruinas dejaran los héroes que los defienden, cicatrices demostrativas á un tiempo mismo de su honor y de su infortunio. Cuando los moros ven retroceder á los cristianos, lanzan clamores siniestros, en cuyos acentos se oyen mezclados odios, tales como aquellos que expresan los milanos al desprenderse sobre sus víctimas, los cuervos al husmear sangrientas matanzas, los tigres al ver cercana la presa, los leones al rugir exaltados por la carnicera fiebre.

Hacem se vuelve á los suyos para mostrarles el resultado feliz de su ardimiento y les dice cuánta más resistencia ofrecía la riscosa inexpugnable Zahara, que aquel castillo palacio dominador de ámplia llanura fácilmente dominada. Los árabes recogen estas palabras con verdadero entusiasmo y se aperciben á rematar la pelea con los laureles del triunfo. No los cosecharán, á pesar de su fortuna, con tanta facilidad como ellos piensan. Los nuestros pedirán á la desesperación esa fuerza de resistencia, mayor que todos los seguros ofrecidos por las espesas murallas y las altas torres á los sitiados en horrible cerco. La sangre ya vertida, los cadáveres dejados en los tristes y luctuosos campos, les animan á vender cara la victoria. Pero no importa, porque los sitiadores redoblarán el empuje. Las balas, que desde los comienzos del día se han cebado en las paredes más ó menos espesas del castillo, habrán abierto brecha por la cual los sitia-

dores intentan penetrar en el refugio último de los sitiados. Para ello tienen y llevan consigo todos los instrumentos necesarios al sitio. Si las escalas ceden, subirán á las almenas amontonando los muertos. En vano: por las grandes aspilleras estalla un fuego que parece volcánica erupción, y en vano las ventanas llueven lluvia de agua hirviente y encendido azufre. El ataque toma tanta intensidad como la resistencia, y los moros, envueltos en la espesa nube de humo formada por tantas bocas de fuego como vomitan plomo derretido, pelean ya cuerpo á cuerpo en lo alto de los muros, en la cima de los torreones, como si el odio les hubiera prestado alas de diablo.

En tal horror, la fortaleza no tiene más remedio que rendirse. Sus fuegos se apagan porque perecen hasta los mismos que sostienen y aplican las mechas. Todos han cumplido con su deber y todos han aceptado la muerte antes que dar un paso atrás, el cual pudiese desguarnecer un sitio, ó abrir al árabe feroz un camino hacia el interior de la domada fortaleza. En cada punto, de los propios para la defensa, el defensor ha caído bajo el peso de la fatalidad y bajo la muchedumbre del mayor número. Los héroes en su vida, fueron mártires en su muerte. Y una vez más enseñaron á las generaciones venideras con qué holocaustos se redime y se rescata y se forma y se conserva el suelo de la patria. Ningún lazo de los que ciñen á la tierra el hombre con cadenas de flores, ninguno los detuvo.

Ante la esposa, ante la prometida, no léjos de la cuna de sus hijos, murieron todos en cumplimiento de un deber sagrado. Solís estuvo en la pelea, en lo más recio, en lo más peligroso, en lo más sangriento, cual si tuviera cien vidas que dar por su honor y por su Dios. Sólo cuando la tierra le faltaba completamente bajo los piés y el aire se volvía como irrespirable por el espeso humo de que lo había cargado el combate y las cortinas de las murallas se desprendían sobre sus tenaces defensores, sólo entonces, magullada su armadura, cubierto de sangre desde los piés á la cabeza, ennegrecido por la humareda infernal, corrió al refugio postrero de los vencidos, á la iglesia, que se levantaba sobre la universal batalla, como se levantan las copas de los árboles sobre las inundaciones. Y aun para ir á la cima de tal asilo fué de cara completamente al peligro y al combate, sin volver ni rostro ni espalda y movido por el deseo de inmolar á su hija, antes que consentir la deshonra presentida por su amoroso corazón de padre.

¡Oh! La iglesia, la iglesia, qué terrible. Sus vidrios de colores habían caído todos en menuda lluvia destrozados, ora por el estruendo no más, ora por el estallido terrible de los copiosos proyectiles. Los santos de los altares habían sido acribillados también como los defensores de la fortaleza. Las mujeres, los ancianos, los niños, todas las criaturas inútiles para la guerra, se habían refugiado allí en tropel, y con sus quejas, con sus ayes, con sus

alaridos, con sus sollozos, daban á los rezos y á los salmos un eco tan siniestro, como si en una misa de *Requiem* se oyeran los clamores de los difuntos al tocar con sus espíritus las llamas del purgatorio. Algunos de los refugiados allí, como quiera que se hallase compuesto el pavimento por losas sepulcrales, tendíanse inertes sobre su frialdad mortal y demandaban á los esqueletos su helada compañía.

Uníase por necesidad en aquellos seres piadosos pertenecientes á tiempos de tan viva fe, uníase con el terror producido por los furores del combate y la seguridad del vencimiento, el terror producido por la próxima profanación del templo amenazado de saqueo. Isabel redoblaba sus oraciones á medida que se redoblaba el peligro. Su clara voz pidiendo piedad y misericordia, en concierto con sus compañeras las mujeres del castillo, evocaba el recuerdo de un coro de alondras que se bañaran á una en la luz de regiones donde no podían llegar los vapores del combate ni los asaltos de la muerte. Y sin embargo, sus oraciones, que comenzaron por pedir la victoria, concluyeron por pedir solamente la conservación de aquellas vidas indispensables á su propia existencia. Y ni en esto las oyó, ni en esto siquiera, el cielo sordo á sus clamores. Los vasallos más fieles y los deudos más queridos iban cayendo uno tras otro en las espirales tempestuosas del asolador combate. Para tener una idea de la situación de Isabel, imagináos el náufrago que cla-

ma y pide socorro á los cielos, al desasirse de la tabla última y encontrarse combatido por la deshecha borrasca entre los choques de los encrespados oleajes y los silbos de los horribles huracanes, sin que le conteste, cuando implora misericordia, ninguna otra cosa más que los centelleos del relámpago, los chasquidos del rayo, los retumbos del trueno y el paso entre las verdinegras espumas batidas por el viento, de los náufragos que ya cadáveres parecen convertidos en sombras tan nefastas como las que se ven por los senos entreabiertos de los abismos oceánicos. En uno de tales clamores, el fin de la catástrofe se presenta. Las puertas de la iglesia se abren y Solís entra preguntando por su hija con un puñal en la mano. Hállase la infeliz en la capilla mayor y al pié del altar donde brilla la Virgen, todavía rodeada de sus ángeles y de sus luces, sonriendo serena como en las mayores fiestas, entre los estruendos del bombardeo y los ayes del naufragio. Solís descubre á Isabel desolada y corre con su puñal vibrante y levantado en las manos á clavárselo en el corazón. Pero ¡ah! en aquel momento la puerta de la sacristía se abre, Hacem sale con varios de los suyos, y dirigiéndose al sitio por donde viene Solís, abalánzase á él y le cercena con su alfanje la cabeza. El cadáver cae desplomado en el crucero; y la pobre Isabel, dando un grito, se desmaya en el sitio mismo donde estaba arrodillada. Nadie la socorre, porque nadie se cura de sus semejantes en horas tan terribles y en momen-

tos tan trágicos. Su misma infeliz madre acaba de morir á su lado sin que lo advirtiese Isabel, por que una bala perdida, que bien pudiera llamarse compasiva, ha dado en la sien de aquella. Los cortesanos del vencedor se reparten como despojo y botín de su victoria las mujeres encontradas en el templo, únicos seres vivos, porque todos los hombres, hasta los más ancianos, han muerto, ya en la pelea, ya en la matanza, y todas las cabezas de los niños, aun de los más inocentes y pequeños, han sido segadas por los alfanjes. Mientras Hacem, que ha dejado el castillo á merced de sus tropas, se retira en busca de reposo á una de las salas, no sin advertir antes que deben ser respetadas las mujeres, sus cortesanos las distribuyen y designan á Isabel para el servicio de la Sultana granadina, sin que la hubiese mirado ni visto el Sultán. Así pasó, así, el célebre cautiverio de doña Isabel de Solís.

CAPÍTULO XI.

Las victorias de Muley Hacem, tanto en la villa de Zahara como en el castillo de Solís, promovían grandísimo entusiasmo entre los aduladores cortesanos y grandísima inquietud entre los estadistas previsores. Al volver de unas y otras hazañas, cuando sólo se descubría en lontananza, desde los muros y adarves granadinos, vistosa hueste acompañada por sus multicolores banderolas, semejantes desde lejos á las brillantísimas alas de regocijantes aves, el gozo público, asequible con facilidad á las imprevisoras muchedumbres, tronaba en mil estruendosos alaridos. Pero, tras el ejército vencedor venían los despojos de la victoria, y con los despojos de la victoria venían también inenarrables tristezas: caudillos humillados, siervos recientes, enfermos de dolor, desesperados, pretendiendo hasta en los hierros matar ó morir, mujeres enloquecidas al terror del próximo harem y á las brutales sen-

sualidades del vencedor, madres cuyos hijos habían muerto en sus brazos de mamar leche agriada por la pena y más ponzoñosa que corrosivo y fulminante veneno, en fin, todos los horrores de la guerra.

Entre tales despojos veíase, cómo la pálida luna en triste cementerio sobre lápidas funerarias y verdinegros cipreses, el rostro angélico de Isabel, amarillo de pena y rociado de lágrimas. Muley había ordenado que las damas principales, presas y cautivas en el asedio, se destinaran á sus serrallos, y se dieran como en regalo á sus Sultanas, á fin de servir á estas después de haber ornado aquellos con el esplendor de su hermosura. Desde tal punto y hora, cumpliendo sus guerreros y vasallos, como divinas órdenes los mandatos del Sultán, quedaba Isabel de Solís ungida como un objeto sagrado, y respetada como religioso ídolo por sus galantes y caballerescos vencedores. Así, escogieron para ella la mejor entre las cabalgaduras, y transportáronla todos, á porfía, entre religiosos respetos, como si transportaran, en procesion, una efigie. Isabel, deseosa de quedarse con sus pensamientos solitaria, y devorar las mudas lágrimas condensadas por sus terribles penas, hizo como que no veía de cuántas atenciones era objeto; y echándose tupido velo sobre su rostro, á guisa de moruna beldad, eutregóse á toda la vehemencia de sus dolores y á toda la consideración de su adversidad. Aquel ánimo varonil apenas podía explicarse la derrota. Su

alma, tan creyente que padecía de achaques místicos, interrogaba, en su desolación, con amargo interior acento al cielo, diciendo la tristísima palabra de Cristo en la cruz Padre mío, ¿por qué me habéis abandonado? Así pasó desde su castillo señorial y desde su convento cristiano al dorado alcazar musulmán, á las celadas pajareras de sus harenes, á las sombras de sus mezquitas, como por una terrible calle de amargura, clavándose, á cada paso y á cada minuto, espinas, que, no por invisibles y espirituales, dejaban de ser menos punzantes y agudísimas.

Seguíala un joven, cautivo también como ella, y que habiendo podido salvarse y ponerse pronto en cobro, después de la derrota, sin desdoro de su nombre, por haber combatido como un héroe y haber buscado aunque inútilmente la muerte como un mártir, prefería la cautividad, á cuyos horrores voluntariamente se diera y entregara como un suicida, sí, la cautividad con todas sus tristezas, á separse de Isabel. Llamábase Illan Garcés el mozo apuesto y heróico á quien tal idea le sugiriera la desgracia; y no hay necesidad alguna, tras lo dicho, de añadir que amor, y sólo amor, podía explicar aquel increible suicidio. En efecto, desde sus más tiernos años, amaba con verdadero arrobamiento Illan á Isabel de Solís. Deudo suyo, noble sangre discurría por sus venas, y cargado escudo emparejaba su apellido con los más ilustres de la nobleza castellana; pero segundo hijo, en aquellos

tiempos de primogenituras y mayorazgos, necesitaba por su brazo ganarse lo que su hermano mayor adquiriera por su nacimiento. Ganoso de aventuras, ningún lugar podía ofrecerle tantas como la frontera granadina; y en la frontera granadina ¡oh! ningún magnate protegerle como su poderoso tío el caballero de Solís. Pero, en cuanto se presentó al palacio, y se alistó en la mesnada, como sucede á todos los fuertes, el amor invisible penetró por su férrea coraza, y se le clavó, como un dardo, en medio del corazón. Desde aquel punto no encontró reposo, tanto más cuanto que ni le sonría la fortuna, ni le presentaba la ocasión medio alguno de granjearse con glorias y con riquezas los timbres y los títulos indispensables para compartir la vida y suerte de tan rica hembra como Isabel de Solís. Sin embargo, aquel Marte solía tener debilidades varias de Narciso; y cuando se contemplaba, ó en los espejos de las ricas estancias señoriales, ó en las linfas de las claras fuentes campestres, echaba de ver que su apostura y gallardía, la color trigueña de su rostro vigorizada por naciente bozo, la espaciosidad clarísima de su frente realzada por negros cabellos y por arqueadísimas cejas, sus ojos de mirar profundo y ardorosísimo, podían valerle, á poco empeño puesto por su voluntad firme y constante, la conquista de un alma delicada y tierna. Por tanto, cuando se ponía sobre su traje de brocado las armaduras cinceladas y resplandecientes al oro luminosísimo de los deslumbradores damasquina-

dos; ó las cotas de malla aceradas que se veían por ambos costados chocando con las fuertes piezas de su traje militar; y se calzaba los férreos guanteletes, empuñando con ellos pesada tizona; y se adhería, sobre su casco áureo, aquella especie de turbante mudejar; pesado círculo compuesto de brillantísimas escamas; caballero sobre su trotón gualdrapado hasta las pezuñas, y en cuyas gualdrapas iban, resplandeciendo, los blasones y timbres de su familia bordados sobre tisú en bordaduras de realce; creíase sin esfuerzo, como representante de la guerra, nacido para vencer y cautivar al amor. Y á todas estas prendas unía el poético estro, cuyas inspiraciones le sugerían romances castellanos, de tal propiedad y belleza, que, apenas salidos de sus labios, se decían ó se cantaban por doquier, en calles y encrucijadas, al son de las guzlas y de las bandolinas, entre los poetas y los cantores del pueblo, cual sucede con todas las epopeyas vívidas y armoniosas inspiradas por la universal fe y el universal sentimiento. Illan de Garcés había nacido indudablemente para esposo de Isabel. Y de resolverse la toma del castillo en fortuna, como para su mal se había resuelto en desgracia, ninguno de los combatientes mereciera como él, tanto premio, porque ninguno combatió con su destreza y con su coraje. Caídos los muros, destrozada la mansión que creyera en sus ilusiones y en sus ensueños nido sacrosanto de amor, Illan se redujo á cautiverio, pudiendo haber escapado á tanta desgracia, por

compartir la suerte de Isabel. Con él no tuvieron los vencedores las consideraciones que con su amada; y á pie, insultado por la morisma en su derrota, jadeante de cansancio, apenado de profundísima tristeza, con las plantas desnudas y ensangrentadas en las piedras del camino, con las manos á sus espaldas atadas y ceñidas por férreas esposas, mirababa, desde lejos, á Isabel y veía en su imagen resplandecer aún los arreboles de su esperanza en el tristísimo y terrible ocaso de su fortuna. Mas cuál no sería su dolor, cuando, llegados todos á Granada, pasó la infeliz joven á los serrallos y él á las mazmorras. Pues allí en las mazmorras mismas, entre las espesas tinieblas, juró Illan salvarla y salvarse.

Absorto en tal idea decidió aprovechar cuantas circunstancias y coyunturas le depararan ó la casualidad ó el destino, para libertarse y libertar á su amada. Nada tan vario como la suerte de los humanos en las edades en que dos imperios enemigos pugnan supremamente para detener ó acelerar los decretos de la Providencia, que ha dispuesto ya de su futura y definitiva suerte. En los choques entre aquel reino muslímico espirante y el imperio cristiano engrandecido, podían las circunstancias cambiarse con facilidad suma, como los férvidos oleajes en las tormentas del mar ó como los soplos del viento en las tempestades del aire. La tarde misma de su llegada pudo Illán ver cambios como los ya indicados en las primeras líneas de este mismo ca-

pítulo. Mientras los granadinos vieron llegar el ejército vencedor, sintiéronse orgullosos de la victoria; pero cuando tras el ejército vencedor columbraron el rastro de lágrimas y sangre representados por los siniestros hormigueros de apenados cautivos, un presentimiento súbito les anunció la suerte reservada por el cielo á los muslimes en la desigual contienda con Castilla. Los jueces, los ministros, los ulemas, todos cuantos componían la corte del Sultán, corrieron al bello santuario del Alcázar y quemaron el incienso de la terribte adulación. Ni Dios en su trono guardado por los querubes; ni la sombra de Mahoma en su Caba por los peregrinos bendecida, resplandecen, cual resplandecía Muley Hacem en su Alhambra, rodeado de la lujosísima corte apercibida servilmente á lisonjearle y á decirle cómo el ángel de la muerte le había confiado su tajante segúr, para descabezar cuerpos cristianos y apilar las cabezas cercenadas en torno de su victoriosa Granada. Dijéronle loores los sacerdotes, que parecían suras arrancadas á las que consagra el Koran sacratísimo en alabanza de Alah; dijéronle cánticos los poetas, muy parecidos á los himnos cantados en el Yemen por los días más propicios al esplendor y al poder de las grandes familias y razas mahometanas. Todos á una, en coro de hipérboles orientales, encarecían el triunfo inenarrable, y profetizaban, ébrios de soberbia, no solamente la salvación de Granada, sino la reconquista de todo el español territorio.

Pero en esto, cuando más entregados se hallaban los reunidos en el hermoso alcázar á sus adulaciones, oyóse un rumor procelosísimo, que penetraba por las paredes mismas del fuerte palacio y ensordecía los aires. Era terrible rumor producido por la plebe, quien acompañaba en tropel á uno de los muchos santones musulmanes, de esos que consagran la vida en su totalidad á la contemplación de los misterios y al anuncio de las profecías. Estos hombres parecen de piedra; rígidos y fríos, como las estatuas, cuando se asientan por las encrucijadas en las piedras de los caminos, llegan á una grande absorción, hasta el extremo de no sentir ni los rayos del sol sobre su turbante, ni las picaduras de los insectos sobre su rostro, ni las muchedumbres que pasan en torno suyo; y como seres abstractos, revestidos solo de las formas externas indispensables á expresar una idea, sublevan fácilmente á los pueblos, sobre todo á los pueblos de sangre hirviente y exaltadas creencias, si alguna vez se alzan y se mueven como la vida, y lanzan de sus labios yertos solemnes y religiosas palabras, tan resonantes como el trueno y tan abrasadoras como el rayo. Pues bien; uno de los muchos santones que había en Granada, el más querido, el más respetado, aquel en cuyas profecías y presentimientos más confianza pusieran los granadinos siempre, levantóse, después de haber visto en su rígida inmovilidad á los vencedores sin alegría y á los vencidos sin tristeza, levantóse, á guisa de yerta escultura

que se acalorara con el contacto de un fuego celeste, ó de muerto enterrado, que surgiera de su sepelio con recién recobrada vida, rugiendo rugidos de leones en los desiertos, fulgurando fulguraciones de tempestades en las montañas. Cuando vieron los fieles musulmanes animarse aquella muerte, y encenderse aquella nieve, y hablar aquel silencio, creyeron que Dios mismo le movía con su mano poderosa, y por tanto, á ellos les tocaba tan solo seguirlo y reverenciarlo y obedecerlo. Viéronle dirigirse al palacio, y al palacio se dirigieron también; penetrar en los patios, y allí penetraron; lamentarse del Sultán, y del Sultán se lamentaron todos. Imagináos cuál no sería el asombro de Muley Hacem cuando vió profanado su santuario por la irrupción de aquellas muchedumbres, é interrumpido el coro de alabanzas por la explosión de aquellos anatemas.

—Hacem, Hacem, Dios y su Profeta quieren que te hable y te diga la verdad entera. Como, en el mudar y sucederse de todas las cosas, Alah tan solo queda perenne, allá en los cielos, aquí, en la tierra, entre los tránsitos de la muerte á la vida y de la vida á la muerte, queda tan solo perenne la justicia. Y vengo á declararte como te mienten estos cortesanos, viles cual sus adulaciones, cuando loan tus combates y encarecen tus victorias, ocultándote que un buitre inmenso, cuyas alas, más oscuras que la noche, cubren el granadino cielo, se avanza despiadado, con sus garras apercibidas á destrozar el vientre de tu imperio. Cayeron los reyes del Yemen,

que brillaban como astros orientales; pasaron los que al Iran dieran sabias leyes; Hazum, vestido de púrpura y alojado en palacio de oro con pedrerías enriquecido, se precipitó en las entrañas del desierto, al toque de la maldición de Moisés; frustráronse desde las ciencias de Salomón hasta las conquistas de Alejandro en las férreas puertas del destino; y tú no podías exentarte de la ley común, que ha derribado tales grandezas, después de haber cometido en tus desvaríos tantas tropelías.

Al oir estas palabras insolentes, los cortesanos se dirigieron al santón audaz con aire de amenaza, y hasta intentaron golpearlo en su arrogancia. Pero el pueblo, adicto á quien representaba tantas supersticiones y tenía en su palabra tantos consuelos para los dolores presentes como esperanzas de regocijos futuros, se interpuso entre la cólera de los grandes y la persona del Profeta, guareciéndolo y escudándolo. Hacem, por su parte, sabedor de cómo la cólera del pueblo podía, en aquel mismo sitio, aumentar la magnitud del desacato y exacerbar las generales desgracias, reflexionó que para reinar con acierto se necesitan muchos empujes en el combate y mucha calma en el consejo, por lo cual detuvo con un gesto á sus cortesanos y dejó hablar al gárrulo profeta, demostrando que una de las cargas mayores del imperio estriba en oir con resignación las ajenas impertinencias. No hubo menester más el exaltado predicador para proseguir su interrumpido sermón, escuchado por los grandes con des-

agrado, por los pequeños con éxtasis, por Muley con desdén.

—Pues qué, ¿no cayó la sin par Sevilla, coronada con su Giralda encantadora, donde los astros se habían posado tantas veces á contar en los oídos de nuestros sabios los secretos del cielo? Nuestros padres han visto rodar las piedras del Mirab, esmaltadas por los ángeles del cielo, en la grande Aljama de Córdoba; y no se levantaron á defenderla, ni la sombra de Abderraman que la fundara, ni la sombra de Almanzor que la concluyera. Todas las palmas en los desiertos del Magreb llevan por sus troncos, enhiestos como atrevidas columnas, nombres de pueblos ya perdidos para nosotros, y cuyas letras ha grabado allí el inútil puñal de los vencidos. Asómate á cualquiera de los miradores, y verás que así como las aguas del Darro buscan las aguas del Genil, y las aguas del Genil buscan las aguas del Guadalquivir, y las aguas del Guadalquivir buscan las aguas del mar, nuestros pequeños reinos, apenas resguardados en las altas montañas, corren, desprendidos del Islam, á perderse todos ellos en los reinos cristianos de Córdoba y Sevilla, que ayer nos pertenecían, y entrando en el Océano, á inundar hasta la tierra del África, la cuna de nuestros padres. Sordo estás, si no llegan hasta tus oídos las terribles elegías de tantas y tantas tribus errantes como se plañen allá en el desierto de haber perdido á España sin remedio, y de mirar ahora, con los ojos henchidos de lágrimas, cómo también se pierde

y se derrumba irremisiblemente Granada. ¡Oh! Haced, haced penitencia, hijos míos, para que Alah, justamente indignado con todos nosotros, llegue misericordioso á compadecerse de su pueblo. Y tú, rey asentado sobre un trono vacilante, mira que se pierde tu corona, y después de haberte creído deslumbrador como un sol, vas á ser enterrado como un perro.

Terrible rumor de amenaza en el pueblo contra el monarca, y en el monarca contra el profeta siguió á estas audaces palabras. Mas el pueblo no se atrevió á nada contra el monarca por un resto de supersticioso culto á la monarquía; y el monarca no se atrevió á nada contra el profeta por otro resto de supersticioso culto á la religión. Profundo silencio, causado por el enojo y el asombro, siguió al atrevimiento, y el predicador, entrando de nuevo en su habitual silencio tras aquel estallido de palabras amenazadoras y terribles, abandonó la estancia seguido de la plebe. Hacem, muy ducho en cosas tocantes al gobierno, comprendió cuánto le convenía no volver sobre aquel terrible desacato ya que no tuviera valor bastante á castigarlo, y alzándose de hombros como suele un cuerdo cuando se oye á un loco, torció la conversación á las cosas corrientes y habló de sus combates, de sus victorias, de las ventajas conseguidas y de los despojos acumulados, cual si no sucediera en torno suyo cosa ninguna y no hubiese dicho el profeta la menor palabra. Volvieron los cortesanos tras la breve arenga regia de

nuevo á sus loores, mas el rey, aun oyéndolos tan amentados, no volvió de nuevo á su calma. Despidió, pues, á la corte, y encerrándose airado en lo más recóndito del harem, pidió á su memoria olvido y á su sueño reposo para descansar de las pasadas fatigas y divertir los terribles presentimientos.

Turbado el sueño fué como de quien halla en la victoria misma, fuente, para otros, de satisfacciones y placeres, motivos nuevos de dolores y de arrepentimientos. Así el triunfo sobre los dominios de Solís y sobre los muros de Zahara se trocó en algo desabrido y acre. ¡Oh! Tales amargores debían ser aún más amargos á paladar encallecido y empalagado por la sabrosa miel de adulaciones continuas. Ni siquiera movieron la villa de Zahara y el castillo de Martos una sola fiesta en la ciudad sensualísima de los regocijos continuos. Algunas se habían ideado y apercibido por los cortesanos, ganosos de holgarse; pero las frustró el grito de los santones, el disgusto de las muchedumbres, la pena misma del monarca y de los suyos, heridos con desabrimientos, solo guardados para la derrota, cuando creían aspirar el humo de los embriagadores holocaustos debidos á la victoria. Fatigosísimo sueño, cortado á cada instante por terribles pesadillas, fué, como hemos dicho, el sueño de Hacem. Así, muy temprano, dejó su alhami desapacible, su lecho parecido á tormentosa nube, las estancias áureas que semejaban sepulcros negros á sus espantados ojos, y subióse á una torre, desde cuyas cimas contem-

pló con arrobamiento el espectáculo presentado todas las mañanas del año, al ánimo menos artista, por aquel edén esclarecido con la blanquecina luz de sonriente alba. Las nieblas disipadas por los primeros rayos del sol, descubrieron todas las vías conducentes á Granada; que allí, en medio del verdor, entre alamedas y cármenes y ajarquías, brillaban como tortuosas serpientes de ricos y raros metales. Difícil fijarse mucho en punto cualquiera de tan deleitoso edén, cuando relumbran las sierras; esplenden, cargados de rocío, los cármenes; y semejan trasparentarse casi en rosadas torres como si estuvieran hechas de corales. Mas en el corazón estremecido, en el espíritu apenado, en la inteligencia sombría de Hacem, comenzaban á despuntar dolorosos presentimientos muy parecidos á los que había expresado el santón siniestro en sus nefastos sermones. A mayor abundamiento, en aquel riente paraíso, y á la hora desusada del amanecer, había visto una bandada de cuervos, que graznaban como si humeasen carne fresca ó sangre hirviente, y que sobre la torre se detuvieron algunos minutos, como si la torre, donde se hallaba el Sultán, mandase á las alturas, donde aleteaban ellos, hedores de cadáveres. Así, en el punto y hora en que los cuervos desaparecieron del aire, Hacem volvió los ojos al suelo para ver si confirmaban tan tristes presagios, no sin murmurar las palabras dispuestas por la ley á conjurar los sucesos nefastos, y que dicen así á la letra: «Hijos somos de

Dios, y á Dios volveremos seguramente después de nuestro áspero camino.»

Se conoce que la oración litúrgica de Hacem no había operado mucho en la voluntad omnipotente de Alah, pues, no bien dicha y pronunciada con todas las solemnidades requeridas, aparecieron unos jinetes en los caminos del Sudoeste, pero tan desordenados en sus agrupacionas y tan revueltos en su celeridad, que parecían fantasmas infernales, correspondientes á los cuervos agoreros que acababan de atravesar y hendir los aires. Hacem seguramente no les hubiera hecho caso, ni parado sobre ellos mientes en cualquier otra ocasión menos terrible; pero, á tal momento, y en su estado proceloso de ánimo lo rodeó de sombras, no tan siniestras, á pesar de imaginarias, como las efectivas aportadas por el confuso tropel. Mucha fué, pues, la pena suya en vista del nuevo augurio. Y eso que para conjurar tales penas, ó mitigarlas á lo menos, contaba siempre con el auxilio y el empuje de su terrible soberbia. Nacido en época de adversidad y decadencia con todas las altas cualidades propias de las épocas de grandeza y heroismo, la fuerza de su natural airado y arrogante precipitaba las catástrofes, que intentaba ó detener ó reparar, aun siendo irremisibles é irreparables. Así, al pronto frunció las cejas y cambió la color, pero luego, volviendo sobre sus primeros efectos, de súbito se querelló contra sí mismo por tamaña debilidad, y comenzó á decirse con imperio,

con arrebato, hasta con elocuencia, departiendo consigo como si llevara dos seres en su sér, que cualquiera de las calamidades posibles en aquel entonces sólo servirían para darle ocasión de motivar el esfuerzo de su brazo y el coraje de su heroismo, destinados, no solamente á la redención de Granada, sino también á la reconquista de toda España en los inexcrutables designios del destino.

Pero ¡ah! que la realidad le reservaba terribles sorpresas. Lo que sucedía en su reino, sobrepujaba en adverso á todo cuanto le ponía delante de los ojos la imaginación enardecida y alarmada. El tropel devoró con la rapidez del relámpago la distancia; entró por las calles de Granada inquieta, despertando nuevos recelos con su aire siniestro y su agitación procelosa; llegó á las puertas del Alcázar resollando como si no hubieran los atropellados recogido su aliento desde la señal de su partida; y demandaron ver á Hacem con el fragor de soldados en armas y en sublevación más que con el respeto de militares sumisos á su general y de vasallos sumisos á su monarca. Hacem, aunque la confianza en sí templaba muchísimo los efectos de tristeza ó desaliento, se impacientó de suerte que, al aproximarse los jinetes, descendía del castillo al serrallo para enterarse más pronto y mejor de todo lo que pasaba en aquella hora siniestra, y asombrado por tales nubes relampagueantes. A una señal de su mano imperiosa las puertas del palacio se abrieron y penetraron por ellas los tristes mensajeros de te-

rrible nueva. Parecían todos á una muertos resucitados, según lo torvo de su mirar, lo pálido de su color, lo desceñido de sus trajes, lo trágico de las diversas expresiones du sus semblantes oscurecidos todos ellos sin excepción por las sombras de un dolor sin ejemplo. Al descubrir á Muley Hacem subió de punto la terrible pena en ellos; y se lanzaron todos á sus piés como si los hubiera herido un rayo y derribádolos por tierra.

CAPÍTULO XII.

—¿Qué sucede?—preguntó el rey con anhelo á los despavoridos vasallos.

—¡Ay, ay!—gritaron todos, como si los urgaran cruelmente con hierros candentísimos.

—¿Qué hay?—volvió á preguntar impaciente Hacem.

—¡Ay de mi Alhama!—gritaron algunos entre los acongojados clamores de todos.

—Alhama—dijo Muley-Hacem, pasándose la mano por la frente como si quisiera desvanecer un sueño.

—Alhama, Alhama,—dijeron todos.

—¿Alhama sitiada?—preguntó con extrañeza el monarca.

—Perdida—respondieron los tristes y dolientes mahometanos.

—¡Perdida! ¿Qué decís? Imposible, imposible. No pueden llegar á ella ni las águilas del cielo.

—Pues han llegado—exclamó el jefe de la tropa—las armas de los Ponces.

—¡De los Ponces! Mentís. ¿Sois locos escapados de algún encierro? ¿Sois muertos venidos del otro mundo á engañarme por ventura en éste?

—No; somos vencidos en Alhama.

—¿En la bien cercada?—preguntó Hacem, que no podía sacudir su asombro.

—En la bien cercada—contestaron todos.

—Las aguas de receloso río circundan sus sierras y las crestas altísimas levantan á las nubes sus castillos.

—Pues allí—dijo el principal entre todos—allí ha llegado el marqués de Cádiz.

—No lo repitas—exclamó Hacem sacando puñal damasquinado del cinto áureo—no lo repitas, porque si vuelvo á oírtelo te remato ahora mismo.

—Máteme V. A.—contestó el caudillo—pues prefiero las sombras de una eterna noche á ver todo cuanto he visto.

—¡El marqués de Cádiz—exclamó Hacem, pasando de la rabia horrible al dolor profundo—el marqués de Cádiz!

—Yo lo he visto—añadió el caudillo—con sus adalides, muchos de ellos renegados nuestros.

—¡Oh!—exclamó Hacem, lanzando rugido tal, que se hubiera tomado por una fiera herida en los desiertos.

—Yo lo he visto—continuaba el caudillo—roja la cabellera, como si la hubiese teñido en la voraz

lumbre del infierno; acribillado el rostro por la mezcla de las cicatrices inferidas en él por la guerra y de los hoyos abiertos por las viruelas; yo lo he visto encerrado en armadura que parecía parte de su cuerpo, y blandiendo una espada que le daba terrible semejanza con el ángel siniestro de la muerte.

—¿Será verdad ó será sueño? ¿Estoy despierto en la posesión de mis sentidos ó presa de una pesadilla causada por la fiebre?

—Estás en tu palacio y sin Alhama.

—Verdad, verdad—gritó Hacem, cayendo sobre los cojines de púrpura que tenía detrás de sí pegados á las paredes argénteas del patio de los Arrayanes, donde sucedía tal escena trágica.

—Un demonio salido del infierno celó nuestras guardias y estudió nuestras posiciones.

—Pero, vamos. Sí, deliro. No sé que pregunto—murmuró Hacem, corrido bien pronto de su desmayo é irguiéndose como el árbol doblado por el viento que cobra su natural posición.

—Pregunte V. A. cuanto quiera—dijeron á una los adolorados vencidos.

—¿Llegó allí un espía del marqués?

—Llegó, por cierto que se llamaba Ortega, y tiene más combates y encuentros en su historia que días en su vida.

—¿Y cómo no le cogísteis y no le depedazásteis!

—¿Cogerlo y despedazarlo? ¡Cosa fácil! Debía

tener pacto con Satanás mismo según era de invisible, aunque se metía por todas partes.

—¡Maldición! — dijo Hacem.

—Ya se arrastraba como un reptil por el suelo; ya se metía como un pez en las aguas; ya se enterraba como un muerto en las cavernas. ¡Oh! No tienen las zorras su oído para escuchar cuanto les conviene oir; ni los hurones su destreza para cavarse pasadizos varios por el profundo suelo; ni los buitres sus alas para subir arriba, más allá del término de nuestras fortalezas, y atisbarlas á vista de pájaro. Él ha medido los pasos de nuestros centinelas; él ha sondeado la densidad de nuestros muros; él ha puesto en su memoria y fijado las letras de nuestras consignas, para luego irse á Marchena y contar al marqués mismo en persona, cómo la plaza estaba desguarnecida y cuán pocos nosotros éramos, sus decididos y resueltos defensores.

—¡Oh! Tenéis razón. Yo he mermado su guarnición para tomar un punto como Zahara, inferior á mi Alhama, y para tomar una familia como la de Solís en el castillo de Martos, inferior á esa familia de los Ponces en su plaza de Marchena. Yo soy el más criminal de los reyes y vosotros los más infelices de los vasallos.

La furia de Hacem creció tanto á la narración de sus recien sabidas desgracias que, volviéndose á una próxima y brillante alhacena, en cuyos estantes relucía deslumbradora cimitarra, cogióla para

cercenarse la cabeza de los hombros, cuyo propósito suicida consumara, de no impedírselo con violencia los mismos desesperados moros de la triste Alhama.

—Calma, señor, calma—gritaron varios de los circunstantes.

—Razón tenéis—dijo Hacem, cambiando, como todos los sanguíneos, con súbita mudanza, desde una cólera indecible á una indecible reflexión.—Si hemos de morir pronto, muramos por lo menos matando y en defensa de nuestra cara ciudad cautiva. Acabad presto de mostrarme, hasta en sus más recónditas entrañas, el abismo de mi desgracia.

—Aquel mago—prosiguió el narrador—después de haberse instruido en todos nuestros recursos, instruyó á los suyos, hasta el extremo de moverlos á una expedición, que sorprendiese con perfidia nuestra noble Alhama y la tomase con crueldad. Tres mil jinetes y cuatro mil infantes marcharon por la cadena inaccesible de Alcerifa y se vinieron á nuestro territorio, deteniéndose de día, para no suscitar sospecha ninguna, callados y silenciosos, cual si fueran una legión de santones, y caminando de noche cual si fueran una bandada de aves nocturnas, cuyas sedosas alas no suenan y cuyos ojos semejan los blanquecinos fuegos fatuos de triste cementerio. Baste decir que no encendían fuego por temor de que los delatasen las espirales del humo.

—¿Y pudieron llegar hasta vosotros sin que vosotros lo advirtiérais? Continuad, continuad, porque, si á reflexionar me parara, perdería en este mismo punto la cabeza.

—Ni los malditos jefes cristianos se hallaban á la sazón aquella instruidos en el propósito y fin de la recatada correría. Juramentados á una en su fe maldita, no preguntaban palabra, ni se les ocurría siquiera una observación. Sólo á media legua de Alhama supieron donde iban. El marqués les mostró cuánto importaba la reserva, encareciéndoles el bien ya granjeado; y les prometió rico despojo en las próximas alturas de la incomparable Alhama. Halagó el disimulo pasado á su perfidia, y excitó el botín venidero su codicia. Todos á una pidieron el combate, á pesar de lo difícil del esfuerzo. Las dos de la mañana eran cuando trescientos hombres se habían emboscado al pie de nuestros riscos en disposición de tomar la plaza ó morir honrosamente. Puso la escala Ortega y ascendieron treinta hombres, tan sigilosos y callados que parecían sombras, armadas de armas espirituales, que ni relucían ni sonaban. Ortega encabezó á los asaltantes, siguiéndole detrás Martín Galindo, joven que había jurado matar al primer centinela con que topase ó morir mártir de su fe católica en el castillo de Alhama. Dormíamos todos, fundados en que nadie podía tocar, por aleve que tuviera el ánimo y por largo el brazo, en la inexpugnable fortaleza de Alhama, cuando el centinela se vió sorprendido y

el cuerpo de guardias tomado. Dormían los nuestros, y los despertaron las armas de los enemigos. Ninguno se atrevió con ellos, tomándolos por seres sobrenaturales, á quienes Azrael dirigía camino de la eternidad, cuyas puertas abre la muerte. Ni á uno solo de nuestros soldados quisieron perdonar. En sus camas perecieron todos, más indefensos é inmóviles é inermes que cuando estaban dormidos en el vientre de sus madres. Tras los treinta de la primera escalada, subieron trescientos, y con aquellos trescientos en las entrañas del castillo, no había medio de recobrarlo, porque todos, industriados en las sabidas industrias de Ortega, se habían puesto á la defensa, tomando contra nosotros las posiciones tenidas tantos años por nosotros contra ellos. Las armas resonaron al cruzarse, los resuellos del combate siguieron al choque de las armas, los gritos de los que avanzaban y de los que resistían se confundieron en babelescas algarabías, descorrióse todo el misterio tras cuya cortina se ocultaba el amenazador ejército cristiano, quien sonó sus atabales, sus clarines, sus arcabuces, en señal del propio regocijo: siniestro estruendo, que resonó en nuestras ensordecidas orejas como la trompeta del ángel que ha de llamar á los hombres al postrimer juicio. Aun los nuestros resistieron largo tiempo en el patio de la fortaleza, que hubieran salvado seguramente, á no haber sabido el taimado é hipócrita Ortega una puerta oculta y franqueado por ella seguro paso al marqués de Cádiz y

á sus terribles soldados. Ni uno solo de los nuestros se salvó. Solamente la hermosa mujer de nuestro alcaide, apartado á la sazón de allí por haber ido á una boda en Velez-Málaga, fué respetada caballerosamente, gracias á su hermosura y su gracia. Todos los demás habitantes del castillo murieron inmolados á la terrible saña del soberbio vencedor.

En el momento de oir esto, la oración por los muertos asomó á los labios del Sultán de los vivos. Volvió, pues, su rostro hacia Oriente, hacia la Meca, y dijo, cómo presentaba los cuatro Tekires de la oración fúnebre á Dios, acreedor á todos los homenajes y á todas las obligaciones. ¡Oh! Dios mío, exclamaron todos en coro, recibe á tus piés el tributo de nuestras alabanzas. Sólo Dios es grande. Acuerda el maná de tus bendiciones á estos muertos, como se lo acordaste á nuestros dos Profetas Abraham y Mahoma. Señor, tú sólo eres digno de alabanza. Dios mío, acorre á los creyentes en ti, á los fieles, á todos los mahometanos, pequeños ó grandes, hombres ó mujeres. Vivan, Señor, en el Islamismo aquellos á quienes tú conservas la vida, y en el Islamismo mueran aquellos á quienes tú envías la muerte. Distingue á los muertos en Alhama que nosotros juzgamos con nuestro débil humano juicio, mártires de tu fe. Dales tu gracia para que tengan el debido reposo. Del número de los buenos deben ser cuando pelearon y murieron así. Mas perdona su perversidad si por culpas, de nosotros desconocidas, hubieran pertenecido al

número de los perversos. Que no sea su huesa, después de muertos por ti, círculo del infierno, sino jardín del Paraíso. Que sus restos queden para pasto de los gusanos, pero que sus almas vayan, conducidas por las alas de los ángeles, á la compañía inmortal de los bienaventurados. Sólo tú eres misericordioso. ¡Alah, Alah, Alah! Bien puedes acrecentar en todos nosotros la virtud de la fe y la sumisión á tus mandatos. Dios solamente merece nuestras alabanzas. Él da la vida y la muerte. El bien está todo entero en sus manos. Sólo él es omnipotente. Dios mío, bendícenos en la hora de nuestra muerte; y después de nuestra muerte concédenos tu incomunicable bienaventuranza.

Concluída la oración, volvióse Hacem á los suyos y les dijo:

—Contadme, contadme por Dios cómo se rindió Alhama después de haberse rendido su fortaleza, porque aún quedaban muros, casas, brazos, pechos, corazones, para defenderse. Ya se ve, no se defendería. Las baños calientes, que acostumbraron á tomar en su molicie, les han debilitado las fuerzas; y las esencias, los aromas, los regalos granjeados por sus innumerables riquezas les han descolorido la sangre. No hay en ellos resistencia posible. Eran los más ricos y los más afeminados de mi reino.

—Señor, deja de maldecirlos,—dijo el enviado de Alhama la triste, al injusto monarca. Tus vasallos de Alhama habrán ya entrado todos en el Pa-

raíso, porque todos son mártires. Nosotros, los últimos, los sobrevivientes de aquel naufragio, los rescoldos de aquel incendio, moriremos bien pronto sin remisión, porque si padres, nos hemos quedado sin hijos, ó si hijos, nos hemos quedado sin padres. Hasta nuestras esposas, cuando no tenían leña con que atizar sus hogueras y hervir agua caliente para vertérsela por sus maldecidos cuerpos á los cristianos, que Alah maldiga y condene, lanzaban al fuego sus más ricos muebles. Desde una hora antes de la señalada por Dios para que los muecines entonen sus alabanzas en el alba y hasta una hora después de la oración postrera, todos combatimos en las calles, en las encrucijadas, en los edificios, aun después de saber cómo nos había condenado el destino á una derrota sin apelación y sin remedio. Nosotros mismos, los que aquí tienes, hallámonos salvos por milagro ciertamente, pues, hemos combatido dentro de la mezquita sacratísima, nuestro postrer refugio; y nuestros perseguidores, nos han cercado en círculo de fuego que parecía el infierno. Solamente la mano de Alah, solamente su mano, ha podido traernos hasta los dinteles de tu palacio para pedirte venganza, y de no conseguirla pronto, caer exánimes á tus plantas.

—¡Ay de mi Alhama!—Exclamó el monarca.

Y este grito ¡ay de mi Alhama! recorrió toda la capital, desde un extremo á otro, despertando en tropel innumerables y encendidas pasiones condensadas en una horrible tormenta.

CAPÍTULO XIII.

Como un mar encrespado por el viento se alteró Granada en cuanto supo la fatal nueva de haber caído en nazarenas manos la ciudad inexpugnable donde sus banderas flotaban por los dominios de las águilas. Todo el mundo clamaba en calles y plazas, invocando el amparo de Alah contra enemigos tales como aquellos, bajados sin duda de las nubes, cuando habían podido tocar con sus plantas, cual ángeles exterminadores enviados por la divina cólera, el más alto presidio de la granadina gente. Los notificadores de la nefasta nueva se vieron, al salir del Alcázar, detenidos, asaltados por los tristes muslimes, ansiosos de preguntarles cómo había podido hacerse cosa tan grave de improviso, no habiendo hechicería ó maleficio. Pero los mismos, que acababan de ver el asedio y toma de Alhama, sorprendida en los descuidos y olvidos naturales al sueño, no sabían por qué caminos los

sitiadores habían marchado, ni con qué género de guerra y con qué casta de armas vencido, para desgarzar de diadema tan brillante como la diadema del nieto de Alhamar perla tan preciosa como la ciudad de Alhama. La figura del santón profeta se apareció á los ojos asombrados de todo el mundo, tanto más cuanto que había desaparecido como si cayera en misterioso abismo al peso de su dolor ó le robaran del mundo para el Paraíso los ángeles divinos por su conocimiento y anunciación de la verdad. Como todos los pueblos probados por la desgracia y próximos á una catástrofe, ignoraban los granadinos á quién imputar su horrible suerte, si á cólera del cielo, si á propia culpa, si á propósito en los cristianos de no permitirles descanso y tranquilidad, si á las temeridades mismas de un monarca tan audaz como Hacem, quien, rodeado por doquier de poderosos enemigos, aún los exacerbaba con provocaciones como las dos victorias sobre la fortaleza de Martos y la villa de Zahara, donde había cosechado una gran copia de despojos, pero, también sembrado una gran copia de odios.

Hacem, por su parte, allá en lo más recóndito de su oriental serrallo, no hacía otra cosa más que rugir de rabia como el león herido y moverse de un lado á otro lado tropezando con todo como la gacela detenida por el cazador y encerrada con su congénita inquietud en estrecha jaula. «Me parezco, pensaba para sí, al Gebel Elbeira por cuyas enriscadas laderas sólo se descubren soledades inmensas de-

vastadas por triste desolación. Sobre los alcázares de la corona y sobre las alcarías de la Vega, magüer su formidable defensa por cinturas de fortalezas, aletean espíritus malignos, más que cristianas legiones, empeñados en perseguir y castigar á Granada, porque la mueve al combate un brazo como mi brazo, incansable de suyo para la guerra, cual conviene á un descendiente de aquellos fuertes conquistadores, que nos dieron el dominio supremo sobre todos estos preciadísimos edenes. ¡Oh! No vendrán, mientras yo aliente, no, los perros infieles á destronar los imanes y los morabitos en tus aljamas y en tus ermitas. Tus doce puertas, ¡oh Granada! se parecen á doce fortísimos escudos de acero damasquinado y las veinticuatro torres que las defienden á veinticuatro arcángeles armados y bendecidos por Alah. Tus Alcazabas se hallan guarnecidas de zenetes que parecen, por lo ardorosos, al africano desierto; y tus Albaicines poblados de moros andaluces que guardan la fuerza y la inteligencia de sus padres. Alhamar, abuelo mío, tú no consentirás que la corona forjada y enrojecida en el horno de cien victorias sea profanada por los infieles. No, Jucef, no podrás ver desde la serena bienaventuranza, donde habitas, cómo penetran soldados ébrios de profano vino en las estancias libradas por tus divinos artífices para santuario de las edénicas huríes. En la torre de Comares sólo puede resonar el Koran y en el alabastro de las mezquitas erigidas por tu fe dentro de nuestros

patios sólo pueden reposar nuestros huesos y esplender en letras de azul y oro nuestros nombres. En el Generalife, al son de las aguas despeñadas por los pasamanos de sus escaleras maravillosas, sólo pueden resonar nuestras poesías acompañadas por las guzlas. A la sierra del Sol solamente le cuadra el llamarse peana del trono de nuestro Dios. En las Albercas de los Alijares alimentadas por surtidores de líquidos aljófares se mirarán eternamente las hijas de tus pueblos, ¡oh santísimo profeta! Tus vergeles son una breve reducida copia del edén, anticipado en el mundo á los que Alah ve pelear por él desde los cielos. Así nos daremos la mano con los excelsos parientes de Fez y nadie podrá en el mundo turbar ya nuestras alianzas, contra las cuales han de romperse y estrellarse los infieles. Jamás la dulce Sana del Yemen mereció tantos sacrificios por su belleza como esta vespertina estrella del ocaso, que parece perfumada con almizcle traído del puerto de Darin. Si cayera Granada, los creyentes imaginarían que aquel Isarafil, cuyos labios están desde la eternidad adheridos á la trompeta del Juicio, había sonado en ella, y herido con su toque de muerte al universo. Yo no quiero que los collares de oro ceñidos á las gargantas de mis hijos se conviertan jamás en cadenas de hierro amarradas á sus piés. Ya oigo las palabras de dolor que lanzan los muecines desde sus minaretes y las oraciones de penitencia que levantan los imanes, desde sus cátedras. Ya veo

las lágrimas de horrible desesperación que surcan las mejillas del anciano fugitivo, llegado en su timidez hasta este nido, creyéndolo exento de las guerras. Ya siento las maldiciones despedidas por las madres al estrechar contra el seno sus hijuelos, sobre un monarca tan batallador como este Hacem, venido á salvar su Granada, y si no á perecer en la demanda traspasado por las armas nazarenas. Sí, debo combatir, y combatiré. Alhama no puede quedarse ahí en poder de los cristianos sin que su cobarde conformidad aparezca en los tribunales divinos, como una infame traición. ¡Ah de mi visir! ¡Ah de mi visir!»

—Hacem.

Dijo el visir apareciendo al llamamiento de su señor.

—Óyeme.

—¡Ay!

—También tú.

—¿Qué?

—¿También tú suspiras?

—Cómo no.

—Pues no es hora de suspirar como hombres, sino de combatir como fieras.

—Ordena y serás obedecido. El aire y el pensamiento no corren como corre mi voluntad en tu servicio.

—Deseo ponerme ahora mismo en marcha militar hacia nuestra invencible Alhama.

—¿Ahora mismo?

—Nada de vacilaciones.

—Hágase tu voluntad.

—Imposible que permanezcan allí mucho tiempo sus afortunados poseedores.

—Ya sabes lo que son.

—Aunque sean demonios del infierno.

—El marqués de Cádiz...

—El mismo Luzbel no podría guardar tal plaza.

—Pues hágase tu voluntad.

—Les faltan municiones y víveres.

—Verdad.

—Pues una marcha rápida, un cerco apretado, pondráles pronto en la imposibilidad completa de recibir socorros y tendrán que caer derribados de su orgullo á mis piés.

—Dios lo quiera.

—Mañana mismo debemos salir.

—¿Mañana?

—Sí, mañana.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque no está aparejada la indispensable artillería.

—Nos iremos sin artillería.

—¿Cómo sin artillería?

—Ya comprendes que lo primero es caer sobre nuestros enemigos y aniquilarlos.

—Mas para caer sobre tales enemigos con fortuna, importa combatirlos con todas las armas por necesidad.

—¿Cuántos jinetes podemos reunir?

—Tres mil.

—¿Cuánta infantería?

—Cincuenta mil.

—Pues con tres mil jinetes y cincuenta mil infantes, debemos recobrar, no ya nuestra invencible Alhama, Córdoba y Sevilla, si en ello nos empeñamos.

—Comprende Hacem cuanto exige de ti la gravedad de los males que aquejan á Granada.

—Pues como lo comprendo apresúrome á remediarlos con fortaleza.

—No debes olvidar que un fracaso podría costarte hoy el trono en la exaltación á que ha llegado Granada.

—¡El trono! ¿Quién se atreverá en la tierra hoy á tocar, no, una perla de mi diadema, un cabello de mi frente?

—La fatalidad.

—Para eso están los alfanjes, para combatir, aunque sea con el hado.

—No blasfemes, Hacem, cuando tanto necesitas en tu angustiosa situación del auxilio de Alah.

—Tienes razón—exclamó Hacem arrepentido y mucho de haber quizás tentado al cielo con sus audaces palabras.

—Retén ¡oh! Sultán tu impaciencia y espera con tranquilidad el apresto de todas las armas.

—No espero.

—¿Cómo no? Medita; reflexiona...

—Lo he meditado todo. Si tardamos mucho tiempo en acorrer á la ciudad perdida, vendrán los caballeros cristianos en su auxilio, y nuestros esfuerzos habrán de resultar completamente inútiles.

—Cúmplase tu voluntad.

—La herida recien abierta duele más que la herida cicatrizada.

—Cierto; pero es más fácil curar á un herido que á un muerto.

—Alhama está cerca, y la proximidad de tal afrenta, mantendrá vivos los desórdenes continuos que aquejan á nuestra querida ciudad. Una rápida maniobra tan sólo puede salvarnos. Intentémosla. En mí se confunden pensamiento y acción. Comunica mis órdenes con la celeridad propia del relampago. Quiero correr á mi Alhama para evitar que auxilien otros enemigos nuestros á sus audaces detentadores.

No iba equivocado Hacem. El marqués de Cádiz contaba entre sus amigos á uno de los mayores héroes andaluces, y este grandísimo héroe, llamado Alonso de Córdoba, preparábase para socorrerlo y auxiliarlo en aquella increible hazaña. Todo lo audaz tentaba la naturaleza del ilustre andaluz, forjado para la guerra. Nadie tan maduro en los consejos, tan cauto en los preparativos, ni tan audaz en los combates, ni tan menospreciador de los peligros, ni tan pronto á todas las guerreras aventuras, ni tan atrevido en las empresas. Así que supo la victoria de su amigo, sonó el clarín y

congregó en torno suyo las huestes de su pendón y su caldera. En el río de las Yeguas estaba ya, muy próximo á la ciudad que debía socorrer, del lado de Sevilla, cuando aparecieron, del lado de Granada, las huestes formidables del rey moro. Al saber la situación de éste y la situación de su valedor, sintió el marqués de Cádiz angustias terribles, no ciertamente por sí, por su amigo, y olvidado del propio riesgo, le diputó un mensajero, á fin de moverle para que se decidiese por la retirada y guardase á que una mejor ocasión le procurara medios de cumplir tan buena obra. Retiróse Alonso de Córdoba camino de Antequera, mas cuando las enemigas legiones pisaban ya su retaguardia y le perseguían tan de cerca y con tal furia, que á no haberlo defendido la estrecha garganta y la serenidad de sus compañeros de armas, cayera, con todos los suyos, cautivo del terrible Hacem.

Volviéronse los burlados por la grande actividad del héroe cristiano, y toparon con el Sultán granadino, quien á su vuelta estaba entregado á la más funesta desesperación y despedía siniestras frases, comparables sólo al maullido del tigre hambriento en los arenales africanos, ó al roncar de la hiena cuando escarba las sepulturas y husmea los cadáveres. Los sacudimientos de tal agitación dimanaban de una causa bien triste. Al acercarse Hacem á su Alhama, con ansia de pronto desquite, había encontrado las campiñas y las cercanías de aquel codiciado lugar por innumerables cadáveres sem-

bradas. Los perros venidos de lejos y los buitres y cuervos bajados de las regiones del aire, cebábanse á una en tales restos adorados por los muslimes, como deben adorarse por todos y siempre, las reliquias y despojos de los mártires. Á tal profanación, quiso contestar Hacem con violencias que mostrasen al mundo, y especialmente á los cristianos, toda la intensidad horrible de su furia; y como los suicidas, que se precipitan de cabeza en el suicidio sin atender á las resistencias que se les oponen ni á lo irreparable del crimen que van á perpetrar, aplicó las escalas á los muros y mandó que cayeran sobre su recinto los suyos, porque, dado el número, podían devorarlo como devoraban moscas, perros, cuervos y buitres aquellos cadáveres insepultos. En efecto, una inmensa muchedumbre se lanzó enardecida por el ardor de su monarca, en tropeles varios, sobre los muros altísimos, y ensordeció los aires con clamores tales de ira, cólera, desesperación, que parecía semejante jornada de horrores el término de toda vida en la tierra y los comienzos de la noche final del Universo.

No estaban desapercibidos aquellos cristianos á quienes el propio instinto de conservación y el conocimiento de sus enemigos mantenían despiertos contra todas las asechanzas y apercibidos á todas las defensas. Nubes de flechas, que hubieran podido oscurecer al sol; cataratas de piedras, que se derrumbaban y caían con furioso estrépito; fuegos

varios de los usados en aquella época para los sitios y parecidos al hervidero de las tempestades; sobre todo, el valor de los cristianos andaluces resueltos á morir antes que á soltar aquel emporio moro, lograron á una conjurar el peligro é impeler atrás el oleaje hirviente de la cólera muslímica. Hacem el valeroso, en quien la tenacidad se compadecía con el entusiasmo, mandaba un destacamento tras otro destacamento, pero todos se rompían, tanto en las piedras que acababan de conquistar aquellos valerosos mílites de la cruz, como en la dirección previsora de su jefe, del marqués de Cádiz, á quien parecía esclavizada la victoria.

Hacem llegó á comprender un poco tarde cuanto le costaba no haber seguido el sabio consejo de su visir, quien le conjuró con repetidas instancias á no marchar de ningún modo hacia la bien cercada fortaleza sin la correspondiente artillería. Viendo el Sultán que sus soldados no volaban como las águilas, quiso que cavasen la tierra como los hurones, hasta minar los muros en sus cimientos y desarraigarlos cual se desarraigan los árboles por sus raíces. Comenzaron los trabajos, pero el fuego asolador de los cristianos derribó y enterró en los surcos abiertos por ellos mismos á los audaces trabajadores. Tres veces pusieron mano á la obra de abrir las profundas minas, y tres veces los detuvo la temeridad increíble de los nuestros en sus continuas y asoladoras salidas. Dos mil moros pusieron fuera de combate las armas de los cristianos.

Entonces Hacem, al cual no detenía ningún obstáculo, persuadido por completo de las dificultades insuperables encontradas así para escalar como para minar la fortaleza, pensó en proyecto atrevido, como todos los suyos, en desviar el río y vencer por medio de la sed, tan aflictiva en los climas meridionales, á los terribles vencedores

Bebían los alhameños del río, desprovistas como estaban sus casas de cisternas, cosa rara en los pueblos orientales. Así llamaban á la ciudad aquella de baños calientes y regaladísimos Alhama la seca, por tener todas las aguas necesarias á la vida, fuera de su recinto. Ver los nuestros la maniobra enemiga y acudir á impedirla, fué obra en la cual se unió la rapidez del pensamiento con la rapidez del propósito. El marqués de Cádiz mismo abandonó la ciudad, con sus fortalezas, donde su presencia era indispensable, y peleó en defensa propia y de los suyos, metido hasta la cintura en el río. Los moros lograron su intento en esto y divirtieron las aguas de su cáuce natural, echándolas por otro cáuce, no sin que antes las hubieran teñido de rojo las venas de los cristianos. La sequedad del río no fué sin embargo tanta que faltára el agua completamente por su cáuce; mas las heces ó residuos no podían recogerse y almacenarse para el pro común, si no saliendo fuera de la ciudad, y la salida costaba innumerables sacrificios y víctimas á los perseguidos cristianos. Morían abrasados los caballos; precipitábase la última hora de tantos y

tantos heridos en las ardorosas fiebres de una sed terrible; algunos, anhelaban un sorbo del precioso líquido con tal anhelo que, al llevárselo á la boca, les ahogaba el contento, rematándolos como si fuera un dolor la vista del remedio. Cuentan las crónicas del tiempo, que menudearon las demencias causadas por la sed, y que los locos, al desvarío producido por aquellas enfermedades terribles, soñaban á una con lagos de agua dulce, clara y pura. Ya no había remedio en la tierra para los héroes de la Cruz. Ó venía pronto el indispensable auxilio de fuera, ó sucumbían mártires de su fe.

Á la verdad el auxilio era cada vez más difícil. La monarquía estaba por esta sazón muy comprometida en cuestiones lejanas, y aunque mandara la embajada de Vera para buscar honroso motivo á la guerra, no contaba todavía con los medios indispensables á iniciarla y sostenerla. Por una desgracia bien comprensible, ¡ay! el feudalismo espirante había recobrado ciertas llamaradas de fulguración deslumbradora en sus instantes últimos y vertido lo que naturalmente se hallaba en sus tradiciones y en su naturaleza, la discordia, exacerbada por el reclamo de caza tan abundante y provechosa como las ciudades varias del reino granadino. Entre las rivalidades nobiliarias, ninguna tan atroz como la de antiguo existente allí, en Andalucía, entre la persona del marqués de Cádiz y la persona del duque de Medina-Sidonia. Era el duque de Medina-Sidonia entre los potentados andaluces quien más podía

valer y apoyar al marqués de Cádiz, por el número de sus vasallos, por la cantidad de sus riquezas, por la extensión de sus dominios, si no lo impidiese la enemistad hereditaria, muy semejante á la enemistad que puede reinar entre dos Estados vecinos y rivales. Jamás hubiera pensado la cabeza del marqués de Cádiz en recurrir á su enemigo por juro de heredad el duque de Medina-Sidonia; pero lo que jamás hubiera pensado la cabeza del héroe, lo hizo el corazón de su mujer. Juzgando al rival por sí misma, por sus afectos generosos, por sus impulsos nobilísimos, por su abnegación, por su caridad, creyó que no podía negarse á la demanda de una esposa y de una cristiana poseída de supremas angustias, y envió un emisario á la fortaleza de Arcos, donde Medina-Sidonia residía, en busca del deseado auxilio, é invocando por suprema invocación la Cruz que todos adoraban y la tierra en que todos vivían. No la engañó su esperanza. El duque recibió al embajador como á un amigo y se propuso, una vez oída la embajada, correr al remedio de tanto mal y salvar al cumplido caballero cristiano; con abnegación completa de su propia persona y sacrificio del desquite próximo á sus rencores y á sus agravios. Seguidamente expidió las órdenes más apremiantes á los adelantados de sus fronteras, á los alcáides de sus villas, á los jefes de sus tropas, á los monteros de sus cacerías, á los jinetes de todos los contornos y aun á los voluntarios que quisiesen ganar prez en la tierra y

bienaventuranza en el cielo, llamándolos á una cruzada, donde, asistidos de armas y provisiones, ganarían muchos despojos y muchas indulgencias, porque la pedían religión, patria, honor, en socorro de aquellos que sustentaban la Cruz de Cristo sobre los altos de la combatida y triste Alhama.

CAPÍTULO XIV.

Pocas veces había visto Andalucía ejército semejante. Mandábalo un duque tal como Medina-Sidonia, quien, para en todo asemejarse á los reyes, hasta escuadras dirigía. Estaban los principales caballeros andaluces á la cabeza de cada hueste. Erguíase D. Alonso de Aguilar entre todos, aquel caudillo que á sus innumerables heredados señoríos, acababa de juntar las alcaidías de Alcalá y Antequera, el título de juez mayor entre moros y cristianos fronterizos, la dignidad del noble alguacilato de Córdoba. Por él debieron escribirse las romancescas frases repetidas en todos los libros caballerescos, de que su descanso era pelear. Su cama, cubierta de rica holanda, rara vez recibía en los mullidos colchones aquel su cuerpo metido en el hierro de su fuerte armadura, la cual era como parte integrante de su esqueleto, según lo fuertemente adherida siempre á su persona. Engendrado

en la guerra; nacido para la guerra; puesto desde su niñez en condiciones de que la lucha fuese tan esencial á su vida como la respiración, peleaba en todas partes y á todas horas; ya en correrías contra los fronterizos, ya en batidas contra las fieras; según lo que demandaba de los nobles y de los grandes aquella inclemente centuria, en la cual moría el feudalismo y comenzaba la realeza. Con los Aguilares iban los Girones. Tampoco estos podían contar las plazas que asediaban, las batallas que mantenían á la continua. Diríase que tenían alas, pues más que subían, volaban por los escalamentos en los asedios. Temblaban los moros el tajo de sus espadas, como si sus espadas fueran rayos; pues no había cimera ninguna que resistiese al golpe de sus mazas, ni arnés impenetrable á sus puñales. Descendían de aquel caballero, que dió á un rey de Castilla su caballo, para que pudiera, en tremenda rota, salvarse, mientras él aguardaba la muerte. Los Girones, unidos á los cruzados alhameños, eran gemelos y tan hermosos, por lo blancos y por lo rubios, que les llamaban en todas partes los dos ángeles. Y en efecto, parecían recien venidos del cielo por su varonil dulzura, si no llevaran en el cuerpo alma tempestuosa forjada por el destino para los odios y las desolaciones de la guerra. Habíalos educado aquel marqués de Villena, cuyo conocimiento de las ciencias químicas y físicas, y cuya copia de letras, le habían valido el título de mago y hechicero en la rudeza propia de tales apar-

tados siglos. El conde de Cabra, enlazado con la poderosísima familia de los Mendozas, á cuya cabeza estaba nada menos que todo un duque del Infantado, ese conde de Cabra, igual por su grandeza y por su poder á los marqueses de Cádiz y á los duques de Medina-Sidonia, llevaba pendones gloriosísimos en la empeñada contienda. No lucía menos la gallardía de su persona y el esplendor de sus divisas el alcáide de los Donceles, D. Diego Fernandez de Córdoba. Eran estos Donceles unos mozos destinados desde los tiempos de Alonso el onceno á servir la persona del Monarca en su cámara misma y acompañarle á la guerra, privilegio de que sólo gozaban durante su mocedad. Los vasallos del señorío de Alcaudete iban dirigidos por su cuarto conde D. Martín Alonso, y los que vencieron en los Alporchones, iban mandados por Garci-Fernandez Manrique. Hasta el inquieto y célebre arzobispo toledano D. Alonso Carrillo había mandado para que alcanzasen aquí en esta vida honra y en la otra gloria, sus sobrinos los condes de Buendía. El hecho alcanzó tal grandeza, el ejército número tanto, la reunión de los caballeros andaluces tan desmedida importancia, que los Reyes Católicos, á la sazón detenidos por negocios del Estado en Medina del Campo, comprendieron como necesitaban personarse allí en aquel sitio y tomar la dirección de aquellas huestes, si no querían que la nobleza levantisca de las tierras andaluzas eclipsase la brillante luz y menguara el gran poder de

su naciente Monarquía. La Reina Isabel se veía imposibilitada por completo de acudir á tamañas empresas por su avanzadísimo estado de preñez; pero el Rey, sin curarse de otra cosa que de su poder monárquico forzado á desceñirse de los férreos lazos feudales para fundarse con robustez sobre los cimientos de su autoridad propia, corrió á uña de caballo hacia su Alhama y tuvo que detenerse ya cerca del fin de su viaje y en tierras de Antequera por haberle á una los nobles expuesto cuantos riesgos corría de presentarse allí donde todo parecía estar en contra de la cristiandad y en favor de la morisma.

Mas la voluntad humana vence muchas veces al destino. Hacem debió comprenderlo así cuando, rota la escalada que había intentado; rechazadas las huestes que había dirigido á privar de agua y otros sustentos á los cristianos; frustradas todas las tentativas, á pesar de la inteligencia con que las concibiera y de la pericia con que las mandara, se halló completamente privado de recursos y á merced ¡oh desgracia! de que los cristianos mandaran auxilio á los suyos y le atacasen por uno cualquiera de los flancos, eventualidad en la cual no le quedaba salvación alguna posible. Pero en tales angustias ¿cómo retroceder sin que Granada fuese para él tan nefasta y tan adversa y tan enemiga, con ser de los árabes, como aquella inexpugnable Alhama, poseída ya por los cristianos? ¡Ah! No dormía ni descansaba el Sultán granadino. Según

lo flaco y mustio, parecía sombra de sí mismo. En los arrebatos de su cólera los ojos le salían de las órbitas y las manos se le iban de suyo y por propio impulso á mesarle las barbas y el cabello. ¿Cuál no sería, pues, su arrebato de horrible desesperación, cuando le dijeron sus avanzadas que se veía cerca de allí un ejército cristiano, cuyas banderolas podía columbrar con sus propios ojos, ejército innumerable? El despecho le hubiera roto el corazón, de no ser aquel hombre tan fuerte y no hallarse forjado para la triste adversidad por los incontrastables decretos del destino. Al Oriente aparecían las primeras banderolas de la vanguardia cristiana, cuando al Occidente desaparecían las últimas banderolas de la retaguardia ismaelita.

Imagináos cómo recibiría Granada, en aquellos nefastos momentos, al triste y humillado monarca. Mientras el campamento cristiano ardía en fiestas y semejaba un torneo regocijante, más que un campo de luchas y de sangre, Granada, como la Jerusalen del Profeta, se vestía con el saco de los penitentes y se precipitaba en la ceniza de los muertos, asemejándose aquella ciudad, ebria de goces en los primeros días del reinado de su señor, al cadáver de una hurí mahometana ó de una bacante griega. Por todas partes resonaban los sollozos de la desesperación, porque por todos los cielos se veían relampaguear las amenazas de una próxima tempestad. Mientras en el campamento cristiano los dos grandes rivales hereditarios, el

duque de Medina-Sidonia y el marqués de Cádiz, se abrazaban, jurando no separarse jamás y confundir sus banderas y sus almas en la común defensa de su adorada España; mientras estos propósitos de paz reinaban allí donde resplandecía la Cruz; en las calles granadinas veíanse dibujadas ya como en las obsesiones de fantásticos ensueños atravesados por terribles pesadillas, los bandos varios y los partidos opuestos, cuyas discordias y encrespamientos habían de dar al traste con la pobre moribunda monarquía de los desventurados muslimes. Hubo en el campamento cristiano algunas competencias por el reparto de tan crasos despojos como los recogidos en la victoria sobre una ciudad tan rica y de potentados tan excelsos y numerosos como Alhama; pero todo lo cortó la previsión y autoridad incontrastable de los jefes; mientras en Granada el odio, el desaliento, el terror producido por los recientes infortunios indisponía tribus con tribus, calles con calles, familias con familias, reinando por doquier la discordia.

No se podía ocultar al experto Hacem la terrible situación de su amada capital. Así, cuando al atravesar las calles granadinas, vió cómo las miradas, mas que las palabras, le pedían cuenta de los fieles, á sus ambiciones inmolados en los nefastos campos, y al entrar en su áureo y soñado alcázar, sintió cómo las paredes maravillosas de ligeros encajes y las bóvedas milagrosísimas de pintadas estalactitas resonaban con los quejidos del dolor,

cayó en la cuenta de que no podía resignarse así de grado á su derrota y necesitaba volver nuevamente y con mayores bríos en pos de su Alhama para rescatarla y redimirla. En su astucia, porque tal cualidad acompañaba indudablemente á la valentía y á la fortaleza en Hacem, atribuyó la desgracia de su regreso al abandono en Granada de su artillería, proponiéndose acudir con todas sus fuerzas y con todas sus armas á la renovación del empeño, tanto más, cuanto que, los vencedores habían dejado tan formidables fortalezas con escaso presidio. Era imposible, de todo punto, en sentir suyo, oponer grandes resistencias á enérgicos y bien combinados ataques. Así, volvió á congregar poderoso ejército, dotándolo esta vez de todos los recursos y de todas las armas indispensables al buen éxito de tan porfiada empresa. Pregonó por doquier que la retirada de los cristianos y su repliegue al centro de las tierras andaluzas equivalía en el fondo á su verdadero abandono y se propuso lucir los aprestos de la guerra cruel como si fueran vistosos alardes para una parada ó lujosos arreos de mentidas y fantaseadas justas. Una mañana citó á todos los granadinos para que pasasen á su lado revista de las tropas y á su lado se persuadiesen del número, de la calidad y del armamento á fin de que no dudaran jamás, como no dudaba él mismo de los resultados inmediatos que iban á conseguirse con la pronta y próxima reivindicacion de su Alhama.

Pasó, caballero en su más preciado trotón de guerra, el cual parecía enorgullecido con sus áureos arreos sembrados de pedrería y con sus gualdrapas de púrpura y tisú que relumbraban como las reverberaciones del sol al llegar su ocaso tras los montes de Loja en tarde serena de granadino estío. Los anchos estribos, sobre los cuales descansaban sus regios piés, valían dos coronas de las perdidas por los fieles al Islám en las tierras del Andalus. Túnica de no menor precio; jaique bordado por manos de huríes en el harem; botas curtidas en el reino de Fez y realzadas con sedas de mil colores; alfanje de Damasco, en cuyo mango los esmaltes más lucientes en matices varios y en líneas intrincadas, se mezclaban con la más rica pedrería; turbante blanco propio de los Califas, y sobre aquel turbante casco reluciente, propio de los reyes, uno y otro con leyendas del Koran y amuletos y preseas para conjurar los maleficios y traer el bien, adornaban de tal suerte á su persona, que parecía un sér sobrenatural salido de lejano santuario y revelado con tal esplendor á los mortales para que se avasallasen y rindiesen á su inteligencia divina y á su voluntad omnipotente. Por la carrera del Darro, frente á los manantiales que las ramas de umbrosos avellanos guarecen; al pié de aquellas torres bruñidas y pulimentadas por el sol como corales gigantescos, extendíanse jinetes é infantes, asistidos con todos los arreos de la pelea, con arcos, arcabuzes, picas, azadones, rodelas esmalta-

das como el Iris, escudos grandísimos de hierro, cascos á la usanza cristiana, otros orientales, cimeras, plumajes, divisas, banderolas, lanzas, enseñas, que podían parecer á los ojos más pesimistas y conturbados por el dolor de la derrota, flores de una primavera que guardaban, allá en sus pétalos y en sus cálices, los prometidos y esperados frutos de una incontrastable victoria. Eran de ver los cerros coronados de infantes en vistosa formación; el campo denominado ahora los Mártires, pintada llanura, con sus africanos corceles, que piafaban y relinchaban de gozo, con sus jinetes vestidos de todos colores y armados de todas armas, como hemos dicho; era de ver todo aquello aparejado para que pudiese abrirse á presentimientos de felicidad y anuncios de ventura, el contraído y amargado corazón de Granada. Pero cuando los soldados más alardeaban, y las armaduras más relucían, y los añafiles, atambores y atabales más resonaban, oscurecióse de súbito la bóveda celeste como si el ángel de las tinieblas hubiese apagado el sol ó extinguido el día; y vínose con apresuramiento sobre las frentes mismas de los mílites regocijados en el fingido alarde, oscura nube semejante á la que trajera en otro tiempo el diluvio universal á la tierra y ahogara según tradiciones comunes á todos los pueblos orientales en sus torbellinos tempestuosos á la misérrima humanidad. Hinchado el Darro por las cataratas del cielo salió de madre; y rebasando por doquier, llegó á

las alturas mismas de las torres y ahogó en los lagos, en los torrentes improvisados, á muchos de los reunidos para ver el triste alarde rematado por una confusión espantosa de la cual quedó memoria en la entristecida Granada. Muchos de los que guardaban fidelidad á la religión tradicional del Profeta, se reunieron en aquella calamidad bajo las bóvedas de las mezquitas, y allí mezclaron las alabanzas al omnipotente Alah, con las imprecaciones al desdichado monarca.

Otro cualquiera hubiese retrocedido á este horrible presagio, pero no Muley Hacem, resuelto á forzar y violar la fortuna y á combatir con el Destino. Púdolo todo aquel hombre de férrea voluntad; reunir ejército sobrado en la mayor penuria; proveerlo de armas en los apuros de un tesoro exhausto; domar la cólera de Granada, rota en mil fracciones, y dividida en bandos innumerables; pero no pudo coger desapercibidos é inermes á los vigilantes defensores de Alhama. Ya que la otra vez, por falta de artillería no quiso acometer la empresa con el deseado empuje, llevó ahora gran número de lombardas, cuyas bocas vomitaron fuego espesísimo sobre la ciudad recien bautizada por las aguas del bautizo católico. Los tiros de artillería no hicieron mella en el muro de Alhama, ni en el ánimo de los nuevos alhameños. Así Hacem intentó alcanzar por una conjuración y por una treta lo que le negaba un combate abierto y frente á frente. Corrido y avergonzado, allá en su interior, de la tardanza en re-

conquistar una ciudad cuyo rescate prometiera mil veces á los muslimes, Hacem se golpeaba la cabeza pidiéndola ideas, como el hierro le pide fuego al frío pedernal. Pero las ideas no sobrevenían de ningún modo en aquella noche de su inteligencia y en aquel agotamiento de su corazón. Por fin, cual supremo y último recurso, vínole á las mientes el sorprender á la inaccesible Alhama en su profundo sueño, cual había sido por sus enemigos sorprendida. Reunió, pues, con tal propósito, en su tienda, con el mayor sigilo, á los adalides más probados, á los campeadores más valerosos y á los jóvenes más resueltos de su numerosísimo ejército, para proponerles una empresa de peligroso comienzo y de venturosa y bienhadada salida. Atentos y aun absortos los primates muslimes tenían sus oídos para escuchar las proposiciones y proyectos de aquel magno general, y se les cayeron á todos abatidas las alas del alma, sabiendo que, según su leal entender, no quedaba recurso alguno mas que los imposibles asaltos, para cuyo logro y feliz remate necesitábase cavar en la tierra como los animales que buscan las sombras y las tinieblas, ó volar por los aires como las más audaces y más atrevidas aves. Pero mahometanos, y constreñidos por tanto á rendir su cerviz á la fatalidad; vasallos, é incapacitados por su vasallaje, parecido á servidumbre, de dar consejos ó advertencias; soldados, y por soldados sujetos á toda la severidad terrible de una incontrastable disciplina ¡oh! nin-

guno entre todos ellos fué osado á decir que aquel proyecto sólo podían sugerirlo, después de todo cuanto había pasado, la demencia y la desesperación. Resignáronse, pues, á callar y obedecer y cumplir como buenos la imposible consigna.

Era de noche, muy de noche, y sólo se oía de vez en cuando en la oscuridad y en el silencio los alertas de los centinelas, los ladridos de los perros, los gritos de las lechuzas y de los buhos, los castañeteos de las ranas. Una procesión de sombras, pues tal parecían los consignados al postrer asalto, dejaba el campamento moro, y se dirigía sigiloso á los codiciados adarves, fiando en la incuria del enemigo, que debía, por lo contrario, estar, y estaba realmente, muy apercibido y despierto. Llevaban estas sombras en sus manos las escalas, que aplicaron al punto más ágrio en busca de la torre más enhiesta. Ningún defensor de Alhama, en aquel momento, podía imaginarse que viniese la inevitable arremetida por lado tan dificultoso. Había en la mitad matemática del camino, desde los abismos profundos á las altas almenas, un tajo, donde unas escalas podían terminar y otras apoyarse sin grande ruido capaz de despertar á los sitiados. A mayor abundamiento, el centinela de aquella parte, ataraceado por el exceso de fatiga que le procurara el exceso de trabajo, habíase dormido á pierna suelta cuando le despertó terrible puñalada, que le abriera honda herida en el pecho. Al grito de aquel desgraciado, un compañero suyo, que cerca dormía, se

despertó y tuvo, al despertarse, por milagrosa intuición, conocimiento súbito del inesperado riesgo. Despavorido, se fué presuroso adonde había gente dispuesta, y le gritó que la ciudad acababa de ser acometida y entrada por sus mayores y más altos adarves. El cuerpo de cristianas guardias, avisado por el centinela, se lanzó á la calle; y de manos á boca dió con cuarenta campeadores granadinos, que blandían sus alfanjes y esperaban mayor número de combatientes merced á las bien apercibidas escalas. Dividiéronse los caudillos cristianos, cuya serenidad no pudo turbarse al golpe inesperado de la sorpresa, yendo los unos al sitio ya conocido del escalo, y sustentando los otros su porfía con los audaces llegados al seno de la plaza. Tal disposición, tomada con absoluto dominio de sí mismos en aquel amargo trance, decidió de la victoria. Las escalas fueron cortadas, y los que subían por ellas aplastados contra las piedras, como se aplastan los racimos en los lagares bajo los piés del vendimiador. Muley, si no pudo ver en las sombras de la noche los cuerpos precipitados desde las alturas á los abismos, en guisa de ángeles rebeldes caídos desde los cielos á los infiernos, pudo sí oir los ayes de la desesperación suprema en la terrible agonía y los choques de los caídos contra las piedras y el descoyuntamiento de los huesos. Ya no había remedio. Los cuarenta llegados al centro de Alhama sucumbieron todos, y Hacem tuvo que retirarse herido en el corazón y desengañado de su estrella.

CAPÍTULO XV.

En granadina estancia hallábase, circuida de sus siervas, la sultana Aixá, la cual parece, por la dureza de sus facciones, por el imperio de su ademán, por la fuerza de su acento, más bien que reina y señora, general y pontífice. Cartas militares, instrumentos matemáticos, pergaminos y papeles varios ocupaban las alfombras, sobre las cuales yacía tendida casi, apoyando el codo en cojín de rica púrpura, con el descuido de un militar en su tienda, la cabeza en la palma de su ancha mano, más propia para manejar los instrumentos del trabajo varonil que para hacer las delicadas labores reservadas por la naturaleza y por la sociedad al débil y bello sexo. La sala de su habitual residencia en la Alhambra era la sala de los Abencerrajes. Tras las cortinas, que ornaban su ingreso, veíanse las columnas del patio de los Leones, soportando su alicatado teñido de azul y plata; y tras las celosías, oíase, como

suave música, el rumor de las aguas, que después de haber subido á las alturas como para dorar sus gotas en los resplandores del granadino cielo, despeñábanse por las tazas de mármoles y alabastros. Una luz misteriosa caía de los agimeces, sobre que campeaba la rotonda, y cuajábase como en rica pedrería por las pintadas estaláctitas y por los caprichosos arabescos de sus paredes y de sus bóvedas. Sala terrible aquella sala poblada de sangrientos recuerdos. Como la tribu más guerrera de cuantas habitan Granada, la tribu de los abencerrajes se hubiese levantado en armas un día, el Sultán Aben Osmin llamó á sus jefes con halagos, los paseó por los ricos patios con cariño, y encerrándolos en aquel retiradísimo camarín del harem con perfidia, los entregó ¡traidor! á sus negros y á sus eunucos, quienes, armados de puñales y gumías, los descabezaron al borde del surtidor destinado á refrescar aquellos espacios, hasta teñir en sangre las claras aguas y dejar tendidos como en campos de batalla los yertos cadáveres, con las cabezas cercenadas del tronco y esparcidas por el siniestro pavimento.

Dada entonces Aixá, en alma y cuerpo, antes á los negocios de Estado que á los recreos propios de su sexo; siguiendo su natural ambicioso y sus aspiraciones inquietas, gustaba de recluirse dentro de aquel cuarto y meditar lo mismo sobre las ruidosas maniobras de los partidos que sobre la ingente autoridad de los monarcas. Dicen cuantos la co-

nocen, cuantos la ven todavía erguida sobre un reino despedazado, que si la última posesión de los muslimes en España pudiera salvarse de los decretos del destino y del poder de los cristianos, salvaríanla el valor y la entereza de esa hembra. Mujer de sangre real, engendrada entre los sueños que suceden á las fatigas del combate, crecida en el fragor de las guerras, deparóle el cielo por esposo á uno de los hombres que más alientos guerreros han tenido en el mundo, el bravo é infatigable Muley Hacem, gloria espléndida de su raza, el cual, sin menospreciar las artes de la paz, vibra, como hemos visto, con la majestad de un Dios antiguo, los rayos de la guerra. No lleva ciertamente Aixá al ánimo de su real marido la dulzura y la poesía que necesitan los varones hasta para sus más gigantescos esfuerzos; pero en los estremecimientos de la agonía que sacuden á guisa de terremoto el reino granadino, quizá sus cualidades, inútiles en tiempos vulgares, sirven para prestar aliento de esperanza á la misma desesperación. Allí, donde ha llevado el comercio mil ideas católicas, y la cultura ha empobrecido la fe mahometana hasta entregarla con arte al raciocinio; y el frecuente trato con nuestra gente ha transformado las costumbres; Aixá permanece, como una estatua rígida, en su antigua fe, inaccesible á las emociones que embargan tantos ánimos y á los cambios que trae consigo el tiempo. Aborrecimiento al cristiano, amor al Koran, culto á la guerra, ambiciones de

gloria, delirio por el poder, dureza en el mando, indocilidad en la obediencia; hé ahí las calidades múltiples de tal reina, propensa de suyo á grandes empresas y condenada por el hado á representar irremisiblemente una irremediable decadencia. Gran consejero en los apuros de un reinado azaroso, gran teniente en los azares de una guerra varia, gran sostén para las vacilaciones del ánimo, no es, en realidad, lo que necesita su esposo, una compañera, en cuyos brazos reposar después de los combates y en cuyos coloquios obtener algún esparcimiento para el ánimo. Al verla austeramente vestida, con el Koran abierto ante sus ojos, con los astrolabios cerca de sus manos, acompañada de sus dos hijos, tendidos á su lado como dos cachorros, llena de arrugas la frente por la elaboración continua de las ideas, contraidos los labios con una amarga sonrisa, duras todas las facciones, diríais con seguridad que Aixá no era tanto una mujer como un compañero de Hacem. Nadie le sostenía como ella en sus empresas. Nadie como ella celebraba su arrogancia y su arrojo. Al verlo partirse, le conjuraba con frases elocuentísimas á preferir la muerte al deshonor; y al verlo volver, solamente le sonreía con agrado cuando le imaginaba victorioso. Así nadie ha celebrado como ella la altivez con que Hacem ha respondido á los reyes castellanos cuando, al requerirle y conjurarle para el pago de ciertos tributos, les ha dicho que ya en su reino fidelísimo no se bate moneda para henchir las arcas de los cris-

tianos, sino que se forjan lanzas y cimitarras para esgrimirlas en una constante campaña contra ellos. Hacem, que tenía mucho de belicoso, necesita junto á sí una mujer, que tuviera mucho de tierna. Por el amor buscamos el complemento de la propia naturaleza en cualidades y aptitudes diversas de las nuestras. Para eso lo ha inspirado próvidamente la naturaleza.

Los tiempos son de guerra, y busca la guerra el amor, como se buscan y se completan los sexos contrarios. Hacem no descansa un punto en las batallas. Y como no descansa un punto en las batallas, necesita los amores. Después de haber esgrimido muchas veces su alfanje y haber derramado muchas veces la ruina, el incendio, la muerte, aspira á más dulces afectos, como si el corazón le aconsejara oponer á las fuerzas destructoras las fuerzas creadoras de la vida. Pero ¿dónde hallar el amor? Una noche, fatigado de su continuo batallar, paseábase Muley Hacem solo por los encantados cármenes y las copudas alamedas de su Alhambra. La luna estaba en el zenit, tan hermosa como el semblante de una virgen enamorada que palidece á la melancolía de sus amores. Su luz de plata, cayendo sobre las cúspides más altas de la sierra, que del sol llamaban los antiguos, enaltecía y casi blanqueaba la nieve. Allá, en lo alto del cielo, resplandecían algunos astros, que lograban, á duras penas, atravesar con sus destellos las gasas de la luna; y en los bordes de los arroyuelos, cuya linfa

repetía los rayos del astro de la noche, extendíase, como una guirnalda de luciérnagas. Esas flores, tan frecuentes en el Mediodía, que guardan sus más finas esencias para la noche, perfumaban los aires con tales aromas que realmente podían trastornar los más firmes cerebros. Entre los juegos de luz y de sombras, sobre las ramas de los álamos dulcemente meneadas por las brisas, cantaba el ruiseñor, de suerte que sus gorjeos hubieran podido tomarse por la oda exhalada del amor universal. Muley Hacem comparaba, en su tristeza, este concierto amoroso de todas las cosas con la soledad de su vida; y pedía en sus adentros la nota correspondiente á sus aspiraciones en la armonía universal y el deseo que concordase con sus deseos en el coro infinito de todos los seres creados é increados que se hallan por la inmensidad esparcidos. Y al decir, al murmurar todo esto, alzados los brazos á la infinito para buscar las formas sin sombras correspondientes á las ideas sin expresión posible, oyó el acorde de una guzla, cuyas cadencias respondían mejor á la íntima interior tristeza suya que el rumor de los arroyos y el susurro de las hojas y el gorjeo de las aves en el sublime silencio de la noche. Aquella sí que era una melodía triste como la misma tristeza, y amorosísima como el mismo amor. Una hurí descendida del paraíso la entonaba sin duda para decir lo que no podían expresar ni la luna con sus rayos, ni el cielo con sus resplandores, ni el bosque con su rumor, ni la naturaleza

entera con sus aspiraciones instintivas á producir y á expresar una idea.

Y al son de la guzla siguió el son de un cantar producido por angélica voz de mujer, la cual en su dulzura, en su melodía, en su tristeza, formaba una de esas angélicas cadencias, cuyo origen hemos convenido, de común acuerdo, en poner allá, donde se acordaron, mucho antes de que comenzara el tiempo á fluir, las sinfonías que debían componer en sus parábolas y en sus elipses los astros. Oyó esto, y salió fuera de sí el alma de aquel hombre que suspiraba por las armonías angélicas en medio de las disonancias guerreras y de las pasiones políticas. El cantar estaba compuesto en romance; y producía amargas quejas engendradas por largo y pesado cautiverio. Cantaba, en efecto, una joven tierna, tristezas de esclava, embellecidas por esa propiedad de embellecerlo todo que siempre tuvo el dolor. Su voz se elevaba á la elegía plañendo el hogar de donde la arrancaron como á la planta de su tierra, como á la avecilla de su nido; el templo, bajo cuyas bóvedas se perdieron las oraciones de que estaba naturalmente impregnada el alma; la noche fatal en que vió asaltados los muros de su castillo y muertas las gentes de su familia; la comparación necesaria entre la vida que le deparaba el amor de los suyos y la vida que le ofrecía su desamparo, huérfana de todo padre, viuda de todas las esperanzas; habiendo caído desde señora en esclava, sujeta en su dolor al pala-

cio de una sultana, y constreñida por la fatalidad á la infame adoración de altares y de dioses, los cuales no eran ni los altares de su infancia ni los dioses de sus abuelos. Pena tal, guardaba tanta poesía que cualquiera hubiese imaginado oirle pintar algo más que esos cautiverios tan frecuentes en aquellos tiempos y con tal reciprocidad sufridos por unos y otros pueblos enemigos en los sendos casos adversos de la eterna guerra. Creeríase que cantaba la prisión á que yace sujeta el alma en este mundo y las dulces aspiraciones á otro mundo, iluminado, no por ese pálido sol que al fin es una pavesa, sino por el ideal de luz inextinguible. Todas estas ideas y todas estas emociones conmovieron el alma de Muley Hacem, mientras cantaba la cautiva sus penas. Y allí le sorprendiera el alba con sus resplandores, á no haber cesado la voz en sus cadencias. Pero, al desesperanzarse de volverla á oir y recluirse en su alhamí para reconciliar el sueño y recapacitar los medios necesarios á encontrar y ver á la cantora, negóse el despierto cerebro á todo reposo, y mil figuras ideales, retratos fantásticos á los que debía corresponder la divina voz, vinieron en sueños á perturbarle y á decirle esas voluptuosísimas fantasías á cuyo soplo se enardece con facilidad en nuestras venas la sangre. Cuando más entregado se hallaba el Sultán á estos esparcimientos, vió un resplandor, que ahuyentaba las tinieblas y tras el resplandor, aparecer la siniestra figura de Aixá.

Envuelta en blanco cendal, con lámpara en la mano, los ojos extraviados, los labios contraídos, errante la mirada, podía confundírsela á primera vista con la imagen de uno de esos ensueños tétricos, que vienen á turbar la paz del alma en las largas y silenciosas noches. Efectivamente, Aixá no iba no á derramar el placer en torno de su marido, antes al contrario; por si acaso olvidaba cetro y espada en el sueño, iba triste á despertarle para decirle cómo se oscurecía el cielo en todas direcciones, y bajaban los ángeles del último juicio desde las nubes, y decaía sobre sus bases el imperio granadino, y vacilaba la corona de los nazaritas en la frente de sus últimos sucesores. El necesario olvido, el reparador reposo, el silencio de la idea, esa eternidad diaria llamada sueño, tan saludable así para el cuerpo como para el alma, ese no ser, á tanta costa conseguido y tantas veces demandado al espinoso lecho, quedaban á una interrumpidos por la presencia de aquella mujer cuya voz, á manera de la trompeta apocalíptica, despertaba todas las penas de la vida, todos los terrores de la eternidad, y todos los remordimientos de la conciencia. Hacem, que soñaba despierto con la cautiva cristiana, y que se embebía en contar los medios de verla pronto y hablarla, recibió la terrible aparición de su esposa con desabrimiento, y renegó en sus adentros de la nefasta estrella, cuyo imperio así le ligaba, por tan estrechas ligaduras, con aquel

sér extraño, siniestro, repulsivo, á todos sus deseos y á todos sus instintos.

—Desde las ventanas de tu palacio puedes ver los infieles, Hacem, y duermes. Ayer he recitado la oración de los muertos; he pedido á Dios por los méritos de los espíritus puros que rodean su trono, por los méritos del Profeta Mahoma, por los méritos de todos los vivos enviados en todo el día á la noche de la tumba, que rociara cenizas frías con la lluvia de su gracia, y acordara por mansión á un sér querido de mi alma el encantado paraíso.—¿Y sabes quién era el muerto?—Pues era nuestro reino de Granada. Todo ¡ay! debe temerse ahora en estas tormentas continuas y en estos diluvios de sangre. Llegan los infieles, caballeros en sus trotones, hasta los piés de tu Alhambra, y no les ciega el esplendor de tus torres bermejas amasadas con sangre de cristianos. La hoja de sus espadas toledanas reluce á esta luz, solo repetida antes en los mahometanos alfanjes, tan temidos como nefastos cometas. No se corta el sueño en la callada noche sin oír algún relincho que indica la proximidad de un caudillo, el cual puede pasar entre las voraces llamas, puesto que ha pasado entre las muslímicas lanzas. Nuestro pueblo sabe de memoria los nombres de los Girones, de los Toledos, de los Manriques, de los Tendillas, de los Mendozas; y al mismo tiempo que sufre los botes de sus lanzas y las correrías de sus vasallos, admira tanto valor puesto á

servicio de tan mala causa. Si un Garcilaso muere á las saetas de nuestras gentes, un Arias recoge de este joyero de ciudades la preciadísima Estepona. Muley, no niego tu destreza en cabalgar, tu certería en herir, tu fortuna en justar; pero ¡cuán léjos van estando los tiempos en que cautivabas Obispos y los traías presos á tu real de Granada! Entonces te apuntaba el bozo y ahora te apuntan las canas. ¡Cuántos héroes como Aliatar han muerto á manos de guerreros bisoños como el valeroso alcaide de Antequera, ignorado segundón de una ilustre familia! Pasaron los tiempos en que un rey débil celebraba la festividad de Santiago ciñendo armas de aparato más que armas de combate á ochocientos jinetes, que fingían inútiles alardes en sociedad con damas montadas sobre palafrenes enjaezados ricamente, y vestidas de guardabazos y almaizales para arrojar en su locura fingidos arpones á nuestras fuertes murallas. Entonces había en Castilla una reina que husmeaba nuestra algalia y nuestro estoraque; ahora hay una reina que solo husmea nuestra sangre. Tú mismo has presenciado la batalla del Madroño, en que un joven imberbe, llevando el nombre mismo del Cid, que Alah confunda, el nombre de Rodrigo, y ciñéndose armadura digna de gigantes, armadura completa, con el lanzón en la mano para arremeter furioso y en otra mano la rodela donde campea un león calenturiento, abatió los nuestros á sus piés, arrancándoles audaz las hondas y las armas á los cuales fiaban su salva-

ción y su defensa. Poco después, aquella fortaleza de Archidona, fabricada en sitio á que ni las águilas pueden llegar fácilmente, cae so los freires calatraveños, presididos por su maestre el de Giron, tan fuerte en el ataque, tan audaz en el cerco, tan furioso en la acometida, que le han creído hasta sus mismos enemigos, vista la imposibilidad de subir por los repechos erizados de muros donde ha plantado sus pendones, un siniestro ángel exterminador bajado del cielo como bajarán los encargados de preceder al último juicio, y depositario de la ira de Dios, con la cual ha consumido lugares que parecían inaccesibles á la cólera devastadora del hombre. No hay castellano que no haga el juramento de Ponce de León, prometiendo por el logro de una ciudad y por el triunfo en un combate, vestirse toda la vida de cilicio; y aguardar, cuando la vejez les impida combatir, su muerte en un convento. Así no alcanzan paz nuestras tierras, sino merced á vergonzosas treguas. Es verdad que tú has tomado á Zahara; pero también es verdad que un santón de esos cuya vida se parece á profecía continua, ha presagiado que solamente pueden sobrevenirnos males de tal victoria, cuando todos los granadinos, ufanados por la ventaja de un momento, cantaban en coro tus loores. Y bien pronto se supo la realización de este horóscopo, porque bien pronto resonó por toda la vega el grito doloroso: «¡Ay de mi Alhama!» declarando perdida para siempre la ciudad más preciada de nuestro reino. Así los ojos

arrasados de lágrimas columbran con tristeza en los horizontes el triunfo de los cristianos. ¿Qué les contestaremos á nuestros parientes de África en esta vida y á nuestro Profeta Mahoma después de la muerte, cuando nos pregunten por nuestro Edén, ideado después del Celeste, para mostrar cómo la omnipotencia divina consigue hacer lo imposible? Hoy tenemos el más rico de los palacios en la más bella de las colinas y mañana tendremos un aduar en el desierto; hoy miramos las frentes de tantas ilustres tribus inclinándose en nuestra presencia y mañana sólo miraremos, cuando queramos saber algo de nuestra vega, las sombrías alas de la golondrina que habrán rozado los adarves de las torres bermejas. Muley, tales tristezas habitan en tu palacio, se deslizan hasta tu lecho; y duermes todavía.

—Aixá, exclamó Muley Hacem esperezándose de fatiga tras la extensa aunque distraída atención que prestara al discurso de su mujer.

—¿Qué quiéres, Hacem?

—Quiero un poco de compasión para mí.

—Tenla tú del reino, y si no del reino por cosa demasiado grande para encerrada en tan mezquino pecho, tenla de nuestros hijos.

—No puedo compadecer á nadie aquí en la tierra, cuando toda la compasión que podría consagrar á los demás, ¡oh! la necesito para mí.

—¡Ay! ¡Me insultas de esa suerte!

—¿Te parece poca desgracia no dormir en paz

como duermen allá en sus mazmorras los esclavos?

—Tengo dos hijos, y desde la hora en que me sentí mujer desee tenerlos. Quiero para mis hijos dignidades, riquezas, coronas, como buena madre que soy, gracias á Alah. Y pues quiero, no para mí, para ellos, todos estos bienes, ya puedes suponer cómo veré al reino granadino cayéndose todo él en pedazos, sus vegas más hermosas taladas, sus hijos más valientes cautivos, sus predios más ricos incendiados, sus muros más fuertes ruínosos, sus ciudades más queridas sitiadas, su próximo fin anunciado por tantos y tan terribles anuncios como los que pudieran verse así en tierra como en cielo al acercarse ¡ay! el postrimer juicio.

—Aixá, dijo Hacem incorporándose en el lecho y dirigiendo miradas de odio á su impertinente mujer; tu esposo no ha consentido un punto de descanso á sus fuerzas. Tu esposo ha pasado por el mundo á caballo y cimitarra en mano. Tu esposo ha caído sobre las tierras cristianas como el rayo sobre el árbol, como el huracán sobre la selva, como la tormenta sobre el mar. Una humareda espesa y un rastro de sangre indeleble señalan su paso por todas las comarcas que recorre con su furia. Las victorias rebosan en nuestros anales, los timbres se aumentan en nuestros escudos, los cautivos se amontonan en nuestras mazmorras, los despojos crecen en nuestras porfías, el reino nazarita se salva del feroz empuje castellano. Solamente puede perderlo para siempre la intriga ase-

sina deslizándose en nuestros palacios, la división artera en nuestras gentes, los facciosos traidores en nuestras huestes, los rebeldes á su reino en nuestro pueblo. Y tus quejas suscitan todos estos males en razas de antiguo mal contentas.

—Suprime tus errores y verás cómo suspendo mis plañidos.

—Estoy seguro de que dejo el reino íntegro á tus hijos; y estoy seguro también de que tus hijos lo perderán para siempre. Quiéres destinarlos al trono y los encierras como viles mujeres en el serrallo. Quieres que aprendan á reinar y no los envías á combatir. Quieres que tomen el acerbo alfange cuyo filo cercena las cristianas cabezas y los acostumbras á la punta que borda los femeniles brocados. Las gentes llaman á tu predilecto, á tu primogénito, á tu Boabdil amado, el chico y el sin ventura, como diciendo que al morir su padre, morirá con él también la última esperanza y la postrer fortuna de Granada.

—Injusta conmigo, Hacem, con tu mujer, con tu Aixá, con la madre de tus hijos. Apenas dejara el pecho de su nodriza cuando le caia en los labios acostumbrados á la dulce leche el amargor acerbo de la sangre. Las lanzas cristianas han herido su garganta en la edad en que solamente la habían tocado los besos ardientes de esta madre. Y lo injurias creyéndole indigno de una corona, que llevará con gloria, y de un reino que defenderá con heroismo. Alah permita que le legues el reino con

fortuna, pues ya lo conservará él con gloria. Así tuviera en la maestría del padre toda la fe que tengo en la estrella del hijo.

—Mira, Aixá, no me molestes así. En el coro de loores que á todas partes me sigue por haber defendido este reino nuestro con tanto brío, no lances tú la discordancia de tan agria voz y de tan importunos lamentos. Teme que algún día tu esposo te maldiga y te repudie.

—¿Esas tenemos? exclamó Aixá enfureciéndose como una herida tigre y dando á sus facciones duras y rígidas mayor rigidez y dureza con el aspecto de su cólera. ¿Esas tenemos? Pues no en vano amenazas, Hacem, á una mujer como yo, capaz de levantarse con brío en armas contra ti mismo y de ponerse al frente de un motín popular para arrancarte la corona de las sienes y del pecho el corazón. Granada es un hervidero de odios. Los fugitivos de tantas ciudades como nos ha robado la desgracia no pueden ver á las antiguas familias damasquinas, porque atribuyen á su molicie las más naturales desventuras. Los muchos renegados, que por todas partes pululan, atrevidos y cebados por inmundas logrerías, no pueden ver á los fieles, que los desprecian con justísimo desprecio como á traidores y apóstatas. El zeneta maldice del gomel, como el gomel del zegrí, como el zegrí del abencerraje. La división reina en nuestra propia familia. Tu valeroso hermano, á quien llaman las gentes el Zagal, aspira en su ambición á una corona imposi-

ble en reino tan recortado, cuyas últimas migajas pertenecen exclusivamente á mi Boabdil y á su hermano. De estos hijos tuyos no puedes fiarte, hallándose como hallan hoy ambos á dos en mis manos, y sabiendo ambos á dos, como saben, cuánto desprecio debe inspirarles el malaventurado que ha perdido su Alhama.

La cólera de Muley Hacem no pudo sufrir más tiempo tanto insulto, y estalló con estruendo. Como el león, que ha oído en el desierto sonar un arma, relampagueó su mirada, rugió su pecho, rechinaron sus dientes, erizóse su cabello, abriéronse sus garras. De un salto abandonó el mullido lecho, y de un tirón descolgó el cercano alfanje. Apenas descolgado, desenvainólo con espasmo de ciego furor; y apenas desenvainado, asestólo al cuerpo de su insolente mujer. El conocimiento que tenía ésta del natural violentísimo de Hacem, sirvióle para ponerse con rapidez en cobro y evitar tan feroz golpe, el cual dió en la puerta del harem, por donde huyera la Sultana, iracunda, terrible, imperiosa, guerrero en fuga, más que mujer en celo, pues ni lanzó un quejido, ni vertió una lágrima, metiéndose airada en su lecho, como pudiera meterse una leona en su caverna.

CAPÍTULO XVI.

Hacem quiso reconciliar el sueño, y no pudo lograrlo completamente. Las torres de Alhama se le aparecían fulgurantes en unas pesadillas y las palabras de Aixá le interrumpían el sueño reparador y le llamaban á las realidades amargas del mundo en otras pesadillas terribles. Así pasó toda la noche, así, entre tales, ya espectros, ya rumores, dañosos aquellos á su vista y estos á su oído; entre tales tristezas aborrecible, y el reclamo dulcísimo de la voz melodiosa, que, al presentarse allí su mujer á su estancia, le sacara de tino y le subiera como en éxtasis á las alturas y á las eminencias de un soñado idealismo en consoladoras esperanzas encendido y por ilusiones risueñas esmaltado. Hacem, como todas las naturalezas de temple fuerte, veíase atraído y solicitado por pasiones opuestas. Unas veces, el temperamento guerrero lo superaba todo en su naturaleza y le hacía propender á las

penitencias y á las tristezas indispensables para prepararse y curtirse á los ásperos deberes y difíciles ejercicios del combate. Otras veces, la sangre, que por sus venas hervía, los flúidos que se condensaban rápidos por sus nervios, los hervores de su natural exaltado, inclinábanle así como á los goces de las grandes ambiciones, á las voluptuosidades y á los delirios del amor. Como hemos visto en su diálogo con Aixá, Muley Hacem no se creía ni aun después del desastre de Alhama, imposibilitado para dirigir aquella poderosa monarquía, ni mucho menos indigno del nombre y del esplendor que le habían legado sus ilustres padres. Pero como buen musulmán, Hacem no dejaba de ser profundamente supersticioso, y de pagar á la religión de sus razas, á sus tradiciones, á sus costumbres, el debido tributo; y quería, por tanto, averiguar, si el destino le condenaba irremisiblemente á una derrota, para en ese caso, no empeñarse á sabiendas en pugnas completamente inútiles y consagrar el resto de su vida y el calor de su corazón á los ardientes placeres y á las vivas satisfacciones del sentido. Incierto entre ambos polos de la vida, entre las porfías del combate continuo y las porfías del amor exaltado, Hacem quiso consultar al cielo y leer en las estrellas su horóscopo. Si este le decía que todo empeño de guerrear era vano, Hacem, voluptuoso como buen oriental, consagraríase al placer; y si le decía que aún estaba en el caso de vencer á los cristianos y dilatar los propios domi-

nios, consagrarías indudablemente á la guerra. Incierto entre sus dos propensiones quiso forzar las puertas que guardan los horóscopos y pedir á los cielos el enigma de su destino para el cumplimiento de cuyo fin llamó á uno de los santones tenidos en Granada por más sabios y por más escudriñadores de divinos secretos, hablándole, así que lo tuvo en su presencia, de la siguiente manera:

—Acércate, Sidi.

—Señor; Alah prospere tu días.

—Alabemos los dos juntos al autor de todas las criaturas.

—Alabémoslo.

—Quiero departir largamente contigo de lo pasado y de lo futuro.

—Tú eres mi señor; yo soy tu esclavo.

—Si no llevásemos delante del alma estos ojos de carne, veríamos la esencia de las cosas.

—Verdad.

—Y si viéramos la esencia de las cosas, conoceríamos lo futuro. como conocemos lo pasado, porque la esencia de las cosas no está en el tiempo, está en la eternidad.

—Justamente.

—Pues bien, tú estás más cerca de tal esencia que yo.

—Señor, me humillas.

—Tú has roto los lazos del mundo, y desvestido los arreos lujosos, y apartado la vista de toda hermosura carnal, y cerrado los sentidos á toda

voluptuosidad, y puesto las raíces de tu vida en el suelo de la penitencia para explayar tu alma en la gracia de Dios y en la contemplación de las suras por Dios mismo dictadas á su predilecto Profeta.

—Hacem, el Koran lo ha dicho: «las abstinencias son como las puertas del cielo; y el olor que exhala de la boca santificada por el ayuno es más aceptable á Dios que los aromas del ámbar y y del almizcle.» Yo he rezado quince mil invocaciones al eterno Alah sobre las mil quinientas que me resultaban abligatorias y de rúbrica.

—Como que perteneces á la orden más ilustre del Islamismo, fundada por Thaiyeb en los desiertos del Magreb, por la misma Egira de nuestras mayores glorias y conquistas sobre la tierra de los rumíes.

—Es verdad. En cumpliento de mis deberes he tomado el nudoso bastón de peregrino; y envuelto el cuerpo en los sacos de los faquires; y pidiendo limosna ido de unos en otros aduares á sembrar la plabra de Dios por el desierto sin curarme de donde iba ni quien la recogía, como no se cura la palmera de la dirección que toman las fecundas semillas cuando las deposita y las confía en alas de los vientos.

—Sí, ya te he contemplado en khelogua ó ermitas de los penitentes, tan absorto en la contemplación de los misterios, donde se perdía tu conciencia, que no me viste siquiera, delante de tus ojos,

aunque anunciaban heraldos y clarines la presencia del rey de los creyentes.

—Señor, meditaba sobre las palabras que los edrisitas han sembrado en el desierto, y que nosotros debemos guardar en los corazones como un sacro depósito.

—Así has llegado á la santidad.

—Sí; por la gracia de Dios, he recorrido los lugares santos; y llorado las injurias inferidas por los infieles á tantas aljamas como han sido profanadas en las tierras del ocaso. Yo he dado siete vueltas á la Kaba; he tendido mi cuerpo sobre la cima del monte Arafat; he cumplido los paseos de rúbrica entre las colinas de Safá y las colinas de Meronqua; he bebido el agua de los pozos de Fen Fen, y he lanzado las siete piedras canónicas en el sitio mismo donde Abraham lapidó al Diablo, guardando así la palabra divina y sus sacrosantas tradiciones.

—Por eso indudablemente, Sidi, te revela Dios y te confía el secreto de todas las creaciones.

—En efecto, yo pregunto por qué las nubes lloran, la luna crece y mengua, los flujos y reflujos del mar suben y bajan, los sauces del Egipto gimen, los granos de la granada brillan, la túnica de la anémona se rasga; y desde los ruiseñores en su nido de pajas, hasta las estrellas en su engarce de éther, entonan himnos incomunicables y dulces melodías.

—¿No es verdad, en confirmación de todo cuanto dices, no es verdad que así como el céfiro, soplan-

do en la primavera del lado Norte, aviva la florecencia de los árboles; y en el estío, soplando del Oriente, madura los frutos; y en el otoño, soplando del Mediodía, los arranca del árbol ya casi pasados; y en el invierno, para el universal descanso, arranca las hojas amarillas de las ramas sin alterarlas, y condena el vegetal á la inmovilidad; en todo este tiempo, ya venga de un punto, ya del otro, enciende siempre nuestro pecho en divinos amores?

—No lo dudes ¡oh rey! Es verdad que la pasión domina en todo tiempo los humanos corazones; mas también es verdad que al amor sólo parece propicia la juventud, como sólo es propicia verdaderamente á la rosa la primavera. Y creedlo, Sultán, la castidad se parece, como todas las virtudes, á la rosa, cuyos pétalos compiten á una en fragancia y en voluptuosidad con la esencia de su aroma. Asemójate al mirto, señor, que allá en su triste humildad perfuma los aires con los balsámicos olores que de sus ramas despide.

—Siempre creí, siempre, que las flores dicen con sus pétalos y con sus pistilos palabras misteriosas.

—Indudablemente, algo quiere decir el nenufar, cuando levanta su dorado cáliz sobre las aguas, en cuanto las besa el día, y así que viene la noche, se repliega en su cáliz y se sumerge bajo las ondas como un pensamiento escondido y solitario.

—Tienes razón. Mientras del hermoso limonero, de las palmas sonoras, del olivo luminosísimo, de los árboles que nos sustentan y sirven para nutrirnos

sólo cuelgan aquellos frutos que nos alimentan un solo día, del egipcio sauce, del verdinegro ciprés, que carecen de todo fruto, colgamos religiosas plegarias y eternos pensamientos.

—Sí; cada flor emplea un lenguaje misterioso y quiere decir un oculto pensamiento. El jazmín guarda una idea muy profunda con sus dos palabras que componen su nombre y que brotaron á las orillas del Yemen; sí, el jazmín dice que toda desesperación carece de fundamento y es mentira, porque cuando le falta un puerto á la esperanza en este mundo, lo encuentra en el otro. Cuentan los voluptuosos que todo jazmín les despierta el sentido á los amores profanos, y decimos nosotros que todo jazmín extrae con sus aromas y con sus esencias del fondo de nuestro sér como un verdadero incienso de grandes y nobles pensamientos.

—Sidi, héte llamado para que puedas referirme lo que guarda para mí lo porvenir.

—¡Oh! Si yo lo supiera, dígote, Hacem, que sería digno de colocarme junto á los Profetas y á los elegidos de Alah.

—¿De qué, si no columbras lo porvenir, te sirven, Sidi, tus plegarias continuas á los cielos y tus estudios é investigaciones de las ciencias?

—Dime, ya que me interrogas, cuanto hayas visto y oído en estos últimos días.

—He visto una mariposa que caía muerta bajo la saliva de un gusano.

—¿Y qué más?

—He visto un buitre persiguiendo á una paloma.

—¿Y qué más?

—El pavo real, cuando me ha columbrado, ha erguido el pintado abanico de sus plumas teñidas y abrillantadas con tantos y tan deslumbrantes colores.

—¿Y qué más?

—La golondrina, piando, ha remontado su vuelo al verme, como si buscase nuevas tierras; y el murciélago ha venido en hora desacostumbrada, en punto de medio día, y ha rozado con sus alas silenciosas mi cabeza como si fueran las órbitas, donde mis ojos descansan, dos negros sepulcros.

—¿Qué más?

—El cuervo ha graznado en torno mío y mostrádome sus alas de luto.

—¡Ah! Señor, todas las felicidades tienen su término como todos los dolores. La voluptuosidad más intensa no dura un minuto, y vive, ó en el recuerdo que la echa de menos, ó en la esperanza mentida que jamás la logra. Toda paz se trueca en guerra, y todo dulzor ó en ásperos empalagos ó en acerbidad y amargura. La muerte cuelga todos los seres y todas las cosas de la inmensa telaraña del tiempo. Los hechos pasan como un río sin reposo. Cuántas veces los gorjeos del ruiseñor se mezclan á los graznidos del cuervo. Cuántas veces la rosa y el jazmín caen bajo la pelota formada por un escarabajo y compuesta de asquerosos excrementos. En la sura cuarta y verso septuagésimo

noveno del Koran, Dios dice á Mahoma: «Ve y anuncia por todas partes que los goces del mundo son bien poca cosa.» Señor, el Sultán de los creyentes se parece al camello de los desiertos en que, según el verso sétimo de la sura décima sexta del Koran, lleva sobre su lomo el peso y la carga de los demás.

—Pues por lo mismo, necesitamos saber la suerte personal nuestra, escrita con letras de luminosas estrellas en los azules libros del espacio. Nada me importa que los astros tengan ésta ó la otra magnitud propia y estén á ésta ú otra distancia de nosotros en la insondable inmensidad; nosotros no somos astrólatras, como nuestros padres los astrónomos de Caldea y los sabeistas de Persia y el Egipto. Cuando enderezamos á los cielos el revelador astrolabio, es para saber lo que allí dicen de nosotros las estrellas. Pues si la luna influye con poderosa influencia en los cambios de la temperatura y en los latidos de los mares; si el sol madura los frutos y colora las flores; si las ciencias médicas nos cuentan cómo la posición de las pléyades se relaciona con las enfermedades y sus crisis, ¿por qué no hemos de creer que los astros han escrito ya desde la eternidad las líneas expresivas de nuestros destinos y guardan los secretos de nuestro porvenir?

—Tienes razón, señor. Las predicciones astrológicas, si no pueden tener la exactitud y fijeza de las predicciones matemáticas, tienen una gran verdad, sobre todo, cuando se saben las fórmulas mágicas,

á cuya virtud y eficacia suelen revelarse los divinos secretos.

—Pues bien, eso necesito yo, saber ahora mismo si lucho con el destino inútilmente, ó si puedo prometerme todavía, en mis esfuerzos por salvar el reino, alguna lejana esperanza.

—Señor, yo haré lo que tú quieras. El Koran, mi ley religiosa, y todas las leyes políticas y civiles de mi reino, me ordenan á una obedecerte, cual obedece á la voluntad el brazo, y al brazo la piedra de nuestras manos lanzada.

—Pues entonces, en virtud, Sidi, en virtud y eficacia de tal obligación, dime pronto, por Alah, el secreto de mi porvenir.

—Señor, yo diré cuanto quieras, porque yo soy tu siervo; pero desearía recordarte que no es bien romper los velos puestos por Dios á las cosas; no es bien averiguar más de lo que Dios mismo quiere decirnos. La sabia ignorancia de lo porvenir quizás resulta lo único ¡ay! que nos resta del perdido Edén y de la pristina inocencia.

—Pues yo no quiero esa ignorancia. Saber, y saber mucho, me importa como Sultán y hombre.

—¡Alah, Alah, perdónale!

—E importándome tanto saber, interrogo en ti al sabio que conoce las leyes naturales y al asceta que conoce las leyes divinas.

—Manda, pues, ya que tanto empeño tienes en ello; manda, y yo te obedeceré.

—Ya conoces toda mi vida, y sabes con profun-

didad y á ciencia cierta todo mi temperamento. No ignoras el día en que nací, ni el astro y la constelación, bajo cuya influencia vivo. Por consiguiente, divide como puedas entre tu ciencia y tu virtud el tiempo; mas dime lo que yo necesito saber á toda costa.

—Señor, ya sabes que no puede improvisarse de modo alguno un horóscopo. Nosotros jamás nos acercamos, ni á los abismos terrestres, ni á los abismos celestiales, ya sea para conocer un secreto, ya sea para estudiar un misterio, sin que apelemos á las necesarias oraciones y á los ayunos necesarios para obtener una verdadera purificación del cuerpo, y con la purificación del cuerpo una vista más penetrante y más clara en las facultades del alma.

—¡Ah! Sidi, lo sé profundamente. Sé que no basta con la ciencia para conocer la verdad en lo futuro, y que se necesita la oración también. Por eso he decidido llamarte y oirte.

—Que nos oiga el cielo es necesario.

—Yo estudié las ciencias ocultas en mi juventud, y adivino un tanto lo que dicen luna, planeta y sol en sus varias posiciones y á sus respectivas distancias. Mis maestros me han mostrado las doce casillas del cielo; y con exactos compases he medido los círculos de posición que forman los astros. Yo no quiero que interrogues á la casilla de las riquezas, porque hartas me dió mi nacimiento; ni á la casilla de los hermanos, porque harto conozco al Za-

gal y sus ambiciones desapoderadas; ni á la casilla de los parientes y antecesores, porque harto sé cuánto vale y cómo arde la sangre de los Alhamares; ni á la casilla de la salud, pues la tengo perfecta; ni á la casilla del matrimonio, pues la he muy bien experimentado en la persona de Aixá; ni á la casilla de la religión, que mi alma profesa con toda verdad en todos sus misterios; ni á la casilla de los amigos, pues no creo en ninguno, y los que tengo, harto sé como los he ganado; el único sitio indispensable á mis escudriñamientos en el cielo, es la casilla de los enemigos, la duodécima; y si estos han de vencerme, frustrando todos mis esfuerzos, quiero, ahora mismo, darme por completo al placer. No mires, pues, al astro que tiene su trono en Táuro, ni al astro que tiene su trono en Sagitario, ni al astro que tiene su trono en Escorpión, mira el astro de los astros, el sol, cuando se halle por completo en su trono; y dime, después de haber orado, cuanto quieras y como quieras, y después de haber recurrido á todas tus ciencias, si mi reino será respetado y engrandecido por la fortuna ó empequeñecido y menguado.

—Señor, haré cuanto quieras y te diré cuanto me hayan dicho los cielos á mí.

—Pronto, pronto, por Alah.

—Refrena tu impaciencia, Muley, refrénala. Yo debo disponerme con mucho tiempo á decirte la verdad que me haya revelado el cielo. Días de ayuno, largas horas de oración, vigilias no menos largas,

hé ahí todo cuanto necesito para, después de haber observado las estrellas, arrancarles una revelación. Déjame, pues, orar, y ver, y meditar, á fin de que Dios me oiga y el cielo me ilumine.

—Sea en buen hora. Toma todo el tiempo que necesites, pues de tu horóscopo dependerá mi vida.

—Alah te guarde ¡oh Sultán!

—Alah te guíe ¡oh santo!

Y el Sultán se quedó completamente solo; y ya solo, púsose á reflexionar sobre todo cuanto había dicho y hecho en aquellas horas supremas. Naturalmente, razonaba como un perfecto musulmán. Dos fuerzas contrarias le atraían, el amor y la guerra. Si la guerra le resultaba inútil ¿por qué no consumir la vida en el amor? ¿Qué necesidad tenía de pugnas, esfuerzos, combates, derramamiento de sangre, sacos y talas y voraces incendios, puesto que había de ser el término de todo la derrota? Los pocos días que concede á los mortales el destino quería pasarlos en brazos de una felicidad sensual, que presta calor á la sangre y acelera los latidos del corazón. Así la vida, que le restaba, correría, no como el torrente que se precipita y despeña por saltos bruscos de quebrada en quebrada, como el arroyo de la feliz Alhambra, que susurra bajo una bóveda de azahares, jazmines, rosas, para entrar luégo en los patios de alabastro, y subir en surtidores de perlas á las bóvedas de oro, hasta dormirse tranquilo y sereno en las albergas, mecido por los acordes melancólicos de las

guzlas y por las cadencias voluptuosas de los romances, retratando en sus espejos deslumbradores las bellas huríes del harem. Tal era el propósito de Hacem después de conocido su horóscopo. Y al trazarlo en la mente, al trasmitirlo de la mente á la voluntad, oyó de nuevo, en aquel aire perfumado por las esencias de los cármenes y por las nubes de los pebeteros el cántico voluptuoso de la ignorada cautiva cristiana, que, repitiendo su cantar melancólico, parecía invitarle al total olvido de la guerra y al culto del placer.

CAPÍTULO XVII.

Hacem conoció pronto el horóscopo leído por la penetrante mirada de Sidi en las estrellas. No había remedio: todos los anuncios del cielo, todos los dictados del sol, todos los signos del zodiaco, todos los planetas en sus conjunciones, todos los círculos de posición presagiaban á una con verdadero concierto la rota y caída del imperio muslímico en España y la imposibilidad completa de conjurar tal catástrofe señalada por el destino en sus decretos inflexibles desde tiempos muy remotos para un año, en la sazón de nuestra historia, muy amenazador y muy próximo. Se necesita estar en la piel de un musulmán para comprender cómo desconcertaría el horóscopo todos los propósitos guerreros de Hacem y con qué sumisión lo entregaría, cual atado de piés y manos, á la terrible autoridad del destino. Imagináos un Dios destronado, y caído desde las etéreas sedes á los profundos abismos;

imagináoslo, y alcanzaréis á vislumbrar el cambio en que Hacem se precipitaría desde las cumbres de su poder, donde las ambiciones, á su natural congénitas, habían visto centellear las esperanzas varias de tantas y tan fascinadoras victorias hasta el dolor de su desesperación. ¿Qué hacer contra el cielo? ¿Cómo quebrar en sus rodillas la férrea vara del destino que los pueblos obedecen y siguen como puede obedecer al pastor el rebaño? La notificación de la triste suerte de su reino, le aterró con gran terror; pero le sacó de un mal peor que todos los terrores, le sacó de la incertidumbre penosa en que por tanto tiempo se consumiera su alma. Decidió, pues, romper todos los lazos políticos que hasta entonces lo habían atado al carro de Granada y darse por completo al placer. Así, á la mañana siguiente de la terrible notificación, se levantó decidido á poner por obra su plan de vida nueva. Pero esto no debía obstar á que dijera una litúrgica oración, como cumple á todo buen musulmán.

—Las alabanzas son para nuestro Dios, y por Dios las buenas acciones. Salud y paz á ti, profeta de Dios. Que las divinas bendiciones caigan también sobre ti. Salud y paz á todos los servidores de Dios, justos y virtuosos. Confieso mil veces todos los días la fórmula sagrada de tu culto: «no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.» Prospera, Dios mío, el nombre de Mahoma en este y en el otro mundo. Haz por él, señor, lo mismo que has

hecho por el nombre de Abraham. Si he faltado alguna vez á tu fe, perdóname todos mis pecados. Compadécete de mí ¡oh sér por excelencia santo y misericordioso! Compadécete.

Y luégo, haciendo dos reverencias, una al lado derecho y otra al lado izquierdo, como para saludar á los ángeles de su guarda, remató la plegaria con estas palabras:

—Que la salud, la paz y la misericordia sean contigo.

Tales oraciones dirigió al cielo, y perdones demandó á Dios el Sultán, por haber tenido, en vértigo de rabia, no el propósito deliberado, el impulso ciego de matar á su mujer Aixá, quien al fin y al cabo le había en cierto modo anticipado cuanto le dijera el horóscopo en su triste y desnuda elocuencia. Cumplido el ritual de su oración, y satisfecha la justicia del cielo, tornóse á meter en cama, y trató de conciliar el sueño. Pero ¿cómo había de caer sobre los párpados cuando tantos y tan graves pensamientos le pasaban en la mente? Guerrero por condición, duro por naturaleza, empedernido en los feroces ejercicios de las peleas, cruel porque la crueldad se imponía á su vida y á su ministerio así en el empeño de debelar las tierras cristianas como en el empeño de someter los bandos muslímicos; su natural de campeador, y su oficio de monarca le imponían el buscar compensación, indispensable á tanta rudeza, en el alma tierna de una mujer, que le atase al hogar y le hiciese sentir la

felicidad contenida en los afectos dulces y sencillos. Pero si Aixá tenía bien puesta su fama de honrada, pues, la Horra sus gentes la llamaban, en cambio no tenía ninguna de las cualidades necesarias para endulzar las ambiciones de un imperante y embellecer los azares de un soldado. Fea de rostro, fornida de cuerpo, dura de corazón, fuerte de temperamento, altiva de carácter, cruel de entrañas, austera de costumbres, experta en los secretos de Estado, capaz de las hazañas guerreras, antes aparecía como un compañero compartiendo el trono de Hacem, que como una esposa encantando su existencia. Y Hacem necesitaba en los tormentos de sus ambiciones un consuelo, en los conflictos de sus batallas un iris, en la hiel de sus odios un lenitivo, en las empresas de sus guerras una hurí, en los secretos del hogar una beldad, en toda su vida un amor. Las leyes de su culto le permitían muchas mujeres, muchas esclavas; pero no encontraba en esos pobres seres, que se daban al favor real como tímidas florecillas al ardiente sol, aquellos esparcimientos de ánimo, aquellos coloquios de ternezas, aquellas inspiraciones de poesía, aquella dulzura de sentimientos, que constituyen los verdaderos hechizos de la vida y los verdaderos placeres del amor. A medida que llegaba tristemente á la madurez de su edad, ¡oh! despedíase de los ensueños de gloria naturales á la juventud, necesitando en compensación, y con mayor necesidad, de pasiones purísimas, y de una tierna mujer. El

cielo milagrosamente le deparaba la esperanza de encontrar satisfacción á esta necesidad con el cántico misterioso, que parecía bajar del paraíso entreabierto á sus aspiraciones y á sus llamamientos. Aquella voz angelical acababa de penetrar en sus entrañas y de conmoverle los senos mismos del alma. No dormía pues, no podía dormir, si no hablaba pronto con la beldad misteriosa, que le trasmitió aquel fuego con su voz y le abrasó el pecho con su amor. Así es que, aún no asomaba casi la alborada, aún no relucían las nieves de las cordilleras, aún no entonaban sus primeros cánticos las alondras, aún no se oían los primeros rumores que al despertar produce la mañana, cuando ya Muley había recitado la sura consagrada por el Koran á la aurora, bendiciendo al Dios de la luz y rogándole que lo eximiera de los males anejos á la condición humana, de los maleficios subsiguientes á la luna eclipsada, del soplo de aquellos que arrojan su aliento sobre los nudos de los dedos, y del negro proyecto que lleva siempre en mientes el envidioso contra el envidiado. Y después que hubo cumplido estos rituales de su culto, llamó al principal de sus esclavos nubios, negro como el ébano y vestido de blanco como el alba, cuyo cuerpo se destacó sobre el tapiz rojo iluminado por el doble resplandor de la lámpara que se apagaba y de la aurora que nacía.

—Alah te guarde,—dijo.

—Él prospere tus días,—respondióle Hacem.

—¿Órdenes?—preguntó el negro.

—Inmediatas,—contesto el imperante.

—Cumplidas al par de dadas.

—¿Has oído cantar esta noche mientras velabas mi sueño un cántico de cautiva?

—He oído.

—¿De dónde provenía?

—Creo que debió salir de la torre del harem.

—¿No sabes quien cantó así?

—Lo sé.

—Dilo.

—Una jóven cautiva.

—¿A quién pertenece?

—A tu hijo mayor.

—¡Oh! Un joven tan apuesto dueño de tan preciosa prenda...—Exclamó Hacem rechinando los dientes de celos.

—No te enfurezcas.

—¿No?

—No.

—¿Pues cómo?

—Esclava de tu hijo, está segura si la ama el padre.

—¿Por qué?

—¡Y tú me lo greguntas!

—Boabdil es enamorado y gentilísimo.

—Pero, como los cristianos, ama á una sola mujer, á la hija de Aliatar, á la bellísima Moraima.

—¿De veras?

—Todas sus esclavas son meros adornos de sus estancias, meras aves de sus jaulas.

—Me tranquilizas.

—Está, además, adscrita al servicio de tu esposa, y ya sabes cómo las gasta Aixá.

—¡En el joyero de mi casa y no haberla conocido!

—Los que tenéis tantas riquezas, tomáis por despreciables vidrios los más preciosos zafiros.

—Vamos al harem.

—Toma algunas precauciones.

—¿Qué dices?

—No te lances desde tu trono sobre la cautiva como se lanza el águila desde su cielo sobre la presa.

—¿Por qué?

—Porque son de temer los celos y las venganzas de Aixá.

—No me importa.

—Debe importarte, si no por ti, por tu reino.

—Condúceme con seguridad y sin peligro. Pero no olvides que ardo en deseos de ver á la muchacha; y después de verla ¡oh! arderé en deseos de mirarla; y después de mirarla, arderé en deseos de poseerla.

—Todavía la conoces solamente por la voz.

—Imposible que salga de un cuerpo deforme. El cuervo grazna; y gorjean el ruiseñor, el canario y el jilguero.

—Pues más hermosa que su voz es su persona.

—¿Cómo le llaman?

—Le han dado un nombre de estrella; la han llamado Zoraya.

—Estrella de mi fortuna será, estrella de mi alma, estrella de la mañana más feliz de mi vida, estrella de mis pasos.

—Pero si tú debes conocerla.

—¿Yo?

—Tú.

—¿Cómo así?

—Pues entre tus despojos ha llegado al harem.

—¿Qué me dices?

—Entre tus despojos.

—¿Entre cuáles? ¿Por ventura la cogí en Jaen cuando aprisionara en combate célebre á su obispo?

—No.

—¿Es una de las joyas encontradas en Zahara?

—No.

—¿Pues dónde alcancé tal victoria, superior á todas mis victorias?

—En el castillo de Martos.

—¡Ah!

—Zoraya es la hija misma del caballero Solís, inmolado por tus victorias sobre los mármoles de la iglesia de su castillo.

—¿Cómo se llamaba, pues, entre los cristianos?

—Se llamaba Isabel de Solís.

—¡Santo cielo!

—¿De qué te asustas y espantas?

—Pues me asusto y espanto de que la sangre de su padre y todos los suyos, la fe viva en la religión

de su cuna y de su hogar pueden separarla con abismos insalvables del rey que inmoló á su familia y del sumo sacerdote de unos símbolos litúrgicos y de unos dogmas teológicos repugnantes, con repugnancia invencible á su alma.

—Y me han dicho que la echa de muy entendida en achaques religiosos, y que se encuentra realmente apegada por impulsos de su corazón á la fe de sus padres.

—¿Eso más?

—Eso más.

—¿Te acuerdas ahora del atrevimiento que tuvo el embajador cristiano Vera, cuando en las galerías mismas del patio de los Leones fué osado á maldecir de nuestra religión y á loar las idolátricas supersticiones de su culto?

—Vaya si me acuerdo. Como que si no empleo todo mi poder se arma terrible zafarrancho en mi propio alcázar.

—Pues dícenme que tal osadía se cometió en cumplimiento de solemne palabra dada por el embajador á la hermosa cristiana.

—No importa, cuanto mayor sea la resistencia, resultará mayor también la victoria. ¿Pero cómo no llegué á ver entre los despojos á esa preciada joya, la cual debía resplandecer como una estrella é iluminarlo todo con su lumbre si el rayo de su mirada se parece al dulzor y regalo de su voz?

—Pues no llegaste á verla porque los celos y recelos de la chusma cristiana que traías cautiva te

debieron arrebatar á la vista un objeto de tan crecida estimación.

—Isabel de Solís, todavía no te han visto mis ojos y ya te adora mi corazón. Tú serás mía, ó yo dejaré de ser. Guíame, pues, al sitio donde se halla tal tesoro.

—Vete, Sultán, por esa galería secreta de la izquierda y llegarás al tocador de la Sultana, tu mujer. Apenas el sol haya dorado los miradores del Generalife, cuando habrá salido tu cautiva de su recatado alhamí á barrer y arreglar la regia estancia de su señora.

—¡Barrer! Su escoba debe ser celeste, y el polvo que levante debe convertirse en astros.

—Corre por ahí.

En efecto, el Sultán se personó en recatada tribuna del tocador de la reina, donde, tras las áureas rejas, veía sin ser visto. Ya el sol doraba las cumbres del Generalife, y Muley decía la oración de la mañana, que empezaba con las palabras «Dios vivo,» cuando salió Isabel de Solís, á quien llamaban los árabes todos Zoraya. El ciego de nacimiento, que ve la para él primera luz, no pasa la extraña emoción que pasó el alma de Hacem al sentir por vez primera en su vida el verdadero amor. Hubiéranse podido oir á un tiempo mismo los latidos de su corazón y de sus sienes, pues los sentimientos y las ideas pugnaban por romper su agitado cuerpo, que se estremecía como presa de un terrible accidente. Y no podía menos. La aparición era

sobrenatural. La cabeza de Isabel tenía las más bellas proporciones. El negro cabello le tocaba las plantas y la envolvía como un manto. Bajo la espaciosísima frente centelleaban los profundos ojos con un centelleo celeste. Morena, derramaba en torno suyo el ardor que los desiertos y la poesía que una noche de luna en el Oriente. Así Muley estuvo á punto de lanzarse desde la tribuna, como había dicho su esclavo nubio, como el águila real se lanza desde los aires solitarios, desde el éther lejano, desde el cielo altísimo, sobre su codiciada víctima. Pero la necesidad que sentía de contemplarla sin conmoverla ni interrumpirla ¡ah! le retuvo hasta el aliento.

Isabel comenzó por vestirse y arreglarse ella misma, creída de que nadie la contemplaba en aquel apartado retiro del nazarita alcázar. La túnica blanca se desprendió de sus hombros y quedó á los ojos del Sultán estático, tan hermosa y tan pura como Eva al despertarse en la inocencia sobre la tierra inmaculada del Paraíso. Hacem recitó involuntariamente allí, en el éxtasis de su alma trasportada á otro mundo, las oraciones llamadas en el Koran suras de Fátima y de Aichá, sin saber ni lo que hacía ni lo que decía, pues su alma estaba á los pies de Isabel como la misma blanca túnica que Isabel vestía.

—Dios mío—dijo Hacem;—te suplico por la penitencia y el arrepentimiento de Eva, por la huida y las promesas de Agar, por la fe y el martirio de

la mujer de Faraon, por la pureza y la virtud de la madre de Jesús, por la intercesión de Khadijá, por el amor al Profeta de Aichá, que me concedas pronto el favor de convertir esta esclava en sultana y de sublimarla desde su alhamí á mi lecho y desde su servidumbre á mi trono.

Isabel, entre tanto se apercibía perezosamente á vestirse, y se aderezaba por bien modesta manera. La camisa interior cayó sobre sus desnudas carnes como la nube sobre la luna. El largo cabello se recogió en modesta red y medio se cubrió con un gorrillo carmesí, que resaltaba sobre su sedoso lustre como la nube arrebolada sobre las tinieblas nocturnas. El pantalon bombacho se prendió al círculo de su cintura y á la garganta de sus pies. El modesto almaizar ciñó su cuerpo, y ya así, miróse en la fuente que corre en medio de la estancia y se encontró hermosa. Muley, descendiera de la tribuna y la tomara en sus brazos hartando su pasión, si no le moderara tales ímpetus el deseo de que semejante beldad amase en su persona, no al Sultán, sino al hombre. Esta consideración única le sirvió para no dejarse arrastrar de los ímpetus que le inspiraban aquel acceso de su fiebre amorosa y aquel hervir de su encendida sangre. Y se quedó contemplándola con el arrobamiento con que contempla el joven enamorado las gracias divinas de su primer amor.

¡Y tenía qué contemplar Zoraya! Lo primero que hizo después de vestida y arreglada fué irse á un

escondite y sacar de allí primoroso cuadrito que representaba una imagen cristiana de la Vírgen Madre, y besarlo mil veces, y consagrarle ferviente oración. Después encendió los pebeteros y quemó en ellos las esencias necesarias á embalsamar los aires. En seguida arrancó á los jarrones de metálico brillo las flores marchitas y los llenó de flores recien cogidas y abrillantadas con gotas de matinal rocío. Y hecho esto, dirigióse á la pajarera llena de aves cautivas como ella, que, al verla, aletearon fascinadas por el resplandor de sus ojos, y atraídas á tomar un grano de alpiste en el rosicler de sus labios. Luégo abrió la celosía del ajimez y contempló ávida el pedazo de cielo que se divisaba por el cercano jardín, tras la cortina de jazmines y de la enramada que formaban entrelazándose, los naranjos y los granados, sobre los cuales subían al cielo las pirámides de los cipreses y desde el cielo se inclinaban sobre la tierra las coronas de palmas rematando el tronco enhiesto de las orientales palmeras. En aquella mirada dirigida por los expresivos ojos de la muchacha al cielo hubo una expresión tal, que Hacem creyó descubrir aspiraciones á la libertad y al amor.

—Tendrás más que el amor,—dijo entre dientes, sí, tendrás mi amor; y tendrás más que la libertad, tendrás mi trono.

Y apenas había dicho esto, cuando apareció su mujer Aixá, imperiosa, adusta, con la sonrisa del desprecio en los labios, con la aureola del insom-

nio en los ojos, mal ceñida en descuidado traje; y retratando en todo su sér las inquietudes asesinas de la ambición tan opuestas á las vívidas inquietudes del amor. Verla Hacem y salirse de la tribuna fué todo obra de un momento. Y salirse é idear el medio de arrancar su Isabel al dominio de Aixá obra de otro momento también.

Llegado, pues, del harem á Comares llamó á su esclavo nubio y le dijo:

—En ti pongo mi confianza.

—Yo en Dios, para que tamaño peso no me abrume.

—Necesito que Zoraya desaparezca de la servidumbre de Aixá y de Moraima.

—¿Un rapto?

—No.

—¿Pues qué?

—Una muerte fingida.

—¿Cómo?

—Mi médico te dará á la presentación de este pergamino un narcótico; y quedará la cristiana como muerta.

—¿Y luégo?

—Di que un cristiano te ha ofrecido fuertes sumas por el cuerpo de su compatriota y quédate con ese preciado cuerpo.

—¿Querrá Aixá venderlo?

—Necesita mucho dinero para sus conjuraciones y lo venderá sin escrúpulo. Allí tienes mi tesoro. Mete la mano en su caja y coge todas las perlas y

todos los zafiros necesarios al logro de mis deseos.

—Serás servido.

—En cuanto recibas el preciado cuerpo, sin que nadie lo advierta llevaráslo donde dice ese pergamino y lo tendrás en la estancia y en el lecho que rezan sus palabras.

—Tú mandas en mí como Mahoma en ti ó como Alah en Mahoma.

—Que nadie sepa dónde el cuerpo ha ido y que todo quede terminado con el día. Cuando la luna salga, esté Zoraya en el camarín designado y yo á sus piés.

—Tu voluntad es ley.

Y desapareció el nubio, quedando Hacem completamente entregado al juego caprichoso de sus pasiones y al curso vario de sus ideas en continuos íntimos callados soliloquios.

—Ambición—exclamó Hacem en cuanto estuvo solo—¿de qué sirves á los humanos en el mundo? Andando alrededor de los objetos que desees, en continua carrera, nunca lograrás satisfacciones completas. ¿Adónde subirás en la tierra que no veas algo ó alguien más elevado, siquiera ese algo sea el cielo y ese alguien sea Dios? Vencidos todos tus enemigos más encarnizados, rotos los reinos más rivales tuyos, aún no has destruido nada como no destruyas lo indestructible, tu propio deseo. Con todo el oro que ha arrastrado el Darro no puedes comprar un día de vida, ni detener un minuto del

tiempo. Con toda la gloria que te deparen obras y hazañas inmortales no puedes impedir que perezca en el último juicio la tierra donde está contenido tu recuerdo y grabado tu nombre. Cuando miras mil frentes inclinadas no sabes si se inclinan también las conciencias que tras ellas laten. Cuando están mil rodillas en tierra no distingues si también se han arrodillado las almas. La corona más ligera pesa con abrumadora pesadumbre sobre la frente y con profundísima tristeza sobre el corazón. La ambición tiene por hermana inseparable á la envidia. Así, aún no has sentido sus mordeduras en el deseo, cuando ya te ha amargado el paladar, como que se riegan y crecen con hiel. Toda ambición se ha arrastrado alguna vez, y al erguirse, ha tenido que desquitarse de sus humillaciones con la crueldad y la venganza. Como el ambicioso es el más egoista de los hombres, también es el más solitario y aislado, aunque se encuentre en medio de numerosas muchedumbres. La palidez de la muerte tiñe sus semblantes, la nieve de las canas cae sobre su cabeza, la fatiga de la ascensión continua destroza su pecho. Yo detesto la ambición y quiero el amor. En estrecho nido ignorado de los hombres, contemplando eternamente á mi Zoraya, moriré también, pero moriré como se muere en la tranquila casa, llorado, y no como se muere en el proceloso trono, aborrecido. Una de las mayores desgracias que caen sobre los poderosos consiste en ignorar si las gentes les siguen y les aman por

ellos mismos ó por las altas posiciones que ocupan. Yo ocultaré á mi Zoraya mi corona; y ella me amará solamente por mis naturales prendas. ¡Oh día larguísimo! ¡Cuándo fenecerá tu luz, y vendrá la noche propicia de suyo á los amantes!

CAPÍTULO XVIII.

Mientras Hacem, enardecido é impulsado por los arrebatos de su amor, pensaba en alzar á Isabel hasta su trono, y unirla con su persona en la misma religión y en la misma familia, por medio de un casamiento, celebrado según la usanza de los moros y las leyes del Koran; mientras esto pensaba el jefe de los creyentes musulmanes en Granada, poniendo, para evitar entre los suyos el escándalo de semejante matrimonio, todos los medios sugeridos por su astucia; Illan, el hidalgo castellano, joven y apuesto, que defendió con su espada en el castillo de Martos á la hermosa Isabel de Solís, y acompañóla, fidelísimo y enamorado, hasta las puertas del harem, sólo pensaba en libertarla, romper sus cadenas de oro, extraerla del áureo cautiverio donde yacía, y conducirla de nuevo á la iglesia de su Dios y al palacio de sus mayores para que pudiese continuar, tras tantas desgracias y ruinas, la gloriosa

tradición de una estirpe noble, guerrera y cristiana. Las canciones, entonadas por Isabel en los recónditos y misteriosos senos del serrallo, provenían de un convenio hecho con Illan al momento mismo de separarse ambos para ir, ella, como despojo codiciado en los harenes, al servicio de la Sultana, y él, como cautivo, aprisionado en guerras y asedios, al terrible grillete y al forzoso trabajo. Por una de las misteriosas coincidencias, frecuentes en la vida humana, aquel romance consagrado al mozo nazareno, que suspiraba por su preferida en las tinieblas de una negra mazmorra, se había ido á clavar en el corazón del déspota que lo venciera, inspirándole una pasión desapoderada y sensual, pasión impacientísima por próximos logros y voluptuosas satisfacciones. Dos sueños, engendrados en el amor y dirigidos á igual objeto, se apoderaban de la cúspide más alta y del más hondo abismo que puede haber en las sociedades humanas, del Sultán y del esclavo. Los dos á una soñaban despiertos con igual deseo. Quería el Sultán elevar á Isabel hasta su trono, y quería el cautivo conducir á Isabel hasta su hogar; quería el Sultán hacerla favorita de su corazón y privilegiada en su serrallo, mientras quería el cautivo conducirla con santa religiosidad al pie de los altares cristianos y darle, por medio de un juramento sacro y de una honrada palabra, el título santísimo de verdadera y única esposa, con la cual prometía y deseaba pasar la vida, y aun dormir, después de muerto, á su lado, el sueño de la

eternidad. Por manera que la canción, elevada en el serrallo de los nazaritas, y que los rosales de aquellos cármenes cautivos aromaban y los coros de aquellas aves canoras, enjauladas en pajareras de oro, acompañaban; aquella canción triste de la cautiva, inspirada en las nostalgias de su ausente patria y de su ausente iglesia, engendraba voluptuosas sensaciones en la sangre de un Sultán y religiosísimas esperanzas en el alma de un cautivo.

Este, Illan, había con gusto aceptado su tristísima suerte, á la cual no hubiera en otro tiempo sobrevivido. Puesto entre los prisioneros de Estado, no hay decir cómo lo tratarían, con qué crueldad, en aquellos tiempos de la guerra y en aquellos imperios de la fuerza y de la conquista. Los alcázares más hermosos erguíanse por ley general entonces ¡ay! sobre las mazmorras más terribles, como si gozaran los déspotas en acercar el edén de sus placeres al voragine del horrible infierno donde bullían todos los dolores. Illan se vió, en la misma noche de su arribo, cargado como una fiera de cadenas, y metido en terrible y hondo calabozo, en el cual sólo por triste aspillera, sobre los muros espesos de alto castillo perforada, y dando á hondísimo foso, recibía, durante las diurnas horas, una luz fría y pálida, que se asemeja de suyo al fosfóreo de los fuegos fatuos producidos por los huesos helados en las noches de los cementerios. Los murciélagos se agarraban á las bóvedas en tanto número, que parecían como relieves horribles y animados, puestos

allí por algún genio fantaseador de tormentos para el dolor, en daño del triste prisionero. Mas ¡ay! que si las techumbres húmedas y sombrías se animaban al aleteo de tales siniestros y asquerosos animales, animábase, á su vez, el suelo con ratas gigantescas y deformes, contra las cuales tenía Illan que valerse de todas sus fuerzas, y que armarse de todo su valor, pues le hubieran, según lo acometedoras y voraces, completamente devorado. Tal era la suerte del cautivo. Un traje de parda estameña ceñido á los riñones por tosca cuerda; un cántaro de rudo barro puesto á los alcances de su mano; un montón de paja, medio podrida por la humedad, para descanso de su cuerpo; una larguísima cadena, clavada en la pared y ceñida fuertemente á su derecho brazo; hé ahí el ajuar de un pobre cautivo cristiano en el encantado palacio de los reyes nazaritas, henchido por todos los placeres, y habitación y templo de una raza de dioses. Por fortuna para el enamorado Illan, la triste aspillera de su calabozo caía en línea recta bajo la dorada celosía del camarín de su Isabel. Arriba la mujer amada, prisionera, es verdad, cautiva, sierva; pero en ambiente perfumado, bajo techumbre de áureas estalactitas, entre paredes parecidas por lo alicatadas y aeriformes á ligeras gasas y á sedosos tapices, con el pebetero bien oliente á un lado, con el jarrón de metálicos reflejos á otro, la guzla en las manos, el cantar en los labios, el coro de las pajareras en los oídos, y bajo el cuerpo indolente y perezoso los mullidos almohadones de

púrpura ornados con borlas de perlas; mientras abajo, la luz propia del buho y de la triste lechuza, hedor asquerosísimo, el duro pavimento, la podrida paja, el tosco sayal, el duro pan, los grillos al pie, la cadena clavada en la pared y ceñida con toda su terrible pasadumbre al cuerpo medio descoyuntado por el conjunto de todas aquellas penalidades y el dolor de la cautividad. Mas en uno y otro corazón, á pesar de la diferencia de ambiente, reinaba el mismo deseo por la libertad é igual nostalgia por la iglesia y por la patria separadas y ausentes. Uno y otro pensamiento volaban al castillo de Martos arruinado y se suspendían del altar en escombros, del santuario profanado y roto por los desórdenes brutales de aquellas cruentísimas victorias en que había caído el infiel sobre la tierra de los fieles como la tromba de un huracán ó como los mares de un diluvio. Isabel se paseaba, en alas de sus recuerdos, por los sitios donde había visto la sonrisa y mirada de su madre, oído las advertencias y consejos del caballero perfecto á quien debía la vida, rezado la primera oración y presentido las primicias del primer amor. Su mente, por tales recuerdos inspirada, componía, en la lengua sencilla del romancero, melancólicos romances; y entregándolos á la cadencia monótona, pero sublime, de las canciones andaluzas y al pespunteo plañidero de la guzla, componía uno de esos cantares elegiacos parecidos, en su belleza y en su dolor, á los entonados por las mujeres de Jerusalem, cautivas en las riberas del

Eufrates y bajo los sauces de Babilonia. Y cuando los acentos apagados é inciertos de aquella elegía tristísima penetraban por el aire sepulcral de la mazmorra, Illan, á fuer de soldado, no sentía la misma resignación que aquellas cadencias expresaban á una; sentía, todo lo contrario, los ardores del odio, las propensiones al combate, la esperanza de taladrar con su esfuerzo y con su deseo aquellas piedras, y subir hasta el camarín de la cautiva, derribando cabezas de moro, como el segador espigas, hasta lograr coger en sus brazos al objeto de sus ansias, dueño de su corazón, á Isabel, y conducirla, sobre las ancas de su caballo cordobés al palacio de sus padres, donde oiría, de aquellos amorosos labios, al pie de los altares, un sí, que sellara la unión de sus dos enamoradas almas, y confundiera sus dos vidas, cual dos arroyos componentes de un mismo río, en el tiempo y en la eternidad.

Así, no dejaba Illan desaparecer de su mente una idea muy viva, muy arraigada, muy tenaz, una de esas ideas que se identifican por su vivacidad con todas las fibras de nuestra carne, con todos los átomos de nuestra sangre, y que llegan á componer como un cuerpo y un alma en nuestra persona, poseída por su absorción incontrastable. ¡Oh! ¡Cómo la esperanza queda siempre sobre todas las ruinas amontonadas por la implacable adversidad en los caminos del mundo! ¡Cómo sobrévive á las innumerables muertes de ilusiones heladas que

guarda nuestro pecho cual guarda el cementerio sus cadáveres! ¡Cómo tiñe de sus reflejos hasta las horas más terribles de la más natural y legítima desesperación! Aquel adalid castellano, vencido en desigual batalla por la inmensa muchedumbre de sus contrarios; aprisionado á los piés mismos de la mujer á quien amaba con todo su corazón; conducido al palacio de los sultanes, sus vencedores, y en el seno de las más terribles mazmoras encerrado, retenía, bajo la pesadumbre de su cadena y sobre los podridos montones de paja, la confianza de conseguir y recabar todo el bien perdido, y volver á su patria con la seguridad completa de fundar una familia y de dormir el último sueño en apartada capilla, bajo las altas bóvedas levantadas por la fe, y delante de un altar en cuyas aras diariamente se rezaría la misa de los muertos por su alma. ¿Y quién podría prestar pábulo á tamaña confianza? Por el aire sólo aleteaban los murciélagos y por el suelo solo corrían las ratas. El horrible tragaluz abierto sobre la espesa muralla solamente le traía los resplandores necesarios para ver mejor toda la tristeza y toda la profundidad horrible de aquella negra mansión del dolor. De vez en cuando, por un agujero abierto en las graníticas moles de su calabzo, entraba, como por misteriosa mano movido, el pan bastante á mantener su dolorosa existencia; y algunas ráfagas de aire, que arreciaba su rostro palidecido á las tinieblas y al dolor, le traían por consuelo único el dul-

ce acento de la cristiana canción acompañado por el melancólico pespunteo de la guzla mora. Y creía levantar con sus brazos aquellas piedras; correr, ensanchando los estrechos espacios de aquel sepulcro; forjar, ¡él! que sólo tenía los hierros de sus cadenas á mano, lanzas y espadas; romper las haces de todo un ejército; profanar los harenes de todo un Sultán; y coger de allí preciosa sierva, despojo y testigo de una gran victoria, para que alentase con la sonrisa de sus labios á los enemigos de Granada, congregados en formidable y asolador ejército, contra cuyo número y cuya energía apelaban los muslimes á sus últimos y más supremos esfuerzos. Francamente, más fácil parece arrancar una estrella del cielo inmenso donde luce y centellea, que arrancar una cautiva del encantado palacio donde muy pronto iba á hacerla sultana el amor ó el capricho de un monarca. Pero ¿quién puede matar la esperanza en el corazón humano? ¿Quién puede arrebatarle al pensamiento su fe y á la voluntad su querer? ¿Quién puede á un soldado, aunque se halle recluido en oscuro calabozo, decirle que no volverá jamás al aire, al sol, al combate, al triunfo? Illan había crecido en la guerra y había visto mil veces en los cielos de su vida sonreir la esperanza. El suelo patrio se había, merced á sus esfuerzos, agrandado; y el eco de su nombre se oía resonar ya en los asonantes de nuestro poema popular, el inmortal romancero, fabricado en siglos de siglos como las catedrales góticas por

almas invisibles, cuyas inspiraciones se cuajaban á una en los sublimes círculos de la religión y de la poesía. Por consiguiente, no se le podía quitar á un héroe de aquel temple, ni la creencia en su derecho, ni la confianza en su destino. Tras las paredes oscuras y pesadas del calabozo veía resplandecer la Providencia que le mandaba consuelos fortificantes en vivas esperanzas.

Un día, cuando más entregado se hallaba Illan á sus meditaciones, y más decidido á procurarse una salida, siquier hubiese de arañar con las uñas el pavimento, vió que una piedra muy desgastada, se removía, y oyó que un ruido extraño, como de llaves, resonaba tras aquella piedra. Su corazón, entristecido por los horrores de la servidumbre, saltóle con verdadero sobresalto en el pecho, pero al sobresalto se mezcló inmediatamente la esperanza. ¿Quién podía remover las piedras de aquel panteón, más propio para los muertos que para los vivos, como no fuera, ó el carcelero encargado de su custodia, ó algún ángel semejante al que removió la losa de la sepultura de Cristo en el día de la Resurrección? Illan, como bueno y animoso joven, enardecido por la sangre calorosa de sus venas y por la fe vivísima de su alma, sintió agolpársele todas las esperanzas juntas al corazón, y tras aquella piedra, fuertemente removida, llegó á columbrar la libertad y la patria. Engañábale, y mucho, su deseo. No eran libertadores aquellos que le buscaban y que removían las piedras de su sepulcro, eran sus

propios carceleros que le buscaban por superiores órdenes para el cumplimiento de fines gratos al Sultán Muley Hacem, cuya voluntad y cuya idea no podrían estar jamás ociosas. En efecto, desde que resolviera cambiar la vida completamente áspera que llevara en los campamentos, por otra vida muelle y viciosa en los palacios, Hacem, deseoso de competir con aquellos antecesores suyos que inmortalizaran sus claros nombres en las cenefas y alharacas de los palacios nazaritas, emprendió gigantescas obras de hidráulica para erigir florestas y retiros cuyas delicias dieran una idea del Paraíso llorado por toda la humanidad en su desgracia. Y como para esta obra gigante había menester de muchos trabajadores buscábalos donde los había, y escudriñaba con celo y actividad los repliegues más hondos y oscuros de sus cárceles con tal de hallar brazos, y brazos fuertes, para la realización de sus ensueños. Así, cautivos cristianos de los más temibles, conjurados árabes de los más amenazadores y pertinaces, reos de muerte próximos á ser ahorcados, criminales de todas categorías y de todas procedencias, dejaban las cárceles á un mandato del rey, ni más ni menos que los muertos dejarán sus sepulcros en los días del juicio final á un mandato de Dios.

La ciclopea piedra se volvió al fin hacia uno de los lados y pudo dejar paso á un calabocero que penetró allí á gatas gritando:

—¡Fuera! ¡fuera!

—¿Qué hay?—preguntó Illan.

—¡Fuera! ¡fuera!—volvió á decir el esbirro.

—¿Me traes la libertad?—preguntó Illan verdaderamente receloso, pues prefería el cautiverio con la esperanza de redimir á Isabel á que lo alejaran de Granada solo y sin el objeto predilecto de su amor.

—¿La libertad?—me preguntas. El látigo es lo que te traigo.

—¿Cómo?

—Hacem ha resuelto emprender grandes obras.

—¿Y á mí, qué?—dijo Illan molestado porque no llegaba el siniestro embajador al término de su embajada.

—¡Oh! A ti, mucho, muchísimo.

—¿Pero, qué?—acaba con todos los diablos.

—No blasfemes, nazareno, porque te costará cara la blasfemia.

—Pero concluye tú por decirme á qué has levantado esa piedra y á qué has venido á este sitio.

—Pues he levantado esa piedra y he venido á este sitio porque me ha dado la gana.

—No me provoques—dijo Illan rechinando los dientes.

—Me gusta el mozo. Cualquiera diría que estaba en los altos de la fortuna y del poder.

—Acaba lo que debas decirme.

—Pues debo decirte que vas á salir con tu argolla en los piés para mayor seguridad, á trabajar por fuerza en los jardines del rey.

—Cuando quiera—dijo Illan, que respiró gozoso al ver como aquel mensaje no le llevaba la libertad, que detestaba, si había de costarle una separación del sitio donde se hallaba Isabel, separación horrorosa para su corazón que pugnaba por la redención pronta del sér querido á quien había consagrado todos sus afectos y todos sus pensamientos.

—Voy á descansar un poco—dijo el carcelero—pues entre remover las piedras de este calabozo y la del calabozo vecino, selladas como losas de sepulcros, que generalmente solo se abren para dejar paso á los cadáveres, he agotado mis fuerzas. Estas mazmorras en verdad, son como sepulcros de vivientes, y las dos más hondas y más terribles habíamoslas reservado para tu vecino y para ti, como pájaros de mucha cuenta.

—¿Quién es mi vecino?—preguntó Illan.

—Pues tu vecino es uno de los adalides que más han peleado en las últimas alteraciones de Granada contra mi señor y monarca.

—¿Hubo alteraciones en Granada?—preguntó con regocijo Illan.

—Y no flojas—le respondió el esbirro.

—¿Por qué causa?

—¡Oh! Por el general disgusto que ha causado en los muslimes la toma de Alhama por los infieles.

—¡Ah!—exclamó Illan en la imposibilidad completa de retener una indeliberada expresión de alegría.

—Ya se ve—dijo el calabocero soltando las rien-

das á su afán de hablar.—Ya se ve; había vuelto nuestro señor tan pagado y satisfecho de sí tras la toma de la villa de Zahara y del castillo de Martos!

Al oír este nombre último, el español no pudo reprimir un suspiro de tristeza, como al oir la reconquista de Alhama no había podido antes reprimir un suspiro de alegría.

—Todos creíamos—continuaba el esbirro como si hablase para sí—que había comenzado estrella nueva á regirnos, y hado propicio á cambiar la triste suerte de los muslimes. Pero al ver que tus gentes desalojaban á las nuestras de fortaleza tan formidable como Alhama, todos temimos, todos sin excepción, por nuestra suerte futura. Pero unos se callan por más que sientan mucho las adversidades, y otros hablan sin detenerse, á roso y belloso. Donde no hay harina todo es mohina, y al frío de la desgracia se generaron y nacieron muchos encontrados partidos y muchos encrespadísimos bandos. Y uno de estos bandos apostóse á la entrada de nuestra capital é insultó y amenazó al rey porque volvía sin su Alhama, como si el rey pudiese borrar lo que se halla trazado desde la eternidad en los libros del Destino y desobedecer lo que ha decretado en su incomprensible sabiduría el Eterno.

—De modo,—dijo Illan,—que mi vecino es un rebelde.

—Sí, un rebelde. Gezar se llama; y no dábamos por su vida un ochavo, cuando ha venido la orden

de aprovechar hasta los reos de muerte para los trabajos forzosos, que pide una empresa como la intentada en los cerros del Sol por nuestro monarca, decidido á levantar allí, para su recreo, un edén verdadero. Ya ves cómo las gasta nuestro Hacem, que febril por nuevos placeres, capaces de ser como beleños del olvido á sus disgustos recientes, alza pintados bosques y siembra flores aromosas por doquier, anhelante de levantar á los cielos su Granada, cuando parece más próxima, por decretos del hado, á su abatimiento y á su ruina. Prepárate, pues, y apercíbete á salir para el trabajo. Vas á ver el sol, y á contemplar esta vega, con cuya reconquista y posesión te creo capaz de soñar hasta en el negror de tu triste calabozo. Hemos resuelto aparejaros y uniros por el mismo grillete á Gezar y á ti. Así picaréis las mismas piedras. Alégrate, porque habrás pasado muchas hambres, y ahora tenemos orden de alimentarte bien, á fin de que rehagas y recobres tus perdidas fuerzas, trabajando á gusto de nuestro Hacem.

CAPÍTULO XIX.

En cuanto vió Illan las nuevas disposiciones de Hacem, y el trabajo y oficio á que le destinaban, adivinó, como todos aquellos que acarician una idea fija, la coyuntura, que podía presentarle y ofrecerle, para cumplir el plan premeditado y preconcebido hacía tanto tiempo, el rapto de Isabel. Salir del sepulcro, donde lo habían enterrado en vida, era un comienzo de facilidad para sus propósitos. En cualquier otro no hubiera dejado este vulgar hecho ningún rastro; pero, en su naturaleza tan poseída del sentimiento ardoroso de una vivísima esperanza, sucedió todo lo contrario, avivó ardorosas llamas. Illan era uno de los antiguos guerreros castellanos en quienes jamás la derrota engendró la desesperación; un asomo, un comienzo de libertad, bastábale para llegar con sus presentimientos al término de sus deseos y verlos por completo conseguidos y logrados. Si algo más que su nueva situación podía en aquel momento

halagarle ¡oh! era la doble noticia de que los granadinos se hallaban alterados por interiores discordias, y Alhama rendida por completo al pie de los cristianos. Bajo tales auspicios salía, siquier fuese con todos los caracteres y todas las tristezas de un siervo, salía Illan del calabozo para ir al trabajo. A mayor abundamiento, contaba con la compañía de un magnate granadino, á quien odios con el propio tirano, aborrecido de su corazón, habíanle arrojado en aquellas sepulturas y dádole afectos y sentimientos, análogos de todo en todo á sus propios sentimientos y afectos. Por consecuencia, las palabras del carcelero que celaba la mazmorra de Illan, cayeron sobre la triste alma de éste, como un rocío sobre la flor abrasada, reanimándola, é imbuyéndole impaciencias por la consecución de halagüeñas esperanzas, á las cuales no había renunciado ni un minuto siquiera en los mismos días en que tocara hasta en su fondo la desgracia y la desesperación.

El hábito de la oscuridad le había desacostumbrado á los resplandores de la luz. Así, cuando salió de la mazmorra y se halló entre los esplendores de aquella vívida naturaleza granadina, tuvo que llevarse la mano á los ojos, temiendo que pudieran quebrársele y perdérsele á la vivacidad increible de tanto sol. Pero la flexibilidad propia de los temperamentos nerviosos le devolvió bien pronto á la profunda retina el regular ejercicio, y sus ojos pudieron extasiarse ya sin peligro en la contemplación de aquel espléndido y maravilloso lugar de

delicias llamado Granada, y que por cualquier parte ofrece cuadros deslumbradores á la vista, y al oído dulces melodías. El primer movimiento de admiración por la naturaleza, análogo al que pudiera experimentar un muerto hacia la vida recien recobrada, este primer movimiento, natural y legítimo en quien acababa de abandonar las tinieblas, no le permitió fijarse por lo pronto en el compañero que le designara el esbirro y que se levantaba y erguía muy gallardamente á su lado. Era este Gezar, el perseguido por sus insultos y amenazas al monarca. Su apuesto cuerpo apenas podía sostenerse derecho sobre los menudos piés muy arqueados y de alto empeine. Su gallardía se asemejaba de suyo á la gallardía de las palmas en lo flexible y en lo majestuosa, de las palmas adscritas en todos los pueblos á representar los símbolos del triunfo y del martirio. Su rostro moreno y bronceado atestiguaba su origen y la raza de que procedía. La barba sedosa y puntiaguda, la nariz larga, los ojos negros y profundos como el abismo, la boca grande, acababan de caracterizar el tipo verdaderamente de los desiertos, la complexión verdaderamente de los beduinos. Gezar no dijo palabra ninguna en aquel momento, ni tampoco hizo ningún gesto, como es natural en gente que cree indigno el mostrar por nada ni por nadie maravilla ó extrañeza. En cambio Illan, comunicativo de suyo, generoso, un tanto hablador, impetuosísimo, creyó rudimentario deber suyo el dirigirse al compañero destinado á compar-

tir sus faenas y á estar ceñido al mismo hierro, y ocupado en el mismo trabajo y ministerio.

—Mi Dios te guarde—le dijo.

—Y el mio á ti—le respondió.

—Nacidos y criados para encontrarnos en los mismos combates, nos encontramos en los mismos hierros.

—¿Qué quieres? Así va nuestra Granada.

—¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Gezar.

—Y yo me llamo Illan—añadió éste, aunque Gezar no le había dirigido ninguna interrogación.

—Ya ves cómo regirá el Sultán Hacem su reino, cuando estamos ceñidos á igual hierro, tú hijo de los infieles; yo hijo de los beduinos.

—En verdad que nuestra situación de hoy es bien extraña, y no hay más remedio que darse las manos en vez de cruzar las espadas.

—¿Qué hacer sino?—preguntó el africano á sí mismo, como disculpándose de hallarse con redomado infiel á su lado y no haberlo ya muerto.

—¿Qué hacer?—dijo también Illan. Al fin y al cabo tenemos el mismo enemigo, aunque tú creas en el Koran y crea yo en el Evangelio.

Al oir la palabra Evangelio, demudóse un poco la faz de Gezar; mas bien pronto borró la expresión de tal sentimiento penosísimo en la persuasión de que no podía sucederle otra cosa en el diálogo forzoso con su compañero cristiano.

—El esbirro me ha dicho quién eras y me ha

contado tu historia. Yo sabía tu nombre ántes de preguntártelo.

—Pues bien; el esbirro te habrá dicho que soy del África y que pertenezco á una tribu, la cual no reconoce más señor que aquel omnipotente y próvido y sabio, cuyo poder y autoridad rigen todo el universo.

—Mayor motivo para que te duelan las violencias de quien se imagina sustituir á Dios en el trono de Granada.

—En los africanos desiertos el más benéfico es el más poderoso. Aquel que más hace por su tribu, aquel manda. Los beneficios dispensados á los pobres y á los infelices forman los escalones de la escalera que sube hasta la cima del trono. Y así, deponemos al jefe que no sabe sostener su dignidad ó que llega en todo evento á verse sobrepujado por cualquier otro beduino en fortuna y en grandeza.

—Ya comprendo, Gezar, el secreto de tu historia y el origen de tu infortunio. Has querido aplicar á Granada los sentimientos inspirados por los oasis del desierto.

—Nosotros, Illan—añadió Gezar,—á quien el recuerdo de patria y tribu había prestado singular elocuencia,—nosotros tenemos por nuestros hermanos, tal amistad que considerámos lo suyo nuestro, así el agravio como el honor. Ama tu tribu, ha dicho uno de nuestros mayores poetas, porque te unen á ella lazos más fuertes que los existentes entre la mujer y el marido en la familia.

—Así, Gezar, quiero yo también á mi patria.

—No te ofenderás, Illan, si lo dudo un tanto.

—¿Y en qué fundas tu duda?

—La fundo en el distinto carácter de nuestras dos religiones.

—Gezar, no hablemos de tal cosa.

—¿Por qué?

—Por una muy sencilla razón.

—Díla pues, Illan.

—Porque unidos al mismo hierro, justo será que hablemos de todo cuanto nos confunda y omitamos toda cuanto nos divida.

—¡Nos dividen por Alah tantas cosas!

—Pues nos junta un afecto común.

—Sí.

—El afecto de odio al tirano Hacem.

—Mas... ¿por qué razones tan diversas?

—Justo. Pongamos las cosas en su verdadero punto y demos á las palabras su verdadero sentido.

—Sea en buen hora.

—Tú deseas la ruina de Hacem; y yo deseo la ruina de Hacem.

—Verdad.

—Estamos, pues, convenidos.

—Pero por...

—Espera, espera; yo diré tu sentimiento y el mío.

—Habla pues.

—Yo detesto al tirano Hacem por el daño que nos hace; y tú lo detestas porque aún crees que tal

daño resulta ligero, livianísimo, é inferior á lo que debiera esperarse de su valor y de nuestras provocaciones.

—Justamente.

—Pues bien; tratemos de arrojarlo, tú por causa y razón de ciertos motivos; yo, por causa y razón de otros motivos; sin curarnos para nada justamente de la diferencia de estos, cuando van unos y otros encaminados hacia el mismo fin.

—Sí; nosotros quisiéramos que Hacem os triturara con su cetro á todos vosotros los cristianos, como la piedra tritura el trigo.

—Sea en buen hora. Lo comprendo y no lo extraño.

—Mira, Illan; yo he pasado mi vida en el desierto, persiguiendo á la gacela y al tigre ó pastoreando al cordero y al camello. La jebra no ha sido tan libre é indómita como yo. Y allí sólo he aprendido una cosa; el odio á tu religión.

—¿Qué vienes á contarme? Lo mismo he aprendido yo entre los míos; el odio á tu religión.

—Recuerdo que una vez, como cierto cautivo cristiano se atreviese á departir con mi padre y señor, encareciéndole toda vuestra religión, y con especialidad, el sacrificio y la muerte de Cristo, vuestro Dios, no respondió mi padre una palabra y le citó para el día siguiente á una hora dada. Presentóse de nuevo tu paisano á esa hora, y volvió á encarecerle á mi padre la muerte de su Dios. Y entonces mi padre le dijo: «mira, esta noche me ha ba-

jado en sueños, que son á todas luces verdad, una bien triste nueva desde los cielos.»

—¿Qué nueva?—Le preguntó el cautivo.

—Pues la muerte del Arcángel San Miguel.

—Imposible,—replicó el cristiano.

—¿Por qué imposible?—Preguntó mi padre.

—Porque un Arcángel es inmortal,—dijo nuestro teólogo.

—¿Cómo?—Exclamó despidiéndole mi padre:

—Tú dices que un Arcángel es inmortal y crees que Dios se halla sujeto á la muerte.

—¡Oh! Te ruego, Gezar, no hablemos de estas cosas. La contradicción de nuestras creencias engendraría bien pronto la contradicción de nuestros afectos; y la contradicción de nuestros afectos traería en seguida un combate personal entre ambos, en que acaso uno y otro sucumbiéramos sin haber satisfecho nuestras comunes aspiraciones ni haber tomado nuestros necesorios desquites. Si quieres pelear por tu religión, yo también; si quieres morir por tu religión, yo también. Pero persuádete de una cosa; de que peleando cuerpo á cuerpo y rematándonos quizá mutuamente ambos en sendos y contrarios esfuerzos, nada por nuestra religión habríamos hecho al fin y al postre. Juremos trabajar, yo por tu libertad, tú por la mía; y citémonos luégo, bajo los pabellones respectivos de nuestros dos pueblos para pelear y morir por algo mucho mayor que nosotros dos, por nuestras respectivas tribus, por nuestras contrarias creencias, como

cumple á quienes han ¡vive Dios! nacido y se han criado para la guerra.

—Tienes, Illan, razón. Puesto que un odio común nos ha juntado aquí, poniendo en las gargantas de nuestros piés dos grilletes y atándonos con la misma cadena, pugnemos por quebrarla y luégo, así que nos veamos libres, combatiremos el uno contra el otro, en cumplimiento de nuestros sendos deberes para con la religión y para con la patria.

—Sea en buen hora. Ya estamos convenidos en todo lo concerniente á nuestro pasado y en todo lo concerniente á nuestra situación. Pensemos hoy en solo un propósito, en el de recabar pronto, muy pronto nuestra perdida libertad y volver por la fe musulmana tú; yo por la pobre cautiva.

—¿Cómo has llegado tú al cautiverio?

—Prendiéronme; no las cimitarras de tus gentes, los ojos de una cautiva.

—¡Oh!

—Después de haber peleado hasta el fin como bueno, era indudablemente yo el único entre todos los cristianos cogidos por la victoria de los tuyos en el palacio de Martos que pudo haberse puesto en cobro, y llegado hasta los pueblos vecinos para levantar gentes con que perseguir á los tuyos sin piedad y penetrar sin descanso en la Vega de Granada, ofendiéndola con alardes, y talas, y correrías y asedios. Pero Isabel de Solís, señora y castellana de aquellos hermosos lugares, cayó cautiva en manos de Hacem; y yo, como cautivo de su

hermosura y de su virtud, aunque sin habérselo dicho nunca, preferí á mi libertad ya inútil por apartado de ella, un cautiverio por duro y triste que resultase, prefiriendo á todos los goces hallarme próximo á su persona, en cualquier sitio donde, por lo menos, pudiéramos respirar el mismo aire.

—¡Cumplido y perfecto caballero!—exclamó Gezar á quien mucho, muchísimo había interesado la sinceridad y la franqueza del cristiano.

—Quedamos convenidos ella y yo en que mandaría desde su camarín, donde se halla recluída, cantares en lengua patria, consagrados á recordar las tierras y los lares ausentes. Y en efecto, ha cantado con dulce cántico desde la torre del serrallo al son de la guzla el romance caballeresco que retrata nuestra historia, y la he oído con el arrobamiento con que pueden oír los ángeles la palabra divina en el cielo y le he jurado morir aquí por salvarla y redimirla. Hé ahí por qué me hallo vivo en Granada. No me han cautivado los tuyos, no; héme yo cautivado á mí mismo; y si quieres, hánme cautivado los ojos de una beldad, por la cual vivo y ante la cual quisiera morirme, pues no concibo sin su presencia y sin su amor la vida.

—Envidia me dan ¡oh! nazareno, las causas de tu cautividad y las esperanzas que pones en tus porfías y el objeto á que consagras tus esfuerzos. Yo padezco por cosas menos gratas.

—Refiéremelas, como yo acabo de referirte cuanto me concierne.

—Pues óyeme, Illan:

—Habla.

—Nosotros los africanos creemos que la suerte del África está unida con la suerte de Granada.

—Y creéis bien.

—El día que Granada caiga y no exista esta especie de marca entre vuestra tierra y nuestra tierra, los reyes cristianos llegarán hasta nuestros arenales, y entrarán entre las tribus beduinas con el furor que los lobos entran en los mermados aduares y en los inocentes rebaños. Así como al conquistar los muslimes la tierra del Magreb conquistaron implícitamente la tierra del Andalus, al reconquistar vosotros ahora esta tierra del Andalus, reconquistais el África, donde siempre habéis querido y necesitado tener avanzadas de vuestra nación y de vuestras razas, tanto en los tiempos del Imperio romano como en los tiempos del Imperio visi-godo.

—Verdad.

—Pues bien; yo he venido con expreso encargo de mis gentes para sostener aquí la corona de los muslimes en las sienes de Granada con todas mis fuerzas, y héme hallado con una ciudad que apenas quiere pelear, y con un rey á quien acaban de arrebatarle muy en mal hora los cristianos su Alhama, clave del granadino reino, desde la cual podrán dirigirse con la misma facilidad hacia Málaga que hacia Loja, rompiendo el haz de nuestras provincias, y aislando con mayor aislamiento á

Granada cada día en los senos de su vega y á la sombra de sus montes. Y ese rey, campeador incansable un día, se ha trocado al choque tristísimo con la fatalidad, en una especie de fiel y resignado vasallo de la desgracia, cuando sea cualquiera la suerte que nos reserven los hados, nosotros tenemos el deber de combatir siempre, y de combatir sin descanso.

—Es verdad, la vida resulta desde lo eterno, tomémosla como queramos, una guerra continua.

—Yo que libro á la conservación de Granada la conservación de mis tribus, llamé á todas las puertas donde pudiese hallar auxilio, contra vosotros los cristianos. Y ¡oh! ¡tristísimo infortunio! hallé que solo podía encontrar quien como yo sintiese y quien como yo pensase; ¡no vas á creerme! ¡ay! en el cuerpo y en el espíritu de una débil mujer.

—¿De veras?

—¿De veras? tal como te lo digo, Illan, de una pobre mujer.

—¡Caso extraño!

—Aixá, la esposa de Hacem, es la última en sostener la grandeza y el poder de nuestra fe musulmana en el asediado y mermadísimo territorio que todavía nos queda en esta idolatrada Península.

—Pues yo tenía entendido, Gezar, y te lo confío sin ánimo de atraerte á mi sentir, que Hacem brillaba mucho en el mundo por la valentía de su ánimo y por la fuerza de su brazo.

—Sí, hasta la noche horrorosa, en que volvió por

última vez desesperado de Alhama, hasta aquella noche, ocaso verdadero de su estrella. Antes creía en la buena fortuna de su estirpe y de su reino, ahora no cree ya el desgraciado, absolutamente, por su mal y por el nuestro, en cosa ninguna. La desgracia le ha echado en brazos de la indiferencia; y tendido sobre su lecho, sólo aguarda que la fatalidad se cumpla y que la irrupción cristiana entre por las puertas de su palacio y todo lo inunde.

—Mas ¿qué hará, qué, la pobre Aixá?

—¿Qué? Aixá tiene todavía grandísimo interés en la conservación del reino, porque Aixá tiene dos hijos, y ama con exceso al mayor de los dos, á su Boabdil.

—Permíteme observar, hasta en daño mío, que un mancebo y una pobre mujer, no podrán sustituir jamás á un general del temple de Hacem.

—Creo lo contrario; creo que han de sustituirlo con ventajas. Esa mujer es una madre que, al ver amenazada la madriguera de su cachorro, ha de volverse con furia contra la mano aleve del infiel. Y ese joven Boabdil, en la flor de su edad, en la esperanza de prosperar sus días y de sostener su reino, debe, por fuerza indudable, por necesidad imprescindible, debe pelear como un héroe; y si no logra su intento, morir como un mártir, que tales son las tristes é imprescindibles imposiciones de la suerte inscrita en libros que Dios ha dictado y que guarda la eternidad.

—Antes loaste mi caballerosidad; y ahora, en

justa correspondencia y pago, debo yo loar tu fe.

—Combatiremos, combatiremos, como sabe combatir mi tribu; y si caemos y sucumbimos ¡oh! imputaráse la caída y la desgracia en el Magreb, á todo, menos á nuestra voluntad. Persuadido por completo de que Granada necesita una dirección más pujante, y su guerra continua un generalato más poderoso y más resuelto en otras personas que no sea la persona de Hacem, capitaneé, al volver últimamente de Alhama el rey, la turba levantada en armas para destronarle. Me prometieron muchos seguirme y me acompañaron pocos. Pero yo, cogiendo la rienda de su fatigado caballo y encarándome con su triste compungida faz, díjele al Sultán cómo debía dejarnos pelear y dirigir la pelea en estos instantes á quienes como nosotros, lo superábamos en fe y esperanza. Los amotinados, al ver mi audacia, retrocedieron; y al retroceder, me dejaron solo en manos del avieso enemigo, quien me sepultó en las mazmorras con ánimo de darme muerte. Pero Alah, que ve mis intenciones, ayuda mi propósito; y cuando ya contaba con la muerte próxima, encuéntrome con una tregua que pienso aprovechar para cumplir mi propósito y destronar al perverso. Que Alah me ayude.

—Pues bien; ayudémonos uno á otro. Pensemos que buscamos la misma presa: yo la cautiva, tú el déspota. Y juramentémonos para escarbar en las piedras durísimas, por el suelo de nuestro calabozo, y abrir con las uñas, si no tenemos ningún

otro instrumento, minas y contraminas, que nos conduzcan al anhelado logro de nuestro impacientísimo deseo.

—Sí; me has comunicado tu ardor contagiándome con tus encendidas esperanzas.

Cuando estaban los dos jóvenes más entregados á tales proyectos ligerísimos y propios de su inquieta mocedad, aparecieron los esbirros y dándoles á cada uno de ellos un latigazo, distrajéronlos de la conversación y los forzaron á su triste y fatigosa obra.

CAPÍTULO XX.

Hacem creía á su esclavo nubio desempeñando con toda fidelidad el encargo que con respecto á Isabel de Solís habíale confiado con toda solicitud. Ya lo hemos dicho; de haberse propuesto el Sultán granadino un goce pasajero á sus exaltados sentidos, lanzárase desde la tribuna, donde había estado contemplando á la hermosa como el gavilán sobre la paloma; que nada tan fácil como arrancar á las mismas uñas de Aixá la criada del servicio y la cautiva del serrallo. Pero Hacem tenía propósitos encaminados á fines más duraderos y sólidos que las fugaces embriagueces del sentido: buscaba un corazón que latiera junto á su corazón; una inteligencia que brillase al par de su inteligencia; una fantasía que desplegase las dos alas en sociedad estrecha con su propia fantasía, como esas aves que van emparejadas y cantando por los espacios cerúleos; una belleza que tiñese de melancólicos

reflejos, como la luna en la noche, sus melancolías y sus dolores; un alma confundida é identificada con su alma; requería el monarca del corazón de Isabel, no una de las fugaces pasiones, que nacen y mueren como el relámpago; requería luz que durase como duran las ideas fundamentales en el alma y las almas en el otro mundo. De consiguiente, intentaba desorientar á toda su familia y á todos sus amigos, recogiendo á Isabel de modo que se perdiera su rastro y su pista, cosa fácil en los misterios reinantes sobre los palacios orientales en todo aquello que á sus mujeres concierne, como recluídas, á manera de aves enjauladas en los retiros del serrallo. Así, diputó á su esclavo nubio para que se procurase del médico un narcótico y se lo propinara seguidamente á Isabel, á fin de que, una vez á los ojos de todos robada como los cadáveres, amaneciese de nuevo en su presencia y resucitara para él solo en una vida encantada continuamente por el amor y los placeres.

Pero el bueno del esclavo nubio tenía, si bien siervo, ideas propias y se curaba de la suerte apercibida por el destino á la religión de su alma; porque también era creyente, y mucho, en Alah, en Mahoma, en el Koran. Apenábale aquella horrible situación de Granada, en bandos diversos dividida, por toda suerte de dolores y penas desgarrada, rota en Alhama, próxima inevitablemente á suprema catástrofe; y deseaba sostener aquel postrimer asilo de la fe suya y de la fe oriental en las tierras

occidentales de la Europa cristiana, tanto más, cuanto que las ventajas del mahometismo en Atenas y en Constantinopla infundían á las últimas muchedumbres sociales del Islamismo fortificantes y consoladoras esperanzas. Así es que, lejos de cumplir las órdenes dictadas por el Sultán, trató á toda costa de burlarlas, y sin dirigirse á las estancias donde residía el médico de cámara, como Hacem le había mandado, torció el camino, y se fué á dar con Sidi, ó sea el mago, cuyos horóscopos acreditaba el supersticioso Hacem con su real confianza. Entró, pues, en el químico laboratorio y dirigióse al astrólogo en estas palabras:

—Tú, solo tú, Sidi, puedes redimir á Granada.

—¿Yo?

—Tú, ciertamente.

—¿Estás por ventura loco?

—No, sino muy cuerdo.

—Explícate, porque aquí no ganamos para sustos.

—Tú, sabedor de por qué la luna es llena y el limonar agrio; por qué tienen los piojos muchos piés y los caballos cuatro; por qué no se halla sangre en las ostras del mar ni en las hormigas del campo; por qué Alah hizo las piedras preciosas de colores diversos; por qué cierra el cuervo la boca cuando está cansado y ábrela si descansa; por qué la cierva no tiene cuernos ni la leona guedejas, y la cordera pare un cordero, miéntras la loba pare muchos lobos; tú, que sabes todas estas cosas y

otras guardadas en los grandes libros del Oriente, dime algo para salvar el Imperio de los muslimes en esta tierra y la persona de Hacem, que há menester de pronta y enérgica defensa contra sí mismo, inclinado por indestructible propensión á toda suerte de locuras y desórdenes.

—Infeliz, no hables así, pues pudiera costarte caro.

—No me importa la vida, cuando nos cercan por todas partes los turbios oleajes de la muerte.

—¿Qué puedo yo hacer?

—¿Tú? Salvar á Granada, granjeándote al mismo tiempo el cariño de Hacem, pues nada el enfermo agradece tanto ni aprecia tanto, después de su cura, como la medicina y el médico.

—Sí; á veces la medicina le repugna ó, por lo menos, le incomoda, y va tras el médico persiguiéndole y acosándole.

—Algo se ha de arriesgar por Granada.

—Explícate de una vez, hombre, porque hablas como si yo estuviera dentro de tu propio pensamiento y anegado en las más íntimas honduras de tu alma.

—Pues direte.

Y el esclavo nubio empezó nuevamente á respirar con zozobra é inquietud, como si acabase de dar una larga y prolongada carrera.

—Habla, pues, habla, después de haber un poco reposado tu cuerpo y tranquilizado tu ánimo.

—Pues te diré. Ha debido un genio malo coger á

nuestro señor Hacem, y precisa devolverle aquella salud más difícil de cobrar, la precaria salud interior de su alma.

—¿Y para eso me buscas á mí?

—¿Pues á quién mejor que á ti? A ti, á ti, poseedor á un tiempo mismo de la santidad y de la ciencia.

—Acuérdate que fuí á leerle su horóscopo, bien adverso, en verdad, para Granada, y se lo comuniqué, temblando y con mucho recelo, pues nadie como yo sabe cuán terribles suelen ser los caprichos del déspota y los horrores del despotismo.

—Pues hay que sacrificarse.

—Inútil sacrificio.

—La verdad es que Hacem quiere convertir en única esposa suya, nada menos que á una cristiana, conocida ya hoy en el haren granadino con el nombre de Zoraya, y ayer en la tierra cristiana con el nombre de Isabel.

—Cosa frecuentísima esa entre los árabes y los cristianos. Muza casó con Egilona, la viuda de Rodrigo; y Munuza casó con la hija de Eudes, aquel duque de Aquitania por sus esfuerzos vencido. El mismo rey Alfonso VI de Castilla, después de habernos tomado á la sin par Toledo, casóse con una princesa hija de los Abdibitas sevillanos; y si el infante Sancho no hubiera muerto joven, los reyes de Castilla, que ahora llaman á nuestras puertas, llevarían en el brazo con que mantienen el signo de su religión, la sangre más pura de los

árabes andaluces próximos hoy á inevitable ruina.

—Pues, señor, prefiero no saber historia ni muchas de las otras cosas que tú sabes.

—¿Por qué?

—Muy sencillo; porque habiendo en tal curso de los tiempos acontecido tantas y tan diversas cosas, tenéis con los ejemplos varios que aducís, disculpas varias también para todos los errores y para todos los vicios.

—Duramente nos tratas.

—¿Pues no he de tratarte así, cuando ignoras que Aixá, ya ofendida con su marido, se ofenderá mucho más, y al impulso de tales ofensas producirá una tempestad, cosa fácil en el tormentoso cielo granadino, y al empuje de tamaña tempestad podrá su trono y sus Aljamas venirse á tierra con daño y con vergüenza de todos?

—Ya lo veo.

—Pues, entonces, tu deber consiste, no lo dudes, tu deber primario, el que debía sugerirte con su clara voz la conciencia é imponerte con su imperio la voluntad, en ir hasta los oídos y el espíritu de Hacem para notificarle cómo va despeñado al abismo, pues los celos de la Sultana echarán plomo ardiendo en las venas de nuestra ciudad y harán que broten y estallen con estruendo, en los espacios, alteraciones formidables y bastantes á dar al traste con todo este reino, á tanta costa, y por tan maravillosa manera, conservado.

—Pues, mira; yo no me atrevo á decir todo cuan-

to deseas tú que diga; no me atrevo en modo alguno.

—¿De veras? ¿Y dejas perecer á Granada por no arriesgar un pelo de tu cabeza?

—¿Cómo un pelo? Mejor dijeras la cabeza toda.

—¿Tal crees?

—Tal creo.

—Pues mayor motivo para tentar tu heroismo.

—Mal me conoces. Yo no he nacido para héroe.

—Pues, entonces, que me claven tu santidad en la frente.

—No comprendes los misterios de la vida. Puso naturaleza en todos nosotros, en todos cuantos ejercemos altas profesiones y somos por ende necesarios á nuestros semejantes, la cantidad de natural egoismo indispensable á nuestra conservación, la cual tanto importa en este mundo al desarrollo del arte y del saber.

—Váyanse todas las artes y todos los saberes del mundo al infierno, si han de dar por único resultado el horror al sacrificio por la propia religión, por la tribu, por la patria, por la honra, por el nombre de los que fueron ayer y por la suerte de los que mañana serán.

—Creo, además, inútil todo esfuerzo cuando se trata de una pasión amorosa tan fuerte como suelen ser todas las pasiones de Hacem.

—He ahí por qué las castas perecen. Sus individuos más privilegiados no saben ofrecerse á tiempo en holocausto por todos los suyos. He ahí por qué

los sabios no guardan para la ciencia todo el necesario prestigio, ni los imanes, ni los marabuts, ni los sacerdotes generalmente para la religión, todo el indispensable poder. Los cleros fenecen porque los ministros de los dioses no saben morir á tiempo cuando el hombre necesita de redentores, la existencia nuestra de continua redención, y Dios y el cielo de altares y aras donde corra eternamente y chorree sangre de víctimas aceptas á nuestro Alah. Ahora verán cómo muere un esclavo; ahora mismo vas á verlo con tus propios ojos. Quizá porque somos gusanos de la tierra tenemos en menos la vida que vosotros, las águilas del aire; pero por mucho tiempo que me reste ya de vivir, poco restará, en suma, siquier sea joven. Y sacrifico gustoso los años restantes y últimos á esta Granada, que no es mi patria, pero á cuyo seno vine de niño y en cuyo seno moriré contento devolviéndole con creces los días de felicidad procurados por su belleza incomparable á mi durísima servidumbre.

—Ya te digo que tu sacrificio es inútil y que no contarás el curso desasosegado y terrible de los sucesos nefastos ahogándote con esa irreflexión dañosísima en sus ondas turbulentas.

—Alah te guarde. Mientras tú diviertes los ocios que te procuran tus burdas magias y tus embusteras hechicerías, disertando en frases más ó menos elocuentes acerca de todo aquello que te piden tus gustos y por que te da vena, yo voy corriendo á morir para gritar á mi dueño y señor dónde se ha-

llan los escollos contra los cuales pueden hoy estrellarse las granadinas gentes, amenazadas por doquier de tan terribles tempestades.

Y en efecto, el esclavo nubio dejó al egoista en su egoismo, y se fué derecho á la estancia del Sultán. Hallábase devorado este por una grande impaciencia en el anhelo de poseer á la beldad idolatrada que había incendiado su sangre y difundido por su alma como una especie de nuevo y vivificador espíritu. El acento de las canciones entonadas por la cautiva le halagaba el oído con seductor halago, y el recuerdo de su hermoso cuerpo que había visto desnudo le llenaba los ojos con figuras que, difundidas por sus venas, llamaban al corazón y al sentimiento con repetidos golpes de voluptuosas tentaciones. Sediento de grandes emociones aquel hombre ardoroso en su continua y grande actividad, cuando se le cerraban los horizontes de las soñadas victorias y le vacilaba en las sienes aquella diadema que había querido levantar su orgullo á las alturas, para los primeros nombres muslimes reservadas, explayábase, y sin poderlo remediar se iba por los cauces floridos, aunque ponzoñosos, del amor sensual y del placer intenso. Entrado ya en esas vías por los impulsos incontrastables de la naturaleza, el destino le procuraba joven de bien extraordinaria hermosura, destinada indudablemente por el cielo á su recreo y á su gozo. En su natural impetuosísimo, en su ardor febril, en la costumbre adquirida por su profesión propia y por

la cultura que lleva esa profesión excepcional ó singular consigo, no hay para qué decir cómo aquel rey, acostumbrado al cumplimiento de todos sus deseos así que le despuntaban por los espacios del alma, se vería de contrariado por la tardanza, que su propia prudencia le imponía, en la inmediata satisfacción de un amor tan exaltado y tan ardiente. Cuando más entregados se hallaban sus nervios á los estremecimientos producidos por la impaciencia febril de suyo, apareció ante sus ojos la figura del nubio, que mostraba en su andar vacilante, bien contradictorio con su aire cuasi atrevido, á fuerza de resuelto, una manifiesta incertidumbre. Pero Hacem, entregado de lleno á sus pensamientos y á sus ensueños, no debió ver la embarazosa postura del siervo, cuando le dijo en tono risueño y agridulce:

—Ven aquí, buena pieza; ven, que has tardado un siglo en dar ligerísimo paseo. Te merecías fuertes tirones de orejas ó algún que otro puntapié; mas yo te perdono de grado, no por la facilidad y presteza, por la felicidad y acierto con que cumples todos mis encargos. Estoy seguro de que tienes ya concluído el que has comenzado con tanta madurez, y me traes noticias, no sólo del narcótico por zumos varios compuesto, sino de todos los preparativos arreglados ya para que produzca una muerte aparente en Zoraya, y con la muerte aparente un comienzo para mí de verdadera vida. Vamos, despacha, bribón, y dime todo cuanto debas decirme,

para mostrarme que has cumplido mis mandatos como cumplen todas las criaturas los mandatos del cielo. Desata esa lengua tan fluyente siempre que parece gárrula, y ahora tan callada.

El nubio, á pesar de las palabras del monarca, perseveraba en su profundísimo silencio, y parecía, según lo rígido y silencioso, una verdadera estatua de negro y bruñido mármol. Hacem, hecho de antiguo á ver en él un cumplidor mecánico de todas sus órdenes, apenas alcanzaba en aquel instante á comprender la inercia del esclavo. Aguardó algunos segundos más, y al advertir que no se movía, montó en cólera, y levantándose lo sacudió para que soltase las deseadas palabras, como sacuden los labradores al árbol para que suelte sobre la tierra sus frutos.

—¡Piedad!—gritó el nubio, cayendo de rodillas delante del Sultán.

—¿Qué ha pasado?—preguntó este, dándole un empellón tan fuerte que lo derribó y tendió por tierra.

—Si acabas conmigo, Hacem, no sabrás lo que deseas saber.

—Observación de bueno y claro sentido—añadió el Sultán,—que de haberla hecho á tu entrada, eximiérate de toda mi furia. No te mando que hables á gusto y á deseo mío, como era natural, sino que hables, y te has callado como un muerto, que Alah confunda.

—Si no sé por dónde comenzar.

—Pues principia por algún lado tu plática, si no quieres ver para siempre concluída tu existencia.

—Ya me había tragado por anticipación verdadera y con exacto presentimiento, allá para mis adentros, toda tu cólera.

—Te desconozco; pues no debías hacer otra cosa sino aquello que yo he dispuesto y que imperiosamente yo he mandado.

—Lo sé; pero desde la toma de Alhama, todo aquí va manga por hombro en esta desordenadísima Granada; y cuando los reyes se truecan de súbito en siervos, no es mucho que los siervos pierdan el seso y quieran á su vez trocarse los cuitados en reyes.

—Mira, estás probando mi paciencia, que no es mucha. Invocas nombres como el nombre de Alhama, que me trae la hiel hasta los labios. Vejas mi reino y te burlas de mi reinado. No me conozco á mí mismo, pues cierto de que me has desobedecido, todavía vives.

—Me mandaste á que compusiera un brebaje, y yo creí que habías olvidado, para componerlo, consultar como sueles el horóscopo.

—Pero dime: ¿quién te mete adonde no te llaman? ¿De cuándo acá el vil gusano puede preguntar al sol por qué sale y por qué se pone, cómo resplandece con vívidos fulgores ó se apaga en frías tinieblas? Y tú eres para mí todavía menos, mucho menos que los gusanos para el sol.

—Pues bien; como tú consultas á Sidi, como lees

los horóscopos de Sidi á la continua, yo he querido consultarlo también.

—Pareciéndote así al mono, que imita sin conciencia ni deliberación al hombre, convirtiendo sus gestos en ridículas muecas.

—Vamos, ¿quieres oirme?

—Lo que quiero es matarte.

—Bien; pero escúchame antes.

—De suerte que no has preparado el brebaje, y estoy ardiendo en mí, dentro de mí, sin que tú me hayas traído, tú, mi siervo, la gota de agua indispensable para extinguir esta sed abrasadora. Ahora mismo voy á llamar á mis guardias y voy á decirles que te arrojen vivo á mis fieras.

—Pero no lo hagas, no, sin oirme.

—¿Qué más he de saber, cuando ya sé, traidor, cómo has desobedecido á quien tanto te ha elevado hasta convertirte, sin méritos y sin títulos de ningún género, en confidente de sus secretos y cumplidor de sus mandatos?

—Pues mira, Sidi ha encendido siniestra mixtura, y al resplandor de sus llamas, entre amarillas y verdes, ha visto que por una mujer, por la Cava de Rodrigo, se perdió la España católica y visigoda; mientras hoy, por otra mujer, por esa Isabel de Solís, va indudablemente á perderse para siempre la España muslímica y árabe. Él no ha tenido valor para decírtelo, y yo te lo comunico, invocando, en justificación de mi audacia, el santo nombre de Alah y de su bendito profeta.

—¡Te burlas de mí! No lo harás dos veces. Cuando yo mismo acabo de mandarte á que procures aquellos bebedizos indispensables á mi felicidad, tomas otros caminos, te vas donde te da la gana y me traes protestas, observaciones sacadas indudablemente de tu caprichoso cacumen, y para mi persona, para mi nombre, para mi reino, vejatorias é injuriosas. No volverás, no, á ver nuevo día en tu vida; no volverás, no, á burlar mis órdenes y á reirte de mi persona. Pronto, muy pronto recibirás el castigo que mereces; pronto, muy pronto rechinarán tus huesos entre los dientes de las fieras. ¡Oh, me hallo circuído de traidores! Donde quiera que pongo mi planta surge á morderme y envenenarme una víbora. ¡Oh! Yo quemaré por todos los cuatro costados, como se queman las selvas, la habitación de los brutos para perseguirlos y extirparlos.

—Señor, ten piedad de tu siervo, que ha procedido así por puro amor á tu reino y á tu reinado.

—Calla; no me conocería, no, á mí propio, si dejara impune tu criminal petulancia. El día que volví de Zahara y de Martos, un santón se atrevió á lo que tú has hecho, á criticarme, á maldecirme, aunque no á desobedecerme. Y por haberle perdonado vino sobre mí tanto desacato y sobre Granada tanta perturbación. Tengo jurado al profeta Mahoma y al omnisciente Alah el exterminio de todos cuantos desconozcan mi autoridad ó la denuesten. Apercíbete, pues, á morir, porque no puedes exentarte de mi cólera.

—¡Piedad, señor, no de mí; piedad, señor, de ti!

—¿Eso más? ¡Ah de mis guardias!

Los guardias aparecieron y el Sultán les dijo:

—Coged ese hombre y arrojadlo á la jaula de mis tigres, para que hoy se alimenten bien mis fieras preferidas.

Los guardias del rey cogieron al nubio como si cogieran un saco, y llevándoselo en hombros se lo arrojaron á los tigres como hubieran podido arrojarles cualquier otro pedazo de carne.

Hacem llamó entonces al renegado cristiano Venegas, y el renegado cristiano se encargó de lo que no había querido encargarse el esclavo nubio.

CAPÍTULO XXI.

Las paredes mismas exhalaban voluptuosidad en el haren granadino. Hasta la diurna luz, bajada de las bóvedas, cernida por las celosías, rebotada en los alicatados, extendida como rayos y matices de luna por los pavimentos de mármol que llenaban mil objetos fabricados en metales diversos, y por los surtidores de perlas, salidos en columnas líquidas, argénteas, movibles á las estalactitas azules, y vueltos produciendo concéntricos círculos á las albercas de alabastro; hasta esa luz resplandeciente de los meridionales cielos, dulcificábase por modo extraño en aquellos camarines de la sensualidad, y diluyéndose como un tibio crepúsculo, al par que disminuía el claror con sus tintas y matices de mil reflejos, aumentaba con la sombra del misterio el número y vivacidad de las sensaciones, cuya eficacia concluía por producir una especie de material éxtasis en el alma casi

adormecida ó debilitada por la voluptuosa languidez de los sentidos. Los cojines de seda en varias direcciones diseminados parecen lechos; pues más sirven que para tenderse para muellemente acostarse. Las mesillas incrustadas, cuáles en azulados nácares, cuáles en preciosas perlas, soportan redomas y vasos de oro dispuestos y apercibidos allí á contener y escanciar bebidas y filtros de los que dan sueño y con el sueño ensueños. El amuleto de ámbar pendiente á un rosario de corales y opuesto por la musulmana devoción á los maleficios del espíritu rebelde condenado á eternas llamas por Alah, cuelga de las cinceladas llaves que cierran los almarios y alhacenas de negro ébano recamado de plata y de marfil. Aquí se ve un pergamino cuyas letras iniciales de mil dibujos y cuyas letras ordinarias de oro puro contienen suras del Koran y versos de poetas célebres; mientras allí laúdes y guzlas de vibrantes cuerdas junto á pebeteros henchidos de orientales esencias que se difunden por la cabeza y sugieren tentadoras visiones á los ojos, vibración de besos á los labios, el calor de los placeres á toda la sangre.

En esta oriental decoración destacábanse los personajes siguientes, que tan gran papel representan á una en los anales de nuestra patria historia y en estos otros anales de la historia particular que nosotros estamos escribiendo. Veíase á un lado, absorta en leer piadosos libros de sus teólogos, versos de sus poetas, narraciones de sus historiadores, á la varonil Aixá, cuyo rostro durísimo y de

facciones grandes, concordaba con la sencillez y severidad primitiva de su traje tosco y humilde, como un contraste artístico y un perfil de sombra calculadamente puestos allí entre las innumerables y deslumbradoras riquezas. No lejos de Aixá, tendido perezosamente sobre lecho de púrpura, veíase la elegante y apuesta figura del joven Boabdil, vestido con toda la riqueza propia de quien se cree desde la cuna llamado á regir poderosa monarquía. Parece que las razas árabes, al despedirse de nuestra España, se han empeñado en juntarse con todos sus rasgos y con todos sus caracteres naturales sobre aquella figura destinada, como la figura de Augústulo, á rematar y concluir el fin y término de un vastísimo imperio. Grande su prestancia, elegante su apostura, el rostro atractivo por ovalado y hasta por seco, las manos y los piés de proporciones verdaderamente femeninas, nervudos y fuertes los brazos, largas y bien proporcionadas las piernas, los hombros anchos y la cintura estrecha, largo el cuello, sedosa y oscurísima la barba, largas las pestañas, de morado color las ojeras, cetrina y amarillenta la piel, encendidos los labios, blancos los dientes, negros los ojos, profundo el mirar, las cejas arqueadas, la frente ancha, Boabdil podía presentarse como el acabado perfecto tipo de su gente y de su raza en el humano linaje. Para completarlo, tenía junto á sí á la bella Moraima, la sultana favorita, ó mejor dicho, la esposa idolatrada, la hija de Aliatar, á quien tenía su corazón

unido como la yema primaveral se une á la rama del árbol. Moraima comenzaba en su juventud á sentirse aquejada de la especie de gordura que la inercia da naturalmente á las mujeres orientales encerradas en los serrallos y tendidas en los cojines, y que tanto atractivo sensual suele prestarles y que tanta espiritualidad y hasta tanta hermosura material y efectiva suele también robarles. Pero, aparte, y prescindiendo por completo de tal achaque muy disminuido por ser solo incipiente, Moraima mostraba en su persona cuantas ventajas ha dado el cielo á la hermosura oriental. Nada tan proporcionado como su cuerpo envuelto en sedas y gasas; nada tan turgente como su pecho adornado de rica pedrería; nada tan escultórico, á pesar de breve y menudo, como su pie calzado con babuchas de perlas; nada tan seductor como el coloreo de sus morenas mejillas y el brillo de sus ojos árabes; nada tan esférico, cual aquella cabeza ceñida con el rico turbante reservado á las sultanas andaluzas. Si añadís á esto las sonrisas sensuales y las miradas ardientes y la respiración perfumada y los movimientos atractivos y la voz melodiosa y las palabras amorosísimas, tendréis bien pronto averiguado el secreto de la seducción constante, ó sea, del dominio absoluto por Moraima ejercido sobre Boabdil, su monarca y su esposo. Allá, lejos de las reales personas, en el ángulo contrario y opuesto de la estancia, veíanse varias siervas, ocupadas en labores propias de su sexo para ornato y encan-

tamiento de aquel soñado alcázar. Habíalas de la Esclavonia, de la Circasia, de la Nubia, de la Grecia; blancas y rubias, negras como el azabache, morenas de tinte asiático y helénico, todas acabadas y perfectas. En sus aptitudes varias, revelaban sus complexiones y sus almas diversas. Todas, como hemos dicho, trabajaban, cual si fueran una especie de coro, en labores propias de su sexo; todas, menos una que leía y releía libros y libros castellanos. Inútil decir que se llamaba ésta en el mundo católico Isabel de Solís y en el serrallo musulmán la sierva Zoraya ó sea el vespertino lucero.

Por la designación de los personajes veráse con facilidad el pensamiento que á cada cual embargaba en tal hora. La Sultana, esposa de Hacem, leía y releía, como el médico, embargado por la enfermedad desesperada de un cliente, lee y relee los libros de medicina en busca de un consejo y de un remedio. Para la viril Aixá, no tenía la vida más objeto que salvar á Granada por medio de su hijo, sustituyéndolo, aunque fuese por triste rebeldía, y en vida, pronto, muy pronto, al fementido padre, el desleal esposo. Boabdil, por su parte, solo pensaba en soñar, en vivir, en querer, tendiéndose perezoso é inerte sobre su lecho de púrpura, mirándose con los ojos suyos, animados por los fulgores del desierto, en los ojos de Moraima, enardecidos por las revelaciones de amor, y respirando con todos sus pulmones y absorbiendo por todos sus po-

ros aquella sensual atmósfera henchida de cantares amorosos, de sones voluptuosísimos, de ayes tiernos, de aromas embriagadores, compuesta por las esencias de las flores colocadas en los orientales jarros, por las bocanadas de azahar y de rosa despedidas de cármenes vecinos, por los perfumes evaporados de los áureos pebeteros, por las notas escapadas de las pajareras y de las guzlas, por los suspiros exhalados de aquellos pechos, verdaderos volcanes donde ardía en llamas voraces el amor, por aquellos pechos de odaliscas y sultanas, comparables tan solo á las huríes del Paraíso. Los demás personajes de la escena correspondían también á su actitud. Moraima no hacía más que mirar á su Boabdil, é Isabel de Solís, ó sea Zoraya, por cuyo nombre debemos desde ahora conocerla, no hacía más que leer y releer los libros históricos y religiosos recordatarios de la patria y de la Iglesia de sus padres, con las cuales á todas horas soñaba la cristiana cautiva.

Aixá estaba metida, no obstante su tierno sexo, en las más profundas y abstractas disquisiciones de la teología musulmana.

—La fe y el islamismo—exclamaba, leyendo los viejos rótulos de su volumen sacro—son una misma cosa.

—Madre, no descansas un punto.—Le dijo Boabdil, después de haberle oído repetir cien veces aquella misma frase.—No descansas un punto y yo temo que tu alma se fatigue y tu cuerpo se gas-

te, cosa tristísima para tus hijos que te amamos tanto y para tu pueblo que tanto ha menester de tu dirección y de tu consejo.

—Sí, ¡oh sultana!—dijo Moraima—Boabdil tiene razón sobrada en reconvenirte por tu exceso de trabajo. Acuérdate un poco más de tus hijos y un poco menos de tus vasallos. Esos graves pensamientos de religión deben pesar con gravísima pesadumbre sobre tu erguida y poderosa cabeza.

—Creedlo—dijo Aixá—los reinos antiguos hoy se pierden á una en manos de nuestras estirpes y de nuestras razas, porque les falta la fe. Nadie se acuerda de que la verdadera religión consiste, no en confesar con la boca todo lo que Mahoma, Dios lo prospere, nos ha comunicado de parte del cielo, sino en creerlo de corazón y practicarlo en la vida. Basta para salvarnos creer en los artículos de la fe; mas para creerlos y adorarlos precisa reconocerlos. A quien desconoce la fe le basta con decir lo que dicen y con hacer lo que hacen los verdaderos creyentes. Aquel que ha cometido grandes crímenes puede salvarse, con tal de que confiese y diga en alta voz antes, cómo aquellos crímenes feroces ni eran buenos de suyo, ni estaban permitidos por la fe. Dios no impone jamás á sus criaturas obligaciones que estas no puedan cumplir. Si le preguntan á un musulmán si es creyente, debe responder que sí es creyente. Mas en preguntándole si cree que morirá en su fe, debe decir: Dios lo sabe; porque no está en aptitud de conocer y de

saber lo porvenir, cuyos secretos se hallan reservados á Dios mismo. Más fácilmente perdonará Dios un homicidio que la infidelidad ó el politeismo. No digáis de ningún mortal que ha ido al Paraíso, porque si podemos asegurar esto de Abu-Beker, de Omar y de Alí, no podemos asegurarlo de los demás mortales. Pero tampoco digáis de tal ó cual que ha muerto en la infidelidad ó que se ha ido al infierno, pues si sabemos que se hallan en el infierno Satanás por haberse rebelado contra Dios, Abu-Laab por haber desconocido á su pariente Mahoma y haberlo condenado el Profeta en su Koran, capítulo III, Abu-Gehel por haber sido encarnizado perseguidor de nuestra fe, no sabemos nada de los demás mortales, pero absolutamente nada. Tal razón debe movernos á rogar por todos los muertos, buenos y malos, y después de haber orado por los muertos, debemos inclinar á los vivos á que hagan limosnas y á que lean el Koran.

Mientras Aixá decía todos estos dogmas y todos estos principios muslímicos, Zoraya, en el mismo serrallo de los infieles, murmuraba estas palabras:

—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los que han sed y hambre de justicia, porque ellos serán satisfechos y hartos. Amar á los que os aman, ¡ah! no basta, porque eso también lo hacen los paganos; amad á los que os aborrecen; interceded con el cielo por los que os persiguen y os calumnian; buscad el reino

de Dios y su justicia, que lo demás se os dará por añadidura. No curéis de lo que hayáis de comer ni de lo que hayáis de vestir. Las aves del cielo ni siembran ni cosechan, y Dios las mantiene allá en los aires; los lirios del valle ni hilan ni tejen, y Salomón jamás ha llevado vestidura tan espléndida ni manto tan rico en su trono como aquellos pétalos, ni corona como su corona de rocío. Sed, pues, perfectos, como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.

Estos apotegmas del Sermón de la Montaña, dichos allí en los camarines orientales, bajo las estalactitas de aquel templo de la sensualidad, entre los aromas despedidos por el humeante pebetero y las notas soltadas de las vibradoras guzlas al compás de frases koránicas, y bajo las leyendas árabes en cintas de oro y plata grabadas con caracteres cúficos por los aéreos camarines, como que purificaban á un mismo tiempo el aire de aquellas estancias sobradamente recargado de perfumes, y el espíritu de aquellos fieles sobradamente recargado de supersticiosas creencias. ¡Ah! Si la pobre Sultana, resuelta por amor de madre tierna y por imposición de su nervioso temperamento á salvar la perturbadísima Granada, ora por la fuerza de sus armas, ora por los conjuros de su religión, hubiera podido advertir cómo pintores cristianos habían llegado á poner figuras profanas en las paredes mismas de su Alhambra, cómo trovadores cristianos á cantar trovas y romances encomiásticos de su fe católica

y de su patria española bajo aquellas bóvedas espléndidas; cómo cautivas cristianas á leer y á murmurar allí el Evangelio de Cristo, cual entonces lo leía y lo murmuraba Isabel de Solís convertida en Zoraya por su nombre y apellido, mas no convertida por su fe al Islam, quizás hubiera comprendido qué de prisa venían las creencias cristianas á oscurecer las creencias koránicas, sin que nadie pudiera en el mundo remediar ya con sus medios y con sus esfuerzos individuales tamaña fatalidad que había decretado por irremisible modo la Providencia, llamada en su lenguaje musulmán el hado y el destino. Sin embargo, no pecaba de tan lerda la fuerte Aixá que no viera en algunos hechos profundamente instructivos los síntomas reveladores de la decadencia musulmana. Y así, contestando á la observación que le dirigía Boabdil, y que le corroboraba Moraima, expresábase de esta suerte, meneando con profundísima y siniestra melancolía su pensadora y grave cabeza.

—¡Ah! Me decís que pienso demasiado en esta nuestra religión.

—Te decimos,—exclamó Boabdil,—que piensas demasiado en todo.

—Y esto de pensar demasiado en todo, como dice Boabdil,—añadió Moraima,—puede, quebrantando tu salud, abreviar tus días y traernos á mal traer ¡ay! á todos los que te queremos y te reverenciamos.

—¡Oh! Vosotros no veis los presagios que yo veo

en el cielo; vosotros no advertís los presentimientos que yo advierto en mi corazón.

—¿Qué ves?—preguntó Boabdil.

—¿Qué adviertes?—añadió Moraima, la cual hablaba siempre unísonamente con su real esposo.

—Pues yo veo, yo advierto cosas horribles.

—Di,—exclamó Boabdil por decir algo, pues á él solamente le absorbía una idea, la contemplación del rostro de su esposa.

—Habla pronto,—añadió Moraima tan sólo por decir lo mismo que había dicho Boabdil, pues á ella no le importaban gran cosa ni la religión, ni la política, ni la ciencia, con tal que la dejasen mirarse recreándose ufana en los ojos de su marido.

—¿No sabéis lo que ha pasado ayer mismo en vuestro alcázar?

—No,—dijeron á un tiempo Moraima y Boabdil.

—Pues ayer vuestro padre ha mandado arrojar su esclavo nubio predilecto á las fieras.

—¿Y se ha cumplido el mandato?—preguntaron á una, componiendo su duo sabido y usual ambos príncipes.

—¡Pues nó! Ya sabéis cómo vuestro padre las gasta.

—¡Qué horror!—dijeron á una Moraima y Boabdil.

—Preguntádselo á Zoraya, que me vestía cuando la horrible tragedia se representaba en los fosos mismos del haren.

—Zoraya,—dijo Boabdil alzando la voz para que su sierva le oyese.

—Zoraya,—dijo Moraima, para ser siempre un eco de la palabra de su esposo.

—Señor, señora,—murmuró Isabel de Solís, dirigiéndose humilde al sitio donde se hallaban los sultanes, y al llegar, hincándose de hinojos, sin que por eso apareciese prosternada su alma ni humillado su mirar.

—Cuenta,—díjole Aixá, lo que ayer viste.

—No vi nada,—exclamó Isabel;—oí, pero me bastó con oir.

—Cuenta lo que oíste.

—Oí unos lamentos horrorosos, lamentos humanos, y unos rugidos de tigres, pero tan fuertes que hacían como bambolear el suelo bajo mis plantas, y tan terribles que ponían de punta el cabello sobre mi cabeza. Quiso la Sultana saber la causa del estruendo y llamamos al eunuco de guardia. ¡Cuál no sería nuestro terror al oir que Hacem había mandado arrojar su esclavo nubio como pasto á las fieras!

Boabdil alzó los hombros con oriental indiferencia, y sólo Moraima dijo entonces:

—¡Horror!

—¡Horror!—exclamó Zoraya;—tienes razón, Sultana; horror verdadero. El mío fué tan grande, que caí como muerta en la entrada de la estancia; tanto, que creyó vuestra soberana madre no poder volverme á la vida.

—¡Y todo para qué! Para entregarle su confianza y quizás su sello regio á un renegado.

Al oir la palabra renegado se demudó el semblante de Zoraya. Vaciló su cuerpo como si un rayo lo sacudiera, y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Ese renegado será, sin duda, el célebre Venegas,—dijo Boabdil.

—¡Venegas!—añadió Moraima.

—En verdad, en verdad,—exclamó Aixá,—los renegados resultan de suyo siempre tan sospechosos á los correligionarios que dejan como á los correligionarios que adquieren.

Al oir esta sentencia justísima de Aixá, Zoraya, que no se había movido del suelo, donde se hallaba como hemos dicho de hinojos, lanzó de su pecho adolorado otro terrible suspiro.

—Tienes razón, madre mía. Que Alah nos guarde por toda una eternidad en su gracia y nos preserve de contarnos entre los malditos apóstatas.

—¡Virgen Madre!—allá para sus adentros dijo mudamente Zoraya, plegadas las manos sobre su pecho y elevando los ojos á las alturas;—¡Virgen Madre! Guárdame también tú en la única gracia que hay verdaderamente celestial, y en la única fe que hay verdaderamente revelada, en la gracia y en la fe de tu Hijo nuestro Dios y Señor, nuestro Jesús.

—¡Los renegados! ¡Oh!—continuó Aixá.

—Son verdaderamente aborrecibles, —añadió Boabdil.

—¡Aborrecibles!—repitió Moraima, contemplando al pronunciar esta palabra de odio con más amor aún á su querido esposo.

—Quedan,—dijo Aixá, que la echaba de sabia y erudita,—paralelas tradiciones entre nuestros dos pueblos, el fiel y el cristiano, demostrativas del odio que los renegados engendran, así allende como aquende, nuestras respectivas fronteras, do quier hay almas piadosas y adheridas á la religión de sus padres.

—¡Líbrame, Dios mío, del pecado!—continuaba diciendo Zoraya para sí en aquella muda oración, que no pasaba de su mente á sus labios;—líbrame del pecado y de caer en el desconocimiento de tu doctrina y en el triste olvido de tu nombre. Antes que renegar quiero morir. Pero no, jamás renegaré, aunque todas las tentaciones del mundo me provoquen á este crimen, y aun cuando se me ofreciera por los enemigos de tu fe la misma corona de Granada.

Estas plegarias, dichas mentalmente, y no por calladas y ocultas menos sinceras y menos dirigidas á Dios, que no há menester de la palabra para oir las ideas y escudriñar las conciencias, estas plegarias ó eran hijas del recelo que toda piadosa naturaleza tiene al engaño, cuando se halla entre jurados enemigos de su piedad, ó presentimientos certeros de los que sus sensibles nervios y sus intuiciones proféticas inspiran á las mujeres un tanto agoreras como las aves. Mientras Isabel de Solís,

ó sea Zoraya, decía todo esto mentalmente, continuaba la implacable Aixá con alardes varios de verdadera erudición hablando de los renegados. Y precisa decir, antes de copiar estas palabras, para mejor explicación de todo cuanto ha pasado, pasa y pasará en esta historia que vamos refiriendo, precisa decir cómo Isabel, aunque aceptara con resignación el nombre de Zoraya, y respondiera siempre al oirlo, no había renegado en modo alguno de su creencia y de su fe; antes, por el contrario, las practicaba en todo cuanto podía dentro de su camarín, compensando la falta de misa y de los demás sacramentos con lecturas de los libros cristianos que Aixá tenía en su biblioteca digna de aquella grande amiga de las letras, y con oraciones que volaban al cielo como nacidas de una fe profundísima y marcadas con el sello indeleble de una verdadera y profunda sinceridad. Por consiguiente, las palabras de Aixá dirigíanse, no á la pobre Zoraya, cuyo nombre sólo por las mientes le pasaba cuando había menester de ella, sino al nuevo privado de su esposo, mejor dicho, á su esposo en persona, contra quien maquinaba de antiguo toda suerte de maquinaciones palaciegas con esas artes pérfidas muy cultivadas en los misterios del serrallo. Y seguía diciendo:

—Sí; el odio de los moros y el odio de los cristianos, persiguen con implacables persecuciones á todos los renegados. Ya sabéis la falsa leyenda de Teresa, que, si bien destituída de verdad, como to-

das las leyendas, manifiesta claramente las ideas de los pueblos creídos y pagados de ella como de cosa indudable y evidente. Cuentan los católicos que Alfonso V de Castilla, muy apenado por grandes contrariedades, y muy deseoso de contraer amistad con algunos reyes árabes, mandó en casamiento su hermana Teresa nada menos que al emir ó monarca de Toledo. La infeliz resistió cuanto pudo á este increíble mandato de su hermano y señor; pero como los castellanos dicen que allá van leyes donde quieren reyes, no tuvo más remedio sino cumplir lo por autoridad superior dispuesto é irse de un monasterio católico, por ella tomado como un cielo, á una corte musulmana, creída por ella un verdadero infierno.

Zoraya oía sin pestañear el relato de Aixá, cuyo interés aumentaba en su ánimo, asaltado, no sabemos por qué, de misteriosos presentimientos.

—Llegada la infeliz, cuyos retratos pueden verse todavía hoy en los cartularios de Compostela, donde la presentan vestida de monja y ornada, sin embargo, de corona y de cetro, llegada, iba diciendo, á Toledo, no quiso entrar en las alcobas donde su lecho de matrimonio la esperaba, y dijo que jamás yacería, ella católica, con un príncipe pagano. Acostáronla por fuerza y profirió tales maldiciones contra el marido en la cama nupcial, que bajó Azrael, ó sea el ángel de la muerte, y convirtió aquel sitio, que había creído él de verdadera delicia, en su eterno sepulcro.

—¡Oh!—dijo Boabdil—leyenda, leyenda.

—Sí, leyenda—repitió Moraima, que solo veía por los ojos y solo hablaba por los labios de su regio marido.

—Sí, leyenda; pero todas estas leyendas nacen de algo verdadero, y la verdad aquí es que una Teresa, hija indudablemente de Bermudo II y hermana por ende á su vez del rey D. Alfonso V, se casó nada menos que con nuestro grandioso Almanzor.

—¿De veras?—preguntaron Boabdil y Moraima.

—De veras—contestó Aixá.

—Sigue, sigue, que nos interesa la historia—dijo Boabdil á su madre.

—Mucho, mucho—añadió Moraima, completando como siempre los decires de su esposo.

—Sí; la contaré, pues veréis por ella cuán funestos resultan los perros renegados á los imperios musulmanes. Almanzor no se casó únicamente con Teresa, la hija de Bermudo; se casó también con Sancha, hija de un conde castellano. Y en esta esposa tuvo á su segundo hijo Abderramán, llamado Sanchol por irrisión y burla entre los nuestros.

—Sanchol—dijo Boabdil—¡qué apodo tan feo!

—Feísimo—añadió Moraima.

—Y funesto al imperio de los fieles—dijo Aixá.

—Sigue—añadió Boabdil impaciente.

—Sigue—dijo Moraima tambien á su vez impacientísima.

—Dos hijos de Almanzor llegaron al Gobierno.

—Es verdad—observó Boabdil.

—Uno—continuó Aixá—llamado Modhaffar y otro llamado Abderramán. Modhaffar lo hubo en musulmana y Abderramán en católica. Pues bien; el primero, el musulmán de sangre, gobernó sin género alguno de inconvenientes; pero el segundo, el Sanchol, oyó las maldiciones de la poesía y de la historia. El poeta inmortal de aquellos tiempos maldijo á Hixem II, ó sea el último de los omniadas, por haber querido nombrar heredero suyo aquel descendiente de cristianos. Aunque Almanzor lo circuncidó á la edad prevenida por nuestras costumbres, no le prestó la circuncisión musulmana, en el universal sentir de los fieles, aquello que no le habían dado por su parte la naturaleza y la sangre. De consiguiente, su ascendencia le atrajo á Sanchol todo género de feroces enemistades y estas feroces enemistades trajeron sobre aquel espirante imperio de los omniadas todo género de guerras. Ya véis como puede un renegado, el hijo, por lo menos, de una renegada, concluir con Imperios tan maravillosos y tan fuertes como el califato de Córdoba.

Cuando esta palabra salió de los labios de Aixá, un suspiro salió de los labios de Zoraya, en cuyo interior vagaba la siguiente oración:

—Virgen Madre, apiádate de mí. Que mi cautiverio me sirva de mérito para despertar después de mi muerte allá en el cielo. Interpón tus intercesiones entre la mísera criatura que te habla y su divi-

no Criador. Pídele, pues, y ruégale, como yo á ti lo pido y ruego, que las asechanzas á cada paso asestadas contra la pureza y la fe de una doncella cristiana en esta corte de infieles, no puedan prevaleçer jamás. Salga yo, Madre mía, del infierno donde me han arrastrado quizá mis culpas, purificada de toda mancha, indemne de todo castigo y digna de brillar como una estrella entre los coros de tus ángeles y sobre las cimas de tu gloria.

—Almanzor—decía continuando en su relato Aixá,—mientras rezaba Zoraya en sus adentros, Almanzor fué la gloria de nuestra raza. Emprendió y remató setenta campañas por igual victoriosas; conquistó y sometió cien provincias por igual humilladas á su alfanje; arrancó los abrojos de la impiedad á innumerables corazones convertidos á la fe; ahuyentó, como en tiempos de Muza y de Tarich, los reyecillos cristianos á sus cavernas pirenáicas; trajo las campanas de Compostela en hombros de cautivos á nuestras santísimas Aljamas y las hizo lámparas de nuestro mirab; segó y amontonó como hierbas de las eras troncos y cabezas de infieles en sus triunfales caminos; impuso contribuciones y llamó tributarios á mil pueblos; rompió en mil pedazos la cruz, y no pudo apartar de la frente de su hijo, por ser también hijo de una renegada, las maldiciones del justísimo Alah y del profeta Mahoma.

—Verdad—exclamó Boabdil.

—Verdad—dijo Moraima.

—Y ahora un Venegas—exclamó Aixá;—un español sin patria; un cristiano sin iglesia; traidor á los suyos; enemigo de los nuestros por haberse desertado del bautismo y haber sufrido la circuncisión; nieto de cien caudillos que han asolado nuestras campiñas y puesto las cabezas de nuestros padres en los adarves de sus torres; un perro cristiano, más débil que esa pobre sierva, y señaló á Zoraya, priva, triunfa, reina, sustituyendo su capricho á la corona que solo puede pertenecer al Sultán Hacem y á su hijo Boabdil reemplazados á la vista de todos, por un usurpador taimadísimo y adversario jurado, aunque otra cosa diga y proclame, adversario jurado de nuestra religión y de nuestro imperio.

—¿Qué quieres hacerle?—preguntó Boabdil.

—¿Qué quieres hacerle?—preguntó Moraima también.

—Todo, menos resignarse. No me hables de resignación jamás. No digas cosa de la cual pueda yo inferir que te conformas con tu suerte y que dejas de grado el reino á tu padre, para que tu padre lo entregue á los caprichos de un cristiano. Si no hay otro brazo que mantenga erguido el glorioso alfanje de los nazaritas, lo mantendrá este brazo siquier pertenezca ¡desdichada de mí! al tronco de una débil mujer. Si no hay otro caudillo que subleve á las gentes de Granada y las lance contra la pereza de Hacem que puede perder este paraíso, yo seré, yo sola ese caudillo. Yo iré á la playa, tomaré un

esquife, y pasando por delante de aquella Tarifa, donde nuestros padres desembarcaron para rendir toda España, llegaré hasta las tierras del Magreb y con mi aliento de fuego, más asolador que el mismo simoun, levantaré los arenales del África para lanzarlos como una tromba encendida sobre la corona de los castellanos, que ya se ha derretido mil veces al calor de tales brasas. Todo, Boabdil, todo, hasta la muerte misma, la muerte dada por manos de tu madre, todo menos mirarte ahí acostado en tu lecho, lánguido como el pétalo de una rosa, ebrio de suspiros voluptuosos, arrullado por las auras aromadas de azahares, soñando con la sultana y con la guzla, en medio de las tristes agonías de los tuyos, y en el minuto mismo en que todo cuanto nos rodea pide lanzas, alfanjes, arcabuces, cañones, combates, guerras, desolaciones, sangre, muerte, cuantos sacrificios sean por Dios impuestos para preservar á esta ciudad querida y bienhadada de todos cuantos peligros amagan su cabeza y amenazan desplomarla en el polvo. Te quiero, Boabdil, digno de tu madre, y por tanto resuelto á morir mil veces, antes que á resignarte, como si no tuvieras voluntad, á las legiones cristianas, dirigidas todas á una contra nuestro imperio.

CAPÍTULO XXII.

Mientras Aixá decía lo referido en el capítulo anterior, muy varios sentimientos pasaban por el corazón de aquellos á quienes podríamos llamar su auditorio. Boabdil, meneaba con dulce indolencia su cabeza, confirmando todo aquello que Aixá decía como un alma suspensa de otra, sobre todo en su voluntad y en su energía. Moraima en esto, no acompañaba por singular excepción á su real esposo. Enamorada con toda su alma de aquel regio garzón, compendiado todo su ser en el oficio y ministerio de adorarle, acostumbrada desde que le vió por la primera vez á contemplarse ufana en aquella su oscura y profunda retina, reducía todo el imperio al corazón del hombre á quien idolatraba, y con tener allí un trono seguro, prescindía fácilmente de todas las humanas grandezas. ¿Qué le iba en la dilatación de las fronteras granadinas con tal que

le quedase un estrecho espacio donde amar? Pues como el ave que tiene todo el cielo por suyo, merced á sus alas voladoras, ¡ah! se repliega y reduce al nido por amor, la bella Moraima se reducía por amor á los camarines de su haren y á las caricias de su esposo. Isabel, ó sea Zoraya, experimentaba otros afectos. El recuerdo vivo de la tierra natal ausente, las creencias religiosas arraigadas en su alma, todos estos afectos juntos, constreñíanla con sus naturales impulsos á pedir, en mudas pero fervientes oraciones, al Dios de sus padres, la victoria, sobre los muslimes, de su nación y de su iglesia. Por lo mismo que los sentimientos provocados en aquellas diversas almas, resultaban de suyo contradictorios y opuestos con los dichos en el calor de su entusiasmo por Aixá, nadie le replicó, ni podía replicarle. No le replicó Boabdil: primero por la pereza natural á su temperamento, y después por la conformidad en que vivía siempre con su madre. No le replicó Moraima por temor natural á contradecir al esposo, aunque del esposo disintiera en aquel supremo instante de su corazón enamorado. No le replicó Zoraya, porque la réplica hubiera equivalido á la muerte, y quería vivir para su religión y para su patria.

Así, después que hubo pasado cierto espacio entre la que podríamos llamar arenga bélica de Aixá, y el asentimiento más ó menos forzoso de sus oyentes, la Sultana, que no podía estarse quieta, y que llevaba su actividad por mil encontrados

caminos, exclamó, volviéndose á su regio vástago, con el acostumbrado imperio.

—Boabdil.

—Madre—respondió Boabdil con acatamiento.

—Harto hemos departido ya; y como conozco á ciencia cierta que no basta el valor, siquier se haya recogido como tú en la generación lo recogiste de cien abuelos ilustres, y se necesita de la ciencia también para gobernar y regir á los pueblos, te conjuro á que despidas todas las mujeres del haren y llames inmediatamente á tu maestro Caid, quien habrá de seguir industriándote, como desde niño en las ciencias históricas, teológicas y naturales, todas ellas indispensables á los soberanos sin excepción, pero entre los soberanos, á los que han de reinar sobre las hermosas tierras del Andalus, ilustradas por tanto número de sabios inmortales y por tanta copia de luminosas ciencias.

—Madre—haré lo que tú mandes.

—Fuera todas las mujeres—dijo Aixá.

Y las siervas desaparecieron todas como si el pavimento se las hubiera tragado. Moraima se hubiera ido también de aparecer allí cualquier otro varón, pero pertenecía Caid á los eunucos del serrallo y entraba en su calidad excepcional de sabio y de maestro por donde le pedían el capricho y el gusto. Así es que, Moraima pudo quedarse allí en la sabia lección, mientras todas las demás mujeres tuvieron que irse para no distraer al monarca. En los primeros días de su matrimonio, la severidad

incontrastable de Aixá, no permitía que Boabdil diese sus lecciones y tuviera sus conferencias, con el sabio moro sino á solas. Pero persuadida luego de que la separación entre los esposos, aunque fuera por un tabique, traíalos á mal traer y embargaba el ánimo de Boabdil, en manera tal, que no fijaba su pensamiento en las sabias lecciones, Aixá, implacable para todo el mundo y afectuosísima para su hijo, dejóle aquella compañía querida é indispensable á la tranquilidad completa de su alma. Por su parte Moraima, para no separarse ni un minuto del amado joven, reducíase á profundo silencio y tomaba las lecciones dadas á su marido con la constante aplicación propia de un verdadero estudiante. Permanecieron, pues, en la cámara que servía como de vestíbulo al haren, la madre y los dos hijos, que aguardaron bien poco tiempo á Caid, preparado para sus lecciones.

—Demos con vuestro permiso—dijo Caid—algún repaso de vieja literatura.

—Que me place—respondió Boabdil.

—Y mucho más á mí, Caid, á mí que gusto de aprovechar las lecciones dadas por tu saber á mi Boabdil.

—Cumplo religiosamente vuestras órdenes—dijo Caid—y obedezco todo cuanto vuestra regia voluntad ordena.

—Holgaríame—añadió Aixá—que le recordaras alguno de nuestros poetas, célebres por su enemiga implacable á los extranjeros y á los demás

enemigos de nuestra religión y de nuestra gente.

—Para satisfacerte, Sultana, recuerdo ahora el nombre de un faquí excelente, hijo de la tribu de Todgib, llamado el tradicionalista por su empeño en difundir las tradiciones referentes al Profeta, de labios que manaban ciencia teológica en los retiros y en los desiertos.

—¿Y qué llegó á escribir ese poeta?—preguntó Aixá como si ella recibiera las lecciones del maestro y no su hijo Boabdil.

—Pues un poema contra los judíos; á consecuencia del cual cuatro mil de estos perros fueron degollados en una sola tarde, á pesar de hallarse protegidos por el Sultán, quien había nombrado á uno de ellos, conocido con el nombre de Joseph, nada menos que visir en su reino.

—Bien se necesitan, Caid, tales ejemplos, ahora que Hacem es osado á nombrar nazarenos, célebres solo por sus traiciones y por sus perjurios, nada menos que depositarios de sus secretos y visires de su reino. No hay en Granada ¡oh mengua! poeta que componga versos contra crímenes tales, ni brazos justicieros que los persigan y que los castiguen.

—Isahc fué uno de nuestros mejores poetas religiosos. Y hoy mismo los cantores en los entierros, los imanes en los sermones, pronuncian muchas de sus admirables poesías. Los verdaderos lobos, dice, con estro en ellas, no son más de temer que los falsos imanes. Cuando se dirige á quien han

nombrado visir de los granadinos, la indignación llega y sube hasta el arrebato más elocuente por medio de frases vejatorias nunca igualadas en los idiomas árabes. Los monos, exclama, que apenas parecen hombres, han sido elevados á las alturas del poder y cuentan entre sus servidores á los musulmanes más nobles y más devotos. La religión padece mucho con que los hijos de la raza impura cabalguen como si pudieran llamarse caballeros, junto á los grandes señores de la corte. ¿Quién me dijera que nosotros habíamos de servir en Granada y ellos mandar; nosotros ofrecer los tributos y ellos cobrarlos; nosotros comer por un miserable *dirhem* y ellos en suntuosos banquetes; nosotros llevar usadas hardas y ellos magníficas vestimentas; nosotros pordiosear por las puertas y ellos al borde maravilloso de nuestras albercas dormirse hartos de carne inmolada según sus ritos al arrullo de nuestras guzlas y al vapor de nuestros pebeteros? Estas y otras palabras del poeta produjeron tal entusiasmo en los fieles contra los infieles que un sábado, día 10 del mes de Zafar, en el año 459 de la Hégira, 4.000 judíos fueron degollados en las granadinas calles, respirando á su sabor tranquilos después de tal matanza los verdaderos creyentes.

—He ahí—exclamó Aixá después de haber oído estas palabras,—he ahí lo que ahora necesitamos nosotros, unos poetas que tengan esas inspiraciones por la religión y por la patria, seguidos de unas muchedumbres bastante valerosas para lanzar fuera

del edén granadino esos provenzales, catalanes, y hasta italianos, hijos infames de las tierras de Afrac, quienes arriban aquí tan solo para corromper nuestras costumbres y para extinguir nuestras creencias.

Boabdil, que no participaba del furor de su madre, y que tenía por demasiado arqueológica su rabia contra los infieles y sus creencias, no queriendo combatirla directa y manifiestamente, convirtió los sabios discursos del maestro, desde las letras á la geografía, y le pidió noticias curiosas acerca de las tierras granadinas y andaluzas. Abundando, pues, en la idea de distraer á su madre y divertirla un tanto de sus propósitos guerreros, se dirigió al sabio en estas palabras:

—Dime, Caid, ¿el nombre tan usado entre nosotros de Medina, quiere decir solamente ciudad, como algunos creen?

—Quiere decir, Boabdil, ciudad; pero también ciudad capital. Sucede con la palabra Medina, lo que sucede con la palabra Alcazaba, la cual no es solamente fortaleza, como muchos creen, si no también capital. Medina tiene tres significados: ciudad, capital y provincia.

—¿Quién dió el nombre de tierra del Andalus á la región predilecta de nuestros padres?

—Nosotros los creyentes—respondió Caid.—Los autores cristianos jamás llamaron á la Bética de los romanos Andalucía; la designamos nosotros así. Cuando Tarik llegó á Tarifa, encontróse con

que tal sitio se llamaba la península del Andalos, y de aquí el nombre de Andalucía.

—¿Crees tú que Granada sea la Iliberis antigua ó que haya estado más lejos esta ciudad en remotos tiempos?

—Yo creo á Granada la célebre Iliberis. Si hay territorios cercanos á ella que lleven el mismo nombre, tal coincidencia proviene de que toda la región se llamaba como su capital. Cuando el jefe de los omniadas, Abderramán, venció al emir Yusuf, éste se refugió en Iliberis, llamada Granata ó Granada en el habla popular, á causa de su hermosura, que la confundía ó, por lo menos, asemejaba mucho á tan bella y purpúrea fruta, cuando por el estío se abre mostrando su corona partida y su seno fresco y oloroso y rosado como el cáliz de la primera y más aromosa entre las flores.

—Y el Genil, ¿por qué se llama de esa suerte?

—Llamáronlo Singuilis los romanos; Singilos, á su vez, los bárbaros; Chinnil, primero, nosotros, hasta quedar en la forma y en la pronunciación que damos á su nombre hoy en Granada.

—Y el Darro ¿cómo se llamó?

—El Darro se llamó primero Colzón, que quiere decir río rojo, nombre que le cuadra por su color, y más tarde se llamó Adarro. Así como el Genil proviene de Sierra Nevada, el Darro proviene de la colina designada con el apellido de los Mirtos, colina por estas plantas inmortales aromada.

—Caid—dijo Aixá—no desdeñes dar también al-

gunas lecciones de ciencias naturales á Boabdil.

—Sea en buen hora—exclamó Caid—y para más en ella industriarle debo decirle, con algunos de nuestros sabios, para qué deben servir los animales al hombre y el hombre á los animales.

—Justo—dijo Aixá—conviene hablar y hablar mucho de todo esto por ser cosa curiosísima y en cuyos secretos importa que se halle industriado un joven príncipe, venido al mundo para llamarse monarca y dominar sobre todos los demás hombres, como seguramente dominará Boabdil, cuya vida prospere Dios, sobre Granada.

—Grande asunto en verdad—dijo Caid—el asunto de las relaciones del hombre con los demás animales, porque hasta la tierra necesita y pide mucho á la humana justicia.

Y en todo, en las esferas celestes y en las familias animadas, en todo, en contemplar el astro lejano y el polvillo que lleva la mariposa sobre sus alas, en todo, se aprende la difícil ciencia indispensable para la dirección y el gobierno de los hombres.

Pues bien; litigaron cierto día con abogados y todo, los seres racionales y los seres puramente animados respecto de lo que se debían unos á otros entre sí. El abogado y vocero de los hombres comenzó á invocar el Koran sacratísimo, en cuyas páginas se dice que Dios formó al primero entre todos, á nuestro padre Adan, de una gota de agua y á nuestra madre Eva de una costilla de Adan, y

en el capítulo XVI, en el XXIII y en otros, Dios dijo á la recien creada pareja que había hecho para ella los ganados y que á virtud de tal munificencia suya debían alimentarse con sus carnes y vestirse con sus lanas. Así encantan el desierto con sus esquilas y con sus balidos, cuando van por la mañana en busca del pasto y cuando vuelven por la tarde cansados dentro del aprisco. Y aún dijo más Dios: recorreréis la tierra sobre los lomos de los camellos como recorreréis los mares en los vientres de los barcos. Caballos, mulos, asnos, han sido hechos para cabalgaduras de los hombres: montad en sus espaldas y reconoced la misericordia de Dios. Naturalmente, como Dios está muy alto y es demasiado grande para entender en estas cosas pequeñas, había delegado uno de sus ángeles que presidiera el tribunal y escuchara el pleito. Y este delegado dijo, volviéndose al vocero de los animales: ved cómo el orador y vocero de los hombres apoyó sus pretensiones en textos claros del Koran. Ahora debéis hablar vosotros y decir cosas de tanta gravedad como las que acabáis de oir. Tomó la palabra el mulo y dijo: Loado sea el Ser único anterior á la Creación del mundo y superior al tiempo y al espacio. Dios crió la raza de Adan mandándola por aquí abajo para que cultivara y no para que destruyera la vida. Los animales son sus servidores, y por ende, ha de seguirlos, mas no tiranizarlos. Los versículos citados por el vocero de los animales han de compadecerse con otros versícu-

los que yo quiero recordar también del Koran. Si en el capítulo XVI dice tan sacro libro que los rebaños se instituyeron ó crearon para el hombre, también dice á su vez en el capítulo XXII, que los soles y todos los astros se encendieron para el hombre. Y así como no puede apagar los astros, porque los haya encendido Dios para esclarecerlo, tan poco puede á su vez aniquilar los animales, porque los haya Dios traído á la vida para obedecerlo y para servirlo. No se veía un hombre para un remedio en los primeros días de la Creación, cuando ya triscábamos nosotros por montes y por valles. Si hay en toda grande antigüedad nobleza, nosotros somos verdaderamente mucho más antiguos y, por consecuencia mucho más nobles que los hombres. No existían estos cuando ya existíamos nosotros. Nuestros padres vivían felices antes de que Adan apareciese. Apareció Adan, y con su aparición el mal y la desgracia. Sus protervos hijos, multiplicados para nuestro mal, nos cogieron y nos tiranizaron. Dividieron nuestras pieles de sus huesos; asaron nuestras carnes; y les servimos, inmolados y muertos, de alimento. Pero todo esto se debe á su tiranía y no á su derecho: que nosotros fuímos criados, como todas las criaturas, para vivir y no para ser devorados por insaciable apetito de los déspotas. Nosotros dependemos del hombre, pero también el hombre de nosotros depende. Y la razón es clara. Nosotros podemos vivir sin el hombre y el hombre no puede vivir sin nosotros. Pues

tengamos las consideraciones debidas á todos cuantos hemos de menester en este mundo.

—Bien está cuanto ahí dices, Caid, y bien muestras con estos ejemplos cómo el rey debe proceder en sus actos y en sus pensamientos, de suerte que atienda con esmero á los seres animados como á los seres inanimados, procurando, sobre todo, que los irracionales no dañen á los racionales, y que los irracionales á su vez no sean por los racionales tiranizados. Pero conviene más darle á Boabdil morales enseñanzas del modo cómo ha de portarse para con sus vasallos entenderse, dirigiendo por buen camino, y á puerto seguro, toda su gente para que su nombre sea bendecido en el tiempo y su alma recibida en el paraíso.

—Comprendo Aixá tu advertencia—dijo Caid un poco picado y ofendido en su interior de que la Sultana se metiese con su genio avasallador é imperioso hasta en las trazas por él apercibidas de luengos días al cultivo de aquella joven y perezosa inteligencia.

—Perdona Caid—añadió Aixá conociendo por lo expresivo de su gesto lo acerbo de su contrariedad,—perdona si héme atrevido á darte algunas advertencias á ti, advertido de todo por ingenio peregrino y profundo estudio.

—Pues como advertido de todo—replicó el sabio,—molestado nuevamente de que Aixá hubiera conocido su disgusto, y apenado de haberlo así puesto en claro, como advertido de todo, advierto

el amor maternal tuyo con las ideas que te sugiere y con las impaciencias que te impone. Mas no lo dudes; á las imaginaciones orientales, el símbolo y el apólogo les cuadra mucho más y les va mucho mejor, y les enseña copia infinita de ideas que no llegarían por otros canales menos hermosos á sus inteligentes pero soñadoras almas.

—Sí; lo confieso—replicó Aixá.—El apólogo es la enseñanza más apropiada para la juventud, porque reune á insondable profundidad en las ideas, indecible belleza en las formas.

—Huélgome, Aixá, de que así lo creas, y no solamente lo creemos nosotros, árabes, y por árabes, acostumbrados á contener las ideas en fábulas ingeniosas, lo creen también los cristianos. Alonso, conocido en Castilla justamente con el nombre de sabio, vertió al castellano en su libro de *Calila y Dimna*, las enseñanzas contenidas en otro famoso libro nuestro, en el *Sendebar*, traducido también por otro hijo de Fernando III, de aquel Fernando que nos robó Córdoba y Sevilla. Luego, su ilustre nieto el infante D. Juan Manuel, puso todas estas enseñanzas en su libro de *Patronio*. Por manera que nuestros apólogos se hallan en la tradición consagrados á la enseñanza de grandes principios morales.

—Pues imbúyele tú esos principios—dijo Aixá con dulzura bien ajena á su temperamento,—sea cualquiera la forma de tu enseñanza.

—Para saber cuánto conviene á los reyes la pre-

visión, acuérdate del oriental cuento que voy á referirte.

—Habla Caid amigo—exclamó Boabdil por decir algo,—que todo mi cuerpo se ha trocado en oídos.

—Pues oye. Sembraban unos labradores en la debida sazón semilla de lino; y advirtiólo con su perspicacia congénita la previsora golondrina. Y en cuanto lo notara, convocó y congregó las demás aves, para decirles cómo de aquellas simientes brotarían plantas, y de aquellas plantas se sacarían fibras, y de aquellas fibras hebras, y de aquellas hebras se urdirían redes, lazos y otras industrias para perseguirlas y cazarlas, por todo lo cual conveníales arremeter con sus picos las simientes y no dejar una sola en los bien cultivados y bien apercibidos hoyuelos. Riéronse las aves de tal previsión prematura y echaron á volar sin curarse de cosa que sólo podía venir tras luengos meses. Las golondrinas, más sabias, viendo que no podían esperar provecho de sus compañeras, entendiéronse con los hombres y pactaron cordial alianza, ya que no pudieran hacer nada contra ellos y sus obras por medio de la guerra. El tiempo confirmó tal previsión. Crecieron las matas de lino y los labradores las segaron, las recogieron, las secaron, hasta trocarlas en guitas y de las guitas hacer redes, con que acecharon y prendieron á todas las aves, menos á las golondrinas, perdonadas por aquel entonces en todas las cazas. El sabio autor de tal apólogo ha querido enseñar con su doctrina y yo te lo reitero

á ti, cuánto conviene la previsión á todos los mortales y con especialidad á los reyes.

—Por eso—dijo Aixá,—le aconsejo yo, que procure con tiempo ahora evitar los males amenazadores en más ó menos certero porvenir.

—Nunca, nunca, por muy afligido que te halles, y por muy desgraciado que parezcas; nunca debes creerte á ti mismo el más infeliz de los mortales, porque nadie ha podido agotar ni el bien ¡ay! ni el mal en este mundo.

—¡Cuán cierto es eso!—dijo Boabdil.

—¡Cuán cierto!—añadió Moraima.

—Un rico llegó á tal penuria que se alimentó por muchos días con miserables altramuces. ¿Habrá otro preguntaba que coma un manjar como éste á la boca tan áspero y amargo, á las entrañas tan pobre y desabrido? Mas en esto vió que otro infeliz devoraba las cáscaras de los altramuces que había él mismo arrojado con desprecio al suelo.

—Profundísimo apólogo—dijo Boabdil.

—Pues aún quiero decirte otro para que no te asustes de las trazas y de los engaños que suelen arbitrar los enemigos en la guerra.

—¡La guerra!—dijo Moraima, como temblando, en aquella profunda paz y en aquel resguardado retiro, por su Boabdil.

—En la guerra; sí—exclamó Aixá dirigiéndose con furioso ademán á su nuera.—Pues qué, ¿has creído que vas á tener cosido siempre á tu rapacejo el regio esposo?

—Sentirlo, madre, no es evitarlo.

—Justo, madre mía—añadió Moraima—lo mismo que Boabdil ha dicho sentía yo. Alah me guarde de impedirle por motivo ninguno, y menos por mi amor, el estricto cumplimiento de sus sagrados deberes.

Boabdil miró á su esposa con mirada en la cual se contenían las más sinceras manifestaciones de profundísima resignación.

—Continúa, Caid, continúa—dijo Aixá, mandando como siempre.

—Andaba un gallo por los alrededores amenísimos de una grande quinta y topó con astuto raposo. Al ver tamaño enemigo de su casta, subióse á un árbol, alongándose así del peligro. Mas el raposo, industriosísimo de suyo, comenzó á golpear con su rabo en el tronco, asustando al inexperto y candoroso gallo. Corrió este á otro árbol para mejor guarecerse, y al árbol aquel arremetió el zorro con la misma industria. De árbol en árbol fué volando el gallo para huir al raposo y de tronco en tronco fué corriendo el raposo para intimidar al gallo. Cansado á la postre y fin éste, por no ser grandemente volador, cual acontece á todos los gallos, cayó en las uñas de su astuto enemigo. No le sucediera tal cosa, no, si en el árbol primero se quedara.

—Fábula instructiva en verdad.

—Pues cata otra—dijo Caid—que mucho te ha de placer.

—Oigámosla—contestó maquinalmente Boabdil.

—Los cuervos y los buhos andaban entre sí en desatada guerra. Inferían estos á los otros mucho daño, como suelen todas las aves nocturnas, que aprovechan el sueño de sus enemigos y se deslizan ¡taimadas! por las tinieblas en daño de todos. Los cuervos no podían vivir con la enemiga de las nocturnas aves; y uno, más experto entre ellos, aconsejó que lo pelaran sus propios prójimos para presentarse como víctima entre los enemigos, captarlos con perfidia y perderlos y destruirlos luego con seguridad. Admitieron los buhos al redomado enemigo y pagaron amargamente su confianza, pues cuando más descuidados vivían, les procuró el traidor á los suyos una emboscada en que cayeron los traicionados rotos y vencidos. No creas nunca jamás al que una vez llegó á engañarte, porque tirará siempre con sus habituales mañas á herirte y á perderte.

—Ya ves, Boabdil, cómo Caid te aconseja siempre la sabia desconfianza de los falsos amigos.

—Pero también le aconsejo que no desame ni se desavenga jamás de los verdaderos amigos. Dominaban á todas las alimañas el toro y el león unidos en una sincera concordia. Por medio de las uñas y de las quijadas del fiero león, dominaba el toro en todos los animales carniceros, y por medio de las grandes astas del bravo toro, dominaba el león en todos los animales hervíboros. Los dominados comprendieron que para poseerse á sí mismos y

desligarse de la común dominación, habían menester una enemistad entre los dos fuertes reyes del reino animal. Y los carniceros tomaron como instrumento al feroz lobo y los hervíboros al cordero, privado éste del toro y privado aquél del león. Aceptaron ambos á dos el papel que les designaban los demás animales é indispusieron al toro con el león. Tras esta enemistad vinó el que dejaran de ser uno y otro emperadores únicos de sus sendos semejantes.

—Yo aconsejo—exclamó Aixá, entendiendo que la lección se dirigía nó tanto á Boabdil como á ella—yo aconsejo á mi primogénito la cordial amistad con su hermano menor, pero la implacable y eterna enemistad con aquel que le usurpa el gobierno, perteneciente ya de derecho á Boabdil, en Granada, y que le recluye aquí en el serrallo como padre de familia, cuando Alah en sus designios lo destina seguramente á padre de su pueblo.

Moraima no quiso decirlo, ni pudo ciertamente; pero, allá, en sus adentros, experimentó impulsos varios de afecto á su buen suegro, sólo comparables con los impulsos que sentía de despego y desafecto hacia su terrible suegra. Inútil decir que á Moraima, en su amor, le gustaba más el destino de padre de familia designado por Hacem á Boabdil, que aquel otro destino designado por Aixá de padre de su pueblo.

—Boabdil—dijo Caid,—vas á ser mi señor y yo tu vasallo; pero entiende que no basta para el oficio

de reinar, oficio dificilísimo, regodearse aquí, en los camarines y estancias orientales con placeres más ó menos sensuales y vanidades más ó menos pasajeras. Rey merecerás llamarte si añades algo á tu reino; y no lo merecerás, no, si algo le quitas ó en algo lo mermas.

—Verdad, Caid—exclamó la Sultana madre;—verdad cuanto dices ahora. Si no merece llamarse rey quien merma la extensión de sus Estados y resta del número de sus pueblos, quitémosle con justicia ese inmerecido nombre á quien ha dejado perder la bella ciudad de Alhama.

—Un ejemplo, siguió diciendo Caid,—como si no llegaran á sus oídos las frases de Aixá;—un ejemplo te industriará en cuanto acabo de advertirte. Hubo en Córdoba un Califa de inmortal nombradía, hijo de Abderraman III y destinado por Alah y el Profeta en sus designios á maravillosísima gloria. Mas en los comienzos de su reinado, acaso por su tierna mocedad, encendida en deseos la sangre y acalorada la mente de ilusiones, consagrábase por completo al ocio y al placer. Holgaba, bebía, cantaba, tañía, amaba, como si no tuviese que responder á Dios del inmenso reino y de los innumerables vasallos. Preguntábanse, viendo tal perezosa vida estos, en qué se conocía que por un Califa estaban regidos y mandados, pues ningún aumento recibiera de aquel príncipe su gloriosísimo y antiguo Califato. Alaquem, oyendo un día de zambras cierto instrumento llamado albogón, cayó en que no daba

sonidos tan dulces como los por él deseados y añadióle un agujero. Y este agujero, única invención de su cacúmen, fué designado desde aquel entonces, con la sarcástica denominación del aditamento de Alaquem. Llegó á oídos del monarca la burla, y para desquitarse, aumentó con tal grandeza y maravilla la grande Aljama occidental, sus arcos de graciosas herraduras, sus columnas parecidas á los troncos de un bosque, sus capillas tapizadas de mosáicos, sus minaretes sombreados por las palmas, que desde tal obra llamóse á todo lo milagroso en Córdoba el aditamento de Alaquem.

—Grande y merecida lección le has dado, Caid, al heredero de la corona granadina. Suspendamos ya esta larga enseñanza y consagrémonos á rumiarla en la memoria, sacando con provecho de toda ella los jugos necesarios á la manutención y robustez de nuestro espíritu. Yo, después de todo cuanto he oído, aconsejo á mi Boabdil que lo reflexione y lo medite á su vez. El tiempo presente paréceme de prueba. Los cristianos, ensoberbecidos por la toma de Alhama, y disciplinados por monarcas muy superiores á los dos últimos desdichados monarcas, piensan derribar las puertas de nuestra ciudad y entrarse por sus calles en son de guerra y de conquista, sin parar hasta que hayan puesto su aborrecida cruz en nuestras bermejas torres. Tú, Boabdil, eres la última esperanza de una raza; tu corazón es el asilo último de nuestros templos, de nuestros reinos, de nuestros recuer-

dos. Tiéntalo y ve si es bastante grande para que puedan caber dentro de su seno tales y tantas grandezas. El clarín del combate ¡oh, Boabdil! te llamará con sus acentos mañana y tendrás que atenderlo y que seguirlo. Prepárate desde hoy á las tristes asperezas de la guerra para obtener los merecidos logros de la victoria, como se prepara el creyente y el ulema en repetidas penitencias á obtener la bienaventuranza. No hay hora segura, no, en tu reposo. Tendrás que dejar tu lecho y tu palacio y tu Moraima, y que ir al combate para buscar en la victoria una indispensable confirmación á tu frágil y decaída corona. Vuelve, pues, al camarín con tu esposa, recréate allí cuanto quieras, pero entiende, que no ha de ser muy larga tu holganza, pues de un lado los crímenes de Hacem y de otro lado los retos de Castilla, te impondrán la guerra. Tu madre, á quien los suyos denominan Horra porque jamás vaciló ni un minuto en el cumplimiento de todos sus deberes, no pudiendo por ti hacer otra cosa, enderezará su espíritu al cielo y diciendo que Dios sólo es grande, pedirále comunique una parte mínima de su grandeza y de su poder, al mismo á quien ha dado una corona. Idos, pues, hijos míos á descansar. Vete á descansar, Caid, también. Y que Alah después de haber prosperado tu vida por largos días, crea deber darte cual mereces glorioso nombre aquí en la tierra y bienaventuranza eternal allá en el Paraíso.

El sabio, el príncipe y la princesa, después de

saludar con todo respeto á la Sultana, fuéronse á sus habitaciones respectivas, pero la Sultana se quedó allí absorbida en proyectos de maquinaciones nuevas contra su esposo Hacem y á favor de su primogénito Boabdil.

CAPÍTULO XXIII.

—¿Qué?—Preguntaba con grande impaciencia el Sultán Hacem al renegado Venegas, recién introducido en su presencia.

—¡Oh!—dijo Venegas,—limpiándose de su frente ancha y espaciosísima el sudor que la bañaba.

—Deja fatigas á un lado é instrúyeme súbito en cuanto aquí pasa.

—No es tan fácil, Hacem, arrancarle al serrallo su presa.

—Ya lo creo.

—Si tú ó yo demandamos el cuerpo de Zoraya, ten por cierto que promovemos grandes sospechas en Aixá.

—Que Dios confunda—exclamó Hacem,—de antiguo herido por el proceder y por la complexión de su esposa.

—He pensado...—Y Venegas detuvo un poco su aliento al decir esta palabra.

—¿Qué has pensado?—le preguntó con grandísima impaciencia el Sultán.

—Pues, he pensado aguardar...

—¿Quién dice aguardar?—preguntó Hacem con rabia.

—Sí; aguardar la noche más propicia, porque sino hay necesidad ninguna de tomar precauciones, y de apercibir preservativos contra terribles y probables catástrofes, basta con que vayas al serrallo, entres en sus camarines, y arrebates á la hermosa cautiva, llevándotela con escándalo á cualquiera de tus palacios más públicos.

—No; eso no. Buena está Granada para empresas y aventuras de tamaño linaje.

—Pues como has pedido precauciones, he tomado precauciones.

—Y has de convenir conmigo en que todas serán pocas, muy pocas, si deben corresponder á los peligros que corremos y á las tempestades que columbramos.

—Ya sabes quien es Aïxá.

—¡Ah!

—Ya sabes cómo puede armarnos una guerra civil espantosa.

—Tienes razón. Para empresas de tal género se pinta sola en el mundo la terrible Aixá. Más quiero encontrarme con una selva de lanzas que con su siniestro mirar.

—Lo creo sin que me lo jures.

—Pero acaba por decirme lo que has pensado.

—Pues he pensado escoger propicia noche de cercana fiesta; y en ella, cuando las diversas esclavas se den á la bebida, soltar en la copa de Zoraya, por mano de un ennuco á quien tengo advertido ya, el beleño que tu médico ha procurado seguro de tus disposiciones.

—Tengo la seguridad, Venegas, de que la bebida producirá la muerte aparente sin producir ningún otro daño.

—Ya lo sé.

—Y luego...

—Luego... Ahí está la dificultad.

—No muy grande por cierto, si ofrecemos oro á la Sultana, que lo necesita para sus conjuraciones contra mí.

—Pero en ofrecer el oro y no suscitar sospechas consiste toda la dificultad.

—¿Y qué has arbitrado?

—Una industria muy buena.

—Dila.

—Pues he arbitrado lo único en verdad que puede sacarnos de tantas dificultades. Hay necesidad completa de comprar el cuerpo y hacer que sale por una puerta de la Alhambra para conducirlo por otra puerta prontamente á tus estancias. Si la dejamos enterrar...

—¡Oh! No digas eso. Daría yo mi corona y mi vida por salvarla.

—Y tendrías razón, porque la sierva es hermosísima.

—¡Incomparable!

—Pues he fingido que su poderosa familia castellana pide su cuerpo virginal para enterrarlo junto al cuerpo de sus padres.

—¡Buena traza en verdad!

—Y como no conviene dar mucho dinero á quien lo emplea contra ti, ya se regateará el rescate, pues no debe darse por un cadáver yerto, lo que podría ofrecerse por una joven llena de vida.

—¿Y qué tiempo emplearás en todas estas trazas y en todas estas industrias?—preguntó Hacem.

—Una semana por lo menos.

—¡Oh! Me parecerá un año esta semana de impaciencia terrible.

—¡Qué quieres! Para cosas menores há menester el hombre mayor esfuerzo y más tiempo.

—¿Y cómo te arreglarás de suerte que puedas fácilmente saber la hora en que propinan á Zoraya el bebedizo, porque sus efectos no pueden durar mucho tiempo, si ha de despertarse tras algunas horas de fingida muerte sin detrimento ni mengua en su preciada salud?

—Ya sabes que se acerca una de las fiestas religiosas con que Aixá, muy ufana de sus recuerdos familiares, suele celebrar aniversarios importantísimos de sus diversos allegados y parientes.

—Sí; es verdad. No me acordaba.

—En ese aniversario resucita una costumbre de los antiguos reyes persas trasmitida por el tiempo

á nuestros días y conservada en algunos serrallos orientales.

—Justamente; la costumbre de servir los reyes á sus vasallos juzgada por mí siempre como una humillación inútil, y por ende, nunca seguida en mi corte.

—No la juzga tan severamente Aixá; y la practica, mas bien por hábito que por gusto, mas la practica fielmente.

—Sí, añadiendo todavía la corruptela muy vejada y maldecida por nuestros imanes de servir y escanciar vino á las siervas de cristiana prosapia ú origen extranjero.

—No habéis vosotros los árabes granadinos, á pesar de vuestros pujos de ortodoxia, sido muy escrupulosos en achaques de bebida, pues, aunque os prohiba el Koran beber vino, cuantas veces he visto en los versos de vuestros poetas comparar tus miradas con las del gallo encendido por avinados bizcochos y las miradas ardientes de tus odaliscas y sultanas con el oscuro licor que negrea en una copa de plata.

—Esta es costumbre antigua de todos los moros andaluces, conservada por los moros granadinos. Acuérdate de aquellos versos escritos por Daulá en los cuales alábase la color de purpurina mora que lucen las mejillas de una muchacha, comparable solo al rojo vino, que con sus morenas manos escancia para repartirlo entre los más fieles musulmanes. Acuérdate que los reyes hermanos nues-

tros de Sevilla, cuyos nombres lucen como luminarias de gloria eterna en los anales muslímicos, prescribieron, juntamente con una hora de rezo, una hora de bebida también. Acuérdate que allá, en la Ruzafa de Córdoba, lo mismo que en los huertos de la Sultaniá en Sevilla, por todas las riberas del patrio Guadalquivir, bajo los palmerales asiáticos, en el embeleso producido por las bocanadas de azahar que se absorben hasta por el alma, cuando la noche serena brilla con los resplandores de la luna suspensa entre la constelación del Águila y la constelación del Orión, los cantares despedidos por nuestras gargantas y acompañados por nuestras guzlas, todos á una, celebran el vino y el amor.

—Mas por eso dicen los santos de vuestra religión, los ulemas de vuestras mezquitas, los marabuts de vuestros desiertos, los sabios de vuestras madrisas que habéis perdido el dominio de Andalucía y habéis probado todos los horrores de la derrota en triste é irremediable adversidad.

—¡Ah! Crees tú que nuestros padres eran mejores, y yo creo, perdóneme Alah, que sólo eran más afortunados.

—¡Qué sé yo!

—Ninguno entre todos ellos nació con el furor guerrero que yo siento en mi alma; ninguno había emprendido en menos tiempo más campañas. Pero ¡qué quieres! después de haber pasado mi juventud cabalgando, con la cimitarra desnuda en la diestra, con los cristianos á mis plantas, con los

clarines del combate y del exterminio delante de mis huestes y á mis espaldas el incendio y la desolación, convencíme de que la victoria no se guardaba para nosotros, y de que Dios, dándonos muchos triunfos parciales, no quería darnos un triunfo total, y bajé mi cabeza coronada de sangrientos laureles á la fatalidad y me conformé, de mal grado, pero me conformé al fin, Venegas, por no haber otros humanos remedios, con los decretos del implacable destino.

—¡Ah! El desierto, la penitencia quizás movieran á Dios y te granjearan otra suerte.

—¡Cómo se conoce, Venegas, tu origen católico y tu reciente iniciación religiosa en este culto y en este rito nuestro! ¡Cómo se conoce que no ves, por impedírtelo tu carácter de neófito, la decadencia, por lo menos la decadencia en España del culto que has abrazado! Mira; nuestros padres, los victoriosos, los felices, los conquistadores ¡ah! eran más fuertes, más valerosos, más sabios, más prudentes que nosotros, tan solo porque ¡ay! eran más bienhadados. Ellos cantaban el desierto, la soledad beatífica de sus cuerpos y de sus almas entre los inmensos arenales y los estrellados horizontes, la vida nómada sobre los lomos de los camellos, entre las manadas de las gacelas, con la tienda por todo abrigo, con el dátil por todo alimento, con el agua de los oasis por toda bebida, con la túnica de blanca lana por toda vestimenta, con la caza y la guerra por toda ocupación; ellos

alababan esto, y sin embargo, erigían palacios recamados con todos los matices del iris, en cuyos aires, enardecidos por los ecos de los cantares, por los acentos de las guzlas, por los versos de las poesías, por el aroma de los pebeteros, por el choque de los besos, por el susurro de los suspiros ¡ay! se alababa así el vino como el amor y se apercibía el ánimo exaltado en el placer al sentimiento del odio y al ejercicio del combate.

—Volviendo, pues, Hacem, á nuestra conversación—dijo Venegas, al ver cómo el rostro de su amo se oscurecía con la comparación indeliberada entre las glorias pretéritas y las miserias presentes—volviendo á nuestra conversación, decíate...

—No íbamos tan descaminados, Venegas, de nuestra conversación como tú crees. Necesitaba en este diálogo contigo, justificar en voz alta y á los ojos de mi propia conciencia, desvaríos de mi voluntad, descaminos de la ruta emprendida en mis primeros años, para justificarte por qué aquel guerrero, de ti conocido y admirado, que respondía con arrogancias dignas de los Abderramanes á embajadores como Vera, y tomaba ciudades como Zahara, y emprendía excursiones como la que asoló el poderoso castillo de la Higuera y venció á la noble familia de los Solís, este Sultán, cargado á la continua de despojos, hase convertido en una especie de sensual mozo, atento sólo á extinguir sus pensamientos, sus aspiraciones, su ambición, la dolorosa remembranza de todos sus proyectos frustra-

dos, en los venenosos olvidos que procuran al mísero mortal, desesperado en este nuestro mundo, el vino y el amor. Pues qué ¿había yo de requerir una sierva en vez de una ciudad; sitiar un serrallo en vez de sitiar una fortaleza; rendir eunucos en vez de rendir ejércitos; triunfar sobre un corazón de mujer y no sobre un campo de batalla; si los horóscopos me persuadieran á creer que aún podía luchar con el destino y vencerlo, si fuera el destino vencible? No, no; yo soy así, porque mi desgracia irremediable así me hizo. Pero cree, Venegas, que nací para otras empresas mayores, y si busco la voluptuosidad y el amor, es por no haber podido encontrar el completo logro de todas mis ambiciones y por no haber podido cosechar los laureles con que había soñado en mis primeras mocedades.

—Pues, ya que así lo dispones, pondremos todas las trazas conducentes á satisfacer tu deseo y compensar con el amor las tristes contrariedades de la guerra.

—¡Qué quieres! Así lo han prevenido los hados.

—Pero si no te molestaras diríate una cosa en son de súplica, pues no quiero que suene de modo alguno en son de advertencia.

—Dí cuanto quieras, pues podrás no decir mucho allende lo que yo he dicho.

—Perdóname, Hacem.

—Estás por anticipación perdonado.

—Los que nacidos en otras tierras y en otras creencias las hemos dejado para seguir tu estrella,

fiamos en Dios que no ha de faltarte la pujanza necesaria para detener la cruz al ingreso por lo menos de la Vega y salvar y sostener el poderoso imperio que aún te queda, brillando con singular brillo desde las rosáceas Alpujarras hasta los celestes mares.

—Dios lo quiera, Venegas; Dios todopoderoso, el único ya capaz de redimirnos y de salvarnos en estas grandes angustias. Mas corre, vuela, y despacha pronto mi encargo.

—No me llames importuno, Hacem, si te recuerdo que perdonará el cristiano á todos en el día de su victoria, menos á los que hemos huido á sus banderas y renegado de su Dios.

Hacem hizo un gesto, por el cual se conoció que deseando calmar el ánimo de su interlocutor, allá para sus adentros, reconocía la justicia con que los cristianos castigarían tales y tan desmedidas infamias. Así que desapareció Venegas y que se quedó á solas consigo mismo, como si oyera mejor la voz de su conciencia no turbada por las alternativas del diálogo, cayó Hacem de suyo en grande abatimiento. Pocas veces la desesperación ha dominado con tanto imperio un ánimo, idóneo naturalmente para la guerra, y puesto por dificultades insuperables en el caso de consagrarse tan solo al amor. Hacem había pasado ya del primero al segundo período de la desesperación. Cuando movía sus brazos con celeridad desde su regia silla de combate puesta en el artístico lomo de un corcel africano para esgrimir

ya su lanza, ya su cimitarra, en la violencia de aquellos movimientos desordenados y en el frenesí de aquellas exaltadas pasiones, veíase que aún luchaba y reluchaba ciego con todas las fuerzas del destino y se prometía y esperaba vencerlas. Pero ahora, en su estancia, poseído por su mal de triste languidez, amarillado el semblante con el amarillor de la hiel, medio cerrados los párpados como para no columbrar las tristes realidades circunstantes, caída bajo el peso de pensamientos gravísimos la cabeza en el pecho como si al corazón se acercara para detenerlo en sus dolorosos latidos, incoloros los labios y demudado todo el gesto, cuya contrariedad se veía, no solo en cuanto acabamos de pintar, sino en el entrecejo fruncido, en las arrugas ahondadas como surcos sobre la frente, en la respiración débil, en los suspiros profundos, en la sonrisa siniestra, en las manos crispadas, Hacem, semejaba á la imagen misma del dolor y esparcía en torno suyo esa melancólica nota elegiaca como los cantos fúnebres que despiden de antiguo en torno suyo la melancolía y la tristeza, especialmente cuando se apoderan de un temperamento fortísimo y más apropiado para los empeños de la guerra y sus porfías que para las resignaciones del desengaño y para la paz de una imposible conformidad con la desgracia. Seguramente, Hacem, hubiera sucumbido á los contratiempos últimos de no haber encontrado alguna compensación verdadera en las esperanzas y en las impaciencias del amor.

El día de sus grandes satisfacciones en que iba por completo á lograr su deseo, se acercaba con celeridad. Aixá, para quien las fiestas de familia en otros corazones menos ambiciosos y en otras mujeres menos exaltadas, verdaderas fiestas del sentimiento y del amor, trocábanse á una en festividades políticas, traía revuelto el haren de su nuera y preparaba un grandioso festival parecido á los festivales del Oriente cantados por los poetas muslímicos. Inventiva, fantaseadora, en su afán de prestar novedad á estos aniversarios, había ideado el vestir á sus esclavas diversas con arreglo al traje de sus respectivas naciones, dándoles un festín también arreglado á sus respectivas costumbres en caprichosa fiesta. Tal disposición tenía por objeto, no solamente conmemorar fechas religiosamente queridas y adoradas, sino también mostrar que toda la vida, bajo todas sus fases, del palacio, se retiraba poco á poco hacia ella, y en ella se iba poco á poco reuniendo y personificando. Así, los muslimes llegaban á saber que mientras el Sultán, á ello constreñido por las derrotas de Alhama, se recluía dentro de sus estancias y evitaba la vista de sus vasallos amenazadores y airadísimos, Boabdil, recogía en torno suyo la representación del reino, los sabios, los ulemas, los imanes, los predicadores, los poetas; y para que nada faltase de cuanto latía y se animaba en aquellos espacios, también los placeres y las fiestas. Así, todos se acostumbraban paulatinamente á dirigirse hacia el sol que relucía

por el Oriente y á dejarse al sol que tocaba en el ocaso. La juventud floridísima del nuevo príncipe; los encantos y seducciones de la sin par Moraima; el genio guerrero y político de la incomparable Aixá, concentraban toda la vida en aquel apartamiento de su Alhambra dejando por completo desiertas las antes henchidas habitaciones del rey. Este solo se ocupaba, por aquella sazón de su encrespada vida, en cazar con la paciencia de araña laboriosa que teje tela sutil una sierva, robándola, pérfido y avieso, al serrallo de su propio hijo y á la comitiva y compañía de su mujer. Las cuestiones teológicas dilucidábanse todas en los camarines de Aixá; los poetas decian sus versos en los oídos de Moraima; los guerreros trazaban los planes de campaña en presencia del joven Boabdil, esclavo de su madre; las esperanzas que preparan tanto lo porvenir, volaban por aquellos salones y por aquellos harenes como los pintados insectos que buscan mieles, aromas ó matices por las primaverales florestas; y Hacem, el Sultán legítimo, contra cuyo imperio se dirigía y encaminaba esta conspiración pública, complemento verdadero de la conspiración secreta, Hacem, hallábase ya, moralmente destronado, cuando aún conservaba la corona en las sienes, y en el pecho todo su nativo coraje.

Mientras las fiestas se iban así cuajando, entregábase Isabel de Solís, en los ratos de soledad que le procuraban algún vagar, á sus rezos piadosos y á sus místicas meditaciones. Absorta en su fe, por

lo mismo que la veía negada y ofendida en todas partes, olvidábase de sí misma y de la vida y de la tierra, por contentar tan solo al cielo. En esta especie de nerviosa sobreexcitación, menospreciaba todos los objetos del mundo y entreveía una vida tal en la eternidad que llamaba con llamamientos indeliberados á la misma muerte. El amor traído á su ser por la primavera de sus años, por la tierna juventud y por la complexión ardorosísima de todo su sér que parecía refluir al corazón, el amor se disipaba como los destellos de las lámparas sacras, como las espirales del religioso incienso, como los vocablos de la mística plegaria en el divino seno adonde fluyen las almas enardecidas por una fe ardorosa y exaltada. No le parecía imposible llegar hasta la visión material de Dios, porque no existe imposibilidad alguna para quien verdaderamente ama. Esta seguridad le daba paz profunda é interior tan dulce y regalada como si en libertad se hallase, porque su fantasía, con la fuerza que para ponerlo todo en relieve tienen las fantasías meridionales, dibujaba cuadros religiosos en aquellas paredes profanas y les dirigía continuas oraciones. Su devoción, mostrada tantas veces en los castillos de su padre y en el seno de la patria Iglesia, se había exaltado con la privación é ídose hasta los extremos del misticismo. Ella, tan móvil, impresionable y nerviosa, replegaba las grandes alas del alma dentro de sí misma, recluía todo afecto mundano en lo más hondo y más secreto del corazón,

señoreaba todo lo que de terreno pudiera tener su complexión, y absorta, extática, fuera de sí, veía con material visión á su Dios y esperaba que por un milagro de su bondad infinita, la redimiese y sacase de aquel horrible cautiverio muslímico donde no temía tanto las tristezas de su vida de esclava como las asechanzas á la integridad de su fe y á la pureza de su alma.

Cuanto más Isabel á estos sentimientos y afectos se aferraba, más creía en la facilidad de un milagro en que pudiera el cielo intervenir, mostrando así cómo provee á las necesidades y á los ruegos de las más humildes criaturas. Con esa erudición religiosa que allá en sus primeras mocedades aprendiera, evocaba Isabel todos los ejemplos de ángeles libertadores que había en sus lecturas piadosas aprendido. El ángel que colgó de lo infinito la escala de Jacob, el ángel que anunció á Esther la próxima ventura de la raza escogida, el ángel que guió á la sacra familia en su viaje al Egipto, el ángel que habló con las santas mujeres de Jerusalen el día de la Resurrección, el ángel custodio que protege bajo sus alas todas las cunas donde duerme y sonríe la inocencia, el ángel purísimo de los primeros amores, todos los ángeles de la tradición litúrgica se le aparecieron á una y le mostraron el puerto y el seguro de las más consoladoras esperanzas. Pero aún le sucedió más. Cuando estaba viendo todas estas visiones de su intuición, cátate que una melodía suavísima sube desde las hondu-

ras, donde radica el señorial castillo, á lo alto, donde se hallaba ella, y difunde una especie de melancólica poesía impregnada por santas esperanzas. Castellana canción acompañada por laud propio de los antiguos trovadores asciende indecisamente á sus oídos y penetra en su alma, inundándola de gozo cual respuesta celeste á sus místicas plegarias. Esta canción, aunque no se atreve á nombrarla, va indudablemente dirigida desde los hondos calabozos á ella, prometiéndole, primero la libertad próxima, y, tras la libertad próxima, un amor al modo cristiano, un amor casto, puro, intenso, único, amor que duraría toda la vida y que se dilataría por su propia virtud allende la muerte hasta llegar al seno de la eternidad. Isabel comprendió bien pronto que aquella voz, de lo profundo salida y por la distancia entibiada, era la voz de Illan, el valedor de su desgracia en la hora de su aflicción suprema, el joven héroe que había preferido un cautiverio peor que la muerte y un calabozo peor que los sepulcros, al abandono y olvido de la mujer amada, siquier ese abandono y ese olvido pudieran compensarse con los goces del triunfo y con los esmaltes de un verdadero renombre. El amor ofrecido en aquella hora tristísima, sí, aquel amor, que jamás había osado expresarse por la timidez natural á los grandes afectos en la hora del perdido bienestar y de la llorada bienandanza, el amor entonces declarado por el cautivo á la cautiva no podía menos de ser por su intensidad y exten-

sión, de toda el alma, por su fuerza y por su perpetuidad ¡ah! de toda la vida. Y según que la canción oliente á incienso de la Iglesia perdida tras el combate, á terruño de la patria regado con sangre de los mártires, á esencia y aroma de la poesía natal, y según que la canción se iba dilatando por los aires y creciendo en pasión, Zoraya, la Zoraya del haren, se reconocía en su interior la Isabel de Solís, católica por su fe, rica hembra por su estirpe, castellana por su cuna, y por todo su sér destinada en providenciales decretos á regir castillos señoriales, reinar en cortes de poesía y en torneos de caballeros cristianos, viviendo con un solo esposo toda una vida para dormir el sueño de la muerte á su lado en el sepulcro de mármol erigido junto á los altares de su Dios y sobre los huesos de sus padres. La mujer cristiana pudo comparar en aquel momento, cuando el destino la ceñía y ligaba con lazos de flores á un serrallo donde su virginidad y su pureza se habían salvado por el desdén de sus señores, pudo comparar la madre de familia, la esposa única, la compañera de todo el ser y de todo el existir, la intercesora entre la tierra y el cielo, numen de la poesía, ornato de la sociedad, estrella de la vida, gala de los torneos, diosa del hogar, con aquellas pobres mujeres enjauladas como las aves de las pajareras y reducidas á viles instrumentos del placer como cualquier objeto placentero y voluptuoso, como los pebetes de mirra, como los pomos de aroma, como las guzlas de sonantes

cuerdas, como las cosas voluptuosísimas y viles. Así, en el horror que le causaba la sociedad tristísima donde había caído, la canción aquella en tal momento, entonada y dirigida por labios purísimos á fines tan sagrados, le dió á entender que amaba con todo su corazón á Illan el cautivo, y que solo con Illan el cautivo podía unirse ya su alma en este mundo y en el otro. Así es que, tomando su guzla y pespunteando en ella suavísimo acompañamiento, entonó una canción de amor, que respondía de todo en todo á la canción del cautivo, como la canción del cautivo respondiera también á sus oraciones místicas y á sus plegarias religiosas en aquel supremo instante. Buena ocasión había escogido para sus amores Hacem.

CAPÍTULO XXIV.

Por fin Aixá dió la fiesta tan esperada en que debía Venegas propinar el bebedizo á la codiciada cautiva por mano de un eunuco. Hemos dicho que daba el festival Aixá y no hemos dicho bien: Aunque bajo su nombre y advocación se urdiera y arreglara la fiesta, tenía en ella una parte nominal ciertamente la Sultana, que la dejaba celebrar por complacencias naturales con Moraima y Boabdil, inclinados, por razón de su mocedad, á todos los placeres, muy buscados y queridos en una inexperiencia incapacitada naturalmente de ver y presentir los males extendidos sobre sus personas y sobre sus reinos. Recordaban Moraima y Boabdil aquellas fiestas tan celebradas por su esplendor en la tierra del Andalus, que idearon los reyes de Castilla Enrique IV y su esposa, fingiendo una corte mora y un alarde moro con todas las preseas, arreos, trajes, emblemas, joyas y armas de la mo-

risma en general y especialmente de los moros granadinos. Para imitar y reproducir aquel vistosísimo hecho, idearon Moraima y Boabdil vestir á cada una de las siervas encerradas en el serrallo, es decir, á cada una de las mujeres nominales del príncipe, con los trajes propios de sus respectivas cortes y de sus altas clases, dándoles un festín aparatoso, en que se les sirvieran los manjares y los vinos de uso en sus respectivas natales regiones.

Inútil decir cuánto lujo y esplendor reinarían por aquellos tiempos en la decadente corte de los decaídos muslimes. Todas las decadencias acostumbran á pagarse mucho de los esplendores prestados por la riqueza, ya que no por la inspiración, ausentes de todas estas nefastísimas crisis. Sin arte dramático los árabes, sin grandes pintores, aunque algunas pinturas se veían por las paredes maravillosas de su Alhambra, sin esculturas apenas, pues tal nombre no merecen los leones del conocido y admirado patio central en la torre de Comares, debían darse á la poesía lírica y al arte músico y á la decoración fantástica y milagrosa. El mahometismo no podía olvidar las tierras donde tuvo su principal teatro, las tierras del incienso y de la mirra que arden todavía hoy bajo los templos y ante los altares de nuestros Dioses. Así Mahoma dijo que después de la oración mística, nada le placía tanto en el mundo como las mujeres y los aromas. Así pasó bien pronto el tiempo de las austeridades musulmanas; aquellos primitivos

califas, como el grande Omar, sencillo en su traje, severo en sus costumbres, que tiene por todo trono su ambulante camello y por toda provisión sus cestos de dátiles y sus odres de agua, menospreciador de las púrpuras y sedas recogidas en los despojos de las ciudades syrias, aquellos califas se ven reemplazados bien pronto por Omniadas y Abasidas que paseaban bajo doseles de brocado; seguidos por mílites, los cuales parecen, si á su lujo se atiende, sátrapas persas; rodeados de siete mil eunucos y tres mil nubios, cuyos trajes rojos contrastan brillantemente con sus rostros negros; habitadores de palacios que se dirían salidos del suelo á la evocación de una hurí bajada del Paraíso con su cetro mágico para producir aquellos santuarios donde los reales salones cuentan treinta y ocho mil piezas de tapicería, entre ellas doce mil recamadas de oro; y árboles de metales preciosos que llevan por frutas topacios, zafiros, perlas, esmeraldas; y fuentes de aguas aromadas; y bóvedas conteniendo músicas de tal modo sonoras y deliciosas que penetran por las venas y difunden una especie de sensual voluptuosidad, en la que parece como que se extingue la vida y como que se acaba el alma de gozo y de placer. Pues todo esto se había llevado á sus últimos extremos en aquella tierra de Andalucía, según Muza, más fértil que todo el Yemen, más rica en flores y en aromas que toda la India, más abundosa en minerales riquísimos que todo el Ketan. Como Andalucía llegó á los árabes después

que Syria, en la cual aprendieron las artes del lujo, como los romanos las aprendieran á su vez en el Asia, todos los reinos de Córdoba, Sevilla, Granada y sus anejos, resplandecían con tal resplandor que ofuscaban los antiguos imperios y los hacían desaparecer en el recuerdo de la humanidad como el sol hace desparecer los otros astros en la inmensidad de los cielos al despedir por los espacios el día.

En la corte de rey sensual como Boabdil, de reina dulce y amorosísima como la incomparable Moraima, de poetas y artistas como los últimos árabes andaluces, corte donde se habían replegado todos los restos de la cultura hispano-arábiga, el brillo se asemejaba de suyo al que lanzan todas las luces en el instante supremo en que se avivan y abrillantan para extinguirse. Aquella noche de voluptuosidad y amor se asemejaba en sus delirios á los ensueños gozosos y á la vida exaltada que la fiebre presta en los podromos de sus primeras agonías á todos los tísicos, cuyas mejillas reanima el calor de una encendida sangre, antes que las hiele y amarillee la inevitable muerte. Resplandecían como nunca en aquella noche los patios iluminados con arte, de tal suerte maravilloso, que les daba los colores y los matices del iris; las puertas de marfil, nácar y plata que reverberaban las innumerables luces; los tapices trasparentes en cuyas sedas riquísimas resaltaban los ramajes de bordados arbustos y de pintadas flores; las lámpa-

ras de oro consumiendo aceites perfumados; los cojines tendidos por todas partes y compuestos de áureos tisúes indios en cuyo fondo resaltaban geométricas figuras de plata; las sartas de amuletos engarzados en piedras preciosas; los jardines vistosos por las celosías tan brillantes como las constelaciones del cielo, y las hermosas jóvenes del serrallo vestidas todas por maravillosa manera y rodeando en grupos deslumbradores al joven príncipe, que apenas las miraba, vueltos los ojos hacia la idolatrada Moraima en torno de cuyo turbante resplandecía oriental diadema, preciosísimo regalo de su boda.

Allí había mujeres traídas de la Escandinavia; rubias como la luz, de ojos vagamente azules y de alta y apuesta estatura; mujeres de la familia eslavona, de rostro aplastado, ojos pequeños, cabeza grande, nariz ancha, labios gruesos, figura varonil y fuerte; mujeres arrancadas á Morea, Mesenia, Taigetes y Georgia, con sus cabezas esféricas y su aire de bellas estatuas y sus trenzas negras y sus ojos grandes y su color moreno y sus labios encendidos y sus dientes blancos; mujeres líbicas, tan ardorosas como las arenas del desierto; mujeres egipcias, del color de la espiga, en cuyas facciones se mezclan la Grecia y el Oriente con todos sus atractivos; mujeres verdaderamente semitas, de largo perfil, de alto cráneo, de ojos profundos encerrados en largas pestañas, de color oscuro y brillantísimo; mujeres arameas cazadas en los desier-

tos de Asia y vendidas en los bazares de Syria, cuyo rostro casi redondo y cuyos labios gruesos no empecen á la belleza que les presta un cerebro de armoniosas curvas, unos ojos de voluptuosos centelleos y una larga nariz y una torneada garganta. Imagináoslas vestida cada cual según los usos de su tierra; las escandinavas, con trajes de armiño y coronas de flores y grandes hojas, coronas parecidas á las espesas que llevaban de pámpanos las bacantes antiguas; las cretenses con sus jubones blancos de mangas encarnadas, sus velos de lino bordados de sedas vistosas que les caen sobre las espaldas, sus cinturones de plata rematados por grandes cascabeles, sus collares de oro cargados con preciosos amuletos; las mujeres macedonias ornadas con sus colosales turbantes y ceñido el cuerpo con sus blancas y esculturales túnicas; las mujeres dálmatas, mostrando bajo sus pañuelos de seda las trenzas de azabache, envueltas en paños que parecen sedas, con perlas al cuello, y á los piés rojas medias y sandalias blancas; las mujeres etiópicas arrastrando sus colas dentadas, mal cubiertas por su manto de seda y por su velo celeste; las mujeres egipcias, con vestimentas de brocados rojos á rayas de oro, teñidas las uñas de carmín; las mujeres africanas con sus camisas de colores y de mangas perdidas, con sus capas ó dormanes de azul oscuro, con sus brazaletes y sus esposas de oro, con sus collares de perlas, con sus arracadas que les caen desde las orejas sobre los

hombros; las mujeres syrias con sus tiaras delicadísimas, con sus trajes de terciopelo recamado, con sus corsés de pedrería, teñidas de colores fuertes las mejillas y aromadas por toda clase de embriagadores perfumes; imagináoslas al resplandor de tantas luces, al eco de tales músicas, bajo aquellas bóvedas de pintadas estalactitas, sobre las alfombras de Persia, entre los jarros llenos de flores y los surtidores produciendo en la clara linfa de aquellos estanques dulces melodías; y decidme luego si algo puede compararse, aunque sea soñado, con esta viviente y deslumbradora realidad.

Lucía entre todas Zoraya, que por una excepción llevaba el riquísimo traje de los serrallos, sin duda porque sus dominadores no quisieron que recordara la vestimenta de Castilla, cuando los castellanos amenazaban con más furor y con apremio al reino granadino. Pero si no toleraron que llevara su traje patrio, toleráronle que bebiera en copas de origen español, aquellas bebidas más usuales á su patria y más gratas á su paladar. Pues en aquellas bebidas el eunuco por Venegas comprado, supo deslizar con arte y con oportunidad el bebedizo preparado por el médico de Hacem y que debía darle una muerte aparente. Bebiólo, pues, Zoraya sin experimentar ningún efecto en los primeros instantes y mucho menos sin presentir lo que bebía. Pero imagínese quien leyere cuál sería el terror de aquellas gentes, cuando vieron que un cadáver frío, más que frío yerto, arrojaba duelos de muerte sobre

aquellos excesos de la vida. Nadie supo á qué accidente atribuir aquel inesperadísimo caso; pero todos los eunucos del serrallo expertos en medicina, declararon que Zoraya estaba muerta, completamente muerta. El bebedizo compuesto por la ciencia del médico de Hacem y propinado por la destreza de Venegas, produjo todos sus naturales efectos. La hermosa Isabel de Solís, conocida con el nombre de Zoraya en el serrallo, había muerto y muerto repentinamente amargando y enlutando la noche placentera de una fiesta oriental.

CAPÍTULO XXV.

Las compañeras de Zoraya vertieron abundantes lágrimas y lanzaron agudos sollozos. No satisfechas de estas manifestaciones de duelo, cogieron con ambas manos los rizos que les caían sobre las espaldas y se mesaron con furia las largas cabelleras. Distinguióse entre todas por su dolor la tierna Moraima, pues, segura del cariño de Boabdil, nunca creyó tener en las esclavas, ni moras ni cristianas, temibles rivales. En cambio la austera Aixá disertó sobre los desórdenes de la mesa y tomó pretexto de aquel inesperado caso para argüir muy largamente del olvido de las leyes koránicas y de la maldita manía de beber vino. Cautiva andaluza, la pobre Zoraya conservaba en su conciencia y siempre que podía en sus oraciones y prácticas religiosas, como hemos visto, el culto de sus padres; mas en el haren, sin que nadie la hubiese consultado, pasaba por renegada y mahometana. Así, no es mucho que

sobre su cadáver frío recitara Aixá la oración muslímica por los difuntos; y volviendo su rostro á la Meca, dijera los cuatro tekbires necesarios para encomendar los muertos á la divina misericordia. En el primero, exaltó la gloria de Dios; en el segundo, le consagró largas alabanzas; en el tercero, le pidió para Mahoma las mismas bendiciones llovidas sobre Abraham; y en el cuarto le conjuró á que acordase á la difunta justicia, si había sido buena y perdón si había sido mala, convirtiendo su tumba en lugar de delicias y en pórtico del paraíso. Pero no había concluído esta plegaria religiosa, cuando llegó proposición de rescate, y con la proposición de rescate el propósito adivinado por Muley en Aixá de entregarla á cambio de tesoros muy buenos para alimentar las guerras civiles y conseguir el logro de todas sus desapoderadas ambiciones. Un delegado de Venegas cogió el cuerpo, y lo depositó á hurtadillas en la mágica estancia señalada por el enamorado Sultán.

Era de noche. Bien lo indican el canto del cuclillo en la llanura, del buho en la caverna, del ruiseñor en la floresta, de la rana en el estanque y del grillo en la hierba. Dentro de preciosa estancia yace sobre un lecho de damasco carmesí, el cuerpo de Zoraya, revestido de lino blanco como la nieve y coronado de flores recien cogidas en los encantados cármenes. El suelo de alabastro brilla como si fuera un pedazo de la luna llena; las paredes, primorosamente alicatadas, ostentan todos los colores del iris,

realzados por la hojarasca de plata y oro; la bóveda, compuesta de estalactitas varias, parece destilar esas gotas de luz que se llaman soles y estrellas; levántanse á las alturas surtidores de aromadas aguas que perfuman el aire, penetrando, además, por las venas como un sueño delicioso; y lejos, apagadas por la distancia, suaves melodías impregnadas de amor que á su vez embriagan el alma. Sobre sendos cojines, á los piés del lecho, se ven trajes orientales de la mayor riqueza y joyas tan preciadas que valdrían ellas solas un reino. La luz, á cuyo resplandor todos aquellos objetos están iluminados, guarda reflejos dulcísimos y extraños como si proviniera de otros cielos y astros enteramente desconocidos para los míseros mortales. Una klepsydra, puesta cuidadosamente á la cabecera del lecho, acaba de vaciar todas sus arenas, cuando Zoraya se incorpora dando un suspiro, y se lleva la mano derecha á la frente y la mano izquierda al corazón como queriendo sacudir un triste sueño y descargarse de una gran pesadumbre.

—¿Dónde estoy?—dijo,—¿qué es de mí? Muerta, muerta, y he debido llegar al otro mundo.

Y á esta reflexión se lanzó del lecho y recorrió la estancia.

—Dios mío, dijo. ¿Me has enviado al cielo, al infierno, al purgatorio? No lo sé. ¡Oh, madre, madre mía! El angel de la guarda, con que tantas veces entretuviste mis insomnios y ocupaste mi pen-

samiento, no ha venido á recibirme aquí, en las riberas de la eternidad. Ni oigo las letanías sin fin que despiden los bienaventurados de sus labios, ni veo las palmas de luz que cimbrean en sus manos las mártires. La Madre de Dios, cuya sonrisa me bendecía en el crepúsculo, cuando la campana de nuestro castillo, desde la torre altísima llamaba los campesinos al reposo y á la oración, no ha derramado sus rosas místicas sobre mi cuerpo virginal y sobre mi alma inocente. Todas las esperanzas de mi cautiverio han marrado. Si sobreviví al rapto, si me resigné al haren, si pude vivir entre infieles como la rosa entre zarzas, fué con la esperanza de encontrar en mi paso desde este munto al otro por los cielos eternos de mi Dios las almas bienaventuradas de mis hermanos y de mis padres. Los ví caer defendiendo tu santo nombre; los ví espirar en la pelea con la mirada convertida á tu gloria; y se han perdido como el polvo levantado por sus corceles, y se han disipado como la sangre derramada de sus venas. El surco de los combates se tragó sus cuerpos y sus espíritus, confundidos con el terruño, como una capa de polvo puesta sobre otra capa de polvo. Y aquí, en el otro mundo, por cuyo logro suspiré tantas veces, se extienden las mismas líneas de los palacios árabes, se oyen las mismas melodías, se aspiran los mismos aromas, se ven sobre cojines de damasco las mismas deslumbrantes y despreciables joyas; de modo, que esta muerte, por la cual había suspirado, creyéndola el logro de

mi libertad, se reduce á la prolongación de mi cautiverio. ¿Para qué todo eso, para qué, si aquí estoy sola? Dios mío, llamo y no me responden. Deben haberme enterrado viva en alguna de las estancias de Granada. Pero este sepulcro es horrible, este sepulcro en el cual ni siquiera se encierra el amor, lo único que puede consolar de la ausencia del cielo. Dos cosas he querido que no pienso lograr jamás, ¡oh hado implacable! después de la vida la bienaventuranza y en la vida el amor.

—Las tendrás,—dijo Muley-Hacem abriendo unas cortinas y lanzándose á los piés de Zoraya.

—¡Ah!—gritó esta con grito indecible como si hubiera recibido una herida.

—¿Tiemblas?—preguntó el Sultán.

—Sí. ¡Qué miedo!—respondió Zoraya.

—¡Miedo cuando tienes á tus plantas un caballero!

Y clavó sus ojos con tanto ahinco en los ojos de Zoraya que sintió misteriosa fascinación la incauta joven.

—¿Por qué tiemblas?

—¿Por qué tiemblo? Porque es tan extraño todo cuanto me sucede aquí...

—¿Extraño?

—Incomprensible.

—Se comprende fácilmente; de sierva pasas á señora.

Y volvió á fijar con tal ardor sus ojos en Zoraya, que volvió Zoraya de nuevo á estremecerse.

—¿Por virtud de qué milagro?—preguntó la joven con anhelo.

—Por virtud del amor.

—¿Quién me puede amar á mí, á esta pobre cautiva?

—Yo.

—¿Y quién eres tú?

—No puedes saberlo.

—¿Eres algún mago, algún hechicero, que me ha detenido á las puertas del sepulcro y que me ha encantado con sus conjuros?

—No me conoce—exclamó para sí el Sultán,—no sabe quien soy. Gracias, Dios mío, gracias.

—Dime quien eres.

—¿Para qué necesitas saberlo? Soy un mortal que te amará hasta más allá de la muerte.

Y el fuego que despedía la mirada de Hacem, y el aroma que exhalaba su aliento, subían hasta la cabeza de Zoraya y la trastornaban más, mucho más, que antes la hubiera trastornado el narcótico.

—¿Amar? ¿Me amas?—preguntó.

—Como no puedes imaginártelo. Si fuera rey del cielo pondría á tus plantas el sol, y si fuera rey de Granada, pondría á tus plantas el solio.

—No, no. Ni soles, ni solios. Lo que yo necesito es mucho más reducido, lo que yo necesito es un corazón.

Tales palabras exaltaron el ánimo de Hacem con una verdadera exaltación. El contraste entre esta sencillez propia de una mujer amante y las ambi-

ciones de Aixá, que á la continua le atormentaban, fué para él como una revelación. Por vez primera sentía el amor en sí, el amor desprendido de todos los intereses terrenales, el amor puro y eterno. Por vez primera veía abrirse ante sus ojos extáticos un alma enamorada. Después de haber gustado la gloria, la ambición, el poder, gustaba el amor. Así es que no creía en tanta dicha. Así es que no se cansaba de absorber por su alma y por su cuerpo los efluvios de aquella nueva existencia nunca antes sentida. Parecíase otro á sí mismo y parecíale también otro el mundo que le rodeaba. En su éxtasis no se atrevía ni siquiera á tender una mano á Zoraya, temeroso de que aquella aparición se deslustrase y se perdiese en la realidad como entre nuestros dedos se pierden y se deslustran las tenues alas de las pintadas mariposas. Al resplandor de aquella luz, al choque de aquellas emociones, erguida la joven esclava pero fija en los pensamientos que iban despertándose por su alma, de rodillas aún el apuesto Sultán como un idólatra que adora una imagen, formaban pintoresco grupo, que inspirado pintor hubiera podido recoger de aquel centro de colores y matices para trasmitirlo á la posteridad.

—¿Amor sientes por mí?—preguntó Zoraya.

—Amor,—dijo Hacem.

—¡Ah! No lo creo.

—¿Por qué?

—Porque vosotros sentís amor exaltado hacia la

espada que os ha abierto paso entre vuestros enemigos; hacia el trotón que os ha devuelto á vuestro hogar, desde una peligrosa retirada; hacia el concepto que de vuestro valor han tenido los mismos que os han disputado el triunfo; hacia el timbre y el mote de un escudo forjado en fuego y teñido en sangre; hacia el laurel cosechado en los surcos de los combates; hacia la divisa lograda en los torneos; hacia las ambiciones del poder, y las competencias del gobierno; pero no hacia nosotras, eternas esclavas, qneridas un momento con el deseo y abandonadas por una eternidad después del goce, que en cuanto bajamos á vuestras instancias y nos perdemos en vuestros brazos, somos como esas flores, arrancadas al tallo, olidas un momento con gozo, y luego arrojadas al suelo con desprecio para desaparecer en olvido eterno.

—¿Quién te ha puesto en condición de maldecir del amor antes de haberlo sentido?

—He pasado por vuestros harenes y he departido con vuestras esclavas.

—Verdad.

—Y yo traía de mis tierras un sentimiento arraigadísimo, el sentimiento del amor único. Mi madre me destinaba á un hombre; y este hombre no podía tener otro amor sino el mío; ni unirse con ninguna otra mujer sino conmigo. Para mí el amor confunde dos almas en una sola vida, dos vidas en un solo hogar, y después de la muerte dos cadáveres en un solo sepulcro. Si no es así, tal como lo

he aprendido en mi educación y en mi culto, no quiero el amor. Levántate, pues, ¡oh, moro! de mis plantas, pues no aguardes que caiga en tus brazos quien, al verte en el haren con otras mujeres, ó se resignaría por indiferente, ó se mataría, por celosa.

Hacem se puso de pié al imperioso mandato de la joven, pero no se movió del sitio donde al principio se arrodillara. Su cabeza, que superaba en mucho á la cabeza de la pobre niña, se inclinó instintivamente para recoger en los ojos aquella amorosa mirada y en los labios aquel embriagador aliento. Zoraya, por su parte, al verlo levantarse creyó que iba á partirse, y sintió un frío glacial, como si en una tempestad le rehusase su amparo el árbol, bajo cuyas ramas buscara refugio y salvación. Desde aquel mismo punto la sombra extendida por el cuerpo de su interlocutor era indispensable á su existencia, aunque todavía no supiera ella misma cuanto pasaba por las profundas interioridades de su propio sér, incierto entre aquella emoción reciente y la emoción que despertara en él otras veces los obsequios y los cantares del cautivo Illán, que no se acercaban aún á verdadera pasión. Así en vez de alejarse cuando Hacem se levantó, acercóse á él, y le miró con una mirada celeste, de esas cuyos rayos, dotados de penetración y de dulzura inexplicables, llegan al fondo del alma y levantan allí ideas tan inextinguibles como la conciencia, y sentimientos tan duraderos como la vida. No se

cimbrea y estremece la palma herida por un rayo; el cedro doblado por un huracán; la colina por un terremoto atravesada; como se cimbreó y estremeció el cuerpo de Hacem á la magia de aquella inexplicable y suprema mirada, en cuya expresión se contenía toda una vida de amor y todo un horizonte de esperanza.

—Si Granada me perteneciera con sus mil torres; si me perteneciera la Alhambra con sus cien estancias; si me perteneciera la Vega desde las cumbres de la sierra de Nieve hasta las cumbres de la sierra de Loja, daríalo todo por este solo instante; y aunque luego mendigara de puerta en puerta, sin guía ninguno, porque nadie se compadeciera de mí, bastaría el recuerdo de este minuto para endulzar la eternidad de mi pena. Podría vivir cien años, y al término de mi vida vendría trémulo á hincarme aquí, para besar el sitio donde se han posado mis rodillas y tus plantas. Podría morir, y al entrar en el Paraíso, despreciaría á todas las huríes, prefiriendo á contemplar su hermosura radiante de bienaventuranza, contemplar tu cuerpo rígido por el frío de la muerte y devorado por los gusanos de la podredumbre. Permíteme que enlace con este brazo mío, por toda una eternidad tu cintura flexible como la palma; permíteme que oiga al rumor de esa fuente la unísona melodía de tu voz por siglos de siglos; permíteme que beba como único licor tu suspiro embalsamado y que tome por único alimento tu sonrisa; y si lo quieres, arrojaré alfanje

y sacerina, despediré yegua y trotón, y tomando una guitarra africana, rasguearé sus cuerdas y cantaré inmóvil á tus piés, como los ángeles á los piés de Alah, tu amor y mi ventura.

A este raudo arrebato de lirismo amoroso, respondió Zoraya con amarga sonrisa y con tristísimo suspiro.

—¿Suspiras, bien mío?

—De tristeza.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Aún no has respondido cosa alguna á mi primera observación.

—¿A cuál?

—A la observación de que nosotras cristianas, sólo podemos amar á un hombre; pero á cambio de que este hombre ame á su vez una sola mujer.

—Zoraya, nosotros podemos tener muchas esclavas, pero casi todos los musulmanes ilustres han preferido siempre á ese rebaño del haren el amor casto de una sola mujer. El rey más preciado de nuestra tierra andaluza fué el ilustre Ebn-Abed, tan grande por su ciencia como por su valor y por su valor como por su infortunio. Y á pesar de tener el más hermoso serrallo de Occidente, prefirió siempre la incomparable Romaiquiya, caprichosa beldad que se entretenía en fabricar ladrillos con barro de canela molida y ámbar pulverizado y almizcle en pasta y algalia y mirra del desierto, mezclado todo con agua de rosas.

Zoraya meneó tristemente la cabeza como si aque-

llas palabras le hirieran con mortal herida el corazón.

—¿Qué tienes?—preguntó el Sultán:

—Cuando dices tales comparaciones, tú debes ser ó un rey ó un príncipe, ó un visir, ó un grande cualquiera de alta prosapia é inmenso poder.

—¿Y qué?

—¿Qué? ¿Lo preguntas cuando ya lo dije? No quiero amores con reyes y magnates. La corona real me daría celos por verla más cerca de ti que de mis amantes brazos. Granada me parecería una rival muy temible. El tiempo que pasares entre visires, alfaquíes, eunucos, guardias, cortesanos, esclavos, lo robarías á mi amor. Y no recuerdo para nada el haren. Y no digo nada de la guerra. Y no cuento los negocios de Estado. El poder ahoga el sentimiento. La gloria absorbe al fin y al cabo un corazón. Las ambiciones de la plaza pública y del campo de batalla no dejan tiempo para pensar en la mujer y en los hijos. Yo prefiero una dulce medianía. Me basta con un hogar y por todo reino un jardín. Me enamora más la tranquilidad de un matrimonio sin cuidados que la gloria de un guerrero sin derrotas. Para consagrarse al amor, estorba todo lo que no sea el amor mismo.

Hacem no sabía qué responder á estas palabras tan estrechamente ligadas con todos sus afectos. Si de antemano le hubiese dicho á Zoraya los medios necesarios para rendirle á su albedrío, no los dispusiera su propia razón como los disponía en

momento tan oportuno el revelador instinto de su amada. A un brazo fatigado de pelear, á una mente gastada en las ideas y combinaciones políticas, á un corazón reñido con una esposa ambiciosísima, á un monarca hastiado, á una vida cansada del poder y sus tormentos, por mágica adivinanza, ofrecíales reposo en la tranquilidad de amor inextinguible y sereno. Hacem había encontrado, pues, el hogar de su alma y el centro de su vida. Hacem convenía, pues, en todo y por todo con su amada. Estaban sus deseos satisfechos. Una mujer de divina hermosura, ignorando quién era, le amaba por sí mismo con adoración exaltadísima é incesante. Su vida entraba en cauce por cuyos bordes mecíanse todas las flores de la tierra y en cuyo fondo se retrataban todos los matices del cielo.

—Dispón de este esclavo á tu antojo. Podrían coronarse de lirios los montes y cubrirse de mariposas los valles; si tú no estabas á mi lado parecerían me tan tristes y tan adustos como el desierto y su sudario de hisopos y maleza. Podrían convertirse en oro fino los alicatados de este alcázar; en plata bruñida los pavimentos; en esmeraldas y zafiros las bóvedas; si tú no lo habitabas junto á mí, pareceríame más desnudo y más salvaje que las cavernas de las alimañas feroces. Podría surgir en la vega una aljama á cuyo lado fuera pobre la resplandeciente de Damasco y la profanada de Córdoba; no la querría si tú no rezabas mis rezos y no leías en mi koran. Si yo fuera rey, por una sonrisa tuya

daría los Alijares; por una mirada, el Generalife; por una palabra, la Alhambra; por un beso, Granada; por una noche á tu lado, el reino entero desde Málaga hasta Almería y desde las cimas de la Alpujarra hasta las riberas que miran al Magreb. Importaríame poco el califato de Damasco reunido con el califato de Bagdad; la gloria de los Omníadas reunida con la gloria de los Abassidas; un imperio que se extendiera desde Constantinopla hasta Cádiz y desde Alejandría hasta Fez; si dominios tantos me distraían ni por un minuto de tu amor. Podría embellecerse más aún el paraíso prometido por Mahoma, y lo despreciaría si no lo gozaba por entero al mismo tiempo que tu divino amor. Pídeme, pues, cuantos sacrificios quieras, el mayor de ellos jamás llegaría, jamás, al menor galardón que tú puedes prometerme y yo esperar.

—¿De veras?

—¿No tienes otra cosa que decirme después de haberme oído?

—Yo soy nacida en la oriental Andalucía, pero oriunda de la vieja Castilla.

—¿Y qué quieres significar con eso?

—Quiero significar que jamás soltamos una palabra si no hemos de cumplirla.

—¿Dudas de las mías?

—No dudo.

—Manda.

—Oye.

—Dí pronto.

—Moro, ¿tú crees en Dios?

—Creo en el inmenso, en el infinito, en el eterno, en el absoluto, en el omnipotente y omnisciente, en el infalible, en el inefable, en el perfecto; creo en Alah.

—¿Y no has oído alguna vez la campana repitiéndose en los riscos y llamando á la oración hasta las avecillas del aire? ¿Y no has visto la cruz bendiciendo los campos y sembrándolos con sus bendiciones de flores? ¿Y no has entrado á rezar al pie de los altares donde resplandece la Virgen Madre, y á decir en coro las santas letanías? ¿Y no has admirado en nuestros templos los pavimentos cubiertos de losas sepulcrales que guardan las generaciones pasadas, y las ventanas cubiertas de vidrios multicolores, en cuyos iris nadan los ángeles del cielo como reclamando nuestras almas para conducirlas á la bienaventuranza? ¡Sublime tu Dios! pero ha dictado un código de guerra á los hombres y ha recluído las mujeres en el serrallo, mientras el mío, más humilde, probado por el dolor y por la muerte, como el último de los humanos, ha impuesto la caridad y la paz entre nosotros, y nos obligaría á vivir los dos solos en matrimonio bajo el mismo techo y á dormir el sueño de la muerte en la misma sepultura. Moro, cree en mi religión y ama á mi Dios.

—Pedirme eso equivale á pedirme la muerte.

—Muramos.

—¿Ahora que tan dulce debe sernos la vida?

—Con el agua de esta fuente surgida del suelo puedo bautizarte, y con el filo de ese alfanje colgado á tu cintura, podemos abrirnos en este momento el camino á la eternidad.

—No digas esas locuras. Me invitas á cegar, cuando no he visto ni en las estrellas luz como la que despiden tus ojos. Me invitas á ensordecer cuando no he oído en los aires melodía como la que produce tu voz. Me invitas á morir cuando solo desde este instante gozo con goce verdadero y pleno de la vida. Ven á mi lado tan inseparable de mí como el amor que siento, y no te vayas, cual tímida gacela, espantada por el ruido de tus propios pasos y por la sombra de tus propias supersticiones. Déjame contemplar esa magia digna de una hechicera, esas pestañas negras como las sombras en torno de los astros, esa frente espaciosa como el horizonte, esos labios rojos como la adelfa, ese talle flexible como la palma, esas gasas que envuelven tus formas cual resplandores de la luna llena, y esos piés que podrían caminar como las nubes sobre las espigas sin troncharlas nunca. Cree que toda esta embriaguez producida por tu aliento durará toda la duración de mi alma. Cree que besaré las huellas de tus plantas como besa el devoto las letras del Koran. Cree que llevas atado con cadenas junto á ti como un cautivo mi pobre corazón. Ya que tantas flechas me clavas con los rayos de tus ojos, cúralas con el bálsamo de tus promesas. Ya que tantas penas me causas con los dolores de este amor, alívia-

las con el consuelo de una esperanza. Beberemos en la misma copa como beben las palomas pareadas en la misma taza. Dormiremos en el mismo lecho como duermen las avecillas en el mismo nido. Que no crezca este amor, porque me abrasaría; que no mengüe, porque me helaría, como crece y mengua la inconstante luna; sea, pues, desde esta hora suprema, lucero fijo y con luz igual. Ya conozco que no necesitas en el mundo de cosa alguna. Te sobra para dominar con el imperio de tu mirada, para lucir con el encanto de tus gracias, para cantar con el eco de tu voz; clávame tu cifra en la espalda como al esclavo, y tenme siempre rendido como un perro, con tal que me tengas en tu presencia.

—¡Dios mío! ¿Y mi religión? ¿Por qué no la sigues?

—Porque sería ir á la muerte; y necesito por ti, para ti, de la vida.

—Y me vas á obligar á condenarme.

—El hado, que es Dios mismo, te lanza á mis brazos.

—Por ti voy á olvidar á mi Dios, por ti voy á perder el cielo á que estaba destinada mi alma.

—Si tu religión nos juntara, yo la abrazaría en este mismo instante, porque todo aquello que me junta á ti, es divino; pero tu religión nos separa. Yo no puedo aceptarla sin morir en el acto. ¿Me quieres muerto en la hora de ser feliz? Traspasa con este puñal mi corazón y vive por una eternidad

para que sepas por tus remordimientos todo el mal que me has hecho.

—¡Ay! Dios mío, no soy libre, y colocada por el destino en la necesidad de optar entre él y tú, opto por él. Abrásame con tu cólera ¡oh moro! mas yo no puedo seguirte, no puedo quererte, no puedo aceptarte, porque me lo impiden, aquí en este mundo mi conciencia y en el otro mundo mi Dios.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Digo la verdad por difícil que sea el decirla hoy á mis labios, por enojoso que sea el escucharla hoy á tus oídos.

—¡La verdad! No puede ser, no será por mi Dios y por mi Profeta lo que dices.

—Pues mira cómo ha de ser, yo estoy resuelta con irrevocable resolución á resistirte.

—No, no lo creo. Tus ojos desmienten lo mismo que afirman tus labios. El aliento en que van tus palabras envueltas, penetrando con su voluptuoso perfume hasta mi cerebro, me dice que no te crea, y no te creo, Zoraya. He seguido anhelante como el guerrero la victoria, como el asceta la virtud, como el trovador la inspiración, como el girasol al astro del dia, como el acero al imán, he seguido anhélante de mil modos varios, por mil tortuosos caminos sembrados de zarzas, tras combates del alma en que ya he consumido casi mi total existencia, este momento, y no puedo retroceder y no retrocederé, aunque lo manden con sus férreos decretos á que no resisten las fuerzas todas del Uni-

verso, aunque lo manden la fatalidad y el destino.

—¡Oh! moro, me das verdaderamente miedo y espanto. Díjole Zoraya, que mientras tales ideas de repulsión expresaba con su palabra, tenía la mirada fija en sus ojos y lo enloquecía con los aromas de su aliento.

—¿Cómo? ¿He llegado á este instante como el náufrago al peñasco esponjoso que le sirve de refugio y asilo contra los huracanes y los oleajes; he subido á esta grande altura de la vida como el marabut que llega tras largas penitencias al ingreso en el Paraíso; tengo tu cuerpo todo entero ante mí, tu mirada recogida en los ojos, tu aliento derramado ya por mis venas, tu palabra encantada en los oídos absortos; y ahora que debo merecerte y que voy á lograrte, ahora te niegas cruel á mi deseo. ¡Oh! Abrasaré la tierra y en las llamas de mi furor quedará consumida toda la humanidad en holocausto á tus desdenes, traidora, cruel, ingrata.

Los ojos de Hacem relampagueaban á tales palabras con tanto furor; el rostro expresaba en la siniestra sonrisa de los labios, en el temblor nervioso de la barba, en el arqueo y fruncimiento de las cejas tal rabia; rechinaban sus quijadas como el golpear de las quijadas del león y del tigre produciendo tan extraño martilleo con el rechinamiento de sus dientes, que Zoraya, fuera de sí por natural espanto, retrocedió buscando alguna salida fácil en aquel desesperante infierno. Pero Hacem, la cogió por las manos con violencia y la trajo hacia sí para

obligarla y constreñirla con esfuerzo á que viese con toda certeza en su rostro y en su persona, la realidad horrible de su intensísimo dolor.

—Si quieres, Zoraya, que muramos, dilo y moriremos. Nada me costará despedazarte y despedazarme. Nosotros somos como las aves carniceras que gustan del destrozo de la carne rasgada en tiras, de los huesos rotos y machacados, de la sangre hirviente, porque nosotros los guerreros árabes provenimos del desierto donde se crian las serpientes, los tigres, las panteras, los leones, y gustamos de la matanza y nos envolvemos gustosos al morir, como los ángeles del juicio final, en la polvareda que levantan los combates y en el humo que producen los incendios. Moriremos aquí tú y yo; caeremos juntos en la eternidad uno tras otro como caen juntas las menudas arenas de esa klepsydra; pero nadie podrá, nadie jamás en este mundo ya separarnos, porque bajo mis llaves te hallas, á mi dominio perteneces, mía eres materialmente y no te queda más recurso que lanzarte ahora mismo placentera y amorosa en mis brazos ó morir descabezada por mi alfanje.

Zoraya comprendió que la fuerza no le dejaba recurso alguno contra las violencias de Hacem y que resistirse á sus intimaciones con la franqueza y la decisión que había usado hasta entonces, equivalía en puridad á provocarlo temerariamente y constreñirlo á cualquier atrocidad. Además, como joven y hermosa y apasionada por temperamento, no veía

en aquella extraña situación solamente su fe y su raza, veía también el sincero y profundo amor que inspiraba, cosa nunca repulsiva, y ni aun desagradable, á su amoroso y delicado sexo. Así propúsose cambiar la negativa rotunda por atenuaciones de doble sentido, y la repulsa provocativa de una catástrofe por esperanzas que le permitieran algún vagar y algún respiro conducentes á imbuir en el ánimo, casi dementado y atroz del interlocutor, su creencia respecto á la imposibilidad completa de aquel extraño amor entre una cristiana de fe viva y un musulmán de ardientes y arraigadas creencias, acostumbrado á defender la causa de Alah y de su Profeta en cien terribles y cruentísimos combates. Con las facilidades que su natural flexibilidad sugiere á todas las hembras para un cambio, tanto de actitud como de lenguaje, Zoraya comenzó como á transigir y habló con más dulzura y más piedad al enloquecido y exaltado Hacem.

—Sentémonos—dijo,—sentémonos, ya que toda esta conversación larguísima la hemos tenido de pié y yo me hallo fatigada.

—Siéntate, Zoraya.

Esta cogió un taburete donde cabía ella sola, como si no echara de ver que Hacem le ofrecia un sofá donde cabían los dos.

—Meditemos, dijo Zoraya, después de haberse tranquilamente sentado.

—Meditemos, añadió su interlocutor, sentándose todo lo más cerca que pudo de su amada.

—Somos dos creyentes ¡oh moro! Tú crees en la religión de Mahoma, yo creo en la religión de Jesucristo.

—Pero yo creo ante todo y sobre todo en el amor que me inspiras.

—Cierto, cierto; mas no ha obstado este amor á que antes me hayas dicho cómo no puedes por mí cambiar en tus creencias.

—Entendámonos, Zoraya.

—Entendámonos, moro. No deseo otra cosa ciertamente yo, sino que alcances y entiendas la imposibilidad absoluta que hay de un matrimonio entre cristiana tan fiel como yo y mahometano tan fiel como tú.

—¿Ya vuelves á desesperarme?

—No, no; perdona.

—¿Pues no comienzas por decirme aquello mismo que no puedo volver á oirte sin matarte y matarme?

—No me dejas concluir.

—Tú trastruecas y tergiversas mis palabras.

—¿Pues cómo?

—Bien pronto, Zoraya, olvidas lo mismo que de afirmar acabas.

—¿Qué? Habla.

—Hasme dicho que prefería mi fe á tu amor.

—Porque antes lo habías dicho tú mismo.

—Sí, lo había dicho yo mismo.

—Pues si así lo reconoces ¿de que te plañes?

—Me quejo de que no has recordado todo mi pensamiento.

—Vuelve á decirlo y habremos concluído.

—Escúchame con atención y no cierres de grado los oídos á mi sinceridad.

—Habla, pues.

—Nuestras dos situaciones resultan bien diversas.

—Tienes razon; muy diversas.

—Pues bien, atiende y verás cómo yo, perseverando en mi creencia, te busco; mientras que perseverando en la tuya, tú, me huyes y esquivas.

—¡Ah!—suspiró Zoraya.

—Yo debo decirte que solo deseo vivir para quererte.

—Moro, te creo.

—Y si renegara de mi religión, moriría en el acto.

—Morirías tú, ¿y no quieres que yo muera si reniego de la mía?

—No seas pérfida, Zoraya, y entiende bien lo que digo. No moriría, me matarían en el acto si renegara, y por consiguiente me apartarían de ti, es decir, de mi amor, de mi vida, de mi esperanza, de la fe que me anima, de la luz que me alumbra, del suelo que huello, del aire que respiro, de todo mi sér. Pero tú, Zoraya, tú, renegando en tierra de musulmanes, te acercas á mí, te unes conmigo, te desprendes amorosa del cielo cristiano, mas para caer en unos brazos que te convertirán la tierra toda en verdadero Paraíso y que te abrirán cielo en cuya comparacion ¡oh! nada sea la triste y pálida bién-

aventuranza prometida por tu culto á los tuyos en el otro mundo.

—No blasfemes, moro.

—Hete dicho que por ti soy capaz de olvidar mi religión y renegarla, si á tal olvido no siguiera inmediatamente la muerte, y no me fuese odiosa esta porque nos separa tristemente á los dos, y tal separación me costaría más, mucho más que la vida. Lo repito, el renegar tú equivale á venir hasta mí; y el renegar yo equivale á separarme de ti. En concepto mío no tiene ya ningún otro sentido, ningún otro alcance, y no merece ninguna otra consideración este reparo, por ti dicho en primer término y por mí desestimado como importuno y baldío.

—¡Importuno! ¡Baldío! ¡Qué cosas dices, oh moro!

—Sí, lo repito.

—Pues repetirás aserto desmentido por todo cuanto ahora te rodea.

—Yo no veo más templo que los espacios por ti habitados; yo no veo más Dios que mi Zoraya. Los astros del cielo me parecen pálidos cuando á tus ojos los comparo y el aire me parece irrespirable cuando no está embalsamado por tu aliento.

—No blasfemes ¡oh moro! contra tu religión y contra la mía. No provoques las iras celestiales que guardan allá en lo profundo sus maldiciones terribles y sus asesinos rayos. Cualesquiera que sea el Dios de verdad, y yo tendré por tal siempre aquel revelado á mi espíritu por las enseñanzas y las

doctrinas de mis padres, no lo provoquemos á manifestar sobre nosotros dos todo el terrible alcance de su infinito poder.

—Si me inspira esta pasión y luego me veda satisfacerla; si en mi corazón pone impulsos hacia ti, mientras en el tuyo repulsas contra mí, ¿cómo quieres que yo le aclame?

—¡Dios mío! exclamó Zoraya levantando sus ojos y sus brazos al cielo en ademán suplicante. ¡Dios mío! no escuches á quien así pierde sus facultades enloquecido por una ciega pasión.

—Yo, que avezado á la guerra, he podido mil veces tomar ciudades, rendir plazas ¿había de contenerme por escrúpulos religiosos, para contener y rendir tu corazón dentro de cuyos senos quiero grabar mi sello y mi nombre?

—¡Oh moro! Tú no puedes en tu caballerosidad aspirar á un triunfo efímero y fácil sobre las flacas fuerzas de una débil mujer. Tú no has de querer llevarte contigo un cuerpo, si espíritu y alma y conciencia y razón y sentimiento no le acompañan y siguen.

—Zoraya, me juzgas cual merezco. Yo aspiro á enseñorearme de todo tu sér y especialmente de tu alma. Pero faltarte de alguna manera, ofenderte, deservirte, no lo temas nunca de mí. Soy tu esclavo y puedes acabar conmigo á fuerza de menosprecios y desengaños; pero yo recibiré resignado la muerte y me parecerá dulce, misericordiosa, deleitosísima, puesto que al fin viene la muerte misma de tus manos.

—Pues cálmate y oye.

—Me calmo y oigo; mas compadécete de mí, Zoraya, compadécete de tu siervo.

—No des así con tanta facilidad llevado por tu pasión, los impedimentos religiosos á triste olvido. Acuérdate de cómo y de cuánto importan.

—Ya lo sé.

—Pues si lo sabes, recuerda cómo dividen los imperios; cómo lanzan unas contra otras las generaciones; cómo incendian los espacios; cómo perturban las almas; cómo enconan entre sí los ánimos; cómo hacen que los hombres con todos sus sentimientos de caridad y de amor se traten unos á otros cual no se tratan ni las fieras mismas en los bosques.

—Verdad, verdad. Porque ahora mismo cuando todo nos une, cuando todo nos llama con repetidos llamamientos á identificarnos en la misma suerte y confundirnos en el mismo amor, solo ese triste sentimiento se alza entre nosotros y nos separa por insondables abismos.

—Celebro que reconozcas la virtud de su eficacia, porque así reconocerás también la razón de mi resistencia.

—¿No he de reconocerla, cuando braman cerca del recinto que habitamos los alaridos de la guerra y estás ahora tú en su nombre oponiendo tales y tantos obstáculos á mi amor y á mi deseo?

—¿Por qué no decirlo todo?

—Dilo todo en buen hora, Zoraya.

—¿Por qué no decirlo?

—Habla pues.

—Yo he sido educada en el odio á tu Dios y á su Profeta. Desde niña, sólo han resonado en torno mío maldiciones y denuestos de todo aquello que tú crees y adoras. Empeñadas tu raza y mi raza en una guerra sin término, rugen á una entre nosotros odios provinientes, más que de las rivalidades y emulaciones entre naciones diversas, de contradicción profundísima entre apartadas y hasta hostiles creencias. Para mí erais algo más que los enemigos abortados por los horrores de la guerra; erais los genios del mal, hijos naturales del infierno. Yo he pasado mi juventud con los escuchas que atendían vuestros pasos y con los avizores que atisban los amagos de vuestra venida por los lejos del horizonte. Yo he pedido siempre al pié de los altares á mi Dios que ahuyentara vuestros pendones del cielo columbrado por mi vista y que hundiera vuestros ejércitos en las profundidades y en los antros del abismo que hay bajo nuestras plantas. No balbuceaba las palabras primeras, que apuntan, como capullos del pensamiento en la niñez, cuando ya enderezaba mis oraciones al cielo contra vosotros y maldecía de vuestro nombre y de vuestra sangre. Y confiesa que tuvieron razón los míos al inspirarme todos estos afectos, porque un día, bien triste y nefasto por cierto, día de horror, vuestras huestes aparecieron asoladoras por nuestros campos y echaron por el suelo como una encina secular,

desarraigada por los huracanes, mi viejo castillo. ¡Ay! Yo he visto caídos mis servidores como haces en la siega; derribados los muros de nuestras fortalezas y rotas las piedras de nuestros hogares; por las llamas circuídos los altos y majestuosos torreones donde flotaba el pabellón señorial de mi familia; profanado el templo, y chorreando sangre cristiana el sagrado altar en cuyas aras había yo adorado á Dios y asistido al santo sacrificio; á mis ojos atravesado el corazón de mi padre, sí, de mi querido padre, al momento mismo en que corría rápido á inmolarme para que no cayese mi pobre cuerpo en vuestras aviesas manos; ófendido, negado, roto, puesto en irrisión cuanto yo he amado so la capa del cielo y sobre la faz del mundo; y ahora quieres que todo lo menospre-cie yo y olvide; que ahogue todos mis recuerdos en la memoria; que arranque todos mis sentimientos del corazón; que perdone á los enemigos de mi gente y de mi patria; que acepte gustosa el deshonor de mi familia, convirtiéndome en odalisca mora de rica-hembra castellana; que desconozca el nombre de Cristo y adore á Mahoma; que destrone á mi Dios y acepte como verdadero el tuyo; que declare mi fe sombra y mentira; que manche los huesos de mis abuelos y allá en la eternidad turbe, aleve, con esta mancebía el sueño eterno de mi padre, muerto por la pureza y por la santidad de su hija. ¡Oh! No aguardes tal cosa de mí. Quítate del pensamiento esa idea y del corazón ese propósito.

Muy cerca estamos ahora materialmente; corta distancia nos separa en este angosto recinto; pero si miras al lado supremo de todas las cosas, es decir, al lado moral, cree que nos separa la eternidad, el cielo, el infierno, la honra, la patria, la religión, Dios mismo. No te subleves contra la fatalidad inevitable; no forcejees bajo hierros que no puedes romper; ábreme la jaula donde me hallo recluída y me verás volar con el regocijo de las avecillas que van hacia sus patrios nidos. No quieras destruir y derribar lo hecho por Dios mismo. Nos apartán las respectivas cunas donde nos depositaran al nacer nuestros padres. Cree que si los juntaran y confundieran en el mismo sepulcro, no podrían vivir juntos y en paz nuestros huesos. Aquí me tienes, añadió, poniéndose de hinojos y plegando las dos manos; aquí me tienes rendida y suplicante. Yo te pido, por cuanto sobre la tierra puedas amar, yo te pido, por tus padres, por tu Dios, por tu familia, por tu religión, por la sangre que te anima, por el nombre que llevas, te pido la libertad para mí, así como para ti el saludable olvido de un amor, solo conducente á tu perdición y á tu deshonra. Si de veras me amas y crees en mí, libértame de tus brazos y de tus caricias, que solo pueden abrir á mis plantas ¡horror! las llamas del infierno.

—Zoraya, Zoraya, estamos peor que antes.

—¿Y cómo quieres ¡oh moro! que seamos y estemos si acaricias un verdadero imposible?

—Con que ha de ser posible un amor como el

mío ¿y no ha de ser posible su debida satisfacción, su indispensable saciedad?

—No, no.

—Pues quien me ha inspirado tales afectos debe ocurrir á calmarlos y á satisfacerlos.

—Alguna vez hemos de vencernos á nosotros mismos.

—Yo ni siquiera lo intento, porque de sobra veo la seguridad indudable del fracaso.

—Prueba ¡oh moro! á dominarte.

—No pruebo. Inútil experiencia.

—Pues á mí no has de rendirme.

—Aún tengo fuerza y voluntad para ello.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

—¿Y tus palabras de antes?

—¡Oh! mis palabras.

—Sí, tu palabra de caballero.

—Se la llevó el viento.

—Buena caballerosidad la tuya que un viento se la lleva.

—¿Y mi pasión?

—Ahógala.

—¿Y mi esperanza?

—Despídete de ella, como hay necesidad en el mundo siempre de separarse y despedirse de tantos objetos y de tantos seres queridos.

—Pues yo no puedo separarme de ti.

—Manda con resolución á tu conciencia que impere sobre tu voluntad, é imperará.

—Dile al agua que no moje y al fuego que no queme.

—Tenemos albedrío.

—No sé qué significa esa palabra.

—Pues si no sabes lo que significa esa palabra, no debes quererme, porque se quiere con la voluntad, y la voluntad es árbitra de sus actos.

—¡Ah! No creo cuanto estás diciendo.

—¿No crees en la voluntad?

—No.

—Pues entonces no me amas con el alma.

—¿Por qué?

—Porque para el amor el alma solo tiene una facultad.

—¿El sentimiento indeliberado?

—No, la voluntad reflexiva; y por eso queremos lo que queremos y desamamos lo que desamamos; por la voluntad.

—Poco sabes, Zoraya, de afectos.

—Menos sabes tú.

—¿Puedo yo querer el no quererte? ¿Y puedo no querer quererte?

—Sí.

—No, mil veces no.

—Sí, mil veces sí.

—Pues si yo pudiera dejar de quererte; si mi corazón obedeciese á mi voluntad sumiso y fiel; si mis afectos dependieran de mis mandatos, ahora mismo ahogaría todos mis sentimientos en el cora-

zón, como el corazón á su vez en las honduras del pecho, para no amarte, ingrata.

—Por Dios, por tu madre, por tu esposa, por tus hijos, si los tienes, por cuanto ames en el mundo, por cuanto esperes en el Paraíso, véncete y sálvame.

—No me venzo, no.

—Yo te lo mando.

—¿Quién eres tú, mísera esclava, para mandarme á mí?

—¿Pues no dices que me amas tanto?

—Sí, te amo con todo mi corazón.

—No hay amor si no ejerce algún señorío el sér amado sobre su amante.

—¡Pero si me pides que no te ame!

—Lo pido, sí.

—No puedo concederlo.

—Devuélveme mi patria, mi libertad, mi Dios. Así me demostrarás que me amas.

—Zoraya, voy perdiendo el sentido.

—Cálmate.

—Se me acaba la paciencia.

—Repórtate.

—Has de ser mía.

—Jamás.

—Te vencerá mi fuerza, ya que no pueda vencerte mi amor.

—¡Bárbaro! No lograrás nada de un cadáver, pues yo sabré morir antes de rendirme.

—Ven á mis brazos.

Y Hacem se lanzó como un tigre, hacia donde se hallaba la pobre joven. Pero esta, retrocediendo súbito, y horrorizada con horror invencible, cayó en tierra como si estuviese muerta bajo un terrible desvanecimiento. Al verla de aquella suerte Hacem experimentó el verdadero amor puro, y toda la furia de su ira se trocó en la ternura de profundísima compasión. Asi las palabras de imperio y de amenaza fueron sustituídas en sus labios con palabras de súplicas y amor. Diríase que aquel guerrero soberbio se había cambiado al impulso de sus afectos en dócil y tierno mozo dispuesto á decir y hacer cuanto quisiere la mujer amada. Llovían sus ojos lágrimas amargas que ningún rubor y ningún recelo refrenaban en aquella soledad y junto á su amada. Las frases más tiernas le murmuraba en los oídos y las reconvenciones más amargas se dirigía repetidamente á sí propio juzgándose y creyéndose reo de aquella muerte. Allí, en el momento, juróle que haría cuanto ella quisiese, hasta devolverle si era preciso la patria y la libertad, aunque hubiese de morir él en las tristezas de separación tan horrorosa. No fué mucho, pues, que al despertarse de su terrible sueño y volver de su desmayo Zoraya, viéndolo tan dispuesto á obedecerla, como antes se hallaba dispuesto á resistirla, ¡oh! le pidiese unas horas de separación y de recogimiento. En efecto, el Sultán la condujo á próxima estancia y la dejó allí sola.

—Por Alah—dijo,—por Alah que no me conozco. Ignoro si le tengo amor ó miedo. Tres horas, según dice la klepsydra, he estado junto á ella y no me he atrevido á darle ni siquiera un beso.

Así que Zoraya quedó sola en el hermoso camarín oriental donde la escena precedente pasara, concentrándose dentro de sí misma y reuniendo todas sus facultades en extraordinaria intensidad, por la grande sobreexcitacion de sus nervios y de sus ideas, comprendió cómo necesitaba, en su estado terrible, acudir á todos los medios naturales y sobrenaturales para defenderse, no tanto del Sultán, como de sí misma, conquistada, y conquistada fuertemente, por aquel amor tempestuoso en cuyos torbellinos su corazón se perdía contra los consejos de su conciencia, y las imposiciones y los mandamientos de su voluntad. Las naturales prendas de Hacem, la expresión ardentísima de su amor exaltado, los extremos y arrebatos con que acompañaba todos sus gestos y todas sus palabras cautivaron el inexperto corazón de la doncella, también atraída por lo singular del caso dramático, lo exaltado del cariño africano, lo misterioso de todo cuanto la rodeaba en aquellas dificilísimas circunstancias de su vida, por el destino arrancada de suelo castellano y puesta por el destino en manos de un musulmán cuya categoría y cuyo nombre ignoraba completamente, pero de cuyo amor no podía tener ni aun duda. No había caído la cortina,

que separara de su persona la persona de Hacem, cuando ya estaba Isabel penetradísima en su interior de que las miradas del moro le habían clavado los dardos agudos de amor intenso en la mitad del corazón. Al verse la infeliz en estado semejante pidió el socorro de la religión, cayendo de rodillas sobre la fría tierra y levantando en la desesperación del náufrago á las alturas etéreas el espíritu primero y después las manos suplicantes. Pero tras la oración columbraba la persona del moro como si el demonio se hubiese á Dios en su alma sustituído para perderla. Viendo que la religión carecía de fuerza en aquel momento, cuando tan grande la ejerciera y alcanzara en los demás momentos de su vida; volvió Isabel hacia el amor cristiano y legítimo el pensamiento, invocando la imagen querida de Illán. Y esa misma imagen de Illán, que le había parecido la personificación del amor, no ejerció sobre su ánimo el influjo de otras veces y pareció incolora y desvanecida cuando la comparaba con el profundo retrato qne había dejado el moro en su ánimo. Al verse tan combatida y contrariada por sí misma exclamó:

—¿Será verdad? No lo creo. Pero si lo fuese, ¡ah! si yo amase á ese moro ¡ah! me arrancaría el corazón á pedazos y se lo daría, ¡Dios mío!, á los perros.

FIN DEL TOMO PRIMERO.